

Contemporánea

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

**SAUL
BELLOW**

**El diciembre
del decano**

Lectulandia

Albert Corde, decano de la facultad de periodismo de Chicago, no está preparado para la violenta respuesta social que han tenido sus artículos sobre la corrupción imperante en la ciudad o su enredo en el proceso contra dos negros sospechosos del asesinato de un estudiante blanco. Acusado de traicionar a su ciudad, de ser un loco incívico y un racista, durante un viaje que le lleva a Bucarest, donde su suegra agoniza, Corde no puede evitar establecer severas comparaciones entre la corrupción y la deshumanización de la tiranía comunista, y las putrefactas y abandonadas calles de Chicago. Mediante la yuxtaposición de diferentes acontecimientos tanto públicos como privados que se suceden simultáneamente en ambas ciudades, Bellow ilustra hábilmente cómo el remolino de fuerzas que sacude al hombre contemporáneo puede reunirse para provocar su fracaso.

«El diciembre del decano contiene la oposición más enérgica de Bellow a las fuerzas que gobiernan nuestro tiempo».

Malcom Bradbury

Lectulandia

Saul Bellow

El diciembre del decano

ePub r1.0
Titivillus 18.03.16

Título original: *The Dean's December*

Saul Bellow, 1982

Traducción: Jesús Pardo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Aunque partes de esta novela se basan en acontecimientos reales, todos sus personajes han sido creados con elementos de varios individuos, y también de la imaginación. El autor no ha tratado de aludir a ninguna persona viva, ni hay motivo para suponerlo.

I

Corde, que llevaba la vida de un ejecutivo en Estados Unidos —porque, después de todo, ¿no es un decano una especie de ejecutivo?—, se encontraba ahora a nueve o diez mil kilómetros de distancia de su base, en Bucarest, en pleno invierno, encerrado en un elegante apartamento. Allí, todo el mundo lo trataba con amabilidad: parientes y amigos, gente muy considerada, le caían muy bien todos ellos, y, para él, eran «la vieja Europa». Pero todos ellos tenían sus propios y apremiantes asuntos que atender. Esta no era una visita normal. La madre de su mujer se estaba muriendo, y Corde había ido allí a ayudar en lo posible. Pero muy poco podía hacer por Minna. Primero el idioma, que era un problema. La gente, allí, hablaba poco francés y menos inglés, de manera que Corde, el decano, se pasaba los días en la antigua habitación de Minna bebiendo aguardiente de ciruela, hojeando libros viejos, mirando por las ventanas los edificios dañados por el terremoto, los cielos invernales, las palomas grisáceas, los árboles desmochados, los tranvías anaranjados y deprimentemente herrumbrosos que circulaban bajo los cables callejeros con un ruido semejante a un zumbido.

La suegra de Corde, que había tenido, primero, un ataque cardíaco y después una apoplejía, estaba en un hospital. El hospital del partido era el único que tenía los aparatos necesarios para mantenerla con vida, pero las reglas, allí, eran estrictas. Estaba en la unidad de vigilancia intensiva, donde las visitas estaban prohibidas. Corde y Minna habían pasado un día y una noche volando para poder estar con ella, pero en cinco días solo habían podido verla dos veces: la primera gracias a un permiso especial, la segunda sin permiso oficial de ninguna clase. El director del hospital, que era coronel de la Policía secreta, se sintió muy ofendido porque sus regulaciones habían sido transgredidas. Era un burócrata estricto y tenía al personal del hospital en estado de terror permanente. Minna y su tía Gigi habían llegado a la conclusión (y Corde participaba en sus discusiones) de que lo cortés sería pedirle hora.

—A ver si podemos tener una conversación sensata con él.

Y, por teléfono, el coronel les había dicho:

—Sí, naturalmente, vengan ustedes.

Y Minna, cuando fue a verlo, llevó consigo a su marido, pensando que quizá la presencia de un norteamericano, un decano de Chicago, no viejo todavía, pero ya no muy lejos de serlo, mitigaría las iras del coronel, pero lo cierto es que no sirvió de nada. El coronel era un hombre alto y flaco, de sienes cóncavas, muy encerrado en sí mismo y muy envarado. No estaba dispuesto en absoluto a ceder. En una institución es preciso cumplir las regulaciones. Corde puso su granito de arena, diciendo que también él era administrativo, y como había trabajado durante cinco años en el *Herald* de París hablaba suficiente francés para entenderse. El coronel le dejó hablar cortésmente, escuchando sombría y secamente, con la boca muy tensa. Recibió y toleró la comparación administrativa, desdeñándola, y no replicó, y cuando el decano

hubo terminado de hablar, se volvió de nuevo a Minna.

Se había producido una transgresión, y eso la administración no podía tolerarlo en ninguna circunstancia. Minna, ofendida, guardó silencio, ¿cómo podía no sentirse ofendida? Aquí resultaba que el único que tenía derecho a ofenderse era el coronel. La intensidad de sus sentimientos, y eran, ciertamente, muy intensos, se veía moderada al expresarlos por su voz de bajo, que no podía llegar a ser muy aguda. También Corde tenía voz profunda, más que la del coronel, y más vibrante, y cuando el coronel se ponía tenso, Corde tendía a mostrarse natural. El pelo ralo del coronel estaba muy estirado hacia atrás, a la manera militar, mientras que la calva de Corde era más caótica, como una amplia bahía, una mata desordenada de pelo en la nuca. Desde su rostro grande, la mirada parda, reflejo de una mente compleja, con tendencias a la distracción y probablemente a soñar, seguía la conversación, y no era razonable esperar que un coronel comunista de la Policía secreta tomase en serio a una persona así. Después de todo, Corde no era más que un norteamericano, un decano universitario de alguna ciudad del interior del país. De sus dos visitantes, Minna era, con mucho, la más importante, una mujer bella, que, como el coronel sabía sin duda alguna, era profesora de astronomía de fama internacional. Una científica «dura», y el coronel consideraba importante dejar bien en claro que a él no le influían este tipo de circunstancias, y que, a fin de cuentas, él era tan duro como ella. O más.

Minna habló emocionalmente sobre su madre. Ella era hija única. El coronel la había recibido con la mayor corrección. Una hija que llegaba de tan lejos, y una madre en la unidad de vigilancia intensiva, medio paralizada. Corde, sin saber el idioma, entendió todo esto sin dificultad, e interpretó también la actitud del coronel: naturalmente, donde hay hospitales hay moribundos, y, debido a las circunstancias especiales de este caso, se había hecho una excepción a favor de la *doamna* y de su marido, a su llegada, pero luego había tenido lugar una segunda visita (al decir esto, la voz del coronel lo subrayó airadamente) sin permiso.

Minna, en escuetas pausas, iba traduciendo todo esto a su marido. Pero no era realmente necesario. Corde estaba sentado cómodamente, con sus pantalones de lana arrugados y su chaqueta de sport, convertido en la verdadera imagen del norteamericano dejado de la mano de Dios, impropio en todas las circunstancias, incapaz de aprender las lecciones del siglo xx; tolerado o despreciado por las fuerzas de la Historia o del destino, o como se llamase, a fin de cuentas, en Europa. Y Corde se daba completa cuenta de esto.

Asintió, sus ojos pardos, algo saltones, estaban fijos en el panorama moteado del suelo, uniformemente moteado en todo el hospital. El despacho del director era alto de techo, pero no mucho más espacioso que un cuartito ropero de buen tamaño, uno de esos cuartos roperos que hay en Norteamérica y que son como armarios grandes. También la mesa era pequeña. Nada era grande allí, excepto la autoridad del coronel. La luz colgaba muy alta, lejana. Allí, como por todas partes en Bucarest, la luz era

insuficiente. En Rumania había escasez de energía eléctrica, debido, al parecer, a que no llovía lo suficiente y había poca agua en los pantanos. Lo de siempre, echar la culpa de todo a la Naturaleza. La semioscuridad decembrina caía sobre la ciudad a eso de las tres de la tarde, y para las cuatro ya se había subido por las viejas paredes de estuco, el gris mate de los bloques de pisos de los países comunistas: la oscuridad parda ocupaba las aceras, y luego volvía de nuevo de las aceras, más densa, y aislaba las farolas, que daban una débil luz amarillenta en la impura y melancólica luminosidad invernal. A esto, Corde lo llamaba «tristeza del aire». En la fase final de este oscurecimiento progresivo, un sedimento pardo parecía rodear las lámparas, y luego había un lívido momento mortal, que era el comienzo de la noche. La noche, aquí, era muy difícil, pensaba Albert Corde. Allí estaba, caído más bien que sentado, y con la cabeza pesada, su gran cabezota, siempre en busca de un apoyo que el cuello no le daba por completo. Esto hacía que sus ojos melancólicos pareciesen más protuberantes todavía, desnivelando las cejas juntas y el puente de sus gafas. Era su mujer, con sus erguidos torso y cuello, así como con su hermoso aspecto, quien daba buena impresión, pero esto le tenía sin cuidado a aquel coronel autoritario. Posiblemente, lo único que le sugería Minna era que había desertado veinte años antes, cuando recibió permiso para ir a estudiar a Occidente, y que ahora se encontraba allí únicamente porque su madre se estaba muriendo, y había vuelto bajo la protección de su marido, este decano norteamericano, llegando sin visado y siendo recibida en el aeropuerto por un funcionario norteamericano, lo que indicaba una cierta influencia. El coronel, naturalmente, tenía que estar informado de todo esto. Y Minna, además, no estaba en una posición de mucha fuerza, porque nunca había renunciado oficialmente a su nacionalidad rumana, de modo que si el Gobierno se lo proponía, podría plantearle problemas.

La vieja Valeria no era tampoco miembro del partido ahora, no lo era desde que cayó en desgracia, siendo ministro de Salud Pública. Pero eso había ocurrido hacía treinta años, cuando fue denunciada públicamente por la Prensa y la Radio, expulsada, amenazada con la cárcel, con la condena a muerte. Pero, antes de que pudieran procesarla, uno de sus colegas, que había caído en la misma purga, fue decapitado en su celda; era un viejo militante del partido, que había sobrevivido a Antonescu y, por lo tanto, también a los nazis, y lo mataron a hachazos o con una cuchilla de carnicero. La doctora Valeria había inaugurado personalmente este mismo hospital, el hospital del partido, y tres semanas antes, sintiendo, probablemente, los primeros indicios de su enfermedad (que Corde pensaba que era como la primera sensación de la muerte, el presagio final; cada cual en peculiar contacto con sus propios órganos y sus avisos de enfermedad), comenzó a hacer visitas, a pasarse el día entero en la calle, en autobuses y tranvías, decía Gigi, yendo a ver a antiguos conocidos, tomando medidas para ser admitida en el hospital. Había sido rehabilitada en los años cincuenta, recuperando su pensión, y además tenía relaciones, discretamente mantenidas, entre los veteranos de la burocracia.

De manera que ahora estaba conectada al monitor, al respirador, al dispositivo explorador. El ataque había desarticulado su centro respiratorio, y su lado izquierdo había quedado paralizado. No podía hablar ni abrir los ojos, pero podía oír y mover los dedos de la mano derecha. Tenía el rostro cruzado y recruzado por esparadrapos, como la bandera inglesa o como los cristales de una ciudad que ha sido bombardeada. Corde, que había sido periodista antes de ser decano, recordaba esas escenas de tiempos de guerra: sacos de arena, esparadrapos en las ventanas, pero nunca había visto un rostro como aquel, tan entrecruzado; demasiado delicado, pensaba, para estar así. A pesar de todo, el paso siguiente, la traqueotomía, era peor aún. Corde era hombre experimentado, conocía las fases.

Antes de recibir permiso para acercarse a Valeria había que ponerse una bata esterilizada y unos grandes y rígidos calcetines especiales. Valeria sabía que estaba allí su hija y sus ojos se movían bajo los párpados. Minna estaba allí. Y protegida por su marido, una prueba más de que este era persona en quien se podía confiar. Cuando Corde le habló, Valeria respondió apretándole los dedos. Su yerno entonces notó por primera vez que uno de los nudillos tenía una deformidad. ¿Sería que se había roto alguna vez, o que padecía de artritis? Estaba descolorido. Corde nunca la había visto con el pelo suelto, trenzado y sujeto con alfileres solamente, y no habría sospechado jamás que aquel bello pelo blanco pudiera ser tan largo. También tenía el vientre muy grueso, y, debajo, las piernas delgadas. Eso, también, era doloroso de ver. Cada uno de estos detalles le conmovía, y, más aún, le irritaba, e incluso le llenaba de ira y le inspiraba salvajes fantasías. Quería llorar, como estaba llorando su mujer, y llegó a derramar lágrimas, pero sentía también una ansiosa violencia, una especie de éxtasis, como un deseo de que todo aquello acabase, una mezcla de piedad y ansia de destrucción. Una parte de él era un monstruo, pero ¿qué otra cosa era posible?

Estas reacciones se las provocaba en parte el agotamiento. Eran inevitables. El viaje había sido largo, se sentía muy fatigado, reseco. Tenía las entrañas tensas. Se sentía como taponado en su parte posterior y apenas notaba la circulación en el rostro y el cuero cabelludo. Se desbocó en él como una especie de excitación demoníaca, contra la que ninguna resolución parecía posible. Como las fuerzas del mal, era aviesa y violenta. Al mismo tiempo, las lágrimas que derramaba por la vieja eran también sinceras. Por el momento no le era posible contener nada, ni tampoco forzar nada. Se sentía igualmente impotente ante el bien y ante el mal. En la pantalla electrónica del monitor, los símbolos y las cifras zigzagueaban y daban vueltas, y oía un ruido débil, como de raspar. Hacia el final de la entrevista, el coronel les dirigió una mirada larga y ponderada, una mirada astuta, como revolviendo el cuchillo en la herida, y dijo que si sacaban a Valeria de la unidad de vigilancia intensiva, Minna quedaría en libertad de visitarla cuantas veces quisiera. Desenganchada de las máquinas, la vieja podría morir en cosa de quince minutos. Esto, naturalmente, no lo dijo así de claro, pero ya sabe usted a lo que se expone, señora mía. Y este era el tipo de bromas que gastaba el coronel. Una broma en la punta de un cuchillo.

Esa parte de la conversación se la había perdido Corde, y fue Minna quien se la contó.

—Y esta es mi vuelta a casa —comentó, después de la entrevista, bajando los dos por el paseo pavimentado de cemento, camino del aparcamiento.

—Sí, es como si te metieran la cabeza en una bolsa de plástico y te dijeran que respire hondo.

—Sería capaz de matarlo —y, a juzgar por la cara que puso al decir esto, podía muy bien ser cierto: los ojos muy abiertos, los labios muy metidos hacia dentro—, ¿qué es lo que debiera hacer ahora, Albert? Mi madre estará impaciente por vernos, estará esperándonos.

Iban a casa, en un coche familiar ruso, propiedad de Petrescu, uno de esos coches resistentes y deprimentes que usa la gente en los países satélites.

Mihai Petrescu había sido *chef de cabinet* del padre de Minna, y luego de Valeria, cuando esta sucedió a su difundo marido en el Ministerio. Estaba unido a la familia y, aunque no era médico, actuaba sin duda a modo de vigilante del partido. Sin embargo, no pudo haber tenido mucho que informar, porque el doctor Raresh había sido siempre un hombre ingenuamente ideológico, un comunista moral y cristiano, que pedía ayuda a Dios antes de abrirle el cráneo a un paciente. Era el primer neurocirujano del país, había hecho prácticas en Boston con el famoso Cushing, pero resultó demasiado emocional, demasiado bueno, un médico con demasiados principios para ser un buen funcionario comunista. Minna decía que no era capaz de comprender cómo pudo dejarse convencer tan completamente. En los años treinta había rehusado creer, calificándolo de propaganda burguesa, lo que leía en la Prensa internacional sobre el terror y los campos de trabajo de Stalin, los comunistas en España, el pacto con Hitler. Se entusiasmó cuando entraron las tropas rusas en Bucarest y se lanzó a la calle para tirar rosas a los soldados. Pero, al cabo de una semana, ya le habían quitado el reloj de pulsera, así como su pequeño automóvil «Mercedes». Pero, a pesar de todo, él no presentó ninguna queja ni se mudó a ningún chalet, como los demás ministros. A sus colegas esto no les gustó, porque su austeridad llamaba demasiado la atención. Antes de su muerte, el régimen había llegado ya a la conclusión de que el doctor Raresh era un idiota, y le había quitado de en medio, dándole un ascenso, es decir, nombrándole embajador en Estados Unidos. No querían verlo quejándose por todas partes por la desaparición de sus amigos médicos, uno después de otro. Pero, a fin de cuentas, no vivió lo suficiente para ir a Washington, sino que murió un año después.

Y cuando murió, ofrecieron a Valeria un Ministerio y ella, probablemente, pensó que sería peligroso rechazarlo. Minna era entonces una niña pequeña. Petrescu siguió con ella como *chef de cabinet*. Corde le consideraba un funcionario menor de la KGB. Mihai, por su parte, parecía haber convertido la relación oficial en intimidad familiar, y le dijo a Corde, mientras tomaban los dos un vaso de aguardiente:

—*Elle a été une mère, une consolatrice pour moi.*

Y para mucha gente, para docenas de personas. Valeria era una matriarca, de esto Corde se daba cuenta.

Pero, a veces, Petrescu se pasaba años sin aparecer. Llevaba meses sin dejarse ver cuando Valeria sufrió su ataque de apoplejía. E incluso ahora desaparecía y volvía a aparecer cuando menos se pensaba. Petrescu era hombre chaparro, de ojos pequeños; su sombrero no encontraba obstáculos en la cabellera, de manera que la pelusa de las alas se mezclaba con los pelos que le salían de las orejas a la luz del día, que lo ilumina todo. Siempre que hablaban de Valeria, las frases de Petrescu tendían a subir de tono, hasta el máximo que su voz le permitía, y de pronto se producía una caída en picado, como un chasquido de emoción. Era radicalmente entusiasta cuando hablaba de Valeria y, examinando su rostro, Corde pensaba al mismo tiempo que algo así como las tres cuartas partes de aquellas arrugas eran las arrugas de un tipo muy duro, de un hombre a quien resultaba fácil imaginarse dando golpes en la mesa durante un interrogatorio, capaz incluso de apretar un gatillo. Ese tipo de gente no se encuentra solamente en las novelas de Raymond Chandler, lo cierto es que la gente más diversa resulta ser así de dura. Pero Petrescu era estupendo con las señoras, conduciéndose con galante cortesía, o, mejor dicho, con santa delicadeza, se levantaba de un salto, acercaba las sillas, se bajaba del asiento del conductor para abrir las portezuelas de su coche soviético. Y aquel día estaba dispuesto a dar consejos, a telefonar, ofreciéndose para cualquier cosa, murmurando, tan suave con Minna v con la tita Gigi como sedosos eran los lóbulos de sus orejas. Su labio inferior estaba lleno de fervientes deseos de ser útil, y antes de desaparecer, porque acabó desapareciendo, hizo el papel principal en la composición emocional cuyo tema fueron los últimos días de Valeria. El final de la gran Valeria. Porque Corde había llegado finalmente a la conclusión de que Valeria era una gran mujer.

El apartamento lo compartían Valeria y la tita Gigi. Corde y Minna vivían en él, los sobrinos y los primos que iban a ver a Valeria tenían que parar en hoteles, pero, según las regulaciones de consanguinidad, los Corde tenían derecho a ir a vivir con Gigi, que era casi una inválida y dirigía el apartamento con cómica eficiencia. Se diría que lo dirigía todo en bata y zapatillas y desde la cama. Corde, cuando llegó a conocer mejor los problemas de la ciudad: las colas que se formaban al amanecer, las mujeres viejas con bolsos de hule que se pasaban el día entero a la espera, se dio verdadera cuenta del virtuosismo de Gigi. La calefacción eléctrica del apartamento era tan débil como su iluminación misma. Los radiadores se enfriaban después del desayuno. Los grifos se quedaban secos a las ocho de la mañana y no volvían a correr hasta ya entrada la tarde. La bañera no tenía tapón. El retrete se limpiaba a fuerza de cubos de agua. Y no es que Corde fuese hombre exigente en materia de confort, se limitaba a observar todo esto, y lo observaba con interés. La salita, en otros tiempos sala de espera del cirujano, estaba amueblada con grandes sillas viejas tapizadas de cuero liso y pelado. Había también lámparas caladas de cobre que parecían minaretes. Todo ello eran cosas buenas, de los tiempos de la burguesía. Las vitrinas Biedermeier

habían sido probablemente despreciadas por los jóvenes revolucionarios en los años veinte, pero, llegados a la vejez, se apegaban a estas cosas, convertidas en recuerdos de antigua felicidad. Era muy raro, pensaba Corde, que aquellos sofás, de viejo brocado anaranjado y armadura incrustada de madreperla, pudieran ser objeto de tanto afecto; y las delgadas alfombras de ocasión, los cuadros con marco dorado, las gruesas ediciones de *Larousse*, los libros anticuados de medicina en alemán e inglés. Cuando cayó en desgracia y perdió su pensión, Valeria vendió sus mejores cosas de porcelana y plata, y sus últimos vasos de Baccarat se habían hecho añicos durante el reciente terremoto. Estando las dos echadas en el suelo, la tita Gigi había oído el cristal destrozarse sonoramente, saltando contra el suelo, y los objetos que quedaban no tenían casi valor, pero era evidente que estaban consagrados, porque eran las cosas viejas de la familia: la mesa de trabajo del doctor Raresh, la cama de Minna, los cuadros de su cuarto, hasta sus cuadernos de notas de estudiante universitario.

Era mucho mejor este piso antiguo, versión balcánica del estilo Haussmann, que el «Hotel Intercontinental» y que el «Athénée Plaza»^[1], con sus comodidades totalitarias de lujo y las actividades de la Policía secreta, la *securitate*: escuchas detrás de los cortinajes, cintas magnetofónicas girando en aquel sombrío aislamiento. También el piso aquel estaba conectado, probablemente, con los últimos ingenios electrónicos norteamericanos de escucha. Diga usted lo que desea, y seguro que hay un fabricante norteamericano dispuesto a vendérselo. Y, si no norteamericano, pues francés, o japonés, o italiano. Y cuando se quería hablar en privado, lo mejor era salir al aire libre, pero hasta en las calles le daba Minna codazos de alerta, indicándole gente que estaba perdiendo el tiempo por las cercanías, paseándose con lentitud o charlando.

—Ya, yo mismo los distingo —decía Corde entonces.

La portera gorda, Ioanna, estaba siempre de charla con aquellos moscones, informándoles, pero, así y todo, era también amiga de la familia. Así es como estaban las cosas, y tanto Valeria como la tita Gigi se lo habían explicado a él más de una vez.

Corde conocía muy bien a las dos viejas. Valeria había estado de visita en Estados Unidos, y tanto él como Minna las habían visto a las dos en el extranjero. Siempre que podían conseguir visado de salida, las viejas hermanas cogían el avión para París, Francfort, Londres. Naturalmente, había que reclamarlas, porque no tenían ni dólares ni pasaporte, y las dos salían del país sin un céntimo, ni siquiera lo justo para pagar un taxi. La primavera pasada, sin ir más lejos, Valeria se había reunido con Corde y con Minna en Inglaterra.

Valeria observaba minuciosamente a la gente, pero posiblemente no se había dado cuenta del importante lugar que ocupaba en el corazón de Corde. ¿Y cómo iba a dársela? El decano, con su voz profunda y sus movimientos desmañados, solía sentarse, estirando las piernas y reposando el cuello contra el respaldo de la silla como un reportero que mata pacientemente el tiempo en una sala de espera, en busca de una información. Su manera indiferente y descuidada de mirar a la gente, los ojos

pardos saltones, su aspecto de estar sumido en sus propios sueños, era probablemente lo que le había dado la reputación de ser un juerguista, un mariposón. Tanto Minna como Valeria estaban prevenidas contra él, y la acusación era falta de equilibrio erótico y donjuanismo. Y la verdad era que, desde el punto de vista de la perfecta respetabilidad, Corde no era un buen partido.

—Es cierto que ha estado casado antes, pero también yo —dijo Minna a su madre.

Valeria tenía mucha influencia sobre Minna, pero, en este caso, fue Minna quien tomó la decisión por sí sola, y fue una decisión prudente. No había tal falta de equilibrio, y Corde resultó ser persona perfectamente equilibrada y normal. Al cabo de varios años de observación, Valeria le dio su aprobación.

—Tenías toda la razón sobre Albert.

Valeria, después de todo, no era una de esas damas balcánicas llenas de prejuicios provincianos, había estudiado a Freud y a Ferenczi, y era psiquiatra. Corde esto último se lo perdonaba, a lo mejor resultaba que la psiquiatría era distinta en los Balcanes; él, ciertamente, no estaba tan desequilibrado como para convertirse en un caso digno de observación.

De modo que allí estaban, en el cuarto antiguo de Minna, que seguía siendo el cuarto de una estudiante. Valeria había preferido conservarlo así. Había libros de texto, diplomas, fotografías de grupos de alumnos. Era, evidentemente, el lugar favorito de Valeria, donde se sentaba a leer, a coser, a escribir cartas. Corde fue mirando, curioso, los libros que había en las baldas. Muchos de ellos eran ingleses y franceses, encontró una vieja colección de obras de Oscar Wilde, publicada por alguna sociedad inglesa de lectores, con tapas de cartón rojo, que habían ido desluciéndose hasta ser de un rosado desvaído, y se puso a mirar algunos de los poemas que se había aprendido de memoria de joven, piezas melodramáticas, como, por ejemplo, *La casa de la ramera*, la muñeca prostituta y el amante con mecanismo de relojería, los escándalos del amor griego, las angustias de los jóvenes que se habían portado tan bien en el colegio, pero que, de pronto, se despertaban junto a sus amantes asesinadas, en Londres, con manchas de sangre y de vino en las manos. ¿Por qué las habrían matado?; estas son las consecuencias del amor, muy poco práctico, ciertamente. Corde, sobre todo, quería encontrar unos versos sobre el infierno rojo en que puede extraviarse el alma ciega del hombre, y acabó encontrándolos, y le divertieron: la tierra, girando bajo sus pies, y los girasoles, fatigados; pero su diversión no duró mucho tiempo, y acabó dejando el libro, no tan entretenido, después de todo; la calle le resultaba más interesante.

Todavía estaban reparando los daños del terremoto. Una máquina, una grúa con ruedas, iba pasando revista a los pisos del bloque de apartamentos, y un equipo de dos hombres estaba en su gran cubo, remendando las grietas que había en el estuco, mientras mujeres con pañolones en la cabeza sacudían sus alfombras en plena mañana. Por todas partes se oían los golpes de las que las sacudían: ¡hale, pégale

duro! Y el polvo que levantaban salía despedido contra la luz del sol. Ladraba un perro, gimiendo como si una de las palas de sacudir alfombras le hubiera sacudido a él, luego volvió a ladrar. El ladrido del perro, que era una protesta contra los límites de la experiencia perruna: ¡por Dios bendito, abran el universo un poco más!, o eso le pareció por lo menos a Corde, que estaba encerrado. A él le habría gustado salir a dar vueltas por la ciudad, pero Minna tenía miedo de que la *securitate* lo detuviera. ¿Qué pasaría, por ejemplo, si le acusaban de haber vendido dólares ilegalmente? Ella había oído hablar de casos así, y sus amigos se lo habían advertido. Bueno, de acuerdo, ya tenía ella bastantes preocupaciones, de modo que se quedó también él en casa.

Minna estaba ocupada en la salita. Amigos, a quienes llevaba veinte años sin ver, venían a visitarla: Viorica, Doina, Cornelia. Corde recibió aviso de presentarse en la salita. El marido norteamericano. El teléfono sonaba sin parar. En cuanto buenamente pudo, volvió al cuarto, que era su refugio. Durante tres días estuvo pensando en lo bien que le sentaría poder salir a diluir en aire libre las tensiones que había traído consigo de Chicago (calambres en las piernas), pero acabó dejando de pensar en ello.

Vuelta a las baldas. Echó a un lado las primeras filas, para ver los títulos que ocultaban. La pedagogía era uno de los temas favoritos de Valeria, y encontró un libro de texto elemental, aún inédito, con figuras de vacas, cerditos, jacas. Sintió curiosidad sobre la adolescencia de Minna y se puso a hojear álbumes, a mirar instantáneas. En los cajones encontró monedas de regímenes anteriores, botones repujados, documentos del tiempo de la monarquía, relojes parados, cruces bizantinas sujetas a finas cadenas de plata, recortes de periódicos, cartas del doctor Cushing a Rares, uno de sus mejores discípulos. Había también recortes sobre Corde, por ejemplo, cuando fue nombrado decano, cuando lo hicieron doctor honoris causa de la Universidad de Grinnell, Minna había enviado a su madre un ejemplar de la primera parte de su largo artículo sobre Chicago, que tantas complicaciones había causado. Y las complicaciones seguían todavía. Esta era una de las cosas que había traído consigo. Valeria, evidentemente, había leído aquello con detenimiento, haciendo señales al margen en la parte donde se hablaba del absurdo estado de los presos de la cárcel del Condado, el despotismo de los matones, los negocios sucios, las palizas, los casos de sodomía y los apuñalamientos en la sección peor de la prisión: «Dodge City», «H1»; los presos que se metían las perneras de los pantalones por los calcetines a fin de evitar que las ratas se les subieran piernas arriba durante la noche. Esto sí que era un infierno rojo para extravío del alma.

Evidentemente, a Valeria, como psiquiatra, le había interesado el estudio de la personalidad de su yerno, tal y como la revelaban los temas que este escogía para escribir: las palizas y los casos de sodomía, un asesinato, cometido con el metal, muy afilado, de la pata de una cama, estaban todos subrayados en rojo. Corde leyó cuidadosamente estos pasajes, encogido y con el abrigo puesto, fijándose en cuántas veces mencionaba el televisor que había en cada cuarto de estar de los presos y los anuncios y las noticias deportivas, «las alternativas que ofrece la sociedad siempre a

la vista», y también su observación sobre la «extraña manera en que la mente del delincuente se carga de imágenes de esa otra anarquía, la legítima». Valeria había rodeado estas frases con un círculo rojo. Pero no había recibido la segunda parte del artículo, que trataba principalmente del escándalo de Rufus Ridpath, del caso de Spofford Mitchell, y estaba lleno de observaciones poco halagüeñas sobre el Ayuntamiento, la Prensa, el magistrado y el gobernador. Corde se había lanzado, indignado, cortante, audaz. El artículo había causado inquietud en la Universidad. ¡Uno de los decanos, enfrentándose con todo el mundo! Era un escándalo, una vergüenza. La administración se condujo con moderación, pero estaba nerviosa, y era sobre todo por culpa de la segunda parte. ¿Qué habría pensado Valeria de la segunda parte?

Valeria nunca había dado motivos a Corde para pensar que se oponía a su boda: era demasiado educada para tal cosa, y tenía demasiado tacto para enemistarse con él. Le estudió, eso desde luego, pero sin mostrar prejuicios contra él. En realidad era una persona razonable, y aunque a Corde, la verdad, no le había hecho mucha gracia verse examinado, estudiado de aquella forma, no tenía más remedio que reconocer que la cosa había sido razonable. «¡Pero, santo cielo!, ¿es que acaso necesito estar en libertad vigilada?». Sin duda alguna se sentía incómodo, y cuando se sentía incómodo se volvía más y más silencioso, hablando apenas con una especie de gruñido sordo y continuo. Pero lo que más le preocupaba de sentirse observado era que ello le forzaba a verse a sí mismo tal y como era: un hombre con cara de plato y boca larga, y no era justo criticarlo por no sentirse a gusto en observación. En una ocasión, por ejemplo, había dicho a un camarero que le trajera una *omelette fines herbes*, e inmediatamente Valeria le había salido al paso, corrigiéndole.

—Se pronuncia marcando la ese líquida, así: *finserbs*.

Se había quedado de una pieza, como ante el abismo mismo de la ruindad. Y es que era, ciertamente, un abismo.

A pesar de todo sentía una gran atracción por la vieja aquella. En la primavera anterior los tres habían estado viviendo juntos en Durrants, en George Street, y él estaba siempre con ellas, sin deseo alguno de lanzarse solo a la calle. Fue con ellas a «Liberty's», a «Jaeger's», a «Harrods», y lo pasó bien. Y en abril toda la inmensidad de Londres se abrió ante ellos y aquellas vacaciones le habían dado esa especie de «agrado», no encontraba otra palabra con que definirlo, que tanto necesitaba y que estaba siempre buscando, evidentemente, y fue encantado con ellas a «Harrods», que, para él, era el «Harrods de los judíos», pero que entonces estaba lleno de árabes. Los paquetes se iban amontonando en la habitación de Valeria, y él le dijo a Minna:

—¿Por qué no le compramos algo que no pueda dar a nadie, que sea solamente para ella?

—No parece necesitar... —comenzó a decir Minna—, a ella le basta con estar con... nosotros. Y en Londres, sobre todo. Le encanta Londres.

Nadie entendía mejor que los ingleses el arte de crear comodidad en un ambiente

pobre. Se limpiaban bien las mesas viejas, dándoles brillo, se enmarcaba la cochambre en oro, y, sin pedir excusas ni defenderse, se dignificaban los flecos raídos, se cepillaba bien el pelo del terciopelo; estos eran los detalles dickensianos que a Corde le encantaban. No estaba muy seguro de lo que pensaba Valeria de este hotel, que no tenía nada de lujoso. ¿Es que su yerno norteamericano no tenía para más? Llegando de Bucarest lo más probable era que prefiriera el «Ritz», pero él, después de todo, no era más que un decano, no el gobernador de Texas, aunque también era cierto que el gobernador no le habría parecido bastante para Minna, ni tampoco uno de los miembros del consejo de administración del «Chase Manhattan Bank». Pero, a pesar de todo, la sensación de «agrado» humano no habría sido posible si la vieja no le hubiera aceptado. Y la verdad es que le aceptó en seguida, le encontró bien, los dos eran como es debido. Si bien sus maneras eran más bien apacibles, como las de un preso en libertad vigilada, con promesa de buena conducta, las de ellas eran obsequiosas, pero sin exagerar. Bajaba por las mañanas temprano a comprar el *Times* para Corde, porque, si no, ya para las ocho y media era probable que el portero del hotel le dijera que lo sentía mucho, pero que ya no le quedaban. Y se encargaba de que siempre hubiera un ejemplar del periódico en la silla de su yerno. Luego ella se sentaba a esperarle en el comedor, con su bonito vestido sastre y su pañolón de seda al cuello, de un encantador azul verdoso. Y hasta que llegase Minna, Valeria no aceptaba ni siquiera una taza de té de los camareros españoles. Cuando el desayuno estaba a punto de terminar, Corde echaba su silla un poco a un lado, e inclinando la cabeza hacia atrás, de una manera peculiarmente suya, debido a que tenía el cuello delgado, fijaba su mirada en el *Times*, periódico extranjero, pero impreso en su propio idioma, y, mientras leía, no pasaba por alto ninguna noticia política, como periodista veterano que era, sacando sus propias y rápidas conclusiones, como diciéndose a sí mismo: «Conozco yo a la gente esta». Mientras las damas hablaban de sus planes del día, el decano echaba también una ojeada a la sección de cambio de divisas, las notas necrológicas de funcionarios y militares retirados, el Programa de la Corte, información de Wimbledon, asuntos, en general, de interés muy relativo. Sentía oleadas alternas de frialdad y afecto hacia Valeria por el admirable dominio que mostraba tener sobre tal variedad de factores: dudas (sobre él), amor a su hija, apuro por verse sin un penique al que poder llamar suyo. También era cierto que su hija tenía dinero propio, pero su yerno insistía mucho en comprarle abrigos, vestidos, sombreros, bolsos, entradas, convidarla a excursiones, cenas, conciertos, viajes en avión. Y entonces era cuando se daba cuenta de su mirada meditativa. Estaba pensando para sí en él. ¿Qué clase de persona era Albert, cuál era su calidad humana? Cuando él y Minna volvían a su habitación del «Hotel Durrant», estrecha, pequeña, pulcra, después del desayuno, Corde decía:

—Bueno, toma cien libras, cómprale a la vieja guantes de cabritilla. Llévala a Bond Street.

Y entonces Minna se reía de él.

Lo que le pasaba a Minna era que tenía sus propias preocupaciones astrofísicas, matemáticas. Minna, según una metáfora de Corde, estaba pasando por el ojo de una aguja, desde un extremo del universo, un hilo que traía desde el extremo opuesto, y, una vez conseguido esto, Corde no estaba muy seguro de lo que Minna quería coser, pero esta era su manera de concentrar su mente en el *mysterium tremendum*. Enfrentarse con él, el cosmos estaba fuera de su alcance. Su propia y especial habilidad consistía en componer para el lector medio artículos como este que había publicado en *Harper's*, cuyo tema, lo estaba hojeando en el cuarto de estudiante de Minna, eran los tormentos y la vida salvaje de los presos negros bajo la jurisdicción del magistrado mutilado del Condado de Cook, que se había roto el cuello en una patriótica riña callejera con ciertos elementos desbocados, evitando una carga contra él; y..., pero no, aquí el decano se contuvo, tomó la cosa con calma. Tenía que poner fin a aquella tendencia suya a describir escenas para el lector medio, o a lidiar con estudiantes universitarios, cosa que también se le daba bien. Y lo mismo cabía decir de su tendencia, más importante aún, a ganarse, inexplicablemente, el afecto de una mujer como la suya, que había decidido compartir con él su vida planetaria, perdonándole sus defectos, sus pecados, pero sin arrepentirse nunca de ello. El magistrado del Condado, que hacía su campaña en silla de ruedas, fue echado a un lado hasta nueva orden.

Lo que Corde descubrió en Londres fue que Valeria ya no tenía fuerza para viajar, para ir y venir en avión de un sitio a otro. También ella había envejecido. El diagnóstico fue súbito, pero también completo: «Ya no puede azacanear». Estaba enferma, se cuidaba a sí misma, y Corde había visto frasquitos de píldoras en su bolso, cuando lo abría. Ya rondaba los ochenta años, y así y todo fue a Inglaterra en avión. Minna solo podía visitar a su madre en Rumania si renunciaba a su nacionalidad rumana. Bueno, como poder, podría, pero no sería seguro. Era difícil entender por qué le costaba tanto a Minna optar por esa renuncia, puramente simbólica. Encontraba todo tipo de excusas: «No aguanto a esa gente; la idea de tener que ponerme a escribirme con ellos me pone mala; sí, bueno, tengo intención de hacerlo, ya he rellenado los papeles necesarios». Era cierto que se dedicaba más que nada a su ciencia, y los papeleos oficiales le tenían sin cuidado, pero esta era una explicación superficial, a pesar de todo, teniendo en cuenta lo que sentía por Valeria. Y, sin embargo, Minna prefería dar por supuesto que su madre seguía fuerte y en buen estado de salud. Era inadmisibles que Valeria estuviese demasiado enferma para ir de viaje al extranjero. Y, por lo que a Valeria se refiere, habría preferido morir en un aeropuerto que decirle a su hija: «Querida, me siento demasiado débil para llevar maletas, soy incapaz ya de lidiar con los taxis, y no puedo hacer cola ante la aduana. Soy demasiado vieja para ir en reactor». Y, por eso mismo, había ido a verlos a Londres, con la cabeza llena de listas, y todos los días le decía a Minna:

—Tengo que comprar tela para Flora. He prometido a Ionel comprarle manuales de computadoras.

Y cuando no era esto, eran botas para Doina o té de «Fortnum's» para Gigi. Para ella no compraba más que tarjetas postales en color de la abadía de Westminster.

Llamó a Corde desde arriba para que la ayudara a cerrar sus maletas que eran como grandes cajas de cuero. Y conseguir apretar su contenido hasta poder cerrarlas le llevó lo suyo. ¿Cómo iba a poder arreglárselas una vieja como ella para tirar de dos baulones...?, porque casi parecían baúles.

—Le va a costar mucha saliva pasar toda esta quincalla por la aduana.

—Ella se las pinta sola —dijo Minna, encogiéndose de hombros.

Tenía que leer una disertación en un congreso científico en Copenhague, y durante dos días Corde tuvo que encargarse él solo de Valeria. La llevó a comer a «Étoile», en Charlotte Street, y el sitio la encantó. La llevó a una exposición de Rowlandson, en Burlington House, y para entrar tuvieron que hacer cola en la calle y abrirse camino luego por las salas llenas de gente. La vieja sonreía serenamente a las damas elegantes, robustas, sonrosadas y emperifolladas como escarolas, y a los lechuguinos, pero Corde se dio cuenta en seguida de que aquella aventura era demasiado para ella. Resultaba extraño, inquietante de observar. Se sintió preocupado por ella. No podía mantenerse en equilibrio, se ladeaba, como si se escorase, incapaz de coordinar los movimientos de sus pies. Corde le dijo:

—Mira, ya estoy harto de Rowlandson, ¿te importa que nos vayamos?

Y, cuando bajaban por la gran escalinata, se sintió sorprendido por la ligereza y el tamaño de su codo. ¿Cómo podía ser tan grande la juntura? Al tacto parecía una esponja seca. Ella apartó la mano de Corde, y salieron al tráfico de Piccadilly, como un remolino de vehículos y gente. Valeria le dijo:

—Tú tienes cosas que hacer, Albert. Me vuelvo al hotel.

Pero Corde dudaba que fuese capaz siquiera de parar un taxi, de modo que paró él uno y se metió con ella, diciéndole:

—Me dejé la agenda en el hotel, no recuerdo a dónde tengo que ir ahora.

Ella le hizo sitio, en el asiento de cuero negro, y se sentó en el rincón, silenciosa, severa incluso.

El padre de Corde había sido el tipo de norteamericano chapado a la antigua, amigo de la comodidad, tranquilo, «el tipo del coche cama», como solía llamarlo su hijo. Había sido también en cierto modo un señorito, un paseante en corte, pero esta era otra cuestión. Corde sabía imitarlo muy bien, y aquel aire de su padre, como embotado, venía muy a cuento ahora, de modo que recurrió a él, no dando a Valeria el menor indicio de que la había descubierto. Aquella misma noche la llevó a cenar a un restaurante turco, en Wardour Street, y le pareció que estaba más fuerte, hasta el punto de que le comentó lo agradable que era Londres, y le habló de política comunista, recordando cosas de Anna Pauker, de cuyo Gobierno ella había formado parte. Él, a su vez, habló de la vida de Chicago. Gracias a un buen plato de carne y a una botella de vino, Valeria se reanimó un poco y confesó que aquella tarde se había sentido cansada. Entre las tres y las cinco de la tarde el cuerpo se quedaba

sin azúcar en la sangre.

—También yo me siento como decaído por la tarde. Me pasa con frecuencia.

Pero, cuando se hubieran despedido de Valeria en el aeropuerto de Heathrow, Corde le dijo a Minna, con voz mesurada.

—¿Te dijo la vieja lo bien que lo ha pasado? La verdad es que no creo que pueda volver a hacer este viaje.

—Eso no lo puedes decir en serio. El único placer que le queda es viajar. Hacer estas visitas a sitios civilizados. Y vernos a nosotros. Solo vive ya para eso.

Corde no siguió hablando del tema. Le bastaba con haber manifestado su opinión. Ahora le tocaba a Minna sacar las consecuencias, a su manera.

II

En Corde era un instinto, o quizá fuese una debilidad, el fijar siempre la atención en ciertos aspectos, captar ante todo los detalles en todas las situaciones en que se veía. Si llevaba a Valeria a cenar al «Étoile», siempre salía de allí con una idea muy clara del *sommelier*. No le parecía insignificante el que un hombre tuviese arrugas triples en la parte posterior del cuello, como tampoco se lo parecía la forma de sus pulgares, la salud que reflejaba su rostro, la anchura de su nariz, la reciedumbre de su fornido cuerpo italiano en uniforme de camarero. Los ojos de Corde observaron también las bandejas del carrito de los entremeses, las rodajas de *champignons à la Grecque*, la salsa parda, el conjunto de los cubiertos en la mesa. Por temperamento era hombre de imágenes. Observar tanto no era práctico, a veces, por el contrario, era contraproducente, con frecuencia simplemente doloroso, pero no era posible prescindir de lo que le rodeaba a uno.

De modo que cuando se fue de Chicago era preciso recordar que había incluido en el equipaje su polvoriento bolso negro de cremallera, en el que solía meter la ropa. Cuando lo llevaba consigo le rozaba contra la pierna produciendo un ruido: la manera de expresarse del material plástico con que estaba hecho. Dentro del bolso estaba su ropa, normalísima: camisas manchadas y chamuscadas por las lavanderías a mano, pantalones que habrían debido ir al lavadero, pues cerrando los ojos, Corde era capaz de recordar con exactitud dónde estaba cada mancha. Y también, en medio de las prisas del viaje, veía los bloques de hielo del lago Michigan, de un blanco grisáceo y tostado, la capa superior de nieve, manchada de arena que volaba de las playas en alas del viento. Ítem: la camiseta roja, caliente, que se había dejado en casa pensando que Bucarest sería un lugar de clima mediterráneo, más o menos, una ciudad ligera y no pesada; rocó. ¡Rocó! Cuando, por el contrario, era una masa tras otra de bloques socialistas de pisos y de oficinas del Gobierno. Y ahora echaba de menos su camiseta caliente. Ítem: el tubo de pomada que necesitaba para tratarse el sarpullido que le salía en torno a los tobillos estaba reseco, enrollado hasta la misma punta, y la verdad es que debiera haberse comprado otro antes de coger el avión. Ítem: sus tiestos de violetas africanas. ¿De qué iba a servir dejar encendida la luz ultravioleta? ¡Esta sí que era una crisis: salvar sus plantas! Había oído decir que metiendo el extremo de una cuerda en un cubo de agua, el otro extremo transmitiría suficiente humedad, pero no había tenido tiempo de ponerlo. Ítem: el bote de té «Earl Grey» que tenía en la cocina, y los plátanos. Esto sí que se lo llevó consigo a Europa. Pero se había dejado documentos esenciales en su escritorio y no le había sido posible dar con su cuaderno de direcciones; lo más probable era que él mismo se lo hubiera escondido a sí mismo. Bueno, daba igual, no iba a ponerse a escribir cartas en Bucarest. Su instinto era reducir lastre, tirarlo todo y volar con lo puesto. Lo único que realmente sentía haber dejado eran las violetas. Minna hizo la maleta, llenándola de papeles sobre astronomía, a los que ella daba más importancia que a sus propios

vestidos, ni durante el viaje podía estar separada de aquellos libros y separatas, hasta el punto de que, en lugar de facturarlos, lo que hizo fue llevarlos consigo como equipaje de mano. Minna tenía los ojos como cambiados de sitio, por la tensión parecían frutas maduras en un bodegón excéntrico. En cuanto llegó el telegrama de Gigi dejó de comer y en cosa de unas horas se volvió macilenta y descolorida, y su rostro adquirió una especie de color negativo. Su labio inferior se contrajo y la barbilla se le llenó de manchas. Corde era constante observador de su mujer. Ítem: el taxi que les llevó al aeropuerto corría entre diques de nieve. Había caído sobre Chicago la primera ventisca del invierno. El taxi estaba demasiado caliente y apestaba a excremento. ¿De perros?, ¿de seres humanos? Estaba tórrido, y, al tiempo, helado; el Ártico y el Sahara juntos. Además, el taxista estaba empapado en agua de Colonia y el suelo del vehículo, de goma acanalada, estaba lleno de suciedad y cascajo. Corde dijo:

—La gente ha dejado hasta de limpiarse el culo.

Tomó la precaución de decir esto en francés, y la verdad era que sonaba algo falso, algo así como a alegría, y repulsión, cachondas en un idioma extranjero. En fin, fue una ingeniosidad desperdiciada, porque Minna apenas le oyó.

Fue pasando revista a más detalles camino del aeropuerto. ¿El sistema de alarma?, ¿las llaves?, ¿las ventanas?, ¿instrucciones al portero para que recogiese la correspondencia del buzón, los periódicos de la puerta principal? ¿Había ido al Banco a por dinero? ¿Había hablado con De Prima, el abogado? ¿Había dejado el teléfono de Valeria a Miss Porson, en el despacho? En la Universidad podrían tener necesidad de ponerse en contacto con él. Pero Minna no estaba pensando en los problemas especiales del decano, sino en el tiempo que le correspondía a ella usar el telescopio de Monte Palomar. Le había tocado usarlo en la semana de Navidad, pero eso ahora había sido anulado, naturalmente.

—Sí, claro que saben dónde llamarnos —dijo.

Con sus cejas pobladas, la longitud vulgar de su boca, su voz baja, su serena postura habitual, y encima los estudiantes le decían, de vez en cuando, que estaba estupendamente conservado, cumplido ciertamente agradable, pero no merecido, Corde estaba lanzado a la tarea de cubrir su propia retirada contra las fuerzas de la agitación. Cuando despegaron del aeropuerto sintió como si todas sus perplejidades de Chicago se le inyectaran en los nervios, y, a pesar de todo, cuando fue al retrete del «Lufthansa 747» y se encendió la luz se dijo que no estaba mal, después de todo, con una boca que parecía una simple frase declaratoria, a pesar de que había tantísimas cosas complejas y complicadas que decir.

Luego, después de una curva de miles de kilómetros, Corde se encontró atascado. Pero, por muy extranjero que le pareciera, aquel ambiente le deparaba una cierta intimidad, la intimidad instantánea del cuarto viejo de Minna. Se pasaba gran parte del día echado entre cojines rumanos en un sofá, bebiendo aguardiente campesino y comiendo uvas, de un verde pardusco y gruesas pepitas, que le traían del campo los

agentes lejanos de la tita Gigi. Como el corazón de Gigi se comportaba con irregularidad, permanecía la mayor parte del tiempo en la cama, pero se pasaba el día entero recibiendo a mujeres que iban y venían constantemente, informándola, recibiendo sus instrucciones. Estaba obsesionada con Corde, que no tomaba más café que el de verdad y, privado de whisky norteamericano, necesitaba por lo menos *pálinca*. Estaba acostumbrado a comer carne, y la carne allí era prácticamente imposible de conseguir, acompañándola con una botella de vino, y vino sí que se podía conseguir, aunque fuese de calidad inferior, en el mercado negro. Corde, después de todo, había renunciado a sus comodidades para llevar a Minna a Bucarest, y Gigi había tomado la decisión de rodearlo de todo lo mejor.

—No sabes qué país más rico y maravilloso es el nuestro —le decía—, lástima que no puedas ver la verdadera Rumania.

A pesar de los timbres y los teléfonos y las visitas, a pesar de la lucha creciente con el coronel, a pesar del peso de una vida totalitaria en el exterior, ¡y la ciudad, la verdad, era terrible!, Corde se sentía apacible. No había llamadas urgentes, ni decisiones que tomar, ni cartas desagradables, ni reuniones incómodas, ni luchas cuerpo a cuerpo, ni murmuraciones, o sea gente que iba a por uno, de la manera que fuese. Después de comer se desnudaba, apartaba la colcha abigarrada, que casi parecía una estera, y se dormía. A veces echaba también un sueño después del desayuno. No se sentía firme y seguro ni siquiera en aquel tiempo tan luminoso y saludable, y su consciencia vacilaba como si estuviera conduciendo un coche por interminables llanuras y continentes enteros. Le dolían los ojos, la cabeza, el trasero, le dolían los movimientos, las tripas, el volante. De manera que lo más prudente era retirarse después del desayuno. Por la noche no era fácil tampoco, porque Minna no dormía, y parecía estar allí echada, pasando y repasando revista mentalmente a los peores acontecimientos del día, y a esto añadía los pensamientos que no había tenido tiempo de pensar durante el día. La habitación estaba fría, las noches eran extrañamente negras, o quizá fuera la intensidad misma de Corde, que se expresaba hacia el interior, más negra que la misma noche. Sacó los dedos y se echó las mantas sobre los hombros huesudos, embozándose bien, pero cuando oyó a Minna agitarse se dio cuenta de que tenía que levantarse y darle ánimos. Echarse a su lado solía tranquilizarla, pero esta vez no dio resultado.

No se volvió hacia él cuando le sintió meterse en su cama pequeña y echarla los brazos en torno desde detrás. Tuvieron una conversación susurrada.

Minna dijo:

—¿Qué pensará? Pasan los días y no me ve a su lado.

—¿Qué pensará? ¿Qué quieres que piense? No puede abrir los ojos siquiera y en esa habitación no se distingue el día de la noche... Aparte que se da cuenta de por qué no estás con ella.

—¿Tú crees?

—¡Pues claro que sí! ¿No se va a dar cuenta, con la experiencia que tiene, tanto

en el Gobierno como en la vida corriente? Llevan sometidos a los rusos desde 1945, y eso es mucho, pero que mucho tiempo, de modo que tiene que estar al tanto de todo, hasta de los detalles más nimios. Puedes tener la más completa seguridad de que se lo imaginó todo desde antes de que ocurriera.

—Sí, puede que tengas razón.

Corde bajó la voz aún más:

—Incluso al cabo de unos pocos días los notas encima de ti. Y, al paso que vamos, a lo mejor va a ser este nuestro propio futuro también...

—No debías decir esas cosas...

—No soy yo quien las dice. Yo, personalmente, no lo creo, pero es lo que uno ve y oye. Fíjate, si no, lo que se dice de la nueva derecha rusa. Como, por ejemplo, que son las democracias débiles las que producen dictaduras, o que nuestra decadencia está llevándonos derechos a la catástrofe. Claro es que exageran, pero es imposible no pensar en ello.

Minna le dejó seguir hablando, y él acabó callándose. No era aquel el momento más adecuado para exponer tales opiniones. Visiones aviesas. El infierno de los pobres de espíritu. Lo que le pasaba a él era que leía demasiados artículos y demasiados libros. Y si no hubiera estado aquello tan oscuro y hubiese hecho tanto frío no habría dicho nada de todo aquello. De noche, ya se sabe, exagera uno. Entre él y la almohada notó la masa flotante de la cabellera de Minna.

—Quieren hacerle una traqueotomía —dijo ella.

—¿Es necesario?

—El doctor Moldovanu me dijo por teléfono que era absolutamente necesario, y me dijo también que había enviado un informe al coronel sobre las visitas. A él le parece que a mi madre le sientan bien.

—Todos le tienen miedo al animal ese. Los tiene aterrorizados.

—Ileana me dijo que cuando la madre del doctor Moldovanu tuvo un infarto no le permitieron mandarla al hospital del partido. Rechazaron su solicitud.

—¿Lo llaman infarto aquí? Tendrá que haber alguna manera de saltarse al sujeto ese. Si estuviéramos en Chicago, o en Honduras, o en algún sitio por el estilo...

—Lo que no sé es cómo puede rehusarme a mí...

Corde había cogido la costumbre de explicarle las cosas a su mujer, poco ducha en los asuntos de este mundo. Esto a él le gustaba y a veces hasta le resultaba provechoso.

—Es que, de esta manera, se le presenta la oportunidad de poner a prueba la eficacia de sus métodos de control. Así se afina mucho —dijo Corde—. Y te diré que ayer mandé una nota a una persona de la Embajada norteamericana.

—¿Ah, sí?

—Pues sí. Le dije a Gigi que la hiciera llegar en lugar mío. Está a un par de manzanas de distancia. Verás, lo que pasa es que poco antes de que saliéramos de Chicago, telefoneé a mi viejo amigo Walter, en Washington, y le expliqué a dónde

íbamos y a qué, le conté todo este asunto, y él entonces me llamó luego dándome nombres de aquí..., contactos. No es que espere demasiado de ellos, pero a este sujeto, que está en el departamento de información de la Embajada, le dije que quería ir a verlo.

—¿Y crees que nos va a servir de algo?

—Con probar no se pierde nada. Podría proponerle que pida al Departamento de Estado que nos eche una mano.

—¡No digas! ¿Y crees tú que lo harían...?

—Va a haber elecciones pronto, y esta podría ser una de esas buenas acciones de la Casa Blanca. En los periódicos sonaría bien.

—¿Y hacen cosas así?

—La gente esa es agradable, y hueca, como los buñuelos. En fin, que le dije a Walter que hablara con las personas apropiadas, en el Departamento de Estado. Es tu doble nacionalidad lo que me preocupa desde que estamos aquí.

—Eso debiera haberlo remediado yo hace mucho tiempo.

Minna cambió de tema. En cuestiones científicas, era científica, pero, en todo lo demás, sus métodos eran más bien mágicos, o por lo menos eso pensaba Corde. Renunciar a la doble nacionalidad sería para ella reconocer que su madre era mortal, y esto, a su vez, habría podido debilitar a la pobre vieja. Una forma primitiva de razonar.

—La tita Gigi me dice que me ponga en contacto con el doctor Gherea —dijo Minna.

—¿Gherea?

—¿No te acuerdas de él? No, no te acuerdas.

—Sí; claro que me acuerdo. El alumno de tu padre, el que hizo neurocirugía.

—Justo, ese. Es el principal neurocirujano de aquí, prácticamente el único que hay. Fue mi padre quien le hizo lo que es. Y cuando murió mi padre se convirtió en un tipo importante.

—¿Y es bueno?

—Dicen que es un genio.

—Pues tendremos que pensarlo.

Su cama de estudiante era demasiado estrecha para los dos, y él volvió al diván. Varias veces en el transcurso de la noche se levantó para ir a acariciarle la cabeza o besarla en los hombros. Estos remedios siempre habían dado a Corde una sensación de útil poder, pero ahora no daban resultado. Los dolores nocturnos eran demasiado intensos, y él mismo también los sentía. Se puso a escuchar la respiración de Minna, y le pareció que estaba conteniendo el aliento. Esperó, escuchando, hasta que la sintió exhalar, y entonces, finalmente, dijo:

—Oye, vamos a sacar la botella y nos tomamos un trago o dos. No vale la pena seguir perdiendo el tiempo así, echados como dos tontos.

Encendió la luz y se sentaron los dos, el uno junto al otro, con la chaqueta puesta,

a beber aguardiente de ciruela. Era una bebida algo aceitosa y fétida, pero les calentaba por dentro, resultaba suave. Luego subían los vapores fermentados.

—No va a resultar fácil ponernos en contacto con Gherea.

—¿Y por qué no? —preguntó—, ¿no le conoces?

—Hace treinta años era como de la familia. Pero se ha convertido en un salvaje.

—¿Qué clase de salvaje?

—Pega a la gente..., a sus ayudantes, a los anestesiistas, a las enfermeras. Pega hasta a sus colegas, y le tiene todo el mundo sin cuidado. Y le tienen que aguantar. Les pega y les propina patadas cuando le dan un instrumento equivocado. Y nunca hace ninguna operación si no es por dinero. «O me da usted quinientos mil leí, o no le extirpo el tumor cerebral».

—Vamos, una bestia. No tienes que explicarme lo que es una bestia. Y el único tipo terne de la ciudad.

—Justo, Albert. Y, fíjate, hasta al hijo del dictador, cuando tuvo una fractura en el cráneo y se lo llevaron a Gherea, dicen que Gherea fue y le puso en una cama con otro paciente.

—¿Es que aquí ponen a dos en una cama?

—Hay muchos hospitales que sí. Y esta fue la forma de Gherea de decir al jefazo que hay que gastar más dinero en hospitales.

—De modo que hasta el dictador tiene que aguantarlo. ¿Y qué es lo que hace Gherea con toda esa pasta que le saca a la gente? ¿Darse la gran vida?

—Me imagino que sí. Pero la verdad es que no sé cómo se las arregla, porque nunca sale del país. ¿Cómo se puede uno dar la gran vida aquí? No habla más que rumano. A lo mejor sabe ruso. Me parece que es de Besarabia. Nunca va al extranjero.

—¿Cuadros, música...?

—Dicen que no le interesan esas cosas.

—¿De modo que solo se rodea de sus cuchillas y sus serruchos? ¿Él y la muerte, mano a mano? ¿No le interesan más que los datos básicos? ¿Y qué me dices del sexo?

—Justo, eso. Tiene una amiga, y da la casualidad de que la conozco. La conocí en Zúrich, hará ocho o diez años. Es muy buena persona, divorciada. Viven juntos.

—¿Y lo que quieres es persuadirlo para que examine a Valeria?

—¿Qué piensas tú de Gherea?

—Tu gente tenía estilo, distinción, y él era un patán. Le acogieron porque tenía disposición para la cirugía, pero él los despreciaba, pensaba que era tonto que, con todas las ventajas que tenían, fuesen comunistas. Tenía mentalidad de campesino. Se dedicó a aprender de su padre las técnicas de Cushing, y luego, al diablo con él.

—Eso es lo que pasó, más o menos —dijo Minna, a quien gustaba mucho la facilidad con que Corde relacionaba las cosas, hasta el punto de que recurría a él cuando quería aclararse las ideas.

—Me lo imagino perfectamente. Es uno de esos tipos duros, que van a por la

gloria y que se imponen a la gente con sus instrumentos y la habilidad de sus dedos. Y debe de ser difícil operar en el cerebro. O los salvas o los matas. Odia el sentimentalismo, se dramatiza a sí mismo, haciéndose pasar por un animal..., a lo mejor tiene una madre campesina que sigue llorando por él allá, por esas tierras salvajes. Pero él nunca la va a ver. Solo la mujer esta, dedicada a él, tiene acceso a su lado sensible.

—Voy a hablar con ella. Tita Gigi me ha conseguido su número.

—Con probar nada se pierde.

—¿Crees que debo probar?

—Sí, por supuesto, que mire Gherea los rayos X.

Los rayos X mostrarían una nube sobre el cerebro, como la que Corde había visto una vez en una película. Un fotógrafo habilidoso se las había arreglado para introducir una lente diminuta en la arteria carótida, empujándola luego hacia arriba, hasta el cerebro, captando así en la cámara una hemorragia cerebral. Lo que se veía era la sangre que empezaba a salir, como efervescente. Al principio vacilaba, formando como una madeja negra y lanosa, y luego se espesaba de pronto, en un alud negro, la imagen misma de la muerte. El recuerdo de aquel documental era algo que Corde prefería evitar.

Pensó, sí, claro, lo mejor es que Minna convenza al cirujano ese de que eche una ojeada a ese grumo, que haga un gesto. No servirá de nada, claro está, pero, al menos, que luche. Valeria luchó por ella. Y Minna, cuando se bajaba de sus alturas, se ponía a veces como una fiera. Él lo había visto. La lucha era completamente inadecuada, por supuesto. Dadas las circunstancias no conduciría a nada. El coronel los tenía a todos en sus manos, pero, emocionalmente, era necesario luchar.

Corde había oído anécdotas sobre la dignidad con que Valeria había rehusado volver al partido después de haber sido «perdonada». Le dijo al Comité Central que ella había amado a su difunto marido, y que si este le hubiera sido infiel habría seguido amándolo, pero no le habría vuelto a aceptar. En cuestiones de pundonor era el modelo de su hija, de su hermana y de todas las señoras de su círculo. Si hubiera causado problemas serios le habría resultado fácil al régimen deshacerse de ella, pero eso habría inquietado a muchos viejos académicos y médicos, así como profesores de su propia generación, que estaba extinguiéndose. ¿Para qué inquietar a los vejstorios? Por otra parte Valeria siempre había sido persona sensata y circunspecta y sabía perfectamente hasta dónde podía ir, por eso ahora la permitían morir en el mejor de sus hospitales. Pero eso no quería decir que fueran a ser también amables con su hija, que había llegado volando de Estados Unidos, con el halo de su prestigio científico, acompañada de su marido, el decano, y pidiendo un trato especial. Había olvidado, sin duda, cómo funcionaban las cosas allí. O a lo mejor era que nunca lo había sabido. Pues ahora le darían una buena lección. Esta era la situación, tal y como la veía su obsesivo marido. Gigi, que era una ingenua, pensaba que era la sucesora de su hermana vencida, y estaba lista para ocupar su lugar, y también quería proteger a

Minna, como había hecho Valeria. Vaya luchadoras, pensó Corde, pasando revista a la situación como si estuviera estudiándola y rumiándola, pero sus conclusiones eran bastante claras. Las dos mujeres no estaban sacando nada en limpio, ni podrían llegar a sacar nada en limpio. A pesar de todo iban a intentarlo. Y él, también, lo tenía que intentar.

—Hale, apura y a ver si nos dormimos —dijo.

—¿No sabes nada de Chicago? —preguntó ella—. ¿Nada de Miss Porson?

—No, todavía no.

—¿Ni de Vlada, ni de Sam Beech?

A Minna le interesaba el plan Beech. Beech era un colega de la Universidad, hombre de ciencia pura, famoso y notable, muy bien situado en la jerarquía, que había pedido ayuda al decano para presentar algunas de sus ideas al público. Vlada era una amiga seria de Minna, las dos habían estado juntas en Harvard y ambas habían pasado la vida entera estudiando. El antiguo *Lycée* de Minna estaba allí cerca, se veía la forma de la calle incluso a estas horas si se tenía el valor de abrir la puerta que daba al vestíbulo de estuco, después de todo, por frío que hiciera, no podía hacer mucho más frío que en la habitación. El *Lycée* aquel estaba especializado en las disciplinas «duras», al parecer. Al otro lado del telón de acero la historia y la literatura eran temas sospechosos, pero las matemáticas y la física eran incorruptibles.

Vlada era miembro del grupo de investigación de Beech, la principal química del famoso geólogo. Para Minna, el planeta era un tema de estudio muy preferible a los suburbios, la delincuencia y las cárceles. ¿A qué venía preocuparse por esas cosas cuando se podía llegar a ser geofísico, como Beech? Ella confesaba no comprender por qué los artículos de *Harper's* habían inquietado a tanta gente. ¿Qué era lo que decían? Corde la había visto hojear aquellas páginas relucientes, impaciente, tratando de comprender la situación, pero dudaba que las hubiese leído. Ella confesaba que encontraba el estilo difícil y que su manera de utilizar las palabras era extraña, pero le habían dicho que el decano era un periodista de talento fuera de lo corriente y esto a ella le bastaba. Pero el decano le dijo:

—No hagas caso, no es cierto. Eso es simplemente la manera de los periodistas de darse bombo, acicalarse y promocionarse a sí mismos y de dar importancia a su profesión, que, en el fondo, es una mala profesión.

Los Corde tenían problemas con el idioma. Cuando él se lanzaba, Minna no le entendía. Por ejemplo, ¿qué quería decir eso de *acicalarse*? En todo lo importante, por supuesto, Corde se mostraba perfectamente claro con Minna, él era algo excéntrico, hablaba de una manera rara, pero como marido era persona de fiar, un marido cristalizado, no accidental.

Para ella era muy importante que el profesor Beech hubiese ido a ver a Corde después de leer el primero de sus dos artículos publicados en *Harper's*. La colaboración había sido idea de Beech. Corde, entonces, le dijo a Minna:

—A ti esto te parece fantástico, ¿no es cierto? Se diría que te has tomado una

ración doble de tocino de cielo.

Y la verdad era que sí, en efecto, estaba muy contenta, porque Beech, después de todo, era un hombre de ciencia, y un artículo escrito por los dos, cuando se publicase, elevaría a Corde sobre el tumulto que, por la razón que fuese, había provocado.

—Lo que piensas es que a lo mejor se me pega algo de su importancia —dijo Corde.

Y cuando se dio cuenta de lo que pretendía realmente Beech, Corde dijo que a lo mejor aceptaba la colaboración.

—No creas que es tan inocente lo que se propone —le dijo a Minna, pero ella estaba demasiado contenta para comprender lo que esto quería decir.

Vlada misma estaba a punto de llegar a Chicago, la esperaban para Navidad. Tenía en Rumania a su único hermano, e iba a verlo todos los años.

—Si viene de verdad —dijo Minna, pensando que con frecuencia había demoras arbitrarias, por causa de los visados— nos traerá muchos papeles de casa. Esto será buena cosa solo a medias, porque, la verdad, aunque a ti este ambiente te sienta mal, no es mala cosa que pierdas un poco de vista a Chicago.

—Sí, es cierto —dijo él—, toda una serie de males menores.

—Aquí, por lo menos, no tienes al chico ese encima de ti todo el tiempo.

Pensó que era preferible no contestar a esto, y se limitó a decir:

—Lo mejor será que nos durmamos. Hale, apura. Yo siempre puedo dormir un poco en ratos libres, pero tú te pasas el día entero de pie.

III

El chico, Mason Zaehner, era el único sobrino que tenía el decano, hijo de su hermana viuda, Elfrida. Mason era un desarraigado, que, aunque todavía conservaba su vínculo con la Universidad, se pasaba el tiempo vagando por la ciudad. Durante algún tiempo había seguido unos cursos especiales de informática, pero resultó que habían sido un simple camuflaje, pero, camuflaje ¿de qué? Luego, recientemente, había trabajado en los autobuses; y en la cocina de un restaurante en el que también había trabajado se hizo amigo íntimo de un chico negro que estaba allí lavando platos y que estaba en libertad vigilada, cuyo historial Corde había tenido oportunidad de ver. Lo de siempre: robo, posesión de objetos robados, etcétera. Y ahora, le acusaban de homicidio. El joven de cuyo asesinato le acusaban era un estudiante llamado Rickie Lester. El decano en persona había ido a identificar el cadáver, lo cual era inusitado, pero corría el mes de agosto y el principal encargado de cuestiones de seguridad en la Universidad estaba de vacaciones, no había nadie en la ciudad. Corde tenía idea de que la mujer del muchacho, Lydia, estaba tomando calmantes.

En fin, que la Policía había llamado al decano a las cuatro de la madrugada, y luego le habían ido a buscar en su coche, blanco y azul. Hacía muy mala noche. El aire era denso, los hornos de la fábrica «Falstaff» de cerveza, cerca del puerto de Calumet, apestaban, pero así y todo olían mejor que los gases de azufre y estercolero que emanaba la «U. S. Steel», un hedor ácido que le hacía a uno saltar de la cama y correr a cerrar las ventanas. A través de una oscuridad ectoplásmica, el decano fue en coche al hospital, y allí vio al muchacho asesinado.

El rostro de Rick Lester tenía esa expresión de los que acaban de morir, como si les hubieran quitado algo. Se había estrellado contra el cemento del patio desde su apartamento del tercer piso, y tenía el cráneo roto. Su pelo, más bien largo, estaba húmedo (¿sería sangre?) y colgaba hacia atrás. Sus pies finos estaban sucios. Los policías le dijeron que había salido descalzo en plena noche y, yendo de bar en bar, había conducido el coche descalzo. Muchos jóvenes se quitaban los zapatos cuando hacía calor, como si estuvieran en pleno campo, entre bosques, y no en aquellas calles cubiertas de botellas rotas y excrementos de perro. ¿Qué se creían esos niños, encerrados en su torre de marfil, que era Chicago? La expresión que tenía el rostro de Rick Lester parecía indicar que, de haber vivido, habría renunciado a este tipo de andanzas. Los pliegues de su boca, la barbilla firme, le daban un aspecto maduro y blanco, lleno de dignidad. Más adulto, más fuerte, un tipo de ser humano completamente distinto. Corde llegó incluso a pensar que, como había sido sustraído, de una vez para siempre, a la suma de la humanidad activa, lo único que quedaba era tratar de adivinar cuándo habría recibido la lección en cuestión. ¿Se habría sentido iluminado en el momento de la caída? ¿Un resumen de diez segundos de toda su vida?

Corde era hombre de experiencia, y ya no joven, ni mucho menos, y por eso no

había pensado que esta muerte le fuera a causar tanta impresión. La verdad era que no veía por qué. Su reacción le cogió a él mismo por sorpresa. Era como si algo estuviese subiéndosele por dentro, pisándole el estómago y las tripas. Sobre todo la presión contra el corazón le resultaba muy pesada, desagradablemente caliente, y repulsiva, como si estuviera fundiéndosele. Este tipo de sensaciones a él no le servían para nada, y ciertamente no quería que la muerte de aquel muchacho se le erizase en torno de esta manera. Él había visto muchos cadáveres, pero aquel le había impresionado de verdad. Corde pensaba que lo que realmente le había impresionado era el mal que se había apoderado de aquel muchacho de pies tan finos, que ahora parecían estar desmoronándose. Corde no le conocía lo bastante bien como para llorar por él, de modo que a lo mejor no era solamente el muchacho lo que tanto le dolía, sino alguna otra influencia. Después de identificar el cadáver y cubrirle de nuevo el rostro, la revulsión depresiva de Corde, o lo que fuese, asumió un carácter distinto. No quería que la administración se encargase del resto de la manera normal, bajo la guía de la Policía, que investigaría el asesinato a su manera habitual. Le resultaba imposible explicar por qué se había mostrado tan activo en este caso, sobre todo teniendo en cuenta que ya había tenido que ocuparse de la muerte de otros estudiantes, suicidios en su mayoría, y hablar con sus padres. Esto a él no se le daba demasiado bien, y nunca decía lo que la gente esperaba oír, aunque escogía cuidadosamente sus palabras. Su palidez y su cara de torta, así como su voz profunda no conseguían fundirse en un conjunto, en una manera. Él quería decir lo que pensaba de forma sensata y cálida, pero tan mal le salía cuando se veía ante las familias horrorizadas que acababa horrorizado él también. «La verdad es que no comprendo bien esta muerte insensata», era lo que confesaba tácitamente, y las frases sueltas y extrañas que le salían solo servían para desconcertar a los doloridos padres y probablemente también para dejarlos más deprimidos que antes.

¿Qué era lo que había ocurrido? La Policía aún apenas decía nada. Al decano le dijeron que Rick Lester había salido por la ciudad aquella noche y que su mujer había estado un rato con él, pero él luego la había dejado en casa y se sentía demasiado inquieto para estarse quieto. A las dos de la madrugada se le vio en un bar que, según la Policía, era muy cochambroso, y allí «se puso a molestar a todo el mundo, se mostró pesado, era prácticamente el único blanco de todo el local, e hizo ademanes sexuales, según el camarero». Los policías siguieron con su rollo, haciendo por el decano lo menos posible, y poniéndose también ellos muy pesados. Y no es que fueran cínicos, sino que su actitud, propia de una gran ciudad en la que hay muchos homicidios, se resumía en el grosor de sus mejillas y la dureza de sus cuerpos mejor que en sus palabras: las unas y los otros eran capaces de aguantarlo todo, mientras que las palabras, para ellos, eran algo así como un relleno. A lo mejor era que el muchacho estaba cachondo, o que había bebido más de lo que debía, o estaba lanzado a fuerza de drogas. Eso el análisis de la sangre lo diría. A lo mejor conocía a la persona o personas que lo tiraron por la ventana. Pero aunque las palabras de la

Policía eran profesionales, su trabajo profesional no resultó demasiado satisfactorio. Actuaban despacio, indiferentes. El laboratorio criminológico móvil no hizo lo que tenía que hacer. Y luego resultó que el informe del forense era incompleto. Y todo ello fue a peor, en lugar de a mejor, para finales del verano. La empresa de pompas fúnebres no hizo tampoco bien su trabajo. La joven esposa se derrumbó y dijeron que tenía que irse a algún sitio a reposar durante una temporada.

Uno de los policías aconsejó a Corde que ofreciera una recompensa, y Corde se puso en seguida a buscar el dinero. Esto le planteó problemas con el rector de la Universidad, aunque nunca hasta entonces había tenido ningún problema con él. El rector, Alee Witt, solía mostrarse servicial, y Corde había tenido buena opinión de él hasta entonces. Witt, que era hombre de maneras suaves, consideradas hasta el extremo y solícitas, y sumamente bondadoso, pensó que quizá fuera mejor que la Universidad no moviera mucho el asunto. Este caso tenía un cierto matiz racial que podría traer complicaciones, y nunca se sabía qué cosas desagradables podrían ir saliendo a la superficie. Pero Corde persistió. Tenía en la mano una lista de fondos de donde se podría sacar dinero, de modo que por falta de medios no podría ser, y acercaba la gran cabeza, bajándola hasta el punto de que las gafas se le resbalaban nariz abajo, apartándosele de los ojos y de las pobladas cejas, sin alzar la voz, pero, al mismo tiempo, rehusando aceptar una negativa. La Universidad tenía el dinero y debía aceptar aquella solución. El rector llegó a pensar que Corde estaría dispuesto a dimitir si no se salía con la suya. Evidentemente, se lo había propuesto. Pero ¿por qué razón? Eso era lo que el astuto rector no acababa de comprender. Le dirigió una de sus sonrisas, no demasiado agradables de comprensiva suavidad, pero era un tipo duro de Chicago; su cuello, su pecho, lo proclamaban: no un tipo grandote, pero brutal sí, desde luego: fuerza de cargador concentrada en aquellos músculos. Nunca hasta entonces se le había presentado a Corde la oportunidad de darse cuenta de esto. Aquel día conoció físicamente al rector.

—Bueno, supongo que podríamos ofrecer unos pocos miles de dólares si es que realmente es necesario ofrecer dinero —dijo Witt finalmente.

—Es lo que hace falta para conseguir información, la Policía asegura que no hay otro remedio —dijo Corde.

En cuanto se anunció la recompensa se presentaron testigos, como era de prever, y a las veinticuatro horas ya habían sido detenidos dos sospechosos gracias a ello. Uno de los detenidos era Lucas Ebry, amigo de Mason, y el otro una prostituta, con largo historial de delincuencia. A partir de ahí el caso fue complicándose a toda marcha, y eso fue gracias a Mason, porque en seguida organizó algo por su cuenta. Corde era incapaz de contar en qué consistía ese algo, pero era, a fin de cuentas, un movimiento de resistencia, una campaña defensiva. Lo que decían los estudiantes radicales era que la Universidad mantenía una guerra secreta contra los negros y que el decano estaba conspirando con la Policía, utilizando la influencia y el prestigio de la Universidad para oprimir a los negros. Se aprobaron resoluciones y se publicaron

en el diario de los estudiantes, que tomó por su cuenta el caso, dándole mucha publicidad.

Mason aseguraba que no había habido ningún asesinato. Rick Lester no había sido tirado desde ninguna ventana, sino que se había caído, tropezando. En cualquier caso, había sido suya la culpa, porque estaba provocando. Los militantes de la Universidad desarrollaron los aspectos ideológicos que presentaba el caso, como, por ejemplo, que la Universidad estaba tratando de reducir el número de viviendas para negros en la zona, que rehusaba prescindir de inversiones sudafricanas, que se mostraba reacia a actuar de manera clara y decisiva. El decano, que también había sido universitario radical cuarenta años antes, se dio cuenta entonces de lo poco que habían cambiado las cosas. Las mismas reuniones, la misma propaganda subversiva, las mismas consignas, el mismo fanatismo, los mismos métodos de presión. El rector dijo:

—Esto irá calmándose poco a poco, como ocurre siempre.

Pero lo que realmente quería decir era: «Fíjate, la que has armado». Y la cabeza de Corde se adelantó hacia él silenciosamente, con una escueta inclinación que no cedía un ápice. Ya sabía a qué atenerse ahora con respecto a Witt, aunque lo cierto era que no tenía la menor idea de cómo lidiarlo.

Mason tuvo la cara dura de ir a ver a su tío. Desde el vestíbulo, la secretaria de Corde, Miss Porson, que era su aliada, pero amiga también de las emociones fuertes, le dijo discretamente por teléfono:

—Está aquí su sobrino, dice que quiere verlo veinte minutos.

—Dígale que puedo verlo un momento entre dos visitas —dijo Corde.

Ya estaba abriéndose la puerta de su despacho, y apareció su sobrino en el umbral, el intrigante de Mason, siempre ocupado en tramar algo, con su habitual atuendo juvenil: pantalones vaqueros estrechos y usados, camisa multicolor, el pelo cogido en cola de caballo. ¿Cómo entender a Mason? A Corde nunca le habían gustado las adivinanzas, ni la gente que se esforzaba por dejarlo a uno perplejo. ¿Le tenía antipatía a su sobrino? No, más bien lo que le inspiraba eran sentimientos muy encontrados. Era un muchacho delgado, larguirucho, de codos puntiagudos, que andaba despacio y separando las piernas; Mason quería hacerse el elegante, parecía pensar incluso que de su persona emanaba una especie de valiosa fragancia. ¿Y cuáles eran sus opiniones? A veces se le veía con los de la Internacional Mundial de Trabajadores Marxistas Leninistas, los mismos que iban con banderitas rojas, vendiendo sus periódicos por las calles, pero no pertenecía a su grupo. Si Mason hubiera tenido una ideología determinada habría resultado más fácil torearlo, pero Mason no tenía la menor intención de facilitarle la tarea. No, Corde no conseguía identificar la actitud del muchacho si es que tenía una actitud, porque a lo mejor lo que pasaba era que no la tenía.

Mason entró en el despacho adoptando los aires ligeros y alegres de un Huckleberry Finn. Esto deprimió a Corde, porque detrás de toda aquella ligereza se

intentaba insinuar la existencia de algo peligroso, equívoco, indefinible. Corde preguntó silencioso, como una plegaria más que como una pregunta, ¿tenemos que pasar por esto?, pues, sí, tenemos, y, aceptando la necesidad, se arrellanó en su sillón de decano, cruzándose de brazos y de tobillos. Inclinandose algo de lado trató de adoptar una postura digna, y dijo:

—Tengo un visitante que va a llegar de un momento a otro, pero siéntate.

Mason, cuando se sentaba, tenía aproximadamente la misma elegancia que una taladradora petrolífera: era larguirucho, su cabeza parecía lejana, y se la veía subir y bajar rítmicamente, en un campo lleno de otras taladradoras parecidas. Con el tiempo el muchacho iría engordando desde luego, y el peso extra quizá fuera reduciendo su nerviosismo. Su padre había sido un hombre de gran volumen, todo lo contrario del tipo nervioso. Mason padre, importante abogado de Chicago, con relaciones en los bajos fondos, había sido un tipo duro, arrogante, avasallador. La gente brutal, estos tipos concedores a fondo de Chicago, son una especie aparte. Mason, ciertamente, no había heredado el volumen de su padre, o, por lo menos, todavía no. Pero, entonces, ¿qué era lo que había heredado de él?

Su sobrino, o, por lo menos, así era como le veía Corde, no estaba en una fase cómoda de su desarrollo. ¿Incómodo? Animado, ligero, pero también erizado, retorcido. La farsa juvenil no estaba beneficiándole en absoluto. Primero, porque la competencia era dura; después de todo, él no era más que uno de tantos, entre millones repartidos por el mundo entero. Y el problema era cómo levantarse por encima de los demás, cómo hacerse con la jefatura; Mason todavía no había dado con la fórmula, y ese era el motivo de su equívoca amenaza, una especie de advertencia: «No me perdáis de vista y veréis». Corde oteó las llanuras atiborradas de competidores; se sentía dispuesto a aceptarlo. Como también se sentía dispuesto a aceptar muchas cosas sobre sí mismo. Por ejemplo, que sería necesario insistir mucho para conseguir que reconociese que su aire de paciencia no era más que una máscara, un *pis aller* y un peso. Pero hubiera sido un error grave tratar de discutir las cosas francamente con Mason, o, peor aún, llevarlas a un nivel de teoría: la juventud, la edad, las tendencias de masas, la imagen que hay que presentar de uno mismo, la demagogia, esas cosas. Y Corde había observado a Minna no hacía mucho tiempo que, aunque la gente se pasa todo el tiempo hablando consigo misma, sin dejar nunca de comunicarse consigo misma, nadie tiene una verdadera relación consigo mismo ni sabe a qué se dedica en realidad, cuál es su verdadera vocación. ¿La conocía verdaderamente Corde? Durante toda su vida había tenido una relación bastante mala consigo mismo, aunque había una posibilidad, una sola, de que pudiera por fin, ir ahora por buen camino. Pero solo una posibilidad. Y le habría gustado decirle a su sobrino que la gente son puras sombras, y aun sombras dentro de sombras, en sus relaciones recíprocas. Si hubiera tenido ánimos, Corde hubiese querido ser amable, sincero, afectuoso, pero Mason no le dio los ánimos que necesitaba ni tenía necesidad de sinceridad alguna, de modo que Corde se mantenía cauto con él, ponía buen

cuidado de no tratarle nunca de tío a sobrino, de no echarle nunca sermones. Se conformaba, y ya era bastante, *de minimis* (Mason padre decía con frecuencia *de minimis*; le gustaba mucho bromear, gruñendo, en latín), o sea decirle las cosas como eran. Y dada la complejidad de estas sombras enmarcadas en sombras, esto ya era bastante. A Corde le desconcertaban las adivinanzas, y ahora Mason le embrollaba, y encima sonreía a su tío, aunque la verdad es que no era gran cosa su sonrisa. Los labios de Mason estaban situados a bastante altura en su cara, y eran gruesos, se hinchaban, y entre ellos asomaban sus sutiles dientes incisivos. Su madre tenía la tez más oscura. El pelo de Mason era rubio, de un reluciente color cobre. Lleno de juvenil vitalidad, parecía también tener un brillo mineral. En su largo perfil y su estrecha frente, Corde le veía parecido con Elfrida. Corde estaba muy unido a su hermana, y, por esa misma razón, le resultaba tanto más penoso ver las mismas facciones de ella adaptadas a..., bueno, en fin, a la maldad, la terquedad, las versiones contemporáneas de la dignidad mal interpretada. Era mala suerte, sin duda..., una verdadera lástima. Corde se sintió dominado por la pena, el corazón se le llenaba de tristeza, ante el espectáculo de aquel muchacho delgado, mal ensamblado, débil interiormente, que se levantaba en armas contra su tío el decano. Pero la tristeza era también excesiva. No había motivo para sentir esa tristeza pesada que lo empujaba en dirección equivocada, de modo que Corde puso fin a ella.

El despacho del decano estaba en un edificio de estilo decimonónico. Habían tratado de convencerlo de que se mudara a otro más moderno, pero él se había opuesto. Las estancias modernas eran demasiado bajas de techo y los tubos largos de la iluminación moderna le hacían daño en los ojos. Además él prefería no estar siempre tropezándose con el rector y los demás del personal administrativo por los pasillos o en el retrete de hombres. Aquella casa decimonónica se ajustaba más a la idea que él tenía de lo que debe ser un edificio universitario. El aspecto de Corde no era tampoco muy propio de un decano. Llevaba un terno cuyo chaleco no estaba nunca bien abotonado, y ningún funcionario que se preciase de estar al día y quisiera ganarse el favor de los estudiantes, jamás vestiría como vestía él. Era una especie de sustituto de sí mismo, un periodista que se hacía pasar por decano. Su rostro ancho, como una esfera ampliada por la calvicie, parecía sencillo y tranquilo, pero también un poco polvoriento, y hacía el efecto de algo que se ha quedado arrinconado. En su aspecto había algo que no encajaba, ¿las grandes gafas, quizás?, ¿o los ojos mismos?, y el pelo largo y sedoso de la parte inferior de su garganta no se avenía bien con su terno. La voz profunda salía de un hombre que, después de todo, no parecía muy fuerte, pero esta apariencia resultaba engañosa, porque Corde era bastante fuerte en realidad.

—¿Qué tal está tu madre? —preguntó.

—Hace tiempo que apenas la veo..., lo siento. Pero ¿qué tal está tu bella esposa? ¡Te lo digo en serio, con esta realmente tuviste suerte, tío Albert!

Corde no contestó. Y no era posible interpretar mal aquel silencio. Pero Mason

continuó:

—Y no solo lo elegante que es, que encima es cariñosa y alegre. Y tú, también, te muestras más animado desde que estás con ella. Las otras señoras a ti te deprimían. Pero con Minna resulta poco menos que imposible estar deprimido. Y, además, es elegante. A mamá le encanta.

—¿Qué es lo que estás tramando, Mason?

—¿Es que no crees que esta visita es puramente social? ¿Estás ocupado? ¿Te molesto?

—Me imagino que de lo que quieres hablar conmigo es de tus molestias.

—De eso ya te escribí. Pero no me contestaste.

—No había manera de contestar a aquellas cartas confusas, iracundas, tenebrosas.

—Pero podías haberme dicho que viniera a verte.

—Sí, después de que te metiste conmigo en público no sé de qué habríamos podido hablar.

—Pues de los verdaderos detalles del caso.

—Te diré, en dos palabras y por su orden, lo que yo pienso que son los detalles del caso. Un estudiante resulta muerto. Yo soy el decano de los estudiantes y tengo que intervenir en un caso de este tipo. Intervengo. La Policía detiene a dos personas y las lleva ante el juez, acusándolas de homicidio. Bueno, pues ahí tienes los detalles del caso.

—Pero es que ofreciste una recompensa a quien diese información.

—Sí, claro.

—O sea, testigos comprados y pagados.

Corde se negó tajantemente a seguir por este camino de alegre amargura por el que Mason estaba tratando de llevarlo, como tomando el caso a broma. Su silencio dejó bien en claro que rehusaba seguir. Bajó los ojos, fijándolos en el sencillo reborde dorado de su mesa de trabajo: una línea recta de arabescos estampados, que a él le hubiera gustado enderezar, dándoles orden y sentido.

—También tengo un interés especial en el caso. Lucas Ebry es amigo mío —dijo Mason.

—¿Muy amigo?

—¿Qué quieres decir?, ¿que los negros de las callejas no tienen amigos?, ¿sobre todo amigos blancos? Y, además, en cuanto se anunció lo de la recompensa llegaron «amigos» de Ebry y de Riggie Hiñes dispuestos a dar información sobre ellos. Lo que querían era el dinero, eso por supuesto. Como si los blancos de los barrios buenos no estuvieran dispuestos a hacer lo mismo por un dólar.

—De eso no me cabe duda —dijo Corde.

—Los negros que viven del auxilio social, esa gente son de *clase baja*, ¿no es así como lo llaman vuestros sociólogos? Lo que pasa es que están esperando a ver si esa piojosa y turbulenta clase acaba siendo exterminada por las drogas, los asesinatos y la cárcel.

—Yo no soy esos sociólogos. Y no son mis sociólogos.

—No, por supuesto, tú eres mi tío Albert, el que me está diciendo constantemente que no le atribuya cosas que él no ha dicho. Bueno, vale. Pero lo que a ti te interesa es que salga alguien culpable. Y se te ha metido entre ceja y ceja que tiene que ser el negro ese.

—Tu amigo Ebry va a ser juzgado por homicidio. No fui yo quien lo acusó, ni tampoco yo quien va a juzgarlo.

—Pero todos esos irlandeses son colegas tuyos, todos son de Notre Dame, Loyola y la administración. El fiscal, la gente del procurador del Estado. En fin, esos.

—Por supuesto que he hablado con ellos.

Aun dando por supuesto que no hay nada demasiado absurdo para ser cierto, ¿podría decirse también que no hay nadie que sea demasiado raro para caer simpático a la gente? El decano y su sobrino estaban emparentados, de modo que era de suponer que se caían simpáticos, o por lo menos que trataban de llevarse bien. El decano habría hecho el esfuerzo, porque habría sido realmente un esfuerzo, pero lo que buscaba Mason no era caer simpático, sino que estaba allí, de manera bien meditada y deliberada, dispuesto a reñir, y entretanto llegaba la riña, movía los pies nerviosamente y sonreía. Su aire eufórico y dispuesto a todo era insolente. Sí, tenía una causa. Pero, más que otra cosa, se sentía impaciente por azuzar a su tío, y esperaba, o, más bien, ansiaba, deseaba, hincarle bien la puya. Estaba allí en calidad de representante de la gente de la calle, pero, de paso, quería también dar a su ignorante tío alguna buena lección sobre la realidad social de Chicago. Se había ganado a pulso el derecho a hablar en nombre de los oprimidos, porque tanto él como Lucas Ebry habían trabajado juntos entre la grasa y los desechos de la cocina, con trapos atados a la frente para absorber el sudor.

Mason estaba diciendo:

—Una semana tras otra en aquella condenada pocilga. Esa es una experiencia que ninguno que la haya vivido la puede juzgar.

—Nadie que sea pequeñoburgués y blanco, eso es lo que quieres decir.

—Eres tú quien lo ha dicho, no yo.

Él había estado en el Ejército: la limpieza de los comedores y los retretes, y todo lo demás por el estilo, pero se dijo que sería una tontería tratar de competir con Mason en cuestión de experiencias personales. De modo que Corde dejó pasar eso sin comentario, y esperando, mientras la manecilla segunda del reloj eléctrico que colgaba de la pared daba la vuelta entera, como una mosca de patas largas. Lo que le quería decir Mason estaba claro: Lucas Ebry era una realidad, mientras que otros, como, por ejemplo, el tío Albert, no lo eran. El tío Albert no tenía por qué meterse con gente que vivía envuelta en una existencia, en una realidad que estaba completamente fuera de su alcance mental. Esa gente lo que se jugaba era nada menos que la vida, ¿y qué era lo que se jugaba el tío Albert? Mejor sería que se contentase con su famosa educación superior, sus seminarios sobre Platón y el bien.

¿Qué era, después de todo, esa gente de la clase inferior: toxicómanos, atracadores o putas, ratones acaso? Para la «población pensante», para los intelectuales del sistema, aquella gente no era más que eso precisamente: ¡ratones! Así es como leyó, letra a letra, interpretó, analizó lo que quería decirle su sobrino. Y hasta estaba de acuerdo con él, por lo menos en parte.

—Pero ¿qué me dices del muchacho asesinado? —preguntó.

—¿Y quién dice que lo han matado?

—No vamos a discutir ahora por meras palabras. Murió...

—Pero lo que no podéis probar es que lo mataran.

Sin perder el dominio de sí mismo, a pesar de la ira creciente que sentía. Corde dijo:

—Estaba maniatado y amordazado. No me dirás que se maniató y se amordazó a sí mismo con tiras de sábana, ¿no? Atravesó el cristal del tercer piso con uno de sus brazos todavía atado y la mordaza aún en la boca. Y entonces llegó la Policía... ¿Pero qué necesidad hay de volver sobre todo esto? Tenemos el testimonio de Mrs. Lester y el de la negra.

—¿Y vais a poner a la puta esa delante del jurado? No lo haréis. Su historial de delincuente es de diez años. Ha dado testimonio a cambio de que la soltéis. Su testimonio no vale ni el papel en que está escrito. Y en cuanto a la otra dama, Lydia, ¿qué otra cosa iba a decir? Ella y su marido salieron aquella noche en busca de aventuras. Es el tipo de tiempo caluroso que pone cachonda a la gente, y eso es lo que le pasaba a Lester, que estaba cachondo. Fue al bar y se llevó a casa a Lucas Ebry y a la puta negra esa. ¿Por qué te parece que haría una cosa así?

—¿Y tú qué crees, estando su mujer en casa?

—Lester salió dos veces, una con Lydia, para tomarse una cerveza, o por lo menos eso es lo que dice ella, y luego, otra vez, después de acostarse ella. Se fue solo en el coche, sin zapatos. Fue a ese otro bar, a donde solo van negros. Y no sabía comportarse, irritó a todo el mundo, hablando a gritos, de manera tonta y ofensiva. Y trató de ligarse a Lucas y a la negra esa.

La conversación se hizo penosa en este punto para Corde, por los motivos que planteaba. Él no sabría decir qué era lo que Lester había estado buscando aquella noche. Fuera lo que fuere, sin embargo, conducía, como por medio de una serie de fases preparadas de antemano, a la destrucción del muchacho, y no era tampoco imposible que hubiera cometido todos aquellos errores precisamente porque eran errores. Un incidente le había elegido a él para llegar a ser realidad. Las puertas de la muerte se abrían ante el muchacho. ¿Y por qué motivo no habría podido tener también él un presentimiento de esto?

—Te imaginas que era un simple chico simpaticote y tranquilo —dijo Mason.

Corde asintió.

—Bueno, lo que hizo aquella noche parece poco propio de él, pero no pienso que mereciera por ello ser condenado a muerte. No merecía morir por nada.

—He leído lo que dijiste a la Prensa sobre él, que era un estudiante disciplinado, y todo lo demás. Solía ir temprano a misa.

—No lo inventé —dijo Corde—, me vinieron a ver dos curas, y no porque les hubiera pedido información yo. Fueron ellos quienes me dijeron que era religioso. ¿Y por qué no iba a serlo?

—No tengo nada que comentar —dijo Mason. Pero la expresión que se acusó en torno a su boca era todo un comentario. Por un momento se mostró duro y maduro a la manera de su difunto padre, que era un artista para estas cosas, un hombre áspero y dominante. El difunto Zaehner tenía exactamente los mismos bultos en la parte inferior de la mejilla, y exactamente la misma mirada mate, matona, intimidante. Y Mason era aún muy joven: solo veintidós años. Su pelo, reluciente como metal, se le diluía en las mandíbulas, hacia la barbilla, en franjas ligeras de bozo. Casi se podía ver el polen de la adolescencia sobre el puente de su nariz. ¿Por qué sería tan alto? Esto estiraba excesivamente su identidad.

—Que fuera religioso o dejase de serlo no tiene nada que ver con el asunto. Su vida estaba organizada decentemente. Estudiaba, trabajaba, era un joven casado.

—¿Ah, sí? Bueno, sigamos con lo que ocurrió. Se comportó como un bocazas la noche entera. Fue de un lado a otro por el bar, obligando a la gente a estrecharle la mano. A ellos les tenía sin cuidado que un estudiante blanco fuera a decirles que comprendía su vida y estaba de su lado. ¡Qué generoso, el tío! No le hicieron más caso que a una colilla.

—Eso de la colilla parece dicho por Ebry.

—Tú déjate de honradeces —dijo Mason—, ¿de modo que un muchacho honrado y bueno, y que además había sido *boy scout*, eh? Tú no naciste decano, tío Albert. Lester era retorcido y chiflado como el que más.

—Bueno, al grano.

—Se ligó a Ebry y a la Riggie Hiñes esa en el bar, y los tres fueron juntos a su apartamento.

—Eso también lo sabes por Ebry.

—Bueno, de modo que ya tenemos tres personas, para empezar. Uno de ellos ha muerto. El otro confiesa para que lo suelten, o sea que miente. ¿Con qué nos hemos quedado?

Ebry, sin dinero para pagar fianza, estaba encerrado en la cárcel del Condado. Y Riggie Hiñes también estaba en la cárcel.

Mason dijo:

—¿Y cómo entraron en el apartamento si no los invitó Lester? ¿Cómo crees tú? ¿Y por qué los invitó?

—¿Para algo sexual? ¿Con su mujer durmiendo allí mismo? ¿Para qué iba a querer dos personas allí...?

—Riggie Hiñes es muy terne, una verdadera puta, de pies a cabeza. Está dispuesta a hacer lo que sea. ¿Crees que una mujer blanca, aunque fuese casada, la iba a

intimidar? Tú mismo lo has visto, con tus propios ojos. Va por ahí con una blusa muy desabrochada, lleva los pantalones vaqueros igual que un hombre. Escupe en el suelo como un camionero, y si alguno se le ocurre no pagarle es capaz de dejarlo en el sitio. El que se lleva a casa a una mujer de ese tipo a las tres de la madrugada no será para debatir con ella algún problema académico, vamos, digo yo. Porque la tía es cosa fina.

Mason describió todo esto a su tío con aire de quien desafía a que le demuestren que la cosa no había sucedido de aquella manera, y lo cierto es que Corde tuvo que concederle que no resultaba fácil explicarlo. Era como intentar ver a través de una cortina de vapor o de gas. Y la reconstrucción se volvía tanto más problemática por causa de lo opresivamente emocionales que eran todas las circunstancias, incluso el momento y el tiempo. Había sido uno de esos períodos sofocantes, de pleno verano, de pesadilla de gran ciudad, sexual y obscena, como de quedarse sin aliento con la muerte jadeando detrás de los talones del pobre muchacho, arrinconándolo. Pero las pruebas parecían indicar que había tenido lugar una cierta elección inconsciente, alguna mezcla, una emulsión de estupidez y de hado sacudida violentamente y desbordante. La nueva generación juvenil no parecía comprender qué tipo de gente la rodeaba, la gente con quienes tenía que entrar en contacto.

Mason dijo:

—Lo que él quería era que Riggie Hiñes fuese con él al retrete.

—¿Y para qué?

—Para que se lo trabajase mientras ella cagaba.

Corde rechazó esto, le repelió. Dijo, con violencia:

—No me vengas a mí con esos cuentos. Y tampoco tienes por qué cargar al pobre muchacho muerto con esas cosas.

—Bueno, tío, como quieras, pero te oí decirle a mi madre, en cierta ocasión, que estábamos viviendo en una época de epidemia sexual. Echaste todo un discurso mientras cenábamos. A lo mejor fue que no te diste cuenta de que estaba yo allí. Sucedió hará cosa de diez años, y yo entonces tendría alrededor de doce, pero recuerdo muy bien lo que dijiste. Una especie de demonio nos tiene cogidos, eso era lo que pensabas. Bueno, pues aquí tienes un ejemplo, y no quieres aceptarlo. Quieres que sea el pobre muchacho muerto, tan encantador, digno solamente de lástima.

—La Policía dice que había un perro encerrado en el retrete.

—Sí, era el perro de Lester. Pero podía haberlo mandado a la cocina.

—También eso es de Ebry. Está visto que es tu única fuente de información.

—La mujer dice lo mismo.

—Dudo que Lester tuviera ningún plan concreto —dijo Corde—. Tenía un melón en la nevera. Iba a invitar a sus visitantes. Les llevó el melón y un cuchillo al cuarto de estar. Y Ebry cogió el cuchillo.

—Eso no es lo que oí yo. Eso es lo que dice Riggie para que la suelten. Ella entiende mucho de cuchillos. En su historial hay una cuchillada. ¿No os dijo a

cuántas personas ha acuchillado? Bueno, no, claro que no, ¿por qué os lo iba a decir?

—Me figuro —dijo Corde— que si uno pudiera meterse en ese cráneo hermético de Riggie lo encontraría atiborrado de sucesos, personajes e imágenes de lo más grotesco.

Si Mason se quedó mirando fijamente a Corde no fue tanto por lo que dijo como por esta extraña pero característica desviación hacia lo abstruso o las imágenes que también desconcertaba a los padres desconsolados cada vez que el decano intentaba consolarlos.

—De manera que Lester no quería más que agasajarlos con algunas rajadas de melón.

—Le amenazaron con el cuchillo —dijo Corde—, y me figuro que ofrecería algo de resistencia, en vista de lo cual le cortaron una oreja para hacerle ver que la cosa iba en serio. Cortaron tiras de las cortinas y lo maniataron, y luego le metieron una bola de tela en la boca y se pusieron a desvalijarle el apartamento, que era a lo que habían ido: tocadiscos, magnetófono, auriculares, y todo lo fueron amontonando junto a la puerta de atrás. Y Riggie le quitó a Lester su alianza. Todo esto forma parte ahora del testimonio, de manera que no vale la pena discutir sobre ello. De acuerdo. Y luego Ebry tiró el televisor y el ruido despertó a Mrs. Lester, que salió a ver con un camisón corto de verano. Hasta entonces no había oído nada por el ruido que hacía el acondicionador de aire del dormitorio. Cuando vio entrar a su mujer, Lester se puso a forcejear, y esto es lo que parece que pasó entonces, que Riggie le sujetó mientras Ebry se tiraba sobre Mrs. Lester por atrás y la derribaba.

—Bueno —dijo Mason—, de modo que vamos a ver lo que sacamos en limpio. Una mujer blanca, prácticamente desnuda, y un negro que se echa encima de ella con un cuchillo. O sea, la fantasía clásica de violación.

—No hubo violación.

—Y tanto que no. ¿Para qué quería él la escuálida esa? Él tenía dónde elegir, por lo que a mujeres se refiere. En el restaurante venían a la cocina a pedirselo por favor, muchas de ellas blancas. Y más aún, Ebry no era el que estaba en el apartamento de Lester cuando comenzó el lío. Se había hartado mucho antes, porque Lester estaba tratándolo con un aire protector que le repelía.

—Eso es lo que dijo en una de sus declaraciones. Que eran otros dos distintos. Lo malo es que Mrs. Lester lo identificó en la Comisaría.

—¿Y cómo pudo identificarlo si la atacó por detrás? Pero, bueno, acepto tu reconstrucción de los hechos, tío. El marido vio a su mujer con el camisón corto, en el suelo, y se puso a forcejear. Consiguió soltarse un brazo y hasta ponerse en pie.

—Y entonces le empujaron contra la ventana, y rompió el cristal y se cayó desde un tercer piso. Tenía un brazo atado todavía, y la mordaza en la boca...

—La verdad es que la mordaza esa te tiene preocupado. ¿Piensas que habría sido más humano si no le llegan a amordazar, para que así pudiera decir sus últimas palabras? La cosa es que cayó y que se mató. ¿Qué más tenemos?

Mason sonrió, al tiempo que fruncía el ceño.

—Bueno, este es tu resumen de los hechos..., lo que él quería era una orgía, pero lo que consiguió fue una lucha, y si le mataron, la culpa fue suya.

—¿Y qué querías añadir, «aterrorizado», o «espantado», o «con los nervios descompuestos»?

Este fue el peor momento de la conversación para Corde. En el despacho de un decano tienen lugar extrañas conversaciones, más extrañas de lo que se podría pensar a primera vista. Estudiantes, que van a veces a verle a uno con curiosas peticiones o confesiones o jactancias. Pero esta conversación, con todo el peso de su propia familia sobre ella, le daba dolor de cabeza y de ojos. Deprimido, el decano se levantó y abrió la puerta que daba a la oficina de Miss Porson. ¿No había un estudiante esperando? Pero no vio a nadie. La silla de la vieja secretaria estaba vacía. Era efusivamente comprensiva, aliada suya, y le gustaba dejarlo bien en claro, con grandes ademanes y gestos, pero su instinto la inducía a ahuecar el ala en cuanto veía que las cosas se complicaban. Se había ido al lavabo de señoras a fumar un cigarrillo y cotillear con las otras chicas. En fin, que Corde se vio empantanado con Mason, y sin ocurrírsele ninguna manera de quitárselo de encima. Estaba deseando decirle: «Anda, vete de aquí, que no me siento bien, vuelve en otro momento», pero eso habría sido demasiado flojo para un caso tan serio como el que los ocupaba. Se trataba de un delito y su castigo, de cuestión de vida o muerte para Ebry. Corde estaba furioso con Miss Porson, aquella vieja charlatana, que no valía para nada. Pero lo realmente difícil, como él mismo se dio cuenta, era que estaba en relación equivocada con la suma de los ingredientes, es decir, consigo mismo, y un indicio de esto era que se había metido en un debate inútil..., ¡completamente inútil!, en el que todas las premisas eran erróneas, y con un adolescente cuya cabeza estaba como a gran distancia. En fin, que volvió a su asiento, mientras Mason lo observaba.

El decano se daba cuenta con perfecta claridad de lo que el muchacho estaba transmitiéndole al decirle: ¿«espantado» con «los nervios descompuestos»? lo que estaba diciéndole realmente era: «Bueno, vamos a dejarnos de coñas y de sentimientos altisonantes, así como de enseñanzas humanitarias y de piedades y de poesía y de todas estas memeces, tú no haces más que repetir eso del cuchillo y la mordaza y la sangre y el cadáver y la esposa derribada, y lo haces para llenarte a ti mismo de horror. Es como si las piedras se pusieran a hacer ver lo “humanitarias” que son».

La verdad de esto, incluso si no era más que una partícula, era una partícula venenosa.

La auténtica voz de Chicago..., el espíritu de la época hablando por su registro más bajo; desde el fondo mismo.

Y es que Mason nunca se parecía tanto a su padre como cuando pensaba que le había calado a uno. Mason padre no se andaba por las ramas, y siempre una de dos: o con uno o contra uno. Si no le daba la razón a uno era que lo despreciaba. Corde

hacía mucho tiempo que había llegado a la conclusión de que Chicago era el centro de los desprecios de todo Estados Unidos, y detectaba la nota de desprecio en la voz de su sobrino: el auténtico, zumbador, intimidante rebuzno de la banda de La Salle Street. «Ponles los pies en el fuego», solía decir Mason padre, o, si era uno el que tenía los pies en el fuego, «nada, hay que aguantar mecha». Le gustaba hablar con lugares comunes, pero le daba una fuerte interpretación, porque era un matón lleno de virilidad. O se era duro o no se era nada, y la verdad es que, por lo que se refiere a astucia y realismo, estos tipos de La Salle Street eran realmente impresionantes, porque estaban apuntalados por la cultura pragmática de la ciudad, el Estado, la región, el país. Para su hermano político, el decano había renunciado al verdadero mundo, a fin de buscar refugio en la filosofía y el arte. El viejo Mason sabía parecer barrocamente respetuoso, siguiendo el protocolo de la cortesía para con los liberales, pero su actitud, en lo fundamental, podía resumirse así: él decía, o gruñía, entrecerrando los ojos, «yo me gano la vida volcando cubos de la basura, pero, por lo menos, salgo a la calle y los tiro yo mismo», y allá, en Lake Forest, Corde se había visto hecho blanco de bromas en torno a la mesa de los Zaehner: «el decano de mentirijillas», por ejemplo, aunque Elfrida no participaba en ellas, de esto Corde estaba completamente seguro, pero lo malo era que se había casado con un hombre extravertido, de carácter muy abierto y seguro de sí mismo, y quería un marido que fuera completamente distinto de su hermano. Su hermano, como ella misma le había dicho a Corde en cierta ocasión, era hombre de ideas firmes, pero, al mismo tiempo, introvertido, huraño, y parecía tener un mínimo de cosas en común con la gente que lo rodeaba y raras veces «se soltaba», excepto escribiendo.

De nuevo sentado y mirando a Mason, el decano se sentía sombrío, y más sombrío sobre sí mismo que sobre ninguna otra cosa. Se había abierto un abismo, no, más bien, un vacío. Un vacío tangible. Dijo:

—Sí, cuando vi el cuerpo del muchacho en el depósito de cadáveres me quedé impresionadísimo.

Y pudo muy bien haber añadido: fue la única vez en que me sentí impresionado de verdad.

Mason dijo:

—Leí la cosa en el *Tribune*. Su mujer estaba con los nervios destrozados, y el decano, Albert Corde, fue quien identificó a la víctima... Y probablemente juraste que acabarías cogiendo a los hijos de puta que lo mataron.

—Es verdad que quería que los cogieran.

—Y te tomaste muchas molestias.

—Y también es verdad que, si no los llegan a coger, me habría sentido muy desazonado.

—¿Y cómo sabes que los que cogieron son los verdaderos culpables? Bueno, sí, de acuerdo, tú hiciste también tu propia investigación. Lo sé todo. Fuiste al restaurante donde trabajábamos, y fuiste incluso a ver a Toby Winthrop, el sujeto ese

que dirige el centro de desalcoholización, para hablar de Ebry.

—Pero el caso es que no hablamos de él.

—Eres como una némesis que dirige todos los hilos en cuanto te lanzas a averiguar algo. Estoy convencido de que si llegáis a hablar de él, Winthrop habría puesto a Ebry por los suelos. Winthrop es uno de esos tipos llenos de encanto, una de esas personalidades que se las pintan solas para acopiar fondos.

—Bueno, te voy a decir una cosa, Mason. No quiero que vayas a molestar a Mrs. Lester. Le fuiste a hacer una visita para advertirla que no siguiera adelante con este caso, y le dijiste que podrían salir a la luz pública muchas cosas desagradables sobre su marido. Haz el favor de no ponerte en contacto con ella, porque es una buena chica.

—¿Qué quieres decir con eso de que es «una buena chica»?

—Lo que quiero decir es que se trata de una persona de instintos honrados. Y tiene sentimientos, de verdad.

—¡Santo cielo! —exclamó Mason.

El decano tenía para entonces un dolor de cabeza insoportable. Esta vez sí que le tenía cogido, era uno de esos dolores como hay pocos, sentía punzadas en los ojos, y de haber estado solo habría ido a echarse. Tenía en un rincón una silla plegable de aluminio y Miss Porson le había hecho un cobertor de punto verde y azul que le gustaba utilizar en estos casos, porque le aliviaba mucho.

—Además, Mason, has estado difundiendo rumores por la Universidad sobre los Lester. Haz el favor de no seguir por ese camino, y de dejar de amenazar.

—¿Es que te molesta nuestro parentesco..., tío y sobrino?

—Te sorprendería lo poco que me afecta a mí eso.

—Sí, claro, histerismo de muchacho.

Corde, con su dolor de cabeza en aumento, como un balón que se hincha, pero conservando aún la paciencia, bajó los ojos y se puso a mirar la mesa.

—Bueno, veamos, has venido a resolver conmigo este asunto, y a arreglar de paso toda clase de cuentas pendientes, lo has puesto todo a un número, como cuando se juega a la ruleta. Y menudo mejunje que es. La verdad...

Para Mason, esta actitud sería no era más que una treta, el tío Albert que trataba de ver por dónde podía cogerlo. Eso era, por lo menos, lo que expresada su sonrisa.

Corde, en aquel momento, estaba haciendo un supremo esfuerzo por mostrarse justo y tenerlo todo en cuenta. A lo mejor, al final, tenía un punto flaco. Puso su imaginación en funcionamiento una vez más, en torno a las circunstancias de la muerte de Rick Lester, y, para hacerlo como es debido, tenía que ausentarse un poco. Hizo dar una vuelta a su silla giratoria, apartándose de Mason, y se puso a mirar por la ventana azul entre los flecos de la hiedra otoñal. Intentémoslo de nuevo. Comencemos con la estridente fealdad de aquella noche de Chicago. Pongamos eso en su adecuado contexto. A ver, ahora, ¿quiénes son los participantes? Había relaciones de negocios entre Lucas Ebry y Riggie Hiñes. Él era un chulo, el que

llevaba a los estudiantes a su habitación. Esto lo sabía porque se lo había dicho la Policía, y era muy probable que Mason también lo supiera, si es que era tan amigo de Ebry como decía, pero Mason no vería nada vergonzoso en hacer de chulo. Y además no era en realidad chulear, sino alcahuetear simplemente. A esas chicas había que echarles una mano, pero nada más, porque Riggie no necesitaba que la protegiera Ebry, ella se protegía perfectamente a sí misma.

Riggie tenía el cuerpo de un boxeador, y también la cabeza poderosa y fuerte de un púgil. Hasta cuando se desabrochó la camisa, que parecía de hombre, para enseñar la parte superior de los pechos, su postura había sido pugilística, y esto sin duda había excitado sexualmente al muchacho. ¡Ebry protector, cuando Riggie habría podido tumbarlo de un manotazo! Ebry era un tipo encogido, retorcido, acabado. Tenía la barbita retorcida también, y las rodillas se le doblaban, era un hombre trasquilado. Las manos le colgaban y parecían como hinchadas y pellejudas. Aquello de la orgía era otro invento mal hilvanado, como lo de hacerse cosas en el retrete, o como que Rick fuera tambaleándose por el cuarto, hasta caer por la ventana. Aquella era la gente que había ido a acabar con Lester, y cabía imaginarse a aquella pandilla entrando en el dormitorio de Lydia para despertarla con proposiciones. La chica se hubiera echado a llorar.

No, era evidente que a lo que habían ido era a robar. A eso era a lo que había ido Ebry. Y cuando los dos se le echaron encima a Lester y cogieron el cuchillo de cocina, lo que debieron de hacer fue cortarle la oreja simplemente para que se estuviera quieto. Probablemente él entonces dejó de forcejear y ellos lo ataron. Riggie, sin duda, lo primero que hizo fue arrancarle la alianza de oro. No tenían intención de matarlo. Ninguno de los dos había sido acusado hasta entonces de homicidio, aunque Riggie, en una ocasión, había sido cómplice en uno. Fue al caerse el televisor, quizá porque Ebry no era lo bastante fuerte como para levantarlo él solo, cuando perdieron los nervios, cuando Lydia Lester se levantó de la cama y Ebry la tiró al suelo. Rick Lester se bajó de la cama y echó a correr, y entonces fue cuando uno de los dos ladrones, o los dos, se vieron en la tesitura de matarlo. Lucas Ebry era lo bastante caótico como para hacerlo, al estar asustado, desesperado; el calor excesivo de la noche oprimía ya bastante de por sí, y Riggie Hiñes era muy dura. Se veía a mujeres como ella ante los tribunales por haber tirado aceite hirviendo a un hombre o por haberle dado de cuchilladas. De modo que la terrible conclusión saltaba a la vista: a Lester le habían tirado por la ventana, no podía haberla roto cayendo contra ella. Habían tenido que empujarlo, no le cabía duda.

Y, al caer Lester, Ebry echó a correr por el cuarto, borrando huellas digitales: las borró del televisor, del cuchillo, pero lo malo es que se encontraron otras en el «Toyota» de Lester. Si hubieran sido asesinos experimentados habrían hecho algo con Lydia, porque, después de todo, era un testigo, pero se limitaron a salir corriendo. Cogieron el botín y escaparon por las escaleras de atrás. Eran unas escaleras de esas que tanto se ven en la parte vieja de Chicago, abiertas, que bajan por la pared

posterior de las casas, y portales traseros de madera, mal rematados, verdaderas chapuzas sujetadas por toscos armazones. Había también allí un patio lleno de cosas dispares, una valla, y luego una calleja. Y fue en la calleja donde se separaron Ebry y Riggie.

El labio superior de Corde solía volverse hacia dentro cuando este se ponía a pensar, y su frente era amplia y despejada; su nariz era irlandesa (tenía sangre irlandesa, por su madre), corta, sus ojos eran grandes, y su boca ancha y vulgar. Bueno, total, que se separaron los dos, y, después de separarse, Riggie decidió quitarse de encima la alianza. Se la dio a un hombre, de los que ella veía por la calle, y le dijo que se la guardase, pero, en cuanto se anunció la recompensa, el hombre en cuestión fue a la Policía, hizo una declaración, entregó el anillo, que ahora formaba parte de las pruebas, y reclamó el dinero. Dijo que estaba dispuesto a hacer de testigo en el proceso, pero luego desapareció por completo de la circulación. Grady, el vicefiscal del Estado, había advertido a la Policía que lo buscasen. Hasta aquí, los hechos. Corde quería ser tan imparcial como le fuese posible, severo, apasionadamente imparcial incluso, y se dijo a sí mismo varias cosas bastante extrañas: la objetividad empieza por uno mismo, de modo que endurecerse, pues nada sale bien sin un espíritu duro, contándose a uno mismo cuentos normales lo único que se consigue es aferrarse a una normalidad inexistente, y entonces todo se vuelve un simple «me parece pensar», y se queda uno in albis.

Pero el hecho indudable era que Corde había identificado en el hospital al muchacho que yacía sobre la tabla, con los pies largos y sucios y el rostro como recién disminuido y un vago aire de maduro conocimiento. Y, luego, la concatenación de sucesos, como otra serie de datos, enmarcados en fuego: Grady había ordenado la exhumación del cadáver para someterlo a nuevas observaciones, pero estas no pudieron realizarse porque el muchacho no había sido embalsamado, y hacía mucho calor aquel verano. A pesar de todo, a la familia se le había cobrado por embalsamarlo, y se había pagado la cuenta, pero esta era una costumbre comercial corriente, un fraude legal, como si dijéramos, y nadie se preocupaba por una cosa así, aunque la verdad es que a él sí que le irritó. Este último dato, el cadáver descompuesto, Corde no lo había mencionado, porque habría servido solamente para dar motivo a más suciedades.

Mason dijo:

—Bien, llevas cosa de cinco minutos sin decir una palabra ni mover otra cosa que los labios. Lo que quieres es que me vaya. Estás enfadado conmigo.

—No, no es eso —dijo Corde, sin alzar la voz.

—Tenía unas cuantas cosas que decirte, y no estaba seguro de que me recibirías.

—¿Y por qué no?

—No, porque a lo mejor querías verte las caras con tu oponente.

—¿Y por qué piensas que eres mi oponente?

—Porque si lo que te propones es crucificar a ese lavaplatos negro tendrás que

enfrentarte conmigo, ¡sí, como lo oyes! —Corde había movido la cabeza al oír esto —, si hubiera sido un negro el que cayó por esa ventana no habría habido recompensas, ni siquiera una investigación del caso. ¿Cuántos negros murieron esa misma semana? Y nadie se agitó, ni se movilizó el fiscal Grady, ni la Prensa se ocupó siquiera de ello.

—Siento tener que reconocer que eso que dices probablemente es verdad. Pero mi responsabilidad, por mi puesto, es supervisar a los estudiantes, y por eso estamos hablando de Rick Lester en el despacho del decano.

La pesadilla del verano había pasado ya, no había aquel calor putrefactivo. Era como si un período de locura hubiese terminado. Sin embargo, la misma música de antes seguía sonando, y esta era su clave más suave.

Corde comprendía perfectamente lo que estaba diciendo su sobrino. También se lo decía él a sí mismo, así: «Te estás metiendo en cosas con las que no sientes afinidad, esa gente hace lo que puede en el espacio de que dispone; es cierto que arramblan con lo que tienen a mano, y que roban, y que joden, y que beben, y que toman drogas, y que se acuchillan y se pegan tiros unos a otros, y que mueren jóvenes. Y lo que tú, hombre rutinario, no les puedes perdonar es que carezcan de una estructura, que no planeen, que no “valgan”, que no hagan otra cosa que ir por ahí, a la buena de Dios. Eso es lo que más repele en ellos».

Le dijo a Mason:

—Es curioso lo que sientes por Rick, pero era un estudiante, como tú.

—No, no era como yo. Era de los tuyos, no de los míos.

—Era un muchacho que salió una noche de mucho calor...

—Y tropezó con unos negros que lo asesinaron. Tú no ves más allá de esto, pero te traicionaste al hablar del caso con mi madre, porque ella me dijo cómo se lo contaste. Cuando se dio orden de detención contra Riggie Hiñes estaba escondida en South Shore con un traficante de drogas, y los polizontes tuvieron que echar abajo una puerta a golpes de un palo de béisbol y tirar de ella hasta sacarla de debajo de la cama. Esto no lo dijeron los periódicos, mi madre lo averiguó por ti. Y también dijiste que los testigos llegaron *a todo correr* a reclamar la recompensa. Esa gente no tiene idea de lo que es solidaridad. Y el sujeto ese, como se llame, el del asilo, que dijo que era amigo de toda la vida, declaró contra Lucas Ebry y repitió lo que dijo haber oído. Pues esa es mi gente, y tú, hablando de ellos a mi madre, diste la impresión de que son infrahumanos, salvajes como potros en libertad de algún país del Tercer Mundo. Y ahora he visto que estás escribiendo algo sobre la cárcel del Condado. Lo vi anunciado en el *Times*. Lean el artículo de Albert Corde en el *Harper's* de noviembre. Con todo el telón de fondo de Chicago. ¿Acaso piensas que tienes algo que decir sobre la gente de esta ciudad?

—El tema de esos artículos no es la cárcel, Lo que pasa es que en ellos hay, por pura casualidad, una descripción de la cárcel.

—Tío Albert, no tienes la menor idea de lo que está pasando aquí.

—Porque no he vivido esa vida, como tú, ¿no es eso?

—¿Fuiste a ver la cárcel del Condado y, a pesar de todo, sigues queriendo mandar a la gente a la cárcel? ¿Qué bien crees que se les puede hacer allí?

Corde asintió:

—Sí, la verdad es que las cárceles son horribles.

—Pues recuerda que el Gobierno sueco se negó a conceder la extradición de un norteamericano por causa de los motines de Attica y de otros de esos lugares hediondos. Y tenemos una de las peores cárceles de todas precisamente aquí al lado, en Pontiac —pero Mason tenía más cosas que decir—, según mi madre, obtuviste tus ideas sobre la cárcel del Condado de Rufus Redpath, a quien echaron de allí.

—Redpath es tan sincero como cualquiera.

—Es un negro de los tuyos.

—A mí me parece un funcionario honrado e inteligente.

—¡Funcionario, dices! ¿Qué clase de mierda cívica es esa? Un sádico y un confidente, eso es lo que es.

La conversación estaba haciendo agua, hundiéndose, naufragando, pero Corde el temerario seguía al pie del cañón, a pesar de su dolor de cabeza, con aire sereno y responsable, a pesar de que, en realidad, estaba ya hasta la coronilla y lo que quería era coger a Mason por el fondillo de los pantalones y echarlo de allí.

Mason dijo:

—Un funcionario de prisiones que pegaba a los presos.

—De eso lo absolvieron. Tú no tienes la menor idea. Absuelto, pero sigue en desgracia. Y, sin embargo, es un hombre que comprendía verdaderamente a la gente de la calle y que hizo algo por mejorar la cárcel. Hasta que se encargó él de ella estaba dirigida por los delincuentes...

Corde se detuvo y se pasó el borde de la mano por la frente, protegiéndose los ojos contra la luz que colgaba del techo. Mason estaba cerca de la llave de la luz, pero no hizo ademán alguno de apagarla. Si se levantara de su asiento sería para irse de allí. Y se iba a ir. Lo que pasaba era que todavía tenía algo más que decir. Al parecer estaba siguiendo un papel preparado de antemano. Corde estaba impaciente por perderlo de vista..., su impaciencia era realmente extremada. Pero no pensaba echarlo de allí como se echa a un pordiosero, lo de echarle a patadas era simplemente una fantasía. Aquellos ojos de un azul verdoso, y el polen juvenil que rociaba los pómulos que recordaban los de Huckleberry Finn, las maneras animadamente convencionales de su educación suburbana, los dientes complejos, que proclamaban diez mil dólares gastados en odontología, el pelo de un brillo metálico, recogido atrás, el rostro descolorido, aquel orgullo siempre alerta, la destemplanza, la infección, la sepsia. Casi se podía percibir el olor pastoso de la fiebre, y la cólera de Corde, cuando llegó a él este olor, comenzó a concentrarse en pulsaciones. Se sintió compasivo.

—Y ahora probablemente irás a ver a mi madre y la pondrás verde porque repitió

lo que le dijiste.

—No tengo la menor intención de hacer una cosa así.

—Justo. Te di la oportunidad en bandeja. Soy yo el único que le da disgustos, y tú el único que la protege. Quieres a tu hermana.

Corde realmente quería a Elfrida. Sin duda. Y esto también se utilizaba contra él.

—Siempre estaba sacándote a relucir —continuó Mason—, que si el tío Albert por aquí, que si el tío Albert por allá. Un tipo como Dios manda, y listo además, e importante. El tío Albert había escrito los artículos aquellos sobre la conferencia de Potsdam en el *New Yorker*. El tío Albert había visto a Harry Truman jugando al póquer. El tío Albert se había visto las caras nada menos que con Pepe Stalin.

—La verdad que en eso sí que te tengo compasión. Se acaba odiando al modelo ausente, eso desde luego. Pero siempre te quedaba tu padre para equilibrar la situación...

—Sí, la verdad es que te rebajaba un poco de categoría...

—Tu padre pensaba que yo era un tipejo —dijo Corde, con una voz bastante neutral.

—Y no parece importarte demasiado.

—No, la verdad es que no mucho. Tu padre nunca hacía las cosas a medias. Cuando alguien le caía bien, era completamente, y lo mismo cuando despreciaba a alguien.

Mason dijo:

—De vez en cuando hiciste algún esfuerzo por ser un tío como Dios manda. Un día me llevaste a pescar a Cape.

—Me acuerdo perfectamente. Fuimos a pescar pargos en el canal.

—Sí, llegaste de noche, y luego, por la mañana, te pusiste pantalones cortos y dijiste que nos íbamos de pesca a las rocas, y a mí me pareció que tenías las piernas muy feas.

—Bueno, no soy un bailarín de ballet..., vamos, no soy Bugaiev o Nuréiev, o ninguno de esos. Bueno, de acuerdo, no estaba muy agraciado. Y perdí el pie en esas rocas en pendiente. Además estaban cubiertas de algas. Sin casi darme cuenta, me encontré de pronto en el suelo.

—Sí, te caíste y resbalaste roca abajo por entre las lapas.

—Y me levanté con cosa de cincuenta cortes. Todos ellos muy pequeños, pero malos.

—Sí, eso fue lo que pasó. Me quedó mal recuerdo.

—Me metí en el agua, con caña y todo. Y había mucho oleaje. —Corde sonrió, casi como si se tratara de recuerdos agradables.

Recordaba el gran peso del agua, de un verde oscuro, y el cielo, con grandes nubes, como enormes traseros, todas blancas, y la caña, doblándose en la corriente en un gran pliegue fluido. Perdió la caña, y también las gafas, y no conseguía asirse al barro que cubría el rompeolas, y el chico era demasiado pequeño para poder

ayudarlo. Cuando Corde, finalmente, consiguió salir de allí, se quitó la camisa empapada en agua y se vendó el muslo con ella.

—Las lapas aquellas eran pequeñas, pero duras, y me dejaron buenas marcas, dolían de verdad. Y me dejaron impresionado —dijo.

—Yo nunca había visto sangrar tanto a nadie.

Un pargo o un lenguado, si hubieran llegado a pescar alguno en el canal, habría dejado menos recuerdo, forcejeando y agitándose en la caña, que el tío Albert, que el tonto y el inepto tío Albert, que escribía sobre Stalin y Churchill en Potsdam, pero no sabía pescar. Perdía el pie por culpa de sus grandes gafas bifocales. Fue el canal el que lo pescó a él. Después de todo, el tío Albert no era más que un vozarrón, ojos saltones, una actitud obcecada, pelos largos que le crecían en la nuez, y, cuando se quitaba los pantalones, unas zancas feísimas. Además de la sangre. Vamos, un tipo raro. Nunca se me ocurrió pensar que mis piernas fuesen tan feas. A Minna le gustan mucho, después de todo. Mi manera de juntarlas le divierte, pero también es verdad que Minna tiene una perspectiva cósmica, no es como este chico, que es la mar de corriente, desde luego, y cruel. Habría mostrado más comprensión en el juzgarme si llega a saber que él mismo se iba a volver bidimensional, como un dibujo de una torre perforadora de petróleo. Había que estudiar a Mason para encontrar en él humanidad. Era tan difícil de distinguir como la fina columna de mercurio en algunos termómetros. Pero, claro, volviendo el termómetro hacia la luz y dando con el ángulo apropiado, siempre era posible ver lo que señalaba.

Miss Porson asomó la cabeza. Se daba cuenta de que había estado ausente demasiado tiempo, y no se podía inquirir demasiado en las secretas razones femeninas de tan irritantes ausencias, de modo que esta vez puso algo de melodía en la voz al anunciar:

—Hay una persona que lo espera, Mr. Corde.

—Una última cosa —dijo Mason, al levantarse—, mi madre se niega a suscribir la fianza de Lucas Ebry...

—No me consultó a mí en eso, ni tampoco le di ningún consejo —dijo Corde.

IV

Cada uno de los largos días en el cuarto de Minna pasaba en una sucesión de curiosos estados. El primero era el estado de levantarse, ponerse los calcetines, los jerséis chicaguenses, de buen casimir, pero desgastados ya por los talones y los codos, y ensamblando un decano que, por dentro, lo era cada vez menos. La habitación era oscura, y el frío resultaba hiriente. El retrete, situado en un cuartucho separado del baño, era muy antiguo, y el papel higiénico áspero. Un tubo largo y lleno de aire emitía solamente un graznido hueco cuando se tiraba de la cadena. No había agua en el depósito, y no quedaba más remedio que echarla de uno de los cubos a la taza del retrete. Corde mismo se encargaba de ello ahora y llenaba los cubos siempre que había agua corriente. Los cubos eran demasiado pesados para Gigi, con sus problemas cardíacos. En último término la bañera habría podido servir de depósito de emergencia de haber tenido tapón. Todo esto era igual que en otros tiempos en Estados Unidos, antes de la Era de las comodidades. Le hacía recordar a uno.

En la mesa del comedor estaba ya listo el café turco, que era achicoria con leche hervida en un jarro de latón con mango largo, pan a la parrilla en lugar de tostada, mermelada parda con briznas de naranja, sucedáneo, naturalmente, pero era lo mejor que la concienzuda tita Gigi podía ofrecer. Venían a verla señoras con paquetes y su cama se había convertido en un puesto de mando. Amigas serviciales se encargaban de hacer recados, viejas se levantaban a las cuatro de la madrugada para hacer cola con el fin de conseguir unos pocos huevos, una racioncita de embutido, tres o cuatro peras pecosas. Corde había tenido ocasión de ver las tiendas y sus existencias de comestibles, las colas siniestras, de color pardo, gris, barro, y un ambiente de ejercicio obligatorio en patio de cárcel. Aquellas amables señoras compraban lo que traían a Gigi, sin duda alguna, en el mercado negro, ya que Corde y Minna le daban a Gigi todo lo que obtenían con sus dólares al absurdo cambio oficial. Así era como Corde podía comer uvas y mandarinas y otros lujos de mercado negro. Y de vez en cuando se servía carne. Las señoras pensaban que no tenían por qué faltar las cosas buenas en la casa de la muerte, sobre todo para gente que llegaba del bendito mundo del otro lado, extranjeros para quienes las chuletitas y las mandarinas eran cosa de todos los días, y que notarían su falta, y que eran sumamente exigentes. Era escandaloso lo que devoraban, llevados de su inocencia. Alimentar a un norteamericano tenía que divertir por fuerza a aquellas viejas, pero al parecer ya se les había olvidado preparar chuletas, porque servían la carne seca, hasta chamuscada, pero a lo mejor esto se debía a que el aceite no era bueno. Pero lo cierto era que la carne sabía a fuego y daba una impresión de sacrificio. Tenía un aroma como de ganado, el olor del establo, del cuero, seguía en ella, y Corde tenía que borrar de sí la sensación indeseada de intimidación animal que le daba. Pero él comía su chuleta así y todo cuando se la ponían delante y le decía a Gigi el buen sabor que tenía. De sobra sabía él la cantidad de organización que costaba a Gigi conseguírsela. Gigi trabajaba

duro, se agotaba. Un primo suyo que era médico solía venir a verla y ponerle el estetoscopio y ordenarle que se quedase en la cama, pero ella no hacía caso y se levantaba a preparar un pastel para Corde, porque este le había dicho una vez que le gustaba el pastel de pasas, y cuando no estaba trabajando en el horno estaba ocupada en otras cosas. Quitaba cajas de las baldas, buscando objetos y documentos de familia, contestaba al teléfono en cuanto este sonaba, se echaba a los hombros un chal y bajaba a toda prisa las escaleras para consultar con Ioanna, la portera. Los porteros tenían que ver con la Policía y era preciso llevarse bien con ellos. Cuando no quedaba bien cerrada la puerta del ascensor se veía la parte superior de la cabeza de Gigi, que bajaba trabajosamente, escalón a escalón. Corde llamaba «magia defensiva» a esas visitas propiciatorias de Gigi abajo. Las escaleras olían a yeso viejo, a través de los boquetes abiertos por el terremoto, y cuando se abría la puerta se sentía uno golpeado por el frío; era como recibir en plena cara el golpe plano de una hoja de sable.

Cincuenta años antes, Gigi había sido enviada a estudiar inglés comercial en Londres, y hablaba el idioma bastante bien, de esa manera algo engreída de los extranjeros que hablan inglés de Inglaterra con norteamericanos. «Vamos, Albert, el artículo que buscas lo hallarás en la alacena», y no es que estuviese haciéndose la superior, sino, simplemente, que se expresaba a la manera de otros tiempos; a ella no se le hubiese ocurrido siquiera tratar de impresionar al decano con su cultura. «En cuanto termine esto —le había prometido—, tú y yo tendremos que tener un *tetaté*».

Corde se daba cuenta de lo que quería decir con esto. En aquel opresivo país socialista de las maravillas, Gigi había dependido de la protección de su hermana, pero ahora que su hermana estaba moribunda, aunque, diciendo «cuando termine esto», Gigi lo rechazaba, asumía ella el papel dirigente. Después de años de sobresaliente estaba ahora tratando de hacer ella el papel de la actriz, y llegó incluso a compartir las dudas de Valeria sobre él. Corde se dio cuenta de esto cuando notó que Gigi a veces se le quedaba mirando a la cara en silencio, con sus ojos cálidos, pardos, dilatados en femenina meditación. ¿Sería Corde verdaderamente, pero lo que se dice verdaderamente, de fiar? Era evidente que la cuestión de su estabilidad había sido muy debatida por las dos hermanas y, con su historial de disipación, algo así como las mil tres seducciones de don Juan, la cuestión era si acabaría realmente sentando cabeza con su Minna. A Corde esto ya le daba igual. Después de todo era justo que también Gigi le tomara las medidas. La conducta norteamericana era extraña para las ideas de estos europeos orientales chapados a la antigua, y Corde la habría llenado de emoción haciéndole ciertas confidencias. «He conocido a bastantes mujeres apasionadas, pero todo eso se acabó ya. No tienes motivos de preocupación».

¡Ir con cuentos como ese al tribunal de libertad vigilada!

La tita Gigi pasaba ya de los setenta años y era la hermana menor, y era obstinada, con ataques de bondad, dispuesta a no tolerar resistencia alguna a sus sacrificios. Corde le dijo a Minna:

—Tu tía tiene las ideas más extrañas.

—Sí, ya lo sé.

—A mí me resulta conmovedor. Las dos hermanas.

—En otros tiempos, cuando era bella, le gustaba vestir bien, y era de una elegancia maravillosa. Recuerdo que la gente volvía la cabeza para mirarla cuando iba por la calle. Pero luego, cuando los años cuarenta, comenzó a traer a su casa a los hijos de familias que murieron durante la guerra, y llegó a tener alrededor de veinte huérfanos. Mi madre la ayudaba. Luego su marido murió.

El apartamento estaba a nombre de Valeria. Los primos hablaron con Minna del porvenir de Gigi. ¿Qué haría cuando se quedase sola?

Justo antes del ataque de Valeria, Gigi se había arreglado el pelo, cortándoselo, rizándoselo y recuchiflitándose por el borde (Corde no acababa de recordar la palabra adecuada), pero ahora todo este arreglo estaba desintegrándose, y el pelo se le erizaba, saliendo de su fino cuello como la fronda seca de una palma. Se ocupaba mucho de Corde, sobre todo, a la hora del desayuno: «Me gustaría tener una tostadora como Dios manda, pero no la tenemos. ¿Está bueno el café este? Tuviste una gran idea al traer una lata de té de Chicago. ¿No podríamos encontrar algún periódico extranjero para ti en el “Intercontinental”?», o también le decía: «No sabes lo que siento que no puedas ver el país tan hermoso que tenemos, en lugar de no ver más que su lado oscuro, y tan siniestro como es»; al parecer había aprendido el inglés leyendo el *Cuento de los dos ratones malos*, de Beatrix Potter, porque hablaba exactamente como la versión balcánica de una institutriz inglesa.

Corde respondía a todo esto: «En el “Intercontinental” no he visto más que *Pravda* y *Tribuna Ludu*, me parece que no reciben el *Herald Tribune*». Pero estaba indeciso, por lo que se refería a las noticias. En casa leía demasiados periódicos, y se sentía mejor sin su dosis diaria de seudosucesos de importancia mundial, sin frases periodísticas. Nada que fuese cierto, lo que se dice cierto, podía salir en los periódicos. En el comedor había una enorme radio de onda corta que, a primera vista, daba la impresión de poder coger Java, pero que, en realidad, no emitía más que sonidos agudos de interferencia. El gran televisor, con su caja de madera, era igual de inútil, porque en él solo aparecía el dictador, inspeccionando, pasando revista, presidiendo, y siempre entre desfiles a toque de trompeta, flores y grandes coches oficiales. La gente aparecía aplaudiendo, pero lo cierto era que si se permitiera la emigración, el país se quedaría desierto en menos de un mes.

El decano comenzó a interesarse en las plantas domésticas. Era una buena temporada de ciclaminos y las tiendas estaban llenas de tiestos con esta planta. Miró la palabra en el gran diccionario *Larousse*. Dándose cuenta de que Corde iba por el apartamento redando las plantas, la tita Gigi encargó a sus agentes que trajeran más flores, y Corde se alegró de tener aquella compañía, porque pensaba que le refrescaban la cabeza. En casa se pasaba el tiempo cuidando de sus violetas africanas, pero para entonces ya estarían sin duda muertas.

Después del desayuno volvía al cuarto de Minna, se sentaba a la mesa de

estudiante de su esposa, con el abrigo sobre los hombros, y trataba de escribir una carta o de tomar algunas notas para su nuevo proyecto de colaboración con Beech, o de leer algunos documentos que le había dado Beech; pero en seguida se daba cuenta de que estaba en un extraño estado y no tardaba en ponerse a mirar a los ciclaminos, y con frecuencia lo que hacía era volver a meterse en la cama. Su oficina había quedado en mantenerlo informado, y lo más probable era que los miembros del jurado recibieran permiso para salir a la calle a hacer sus compras de Navidad y que no pasase nada hasta después de las fiestas, pero lo cierto era que, hasta entonces, Miss Porson no le había mandado nada de correspondencia, aunque también era cierto que solo llevaban ocho días ausentes. Corde dormía mucho tiempo, pero no dormía bien, lo único que tenía era una especie de éxtasis indiferente.

Algunas mañanas brillaba el sol, con un claro azul infernal. Corde miraba por entre las ramillas de yedra en la parte de la habitación que daba al vestíbulo. De ellas caían pequeñas bayas heladas de un azul oscuro. Las palomas bajaban. Sin duda, las dos viejas solían darles de comer. Pero lo cierto era que Corde apenas sentía interés por aquellos pájaros, eran los ciclaminos los que le absorbían hipnóticamente, los núcleos oscuros de los rosados y los núcleos más purpúreos de los blancos, con los pétalos vueltos hacia atrás y las hojas jaspeadas de muchos matices de verde. El *Larousse* decía que pertenecían a la familia de las primulas. Nacían de bulbos. Alguien le había sugerido alguna vez que aquellos seres verdes producían sus hojas y sus flores en un estado de sueño, perfección carente de consciencia, diseño sin nervios. Póngase un puñado de tierra en el tiesto, y ellos entonces surgen solos con toda su belleza. ¿Quién fue el que dijo eso refiriéndose a la vida durmiente de las plantas? Meditando sobre los ciclaminos que había sobre la mesa, Corde se adormecía con frecuencia; sentíase demasiado aturdido para recordar nada, pensaba que si hubiera suficiente número de esas plantas en una habitación y se las regase con una solución de nembutal quizá pudieran curar el insomnio y crear una atmósfera de sueños.

Su reloj biológico atrasaba. Por la mañana le dominaba una somnolencia anormal, y Corde no luchaba contra ella. Se despertaba en la silla y se encontraba a sí mismo recostado contra el respaldo, con los brazos cruzados y el rostro vuelto hacia arriba como un plato de radar. Esta postura le daba dolores en el cuello. Cediendo ante el sueño, se desnudaba y se metía de nuevo en la cama, y, al tiempo que hacía esto, tenía a veces una sensación de todo el tiempo que había vivido y de cuántas, muchas veces, el ser humano desnudo se había deslizado por entre las sábanas. Minna solía decir que eso eran tonterías, y que lo que pasaba era que él, igual que ella, era más joven que su edad, pero el resorte que tenía en su interior, y que tan tenso solía ser antes, estaba ahora, ciertamente, mucho más flojo, aunque no tanto como en el caso de su suegra..., Valeria, en la unidad de cuidados intensivos, estaba siempre presente en sus pensamientos..., pero era imposible negar la diferencia.

De vez en cuando, Minna lo despertaba de sus sueños de después del desayuno y

le pedía apremiantemente, como si a él pudiera ocurrírsele siquiera rehusar, que se levantase y fuese a saludar a algún visitante especial, y él entonces oía nombres como el primo Cornel, Badia Tich, el doctor Serbanescu, el doctor Voynich, el hermano de Vlada, parientes y colegas de los padres de ella. Se dio cuenta en seguida de que allí la palabra «colega» tenía mucho más peso que en Estados Unidos; los norteamericanos tendían a decir «socios». La mayoría de los visitantes eran gente mayor y achacosa, con clase. Se daban perfecta cuenta del lamentable estado en que se hallaban y parecían encogerse de hombros al darle la mano, como diciendo: «Bueno, así están las cosas, ¿qué quiere usted que le hagamos?». A Corde le parecía como si se hubieran disfrazado así para una fiesta de la época de la Depresión en Estados Unidos. Hablaban un francés enmohecido, para que él entendiera, ahorrándole así la prueba de su inglés, que era mucho peor, y, naturalmente, mientras hablaban, trataban de encajar al marido norteamericano que estaba allí, sentado ante ellos, como colgando. Se había puesto la ropa de cualquier manera, medio dormido, y se sentía insuficientemente conectado con su propio cuello, sus calcetines, zapatos, chaqueta. El decano no se había comprado un solo traje nuevo desde que se casara con Minna, hacía ya cinco años. Ya no tenía necesidad de darse a sí mismo un aspecto atractivo, de distraer la atención de los demás de su pelo cada vez más escaso, de su cuello largo y de su rostro circular, «semejante a un girasol en el invierno», como él mismo decía. Todavía no despierto del todo, Corde respondía a las preguntas corteses con la cortesía correspondiente, confiando en que su voz de un bajo moderado le sacase del apuro. Por lo menos la única hija de los Raresh se había casado con un norteamericano que hablaba algo de francés. Allí el francés tenía mucho valor, el francés era una ventaja deliciosa. Corde explicaba que había vivido una vez en París, pero su capacidad conversacional era limitada. Bebía un vaso de aguardiente, que, a pesar del aroma como de viejo trapo de limpieza, producía en él un efecto reconfortante y limpio, comía una rebanada del pastel de pasas de la tita Gigi y lo empujaba hacia abajo con una taza, observando al mismo tiempo que todos los allí presentes estaban tratando de contarle algo o de hacerle entender con distintos signos cómo era la situación en el país. Se fue dando cuenta, además, de que todos aquellos colegas y primos se sentían muy orgullosos de los triunfos científicos de Minna y en eso él coincidía con ellos y le llenaba de calor pensar que también desde el punto de vista humano tenía Minna sus ventajas, hasta el punto de que si hubiese sido discreto dejarse llevar de aquel sentimiento, se habría puesto a hablarles de las grandes cualidades humanas de Minna. Los visitantes, por su parte, se habrían conformado con que el decano les hablara inteligentemente del papel de Estados Unidos en la política mundial. Después de todo, él llegaba del bendito mundo exterior, de Occidente. Estaba en completa libertad de hablar, lo cual, para ellos, era imposible. Todas las conversaciones con extranjeros tenían que ser comunicadas a la Policía y poca gente tendría la audacia de visitar la biblioteca norteamericana. Los que iban a sentarse en la sala de lecturas eran probablemente agentes secretos. Uno de

los grandes logros del comunismo había consistido en aislar a tantos millones de seres humanos. A nadie le habría parecido posible que en la época en que estábamos, las técnicas de la censura hubieran podido llegar a igualar a las técnicas de transmisión. Evidentemente, como en Francia bajo la ocupación, esos millones de cautivos se pasaban el tiempo rebañando por todas partes, manteniéndose con vida. En la tristeza de la tarde, la luz apagada del día mutilado, el frío de la habitación, tan descorazonador, los visitantes hubieran deseado oír las palabras de un ser tan exótico como era para ellos un norteamericano inteligente, palabras de verdadero interés, y también de alivio, como que aquella dictadura no podría durar eternamente. Pero Corde no se sentía con ánimos de decirles tales cosas, y, además, ese tipo de explicaciones a él no se le daban muy bien. Hasta que el profesor Voynich se levantó para despedirse no consiguió localizarle Corde, que había estado en casi completo silencio todo el tiempo. Vaya, pero si era el hermano de Vlada. Se levantó también para estrechar por segunda vez la mano del doctor.

—¿Vendrá Vlada estas Navidades?

—Seguro.

—Dispéñeme, hoy me siento un poco aturdido —dijo Corde—, pienso que me traerá noticias de Chicago.

El profesor Voynich era viejo y tenía aspecto gastado. Su hermana, en cambio, era fornida, pálida, redonda, muy distinta de él, pero también había que tener en cuenta que su hermana no se había pasado en la cárcel... ¿cuántos años fueron?, y bastantes de ellos incomunicado. Mientras Corde le acompañaba a la puerta, Voynich dijo:

—Su mujer me ha dicho que no ha visto usted todavía bien la ciudad. Por desgracia está ocupada, pero a mí me gustaría mucho enseñársela uno de estos días, antes de que llegue mi hermana.

—Se lo agradecería.

Corde, después de haber cerrado la puerta del apartamento, no volvió al cuarto de estar, sino que se metió de nuevo en su habitación y se acostó. La temperatura de trece grados era ideal para los ciclaminos, de modo que él los imitó y renunció al estado consciente, se eliminó a sí mismo. No le daba pena sentirse desaparecer, rendir sus sentidos sin condiciones: el oído, el tacto; cerró los ojos..., algo así como un desmayo, se dijo.

Pero, a la mañana siguiente, y ya era mañana sin haberse dado cuenta de ello casi, volvió a sentirse animado. Alguien le telefoneó de la Embajada norteamericana. Alguno de los amigos que tenía Corde en Washington habría influido cerca de alguien importante. Un coche iría a buscar a Mr. Corde a las diez y media. Corde se afeitó cuidadosamente, se vistió con esmero y bajó. Ioanna, la portera, vigilante desde su nicho del sótano, tendría ya algo de que informar, nada menos que un coche oficial con una bandera norteamericana que llegaba a recoger al marido de Minna.

Corde había enviado un recado al agregado cultural, Milancey, un hombre de rostro suave, que llevaba siempre un sombrero raro y tenía una sonrisa como

encogida; fue él quien se encargó de sus visados a la llegada y fue a buscarlos al aeropuerto.

Milancey era experto en el arte de aclarar las cosas: el Gobierno norteamericano había cumplido ya su deber para con el matrimonio Corde y no tenía intención de hacer más. El coche aquel, por lo tanto, era una sorpresa. A Milancey nunca se le habría ocurrido mandar aquel automóvil que parecía un «Bechstein». A lo mejor era que había intercedido la Fundación Nacional Científica, o algún asesor de la Casa Blanca, enterado de los trabajos de Minna, había mandado aviso al primer secretario o al embajador, pero resultaba evidente que alguien muy arriba había dado orden de mandar aquel «Lincoln Continental», en que estaba ahora Corde arrellanado, sintiéndose más caliente que en ningún otro momento de más de una semana, reposando los pies en un bloque de fieltro suave que saltaba hacia delante. A pesar de todas estas comodidades, sus ojos eran los de un hombre sometido a grandes presiones. Al llegar a la calle vigilada, el automóvil entró en el patio de la Embajada y Corde fue recibido por una muchacha que lo guio, pasando ante la mesa del sargento de infantería de Marina y subiendo Juego por la escalera circular de mármol del palacete hasta llegar al despacho del embajador. En la antesala, una secretaria se levantó y abrió la puerta. El embajador estaba ya en pie, esperándolo, al otro lado de su mesa.

—¿Mr. Corde?

Corde se preguntó por qué motivo le recibía aquel negro tan discreto, de voz tan suave, cariñosa casi, tan misteriosamente serio y apuesto. La astrofísica de Minna no podía ser la razón, o por lo menos no toda la razón. El embajador le explicó que había trabajado en la Embajada de París a mediados de los años cincuenta, cuando Corde escribía en el *Herald Tribune*.

—Lo primero que leía eran sus artículos.

Diciendo esto le hizo seña de que se sentara en uno de los sofás. Era posible, después de todo, que no hubiese mucho trabajo oficial que hacer en aquellos días de vacaciones hacia fines de diciembre, pero a Corde también se le ocurrió que el embajador quizás hubiese leído sus artículos en *Harper's*, o quizás en *Time* o *Newsweek* se habían ocupado del caso de Ebry, cogiéndolo de los periódicos locales, que no eran demasiado favorables. Corde había acusado a los periódicos de predisponer a la opinión pública en contra de Rufus Ridpath, director de la cárcel del Condado, cuando estaba siendo procesado por maltratar a los presos. Los periódicos se ocuparon mucho de Ridpath, publicando declaraciones desfavorables de confidentes anónimos y grotescas fotografías de primera página que estaban tomadas de cerca y le daban el aspecto de un gorila. Hacer esto con el único que había tenido el valor de imponerse en toda la cárcel, hasta en sus rincones más peligrosos, arrancando el poder de manos de los cabecillas y sus bandas era un escándalo. «Hay gente en la Prensa que se siente más a gusto con farsantes, con gente sin principios», esto era lo que había escrito Corde. Y ahora, en el caso Ebry, la Prensa la había

tomado con él, y no le dejaba en paz. Otra persona con más experiencia y más astucia habría visto venir todo esto, pero la emoción moral, tan poco frecuente quizá por esto precisamente, había minado su sentido práctico. En cualquier caso, sin embargo, lo cierto era que se había levantado la veda, y cualquiera podía meterse ahora con Corde. Los periódicos hablaron de la amistad de Mason con Ebry y de las acusaciones de los estudiantes extremistas. Estos decían que Corde era un racista, e insinuaban que estaba introduciendo una política racista en la Universidad. Y luego había una complicación todavía más embarazosa, pues un primo de Corde, Max Detillion, era el defensor de Ebry. Mason se había ocupado de que aceptase la defensa de Ebry, tomándola del abogado que Ebry mismo contratara, y esta había sido una maniobra aviesamente astuta por parte de Mason. La verdad, pensaba Corde, era que aquellos dientes que tan ingenuos parecían, y aquel vello de juventud, y las largas pestañas, eran muy engañosos, y que el muchacho, al fin y a la postre, era un verdadero demonio. Su primo Max, iniciando las hostilidades contra Corde, dio una conferencia de Prensa en la que dijo que no iba a recibir un centavo de honorarios por defender a aquel lavaplatos del ghetto. A Maxie le encantaba la publicidad, y esta vez iba a tenerla en abundancia. Y esto se debía a su odiado primo, no a su talento como abogado. El origen del odio de Maxi era un amor agriado, pendencias familiares. Maxi estaba lleno de rencor por causa de injusticias imaginarias. Maxi, vistoso, viejo, corrompido, con ojos audaces y una elocuencia analfabeta y furiosamente repetitiva, era un verdadero genio, aunque algo atontado, cuando se trataba de llamar la atención. Y la publicidad le hacía falta porque su clientela estaba en baja. Al primer abogado se le pidió que se retirara.

Pero no valía de nada que Corde se preocupase tanto por Mason y por Max y por los periódicos de Chicago, porque el embajador no parecía tener la más lejana idea de todo aquello, y Corde se había preparado para hacer frente a dificultades que aquel hombre tan cortés no tenía intención de ocasionarle. De lo único que quería hablar el embajador era de París en los años cincuenta.

—Ya no escribe usted en los periódicos —dijo.

—Renuncié a eso. Aunque todavía publico algo de vez en cuando. Recientemente publiqué una...

—Tengo que mirarlo —el embajador tomó una nota rápida con su bolígrafo de plata—, ¿qué clase de trabajo hace usted ahora?

—Soy profesor de periodismo en mi ciudad natal. Decano, y todo lo demás. La verdad es que no se me dan bien las cosas burocráticas, y que no sé si tengo derecho a llamarme profesor, pero sentí curiosidad por saber lo que era eso.

Era tranquilizador estar ahí sentado con el embajador. Su despacho estaba muy bien aderezado y él era apuesto y tenía algo que Corde calificó mentalmente de clase, de delicadeza. Y también le hacía bien abandonar el solitario cuarto de Minna, cambiar de ambiente. Corde llevaba demasiado tiempo encerrado.

—Probablemente lo que pasaba era que tenía usted inclinaciones culturales que el

periodismo no le satisfacía.

—Exacto. Tuvo que ser una necesidad muy fuerte, para hacerme ir de París a Chicago. Quería leer, y también rodearme de gente con quienes poder hablar. La gente adecuada para conversar, que es precisamente lo más difícil de todo.

—Está visto que a usted le interesan las cosas más difíciles.

—No pienso que sean tan difíciles o esotéricas. En París yo estaba demasiado ocupado, y cuando las ocupaciones lo cercan a uno, la filosofía, la poesía y las cosas así tienen que hacerse a un lado. Justo antes de tomar la decisión de irme a Chicago estaba leyendo a Rilke, particularmente sus cartas del tiempo de la guerra.

—Esas no las conozco.

En aquel sofá tapizado de cuero, y con el embajador, la conversación parecía posible, sin el menor género de duda, aunque, por supuesto, nada fácil. Cuando Rilke se quejaba de que no conseguía encontrar una actitud adecuada ante las cosas y la gente que lo rodeaba, Corde había pensado: sí, claro, eso es muy corriente, es lo que me pasa a mí también. Y lo raro es que teniendo un temperamento como ese hubiera dado en ser periodista. ¿Hombre de palabras?, sí, pero no las palabras que hacían falta. Y durante varios años, para curarse a sí mismo de malas costumbres, de mal uso, había estado casi enteramente silencioso, hasta el punto de que parecía haber olvidado cómo se abre la boca. El aislamiento de Corde en el cuarto silencioso donde Minna había preparado sus lecciones de astrofísica o matemáticas, donde Valeria guardaba sus recuerdos y escribía sus cartas, le había enmohecido, envolviéndole como en un sudario de mudo entumecimiento que le dolía en el corazón. Hubo un momento, al comienzo de su charla con el embajador, en que se imaginó que su rostro volvía a la superficie, saliendo de lo profundo como el rostro que Mason vio sin duda en el Cape, saliendo del verde Atlántico, perdidas las gafas, con el cabello revuelto, la frente grande y desnuda, la nariz francoirlandesa, los ojos cegatos.

Y no era que le faltasen los temas. Estaba preparándose a lanzar una apasionada declaración sobre Valeria y, junto con esto, quería ver qué resultado surtían en el embajador algunas de sus ideas sobre el estado de ánimo en Occidente. No, desde luego, temas no era lo que le faltaba: el estado desmadrado en que se hallaba Norteamérica, los puntos de vista y la psicología de los funcionarios del mundo comunista, las psicosis propias de las comunidades penitenciarias, como aquella en que se encontraban ambos. Y la distinguida amabilidad del embajador era sumamente animadora, hasta el punto de que Corde se sentía decidido a abrirse, pero tomó la prudente decisión de dejar que fuera el embajador el que dirigiese la conversación.

El embajador le pidió detalles del caso de Valeria, y Corde se animó bastante mientras se los daba. Una copita le habría venido bien, pero no hubiese estado bien pedirla. El embajador dijo que había leído con gran atención su recado a Mr. Milancey. Corde lo había escrito de cualquier manera, sin pararse a pensar en ningún momento que el agregado iba ponerse a enseñarlo por ahí, y trató de recordar lo que había dicho en él.

—Hay cierto parecido con mi caso —dijo el embajador—, yo también estoy casado con una extranjera, una francesa. Su madre, una vieja señora francesa que vive con nosotros, está muy enferma.

—Lo siento mucho. Sí, ahora me doy cuenta de la razón de que se haya tomado ese interés. ¿Se podría hacer algo? Llevamos ya ocho días aquí..., más o menos. La verdad es que pierde uno la noción del tiempo. Mi mujer tan solo ha visto a su madre dos veces.

—¿Dos veces solamente...?

—Cosa de veinte minutos cada vez. Y la segunda vez ni siquiera fue con permiso del coronel..., quiero decir del director del hospital.

—¿Y cómo fue, entonces?

Corde echó una mirada en su derredor. Incluso en aquel lugar podría ser un error dar nombres. La Embajada, sin duda alguna, tendría micrófonos escondidos.

—La verdad es que no lo sé. A mi mujer la acusaron de haberles tomado el pelo, y no hay cosa que menos vaya con su carácter, porque es insólitamente...

—Su mujer es astrónomo, ¿no?

—De no ser porque tuvimos que venir aquí a toda prisa, a estas alturas estaríamos en Monte Palomar. El telescopio le correspondía a ella parte de la semana de Navidad. Ahora, bueno, se pasa el día al teléfono, tratando de encontrar alguien que le eche una mano, y ya puede usted imaginarse en qué estado se encuentra. Hace cinco días que no ve a su madre, y está desconsolada.

—Es natural. ¿Y qué razón les dan?

—Pues que en la unidad de cuidados intensivos no se permiten las visitas —dijo Corde.

—Sí, lo que decía usted en su carta. Esto es demasiado estricto. Bueno, tengo buenas relaciones con el ministro de Salud Pública y le puedo llamar esta tarde, ¿qué le parece?

—Me imagino que es él quien dirige los hospitales, o sea que será él el jefe del coronel. Y créame que se lo agradecería mucho, porque su madre ya no puede vivir mucho tiempo. En momentos como este todo el asunto parece carecer de importancia. Bueno, lo que quiero decir —se apresuró Corde a explicarse— es que, teniendo en cuenta lo que se lee todos los días: actos de terrorismo, hambre, genocidio, las cosas que pasan en Iberoamérica, en Camboya o en Uganda, por ejemplo que un rehén, una pobre vieja en Entebbe, que tuvo que ser llevada al hospital, fue estrangulada por los esbirros de Amin, todos esos sucesos brutales y terribles, y en Addis Abeba, donde el régimen ha estado asesinando gente joven para acabar con la oposición y dejando los cadáveres de los niños a la puerta de las casas de sus padres, con todas esas cosas que están pasando ahora...

—A pesar de todo, para su mujer tiene su importancia no poder ver a su madre.

—Para mí, desde luego, también la tiene. Mi mujer es persona sencilla. No se ocupa de política. Su madre la mantuvo al margen de la política, la educó de esa

manera: nada de política, nada de historia. Quizá se pase un poco de la raya en esto. En casa, en Chicago, recibe revistas de las organizaciones de derechos civiles y libros de supervivientes de los campos de trabajo, de refugiados; como es de Europa Oriental, pues está en todas esas listas. Pero está demasiado ocupada, de modo que soy yo el que lee todas esas cosas tan deprimentes, y ese es el motivo de que tenga una idea bastante completa de cómo funcionan las cosas en estos países: trabajos forzados, manicomios para disidentes, censura. He cogido la costumbre de leer todo el correo de este tipo que recibe mi mujer y me pide que se lo resuma. En fin, que aquí tiene usted la situación: una suegra en el hospital del partido, y el director que es coronel de la Policía secreta, o sea que no es el tipo de persona que suele mostrarse favorable a una petición de humanidad. Y pienso que lo que quiere es dar una lección a mi mujer.

—¿Porque se fue del país?

—En parte. Y ahora, encima, la dama vuelve con pasaporte y marido norteamericano, llega en avión, sin visado, y la Embajada tiene que echarle una mano, porque, a propósito, tiene todavía doble nacionalidad, y pretende que el coronel le permita saltarse a la torera las regulaciones. ¿Quién se ha creído que es? Además, su madre fue ministra de Salud Pública hace treinta años, cuando el hombre este estaba todavía muy por debajo en la escala jerárquica, aprendiendo el oficio en los hospitales de las cárceles. Según toda esta literatura, que se ha convertido para mí en una especie de vicio, se trata ahora de manera abusiva a los presos, Amnistía Internacional dice que en los centros psiquiátricos les inyectan drogas que actúan sobre la mente, y quién sabe cuánta gente morirá en esos lugares. Electroshock, inyecciones de sulfadiacina. Y antes era mucho peor, cuando el coronel era un simple aprendiz. A uno de los colegas de mi suegro, un ministro de Justicia, le cortaron la cabeza en la celda, porque no querían procesarlo.

Tal era la emoción que sentía Corde, que estaba perdiendo los estribos. Y no habría sabido decir por qué.

O, mejor dicho, sí que habría podido decirlo, por lo menos aproximadamente. Pero lo cierto es que tenía muy poco tacto, una verdadera estupidez, dar una conferencia sobre atrocidades a un alto y experimentado funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores. Tocqueville tenía más razón que un santo cuando dijo que los norteamericanos, que los demócratas del mundo entero, carecían de aptitud para la conversación, porque tendían a dar conferencias. Y la ampulosidad, los lugares comunes, los artículos de periódico mascados y a medio digerir, desconectan al interlocutor, como es natural, porque también él había leído y oído todo aquello. Pero el embajador estaba demasiado bien educado para interrumpirlo, limitándose a escuchar, asentir y esperar. Y, después de todo, también Corde tenía algo que decir. De modo que se lanzó de nuevo a la carga:

—Lo que quise decir antes, cuando hablé de cosas sin importancia, es que aquí todo está de acuerdo con una escala: A es malo, pero B es peor, y C es todavía peor.

Cuando se llega a N, el mal es inmenso; tanto, que A se vuelve insignificante. Después de treinta años de trabajar en la Policía y de haber visto regimientos enteros de cadáveres, el coronel debe tener sus propias opiniones sobre lo que es el sufrimiento y lo que es la muerte, de manera que no comprenderá por qué hay que dar tanta importancia a una vieja. Se usa el caso más extremo para quitar importancia a los demás. En nuestro país ocurre lo mismo... Me imagino lo que diría el coronel sobre los valores éticos de Occidente. Bueno, los supuestos valores éticos.

Le pareció sentir que el embajador no estaba desconectado del todo con su sermón. Todavía lo escuchaba cortésmente. Aquel hombre, de piel muy negra, esbelto, tenía estilo, clase, cultura. Llevaba un traje ligero, gris, bien cortado, y una corbata de Hermès, que Corde reconoció por sus características, y zapatos estrechos, negros, que no podían ser más que italianos. Sutilmente considerado, el embajador escuchaba las explicaciones, o las parrafadas ampulosas, de Corde, pero era evidente que no tenía intención de ponerse a hablar del humanismo y la moralidad civilizada del Occidente, o del nihilismo oriental u occidental. Después de todo, él era un funcionario muy ocupado.

—Veremos lo que me dice el ministro de Salud Pública.

—Mi mujer piensa que su madre no comprende por qué motivos no va a verla.

—Pero no es eso lo que piensa usted, ¿verdad?

—Yo pienso que la vieja, con toda su experiencia, tiene que imaginarse la razón.

—¿Está en completa posesión de sus facultades?

—La última vez que la vimos, sí. Le pusieron un bolígrafo entre los dedos y escribió en un papel que lo que quería era que la llevaran a casa. Bueno, quiero decir que lo que escribió fue simplemente: «a casa», pero no se la puede desenchufar de las máquinas. Aunque el coronel se ofreció a hacerlo.

—¿Ah, sí?

—Sí, dijo que si la quitaban de la unidad de cuidados intensivos podríamos visitarla todos los días. Pero estaba de broma, claro, porque el centro respiratorio ya no le funciona, y no podría seguir viva ni diez minutos. Esa era su forma de devolverle la china a la hija. Una propina, que pudiéramos decir.

Al embajador no parecían gustarle demasiado aquellos detalles. Se mostraba comprensivo, exquisitamente decoroso, aunque no tenía necesidad de enterarse de todo. Pero también era cierto que Corde no estaba diciéndole todo, ni mucho menos. Inesperadamente recordó el cuadro de Goya referente a Saturno: el gigante desnudo, en cuclillas, con la boca abierta, devorando. La muerte tragándose a la vieja, comenzando por la cara. Y, de nuevo, la imposibilidad de dar con la actitud adecuada. Corde parecía bastante sereno, pero la verdad era que sus controles no estaban funcionando como era debido.

Minna no hacía más que preguntar: «¿Qué estará pensando mi madre, qué crees tú que pensará?». Y Corde, con frecuencia, se preguntaba a sí mismo qué pensaría la vieja señora si hubiera podido abrir los ojos y ver a los dos allí de pie, junto a ella,

con aquellos guardapolvos y aquellas mascarillas. Corde estaba convencido de que Valeria había hecho sus planes con gran cuidado, pero no podía garantizar el porvenir de Minna. Y había, aún, una pregunta sin respuesta: ¿Podría tener confianza en que aquel norteamericano, Corde, no haría daño, no traicionaría, no llegaría incluso a destruir a su hija? La vieja era muy lista, pero, al mismo tiempo, era romántica. Había querido a su marido, y, cuando murió este, todo lo que le quedó de él fue su hija. Y la mandó derecha al espacio cósmico. A vivir exclusivamente entre física, galaxias y ecuaciones. Minna nunca había leído el *Manifiesto comunista*, nunca había oído hablar del terror estalinista. Y la cuestión era: ¿podría confiar Valeria a su hija a un hombre como Corde? Allí, en la unidad de cuidados intensivos, ¿qué rostro cubría aquella máscara de gasa..., el rostro de un hombre cuerdo o qué? ¿Un alma cariñosa o un asesino enmascarado? Corde tenía miedo de que aquella vieja tan profunda pudiera penetrar en sus peores pensamientos, en su inestabilidad, su debilidad, sus vicios. ¡Santo cielo!, ¡de manera que tengo que acabar haciéndome responsable de esta vida de sacrificios maternales, y de la pureza de la matrona romana, y de todas las conquistas clásicas! La verdad es que la cosa es de locos. Hay gente que acaba descubriéndolo a uno, sobre todo las viejas. En *La dama de picas*, de Pushkin, quizá no fuera, al fin y al cabo, la codicia del jugador lo que mueve a aquel audaz de Hermann; a lo mejor se escondió en la alcoba de la vieja porque necesitaba poner a prueba su alma enfrentándose con su terrible mirada. Bueno, era bien cierto que Corde tenía problemas, pero a Valeria le respondía que sí, que podía fiarse de él..., que era estable, que sí, que había encontrado un punto firme de apoyo. Eso era, justo, lo que hubiera querido decir a Valeria. «No te preocupes, no me incluyas en tus angustias, ¡quiero de verdad a tu hija!».

No se traslucía nada de estas reflexiones, o eso, por lo menos, esperaba Corde, ni tampoco de lo que la inminencia de la muerte estaba haciéndole, de lo vulnerable que se sentía, al borde mismo de una erupción de sentimientos.

Sin duda el embajador pertenecía a una de esas familias negras patricias, cuyos antepasados habían sido manumitidos antes de la guerra de Secesión. Corde había conocido antes a otros como él. Tenían sus casas de verano en Edgartoun. Y así es como, erróneamente quizá, le situó.

—Prometo darle alguna noticia hoy mismo, Mr. Corde —le dijo—, y si hay alguna otra cosa en que la Embajada pueda serle útil...

—¿Podrían dejarme en la biblioteca los *Tribune* de la semana pasada? El último periódico que vi fue en el avión, cuando vinimos.

—Me parece que le podremos prestar algunos de ellos por lo menos. Y, a propósito, tenemos en Bucarest a un periodista que habló de usted ayer. Spangler, el columnista.

—¡No me diga que está aquí Dewey Spangler!

—Está recorriendo Europa Oriental. Vino aquí a tomar una copa y habló de usted con mucho afecto. ¿Son ustedes dos viejos amigos?

—Fuimos al colegio juntos. Pero hace años que no le veo, diez o así.

—¿Puedo darle su teléfono?

—Por supuesto.

Spangler nunca iba a visitarlo en Chicago, pero no había necesidad de explicarle eso al embajador. Ya le había dicho más de lo estrictamente necesario. Demasiados comentarios, sin duda.

Una reunión de viejos amigos en plenos Balcanes le haría gracia a Dewey. Había que imaginarse la situación, dos muchachos de los barrios bajos de Chicago que se reúnen cuarenta años después; uno de ellos, columnista importante, influyente en la opinión pública norteamericana, en aquella opresiva capital, comunista y bizantina. ¡Menuda escena!, Dewey, en realidad, se había convertido en un..., ¿en un qué...?, en un portavoz público, en un hombre de operaciones en gran escala. Durante años se había mantenido a distancia de Corde porque no quería que este le recordase su pasado de joven chiflado que había contado aquellas mentiras absurdas, tenido aquellos altercados a grito pelado con su madre y escrito aquellos poemas tan violentamente revolucionarios.

A Corde no le gustaba demasiado la columna que escribía Dewey. La encontraba demasiado sesuda y enjundiosa. Estaba tratando de emular a Walter Lippman. Pero Lippman había sido discípulo de George Santayana, y protegido de gente muy importante a la edad en que Dewey, el de los dientes largos, iba en camisa por ahí y le daba gritos y le hacía muecas a su madre.

Pero nos comprendíamos bien el uno al otro hace cuarenta años, se decía Corde. En el colegio, por supuesto, todo era Swinburne, Wilde, Nietzsche, Walt Whitman. Un herbolario perfumado, un lirismo y unas lamentaciones embriagantes, nihilismo y decadencia, eso era lo que los había hecho tan amigos. El grueso tomo de un rosa desvaído de Oscar Wilde que Corde había encontrado en las baldas más bajas, detrás de la cama de Valeria, las hipérboles empalagosas como pasteles de almas ciegas e infiernos rojos, todo eso podría servir de agüero de aquella reunión. Y había un vínculo más, en el que habría pensado espontáneamente si su cabeza estuviera funcionando normalmente, y era que Max Detillion, su primo, había compartido en una ocasión los intereses literarios de ambos, o, por lo menos, dijo que los compartía. Maxie, que era un verdadero actor ya entonces, solía recitar la *Balada de la cárcel de Reading*: «Pues cada hombre mata la cosa que ama... La pobre mujer muerta que él había amado, y asesinado en su cama». Dewey Spangler se había reído mucho de él por aquel entonces: «Pedantuelo..., tosco y delicado..., o sea poetastro», estas eran algunas de las muchas cosas que solía llamarle, haciéndose el gracioso a costa suya. Pero más tarde Dewey fue haciéndose tolerante y llegó a decir que Maxie, después de todo, había ido formándose y convirtiéndose en algo digno de atención. Dewey respetaba a los que «llegan a ser algo», si es que no llegaban demasiado lejos. Pero la opinión de Corde había ido por derroteros opuestos, y pensaba que Maxie había perdido el sentido de su propia dirección. Dewey nunca había tenido contactos de

tipo práctico con Max, mientras que, a Corde, Max le había costado decenas de miles de dólares, pero incluso esto se le podría perdonar si fuera posible hablar de manera abierta y razonable con él; y lo que ocurría era todo lo contrario, que cuanto más daño le hacía a uno, tanto más daño alegaba que le había hecho uno a él. Maxi lo cogía todo para sí, hasta los perjuicios, y de pronto se encontraba uno con el hecho consumado, sin que fuera posible aplicar a aquella situación un juicio racional, era una especie de misterio autosuficiente. Y luego había otros absurdos, como el de la publicidad, por ejemplo: Max, que se volvía loco por salir en los periódicos, se pasaba la vida entre periodistas, cotilleando con ellos y convidándolos a copas, y, naturalmente, ahora se hacía cargo del caso de Ebry, porque le iba a dar nueva vida, y, así las cosas, Maxie, ante el jurado de las calles Trece y Michigan, había causado gran impresión con sus aires rooseveltianos, el hombre de Estado, como un león, un hombre de gran apostura, sí, pero al borde de desintegrarse. La causa de su enfermedad no eran ni virus ni bacterias, sino derrumbamiento erótico. Maxie estaba desesperado, y quizá la celebridad le sirviera ahora de medicina.

En cierto modo el primo Albert sufría con el primo Max. En la mente de Corde, que era un lector voracísimo y había leído demasiado, aparecieron los monstruos sexuales balzaquianos de *La prima Bette*, quizás el barón Hulot, anciano sin fuerzas cortejando a la mujer que estaba haciendo de enfermera a su mujer moribunda. Corde tenía sus razones para aquellos pensamientos, porque si ahora veía a Dewey Spangler, era seguro que hablarían del primo Max, y lo más probable era que Max hubiese enviado a Spangler recortes de Prensa de Chicago, donde estaba haciendo cosas tan importantes. De modo que ahora eran famosos los tres.

Esto era una carga para Corde: tristeza, primos, y antiguos compañeros de juegos, y habiéndose querido el uno al otro, y Max, que, en sus tiempos, había sido un joven tan apuesto, mientras que ahora..., alguna enfermedad de la sangre, que hacía necesaria, no una diálisis tangible, sino alguna otra especie de limpieza. En su juventud, Max había sufrido de frecuentes hemorragias nasales, y esta era la razón de que Corde insistiese tanto en la sangre corrompida de su primo.

El embajador no había mencionado ni *Harper's* ni el proceso Ebry, lo que quería decir que Spangler no le había hablado de la actualidad. Y la cosa tenía su lógica, porque, ¿cómo iba Dewey a hablar de él como de un viejo amigo para meterse con él inmediatamente después? Corde y Spangler habían sido rivales treinta años antes. Al principio, Corde había sido el más famoso de los dos, pues, aun cuando apenas pasaba de los veinte años, el *New Yorker* publicó un artículo suyo en el que narraba la conferencia de Potsdam tal y como él la había visto, a pesar de que aquella conferencia había estado cerrada a la Prensa, pero lo que ocurrió fue que Harry Vaughan, que era colaborador de Truman, había sido amigo del padre de Corde, y Corde, que entonces era soldado y tenía un aspecto de lo más inocente, consiguió entrar en ella con su ayuda. A Vaughan le irritó el artículo, o se vio obligado a decir que le irritaba, pero para el envidioso de Spangler, que estaba entonces empantanado

en Chicago escribiendo para la agencia de noticias de la ciudad sobre la planificación familiar y sobre incendios en bloques de apartamentos de los barrios bajos, el éxito de Corde había sido un terrible golpe, y le había infligido una cruel herida. Pero Dewey era combativo, feroz competidor e ingenioso político; hizo un excelente uso de esta ofensa y no tardó en adelantársele, impelido por la rabia que sentía. Corde era mucho menos ambicioso que Spangler, escribía para un público menos numeroso y a veces parecía innecesariamente oscuro, «hermético» incluso, como le calificó una vez un jefe de redacción. Y cuando Corde llegó a profesor, lo cual, por otra parte, no era una cosa muy importante, pues para entonces había ya millones de profesores, Spangler lo interpretó como una victoria («Yo era demasiado para él, es un peso pluma, de modo que no pudo haber pugilato, no llegó ni a ponerse los guantes siquiera») y se volvió más tolerante y más afable. Corde le daba un poco de pena, después de todo, él era el más mundano de los dos, y, con mucho, el más astuto.

Al más astuto de ambos, los dos artículos de *Harper's* tuvieron indudablemente que parecerle incomprensibles actos de autodestrucción. Corde renunciaba a sus defensas y salía a pecho descubierto, dando golpes como un loco a diestro y siniestro, haciéndose enemigo, atacando sobre todo a la Prensa, lo que era una traición contra su propio oficio, y, lo que es peor de todo, pidiendo casi ser destruido. Era un acto de lo más extraño, y lo más sorprendente era el retroceso de Corde, pues así es como tenía que verlo forzosamente Spangler. Para él, Corde retrocedía ahora a un nivel anterior, a los días en que los dos se dedicaban a leer juntos a Walt Whitman y a Swinburne en el parque de Lincoln. A los diecisiete años se citaban con frecuencia el uno al otro el verso en el que Shelley describía a Jorge III: «Rey moribundo, viejo, loco, ciego, despreciado». La bella y áspera música de aquellas palabras solía conmoverles, y era esta especie de música lo que ahora parecía querer meter Corde en sus trabajos periodísticos si es que, al fin y al cabo, era aquello periodismo, si es que, al fin y al cabo, era Shelley, porque a lo mejor resultaba no ser otra cosa que el mismo Corde en el papel de Jorge III, viejo, loco, ciego y condenado a ser despreciado sin remedio en Chicago. Spangler, al leer aquellos artículos, se habría sentido en primer lugar sobresaltado, luego excitado por la violencia y el daño que se hacía en ellos el autor a sí mismo, y, finalmente, sentiría pena por el pobre desgraciado. Era extrañísimo que los directores de *Harper's* no hubieran tratado de contener sus ímpetus, porque había pasajes que lindaban con la difamación, como si su autor, ciego de ira, estuviese cortejando el suicidio.

Todas estas conjeturas sobre Max, Dewey y sí mismo, Corde las sentía en sus propios y silenciosos labios, con la sensación zumbante y cosquilleante que solía venirle de niño cuando tocaba melodías a través de papel de fumar pegado a un peine. Se preguntaba si todo aquello, la gente, los artículos, los procesos, y todo lo demás, no sería, al fin y al cabo, más que la ración de locura que le tocaba a él de la locura monumental del siglo XX, y si todos aquellos pensamientos no estarían ocurriéndosele por haber pasado demasiado tiempo encerrado en el cuarto antiguo de Minna. ¿O

serían quizás efecto del estado de Valeria, moribunda, o de la muerte de Rick Lester? ¿Era posible echar a un lado la fuerza de miles de decadencias o destinos adversos o muertes, y decidir luego, por medio de algún proceso selectivo demasiado remoto para llegar jamás a ser conocido, concentrar la atención en algunos de ellos? Sí, y luego dejar que los escogidos se pintasen a sí mismos con grandes pinceladas viscerales hasta minar y derrocar el juicio de uno con sus brochazos violentos. Y, finalmente, la superestructura, ensamblada con la astucia defensiva de los ciegos, comenzaría quizás a vacilar.

El embajador salió con él del despacho hasta el descansillo superior de la fina escalinata de mármol. La Embajada había sido, sin duda, un palacio boyardesco en otros tiempos. El pasamano, suave, era iridiscente, y se curvaba una y otra vez como la concha de un nautilus. Y el embajador negro, muy comprensivo desde el principio hasta el final: tanta comprensión, después de todo, podía no ser más que una cortesía sumamente estudiada y compleja, pero Corde, sin saber por qué, no lo creía. No, no se trataba solamente de dos, tres, cinco muertes escogidas que se pintaban espesa, terrible, convulsivamente en su interior, sobre sus intestinos, su hígado, su corazón, todos sus órganos, sino, más bien, un gran panorama de ciudades, muchedumbres, gentes, un apocalipsis tonto de su propia disposición, sus observaciones, ideas, sueños, fantasías y experiencias particulares de la vida.

—Se me ocurre —le dijo Corde al embajador— que, ya que mi amigo Spangler está aquí para entrevistar a gente importante, bien podría decir algo a favor de mi mujer.

—Es una posibilidad; ciertamente, tiene que tener relaciones. Sí, yo de usted se lo diría. Está en el «Intercontinental». Yo me encargo de que le pasen su número de teléfono. Posiblemente será difícil ponerse en contacto con él.

Entretanto la secretaria del embajador había reunido algunos periódicos recientes para Corde. Después de despedirse con un apretón de manos, lo que Mencken llamara «las hipocresías de costumbre», Corde se retiró a un rincón cerca de la mesa del infante de Marina, y se puso a hojear los periódicos. La verdad era que no quería encontrar ninguna noticia de Chicago. Tenía algunos de los periódicos sujetos entre las rodillas. No, no los miró con demasiado cuidado, pero, a pesar de todo, no mencionaban Chicago. Tenía que estar mal de la cabeza, «chicle en el cerebro», como solía decir, para levantar tan extensas y angustiadas fantasías en torno al caso Ebry. Lo que sí encontró fue uno de los artículos que Dewey publicaba para una cadena de periódicos. No lo leyó, limitándose a echarle una somera ojeada. No resultaba fácil tomar en serio a los amigos de uno en el papel de hombres públicos. Él, en general, se decía que Dewey había ganado una brillante victoria, sobreponiéndose a todas sus desventajas, pues no debía olvidarse que, de muchacho, Dewey había tenido que luchar contra buen número de desventajas, pero era preciso reconocer que había sabido dar con la manera de vencerlas, convirtiéndolas en puntos de apoyo; indudablemente había ido muy lejos.

Corde volvió andando desde la Embajada; rehusó el automóvil. Minna, sin duda, se habría alarmado, pero nadie iba a secuestrarlo en plena calle. No se podía esperar que Minna pensase racionalmente en aquellas circunstancias. La tierra, en el mejor de los casos, era ya bastante extraña de por sí. Nada resultaba demasiado absurdo para ser creído. Esto era preciso subrayarlo con frecuencia. Nada. Paseando, bajo el ala inclinada de su sombrero, Corde puso en orden su conversación con el embajador, las promesas que le había hecho, clasificándolo todo en frases de máxima efectividad.

Vio un grupo de obreros trabajando en el vestíbulo del bloque de pisos, mezclando cubos de cemento y argamasa, pero se trataba de una simple reparación, no de una restauración. Las losas de mármol caídas de las paredes durante el terremoto habían sido robadas todas, había dicho Gigi, y ahora quedaba al descubierto el estuco desnudo. Al abrir Corde la puerta principal, de hierro forjado y cristal, vio a Ioanna que estaba al acecho detrás de la ventana de cuatro paños de su garita. Sus mejillas eran como manzanas recién sacadas de la nevera, con un pañuelo bien anudado bajo la barbilla, y tenía forma de fardo. Aunque mandaba informes periódicos a la *securitate*, parecía considerarse a sí misma miembro de la familia Raresch. Se aferraba a esto con tenacidad. Y el marido de Minna era también miembro de la familia, por supuesto, pero como entre Corde y Ioanna no había ningún lenguaje común, ella le reservaba una mirada de pena, como si fuera un retrasado mental. Al pasar junto a su ventana, Corde se paró un momento, llevándose varios de sus dedos enguantados al ala del sombrero. Entre idiotas hay que hacer el idiota. ¿Lo consideraba ella idiota? Siempre es uno un idiota a ojos de alguien, después de todo.

La tita Gigi había bajado con Corde a la garita de Ioanna en visita de cortesía, parte del curioso protocolo de Europa Oriental, para que se empapase bien de quién era su ocupante. En las paredes del cubículo, sobre la cabeza de Ioanna, estaban los retratos oficiales del dictador y su mujer, y al lado de ellos había una fotografía de la bella Nadia Comaneci, que no tenía necesidad de apoyarse en la tierra dura y prefería vivir en el aire, como una novia de Chagall. Había también un icono pintado en cristal con largas y gruesas pinceladas: rojo, verde y dorado. En él, Elías subía al cielo con su carro de dos caballos, mientras ángeles y santos gritaban hosanna. Junto a la cama de Ioanna, en el lugar de honor, había una fotografía de Valeria, la Doamna Doctor. Treinta años antes, Ioanna había sido doncella de la Doamna Doctor, y sentía gran fidelidad por Valeria, sin el menor género de dudas, pero así y todo, había que tenerla contenta. Cada vez que Valeria salía de viaje al extranjero, el nombre de Ioanna estaba a la cabeza de su lista de regalos, pues era una de las personas para quien había que comprar tela para vestidos, chocolatinas, frascos de Arpège, pantis (del tamaño más grande). Y todo esto pasaba por afecto. Y era afecto, ¿cómo podría sostenerse lo contrario? Era afecto, y, al mismo tiempo, soborno. De modo que aquí teníamos a Ioanna, muy dada a las emociones, leal a la familia, muy bien informada, muy poderosa, peligrosa si no se la tenía en cuenta. La figura semejante a un fardo, las mejillas de un escarlata camuesa, el elevarse lento del enorme trasero, la

eficiencia de sus gruesas piernas envueltas en medias negras, el rostro, que expresaba sincera pena..., Corde había tomado buena nota de todo esto. La portera protegía, quería y chantajeaba a las viejas hermanas. ¿Cómo interpretar esto? «Tienen poder para herir, pero no lo harán..., son dueños y señores de sus rostros». No, Shakespeare no estaba pensando en Ioanna cuando escribió esto, sino en grandes almas, en la nobleza. Pero Gigi y Minna y otros le habían asegurado a Corde que la portera quería de verdad a Valeria, y él lo creía («Lo acepto, ¿por qué no?»). Era una chantajista, pero también entregaba su corazón. Porque allí había una comunidad de amor femenino. La matriarca era Valeria, y Ioanna era un miembro destacado.

Aquel apartamento era el centro de una extensa jerarquía femenina. En primer lugar, la tita Gigi, que había estado en Londres en los años veinte y vuelto convertida en una polilla de Mayfair, con vestidos de chica a la moda y joyas de bisutería, muy maquillada y hablando un inglés digno de Beatrix Potter. Era la hermana menor, a la derecha de Valeria. Y luego teníamos a Minna, que estaba en Norteamérica, pero muy importante a pesar de todo, ya que la distancia no quería decir nada, ni tampoco la ciencia; ella era una persona muy prominente. Otros miembros eran Viorica, Doina, Cornelia, incluso Vlada en Chicago. Vlada, que era química, y Minna, astrónoma, pertenecían ambas a esta unión emocional. Las damas consultaban a Valeria sobre sus maridos, sus hijos, sus carreras, y le pedían consejo en cuestiones de amor, educación, religión. Se hacían ropa unas a otras, se subían y bajaban dobladillos, se reparaban cremalleras, se sentaban a la cabecera de las que caían enfermas, esperaban en las colas. Había también un hombre, que servía de auxiliar, Mihai Petrescu, que había sido el *politruk* de Valeria en el Ministerio, el vigilante del partido, y que también formaba parte de la cofradía. Parecía, como Ioanna, tener dos lealtades, y ningún extraño habría podido comprender esos múltiples papeles y esas complejidades chinas. Desde luego, Corde no lo comprendía, No era la clase de lealtad doble de los norteamericanos; en Norteamérica las emociones eran en cierto modo distintas, quizá más sutiles, pero allí se vivía una vida criptoemocional a la sombra del partido y del Estado. Nadie tenía derechos personales, pero, por otra parte, las reivindicaciones del sentimiento recibían mucha mayor atención.

Se metió en el ascensor, que parecía un estuche de porcelana, y, como daba golpes cuando subía, se oía en su interior un eco como de madera. Este tipo de ascensores se veían por todas partes en Europa, en edificios del tipo Haussmann, los había en Varsovia y en Belgrado también, vestigios, de imitación, del París burgués.

Subió hasta el quinto piso. Su conversación con el suave embajador, los periódicos norteamericanos, el paseo hasta casa, todo ello le había conmovido muy hondo. Le parecía que se había construido a sí mismo una vida de fuertes emociones mentales. Minna, que había estado esperándolo asomada a la ventana, le abrió la puerta, y le preguntó:

—¿Pero por qué viniste a pie? Debían haberte traído en coche.

—No se le ocurrió a nadie.

—Le han hecho una traqueotomía.

—¿Quién? ¡Ah, sí, ya! Pensé que antes te consultarían a ti.

—El doctor Moldovanu dijo la semana pasada que probablemente habría que hacerlo. Bueno, pues lo han hecho. Y ha salido bien, me dijo. Él piensa que esto mejorará la situación.

—¿Te dijo algo sobre una visita? ¿Qué perspectivas hay?

—Por teléfono era mejor no hablar de eso con él. No tengo la menor duda de que se lo ha recomendado al coronel. Hablando como médico de mi madre dijo que piensa que mejoraría sus posibilidades de restablecimiento si pudiera verme...

—Al coronel le tiene sin cuidado lo que digan los médicos. Me extrañaría mucho que Moldovanu repitiera la recomendación.

—Es verdad, todos tienen miedo. Me parece que en eso tienes toda la razón.

Corde y Minna estaban hablando de pie en el cuarto de estar. Los sillones de cuero esponjado y medio pelado no invitaban a sentarse, y nadie lo hacía en ellos espontáneamente. Gruesos volúmenes médicos del Boston del doctor Cushing estaban amontonados en las baldas, detrás del teléfono. Corde se sentía tan anticuado como las sillas mismas.

—¿Y qué pasó en la Embajada? ¿Hablaste con el sujeto ese, Milancey?

—Hablé con el embajador.

—¡Estás de broma! Eso no es corriente.

—Había leído mi carta.

—¿Y cómo es?

—Negro. Y apuesto. Es diplomático de carrera. Piensa que puede echarnos una mano, hablar con el ministro de Salud Pública. Me imagino que es el ministro de Salud Pública quien dirige los hospitales —dijo Corde—, bueno, el caso es que acabaron haciendo la traqueotomía...

O sea que le habían quitado aquellas gruesas cintas del rostro, pensó, esas, por lo menos, ya habían desaparecido. Y era que aquellas cintas a Corde le resultaban particularmente opresivas.

—Tendré que preguntar a mis amigos lo que piensan del ministro de Salud Pública. Ah, Albert, he hablado con la señora que tiene relaciones con el doctor Gherea. ¿No te dije que la había conocido en Suiza? Pues se acordaba de mí, y lo curioso es que ya estaba enterada de lo de mi madre. Por lo visto, todo el mundo habla de ella en la ciudad. Propuse ir a ver a Gherea yo misma, para pedirle que la mirase, y ¿sabes lo que me dijo la mujer esa? Pues me dijo que Gherea debe muchísimo a mis padres. Fue muy afectuosa, me habló con verdadero sentimiento. Yo pienso que nos lo solucionará.

—Bueno, veremos. Por lo que dices, debe de ser una buena persona.

—Albert, quiero enseñarte una foto de Gherea. La tita Gigi la encontró en una revista... ¿Qué te parece?

Era un hombre robusto, sin pelo. Su boca estaba como encajada entre dos bultos.

Se presentaba como sobresaliendo de la foto, como diciendo: aquí estoy.

—Pues yo diría que es un hombre de esos que vale la pena tener del lado de uno. No me haría ninguna gracia saber que está al otro lado. Hay mucha gente como él en Chicago. Pero, en fin, si es tan importante y tan poderoso, a lo mejor consigue influir en el coronel.

—¿Crees que debo hablarle de eso?

—En tu lugar yo no iría a ver a este hombre con lágrimas en los ojos. Barrunto que lo mejor es evitar las emociones. Si es como el sujeto que me recuerda... Su oficio consiste en arrancarles los tumores del cerebro a la gente.

—Como el de mi padre.

—Por lo que he oído, tu padre, cirujano comunista, se arrodillaba y rezaba antes de empezar a cortar. ¿Crees tú que este sujeto es de los que se arrodilla? ¿No me contaste que pega a su anestesista cada vez que le molesta?

—Voy a telefonar otra vez a la mujer esta para preguntarle si no sería buena cosa que Gherea procurase entenderse con el coronel. Hace ya seis días que no puedo ver a mi madre.

Sin esperanza que Minna le oyese siquiera, porque, después de todo, la pobre tenía demasiadas cosas en la cabeza y lo único que quería era oír su voz, tranquilizadora para ella, aunque solo fuera por su tono profundo, Corde observó que aquel era otro caso de cooperación humanitaria entre mujeres en una sociedad comunista. Gigi insistía en que Gherea quería a su amiga. Y posiblemente fuese cierto. Estos tipos duros hacían siempre alguna excepción. Hitler tenía a su Eva Braun. La gente que se encuentra disminuida, pone su afecto siempre en alguna cosa, lo que sea. Estaban cara a cara con Eros..., con el universo. Los misántropos totales, verdaderos, absolutos, eran probablemente tan raros como los santos. Corde estaba tratando de distraer a Minna, pero ella no le escuchaba, solo lo estaba mirando fijamente, y la concentración daba a su cara una expresión de severidad. Esto mismo le pasaba cuando estaba dedicada a su ciencia. Con Corde, Minna se mostraba a veces animada e infantil, y cuando se sentía contenta con él se ponía a veces a dar saltos y a aplaudir, como una niña pequeña, pero cuando estaba trabajando se volvía completamente distinta. Se pasaba horas enteras sentada en su rincón, con un bloc y un lápiz, escribiendo símbolos, con la cara vuelta hacia abajo, el labio superior alargado, la barbilla apretada y mellada por los dedos. Minna no era observadora, y de haberlo sido es posible que no se hubiera casado con un hombre dotado de un cráneo tan redondo y desnudo y con la mirada de un profeta galés, como él mismo decía de sí mismo, pensando sobre todo en la expresión de sus ojos. Hasta ahora, Minna había mostrado poco interés por la psicología, aunque su madre era psiquiatra; prefería dejárselo a ella. Pero ahora no tenía más remedio que estudiar a la gente y Corde se preguntó a qué conclusiones llegaría, con su gran inteligencia. Le había dicho a Minna con frecuencia que algún día tendría que acabar por bajar a tierra. No era, ciertamente, una gran profecía, y ahora lamentaba la alegría que había sentido al

hacerla. ¿Cuántas veces le había dicho también a él la gente que tarde o temprano tendría que acabar por aceptar la realidad? Bueno, pues Minna ya estaba en plena realidad, entre la gente, y luchando con enardecimiento infantil.

—¿Y por qué voy a tener que ir a ver a Gherea?, es él quien debería venir a verme a mí.

Repitió esto.

—Era un chico campesino con talento, nada más. ¿Qué habría sido de él sin mi familia? Hasta su amiga lo dice. Mis padres le llevaron a nuestra casa, y vivió aquí con ellos. Mi padre hizo de él todo un neurocirujano. Gherea, en cambio, nunca ha enseñado a nadie. Prefiere conservar él el monopolio.

—Bueno, pero si el coágulo resulta que se puede operar, a lo mejor se decide a llevar a Valeria a su hospital, si llega a la conclusión de que médicamente es aconsejable, y entonces no veo cómo podría oponerse el coronel.

Esto era un puro sofisma, hábil consuelo, para mantener viva la esperanza. Una operación era imposible, porque no se podría administrar un anestésico si el centro respiratorio había dejado de funcionar. Si Gherea examinaba a Valeria, hablaría antes sin duda del caso con el doctor Moldovanu, de modo que la cosa no tenía vuelta de hoja. Además, en cualquier caso, el cirujano examinaría a la paciente con rayos X a fin de tomar todas las medidas necesarias. Lo haría con toda la delicadeza de que era capaz un King Kong, porque era su dama quien se lo pedía. La cosa estaba ahora en su fase de control femenino, y el controlado era un patán. Pero a Minna le sentaba bien enfadarse. El mismo Corde se sentía irritado, y trataba de irritarse más aún pensando en la gente de Chicago que en aquel mismo momento estarían tratando de destruirlo..., su primo Max, por ejemplo. Max estaba en el juzgado, hablando sin parar, como John Barrymore en su famosa película de abogados. Corde se imaginaba las viejas películas que le habían formado; él había estudiado la geología del alma de su primo, y hasta identificado sus restos fósiles.

La ira era lo mejor. La pasividad solo servía para ponerlo todo peor.

Minna dijo:

—He vivido tanto tiempo en Estados Unidos que se me había olvidado cómo funcionan aquí las cosas. Nos reíamos mucho de Valeria cuando nos enseñaba sus listas de compras, pero no tienes más que mirar cómo se ve forzada a vestir aquí la gente. Las mujeres están de pena. No tienen qué comer ni qué ponerse. Una vez recuerdo que tuve que lavar y planchar la misma blusa todas las noches un año entero. Y es que no tenía otra cosa. Y ahora no hago más que pensar en todas las cosas que pude haber traído de Chicago, como el vestido azul marino y blanco. Debiera haber dejado a Vlada un juego de llaves.

—No teníamos tiempo para mandar hacer llaves. Yo pienso dejármelo todo aquí, vamos, todo menos el traje que llevo puesto.

—Le preguntaré a Gigi si el profesor Voynich querría tus cosas.

—Lo mejor será que esperemos a que llegue Vlada. No creo que pudiera

llevársele a Estados Unidos.

—No me extrañaría que no quisiera ir él.

—Sí, empezar una vida nueva y todo eso. Posiblemente no. A mí no me gustaría. Lo mejor, a su edad, es seguir donde está, y sea lo que Dios quiera. Voynich dijo que me llevaría a dar una vuelta por ahí. Me gustaría salir, ver la ciudad.

—Su francés debe de estar un poco enmohecido, y por eso no se atreve. Era socialdemócrata y lo pasó mal, casi no tiene pensión. Espera unos días, y Vlada te llevará por ahí. Además tiene que hablar contigo sobre el artículo que has quedado en escribir con Sam Beech.

—Eso no está decidido todavía.

—¿Por qué no? Beech tiene mucho talento. No deberías rehusar. Es un gran hombre.

Minna admiraba a los grandes hombres. Y no es que menospreciara a su marido, pero no sabía qué era lo que se proponía. Ella, sin embargo, prefería admirar, de eso no había duda, y le parecía importante que los artículos de Corde recibieran la aprobación de eminentes hombres de ciencia, porque así sabía qué pensar de los que los criticaban. Los artículos, en sí, no la habían interesado; haciendo un esfuerzo, los había leído por encima, mientras él la miraba no sin cierta comprensión, con envidia casi. ¿Por qué tenían tanta importancia los suburbios, las pistolas, las drogas, las cárceles, la política, las intrigas, los desórdenes? Al salir del infierno, Dante volvió a ver las estrellas, pero Minna las estaba viendo constantemente. Mason había dicho una vez de ella que su nueva tía era encantadora, pero un poco, como si dijéramos, espacial. El tío Albert, en cambio, era hombre de mundo, de esos que guían y ayudan a los simples mortales. Había ido a Europa para ayudar a Minna a moverse en el país de los micrófonos. Estaba completamente seguro de que los que mandaban allí eran todos psicópatas, y de que nada de lo que hacían tenía una base racional.

Pero en realidad tampoco el tío Albert era un hombre de mundo. Max y Mason estaban de acuerdo en que Corde no estaba realmente al día, no tenía idea de lo que estaba pasando, y era preciso castigarlo por meterse donde no le llamaban, por interferirse con la realidad tal y como la sentían en torno a sí la inmensa mayoría de los norteamericanos, resignándose a ella. Era como si todo el mundo dijese: «Así es la vida, esto es lo que tengo, no hay nada que hacer, no puedo echarme atrás, no me queda otro remedio que ir por el mismo camino que los demás». Y de pronto aparecía un hombre como Corde, al acecho, negándose a poner sus fichas en la ruleta del resto de los mortales, que a todos los demás les valía. Corde no jugaba a lo que los demás: dólares, whisky, sexo. Bueno, pues, entonces, ¿a qué jugaba? ¿A los ángeles de Swedenborg, quizá? Bueno, esto de Swedenborg lo añadía Corde mismo por su cuenta. Corde se acordó de pronto de que en su despacho había tratado una vez de abrir su corazón a Mason, de decirle que, según la manera actual de interpretar las cosas, la gente no era recíprocamente más que sombras, y aun sombras dentro de sombras, de sugerirle que esas terribles sombras condenaban nuestra manera habitual

de interpretar las cosas. Y, una vez aceptada esta premisa... Pero el muchacho no habría escuchado siquiera todo aquello. Su opinión, o, mejor dicho, su parte del caos reinante, pero llamémosle opinión para salir del paso, era que el tío Albert estaba coqueteando con una filosofía engañosa y tratando de tener una *liaison* con virtudes inexistentes. Lo que habría dicho Mason a todo aquello era: «Mira, tío, vives en la Luna, no tienes idea». Y Corde, cediendo a la ira, habría añadido algo así como: «Estoy hablándote con sinceridad, haz el favor de tratar de escuchar». Pero Mason no escucharía, ni podría tampoco. Y ahora se había aliado con una persona que nunca le quiso bien, y entre él y el primo Max iban a dejar al tío Albert hecho unos zorros.

—... Y, a mi modo de ver —estaba diciéndole Minna—, sería muy buena cosa colaborar con una persona como Beech. Sería excelente.

—Sí, para volverme a la cordura superior, para que me refugie en la ciencia.

Igual que Gigi, Minna asumía ahora el tono de voz de su madre, y también algunas de sus maneras. El papel de Valeria era demasiado valioso para permitir ahora que se perdiese. Era preciso continuarlo, sobre eso no cabía la menor duda. Y Minna lo hacía con más autoridad que Gigi.

Corde había cogido afecto a Gigi..., por su encanto distraído, aturdido, su nariz recta y sus grandes ojos egipcios. Hasta la onda permanente, que se torcía en la nuca. Le gustaba mucho aquella simpática vieja. Y ella, por su parte, se había fijado en lo bien que Corde cuidaba los ciclaminos. Los regaba por abajo, poniendo los tiestos en cuencos llenos de agua. Gigi le decía: «No tenemos mucho que ofrecerte, y lo único que podemos derrochar son esas flores». Corde se preguntaba que qué significado podría tener sobre su carácter como «persona mayor» el que dedicase tanto tiempo a cuidar flores.

Le dijo a Minna que Dewey Spangler estaba en Bucarest.

—Se me ha olvidado quién pueda ser, recuérdamelo.

—Lo viste en el programa *Face the Nation*, ¿no te acuerdas? Es un viejo amigo mío. Famoso en el mundo entero. El columnista.

—Pero no lo he conocido personalmente.

—No.

—¿Y qué hace aquí?

—Nada, uno de sus viajes por Europa, para acopiar información. Me imagino que escribirá luego una serie de artículos sobre los países comunistas.

—Te distraerá verlo. Te pasas aquí el día entero encerrado.

—He estado pensando que... tendrá influencia en las altas esferas.

—¿Tan importante es?

—A su manera, sí. También el embajador lo pensó. Probablemente comerá con el dictador. El dictador es un genio para la publicidad, como mi primo Maxie Detillion. Todo el mundo dice que es un gran progresista y un gran liberal.

Minna levantó los ojos hacia la lámpara que colgaba del techo para advertirle de la posibilidad de que hubiera micrófonos escondidos, pero Corde había dicho esto en

un susurro. Minna respondió:

—¿Y crees tú que tu amigo nos echaría una mano...?

—¿Quién, Spangler? Con pedírselo no perdemos nada... Bueno, vamos a nuestro cuarto a tomar una copa. Siento que es hora de echar un trago.

—Te ha llegado un paquete con cartas de Chicago. Está en la mesa.

Esto le sobresaltó. Estaba inquieto por no tener noticias de Chicago, pero ahora no quería saber nada. Sin más, decidió aplazar abrir el paquete.

—Es de Miss Porson, ¿no?

—Parece que sí.

Evitó mirar demasiado de cerca a su mujer. La blancura tuberculosa de su rostro le inquietaba. Sus grandes ojos asustados estaban inmóviles, su labio inferior curvado hacia dentro, y toda ella parecía escuálida, rígida. En una sola semana hasta sus dedos se habían descarnado, de manera que las uñas y las junturas sobresalían.

Poco después de casarse, uno de los amigos académicos de Corde le había felicitado, diciéndole:

—¿Recuerdas el ejemplo aquel tan viejo de la teoría de las posibilidades, que si un millón de monos se pusieran a saltar sobre teclas de máquinas de escribir durante un millón de años, uno de ellos quizá llegara a componer *El paraíso perdido*? Bueno, pues así eres tú con las señoras. Te pusiste a saltar y diste con una obra maestra.

Corde tenía una manera levemente reflexiva de mirar al suelo, entre sus pies, con las manos cogidas a la espalda, cada vez que alguien le dirigía una estocada ingeniosa:

—Más bien ha resultado ser *El paraíso reconquistado* —fue su respuesta a esta salida.

¿Por qué motivo pasaba él por ser un don Juan? En otros pasaban inadvertidas irregularidades sexuales más grandes; era su aire serio lo que llamaba la atención. Él tenía aire moral, mirando socráticamente al suelo con ojos grandes mientras la gente le tomaba el pelo hablándole de monos saltarines. En fin, la culpa era suya, nada más que suya. Si tenía que adoptar un aire serio, lo menos que se le podía pedir era que fuese serio en serio. Y, en lo tocante a Minna, él era serio a más no poder.

—¡Santo cielo! ¡Miss Porson! —dijo.

—Pero ¿no estabas impaciente por recibir cartas?

—Sí, lo estaba, pero esperar es una cosa y recibir otra.

—Pues no lo abras hasta después de comer si no te sientes ahora con fuerzas.

No, no se sentía con fuerzas, en absoluto. Sentía como un calambre solo de pensar en ello. Pero, justo en aquel momento, comenzó a sonar el teléfono. Hubo una serie de llamadas y la primera era para él. De parte de Dewey Spangler, la secretaria del embajador preguntaba si Mr. Corde podría verlo en el «Intercontinental». Mr. Spangler le mandaría el coche a las tres. Para que Minna se enterase, Corde repitió en voz alta:

—¿Mr. Spangler? ¿Una copa a las tres? Un momento, por favor —tapó el

teléfono con la mano, esperando.

—Sí, sí, claro, di que sí —dijo Minna.

—Dígale a Mr. Snangler que sí, que esperaré al coche.

La llamada siguiente fue de la amable amiga del doctor Gherea. ¡Qué servicial! El recado, porque en los Balcanes no existían las conversaciones rápidas, duró veinte minutos: se habían tomado todas las medidas necesarias para la consulta. El doctor Moldovanu la telefonaría hacia las diez del día siguiente para informarle de la opinión del doctor Gherea.

—Eso es lo que queríamos —dijo Corde—, el protegido de tu padre.

Del paquete de Chicago, que finalmente abrió suspirando, sacó lo primero una carta de su hermana Elfrida. La leyó a toda prisa, para ver de qué se trataba, y luego la releyó con más detalle. Elfrida era una mujer sutil y llena de tacto, una gran chica. Era posible que tuviera gustos bajos en lo referente a hombres, y eso, por desgracia, era cosa más bien corriente, pero, por lo menos, tenía clase y educación. Lo primero que quería saber era cómo se encontraba Valeria. A Valeria la respetaba mucho. «Esa sí que es una mujer superior y llena de dignidad, no como nosotras, las francesas híbridas del centro oeste del país». Elfrida había estado también en Londres la primavera pasada, y, allí, una noche, Corde había llevado a las señoras a cenar al «Étoile»; a veces, Corde se decía que él sería capaz de pasarse felizmente el resto de su vida en Charlotte Street. La carta de Elfrida era sumamente circunspecta, con él se andaba siempre con mucho cuidado. Ponía la palabra «afecto» varias veces, y a Corde no le parecía necesario esto, después de todo él y su hermana se querían mucho, y la palabra «afecto» resultaba trivial. A lo mejor era que necesitaba ser subrayada en aquel momento, porque Corde, últimamente, había estado complicándole la vida a su hermana, poniéndose, temporal y humillantemente, en la misma categoría que Mason: un liante, y, por esto, Elfrida quería asegurarle que, como a Mason, no había dejado de quererlo. Elfrida había sido siempre suave con su hermano, y este, por su parte, siempre había tratado de proteger a Elfrida, lo cual irritaba más aún a Mason. Elfrida no debiera haber tenido un hijo tan turbulento y fanático, ni tampoco debiera haberse casado con un matón como Zaehner. Esto era lo único ordinario en ella. Pero también era cierto que Elfrida no deseaba que su hermano la protegiera, ni tampoco deseaba que se lo analizase todo críticamente. Era natural, por otra parte, que padre e hijo se hubiesen dado cuenta de lo que Corde pensaba de ellos, y ahora, con su conducta tan extraña, Mason había dado a entender que él era el único que tenía derechos sobre su madre, pero toda esta psicología fastidiaba a Corde; comprender, en el fondo, era una cosa muy pesada.

La carta de Elfrida era, en parte, una oferta. Quería enviar afecto y cariño a Minna, y lo hacía con un cierto encanto desordenado y soslayante, no de una manera literaria, estrictamente hablando, con alardes femeninos. De forma indirecta, le pedía a su hermano que no le echara a ella la culpa de la conducta de Mason, y hablaba de «esta fase, evidentemente difícil, en el proceso de maduración de Mason». No

esperaría Corde que una madre condenase a su hijo, pero ya se haría cargo Minna de que esas son cosas de la vida. Era extraña su manera de escoger las palabras. En una frase se mostraba suave, en otra extrañamente violenta. La dinámica de su estilo era curiosa. Pero, a pesar de todo, sabía controlarse cuando era necesario. Era excelente administradora de dinero. En un párrafo de la carta hablaba de las dificultades que estaba teniendo Paine Webber con sus computadoras y decía que temía que hubiesen perdido la pista a sus inversiones. «Nunca he comprendido los prospectos que mandaban. ¿Cómo iba a comprenderlos? La electrónica va a dejarme sin un céntimo».

Zaehner la había dejado en muy buena posición económica. Había tenido muy buena clientela, y solía citar con gusto a un famoso abogado texano, que decía: «A mí los pobres oprimidos me interesan tanto como le interesaban a Clarence Darrow. Si no son ya pobres cuando dan conmigo, lo son sin el menor género de dudas después de haber pasado por mis manos».

Unos pocos días antes de llegar el telegrama de Gigi, Corde había tenido una larga conversación con su hermana.

Y ahora recordó de nuevo aquel encuentro, mientras el sol entraba en el cuarto de Minna y las paredes se cubrían de cálida luz invernal. Era como una foto de colores, una diapositiva mal puesta. El cuarto de estar de Elfrida entraba y salía de su memoria, como confuso, luego se enderezaba algo más y quedaba mejor enfocado, y entonces veía a su hermana Elfrida. Si el amor que sentía Corde por Elfrida era extremado, exagerado casi, se debía, en cierto modo, a que era una mujer extrañamente ensamblada: muy esbelta en su parte superior, con el cabello suave y oscuro, y ancha en las caderas, con un perfil estrecho y al tiempo con una amplia feminidad. Tenía el cutis imperfecto, rugoso en los pómulos y suave y terso en los hoyuelos. Tenía la boca grande de una comedianta gritona, y gran talento para los gestos cómicos. Y nunca dejaba de hacer gestos si sentía suficiente confianza en la persona con quien estaba. Su aliento apestaba a tabaco, perfumado con lápiz de labios, y sus dientes eran irregulares y desiguales. Tenía el aire de una mujer que se ha rendido ante la decepción y la ruina. «¡Bueno, qué se le va a hacer, al diablo con todo!», esta era la actitud que daba a entender, matizada, sin embargo, con cierta inteligencia, como lastimosamente afable y cálida. Y la verdad era, por supuesto, que Elfrida no había renunciado a las reivindicaciones femeninas propias de una mujer más joven. «Las chicas norteamericanas» casi nunca admitían la derrota de la edad, y, a los cincuenta años cumplidos, seguían «cortejando» como si tal cosa. Corde, por su parte, prefería no estar informado de estos flirteos. Elfrida salía con Sam Sorokin, el juez Sorokin, que era bastante más joven que ella. Sorokin la cortejaba, la perseguía, aunque, desde la muerte de su marido, tres años antes, Elfrida parecía haberse vuelto más atezada, más arrugada. Pero... a pesar de todas las transformaciones que trae consigo la edad, la punta de su labio superior, ese extremo tan extrañamente elocuente, le decía a uno, o, por lo menos, se lo decía a su hermano, qué clase de

mujer era Elfrida: paciente en las decepciones, escéptica, práctica, de corazón accesible, si se sabía brujulear para llegar a él. Y todo esto lo decía la punta del labio.

Elfrida vivía en un apartamento de hotel caro, cerca de la «Milla Magnífica» justo en la parte oriental de Water Tower Place. A Corde no le gustaba el lujo comercial y publicitario de la zona, la espectacularidad de los rascacielos, y los ecos que se percibían allí de la Rué de la Paix y de Bond Street. «El maligno culto a Mammon de la “Milla Magnífica”», como solía decirle a su hermana. Pero Elfrida se negaba a reconocer que eran los restaurantes, los peluqueros famosos, las celebridades con que se tropezaba uno por las calles, lo que le atraían a ella de aquella zona. Ella insistía en que lo que necesitaba era acción, y por eso se encontraba tan a gusto en un apartamento de hotel. Su padre, después de todo, había trabajado en hoteles, y aunque los Corde, durante años, habían vivido en un enorme apartamento antiguo de Sheridan Road, Elfrida prefería recordar la vida complicada de los hoteles, los banquetes, las grandes cocinas, las bandas de música de jazz, los cotilleos de bar, y le decía a la gente, con honda satisfacción, que su hermano no compartía, que los dos no eran más que «una pareja de chicos de hotel». Corde, por su parte, prefería recordar de aquella vida la gente rara, los borrachos, los individuos que estaban siempre armando jaleo, los que pagaban con cheques sin fondos, los que no hablaban más que de fútbol, los viajantes de comercio y los hombres de negocios incapaces de otra conversación que su forma de ganar dinero.

Elfrida y Zaehner se habían ido a vivir a los suburbios, por causa de su hijo Mason.

—Y ya ves el resultado que dio —le decía Elfrida una vez a Corde—, cuando me siento deprimida me consuelo pensando que hay gente en el vestíbulo, abajo, no tengo que enfrentarme con un paisaje desolado cuando se me encoge el corazón. Gracias a Dios que me deshice de aquella casa tan grande y presuntuosa.

Esta era su manera de decir que vivir en Lake Forest había sido idea de Zaehner. Elfrida casi nunca hablaba francamente a Corde sobre su marido. La actitud del difunto Zaehner para con Corde a ella le había resultado molesta y estaba cubriéndole la retirada a su marido constantemente, con una tonta idea del deber conyugal, pensaba Corde, porque Zaehner era persona dura y todo el tacto de Elfrida no era suficiente para cubrir sus retiradas. El rostro de Zaehner rezumaba fuerza masculina, esa fuerza masculina que tan admirada era en Chicago. Un tipazo, lleno de energía, listo, cínico, político, rico, y lleno de desprecio hacia todos los que no eran como él. Y en aquella ciudad esto daba buenos resultados, y Zaehner era uno de esos que cuando se lanzaban contra alguien lo dejaba en cueros. Por eso despreciaba a su cuñado, porque era lo bastante grande para ser violento, lo bastante listo para ser rico, lo bastante orgulloso para despreciar. Para Zaehner, Corde era un esnob, un intelectual. Y, por su parte, Corde ponía gran cuidado en no complicarle la vida a su hermana. Se dejaba provocar, se había impuesto a sí mismo el deber de no chocar jamás con Zaehner, se mantenía al margen, por encima, aunque, naturalmente, la

procesión iba por dentro, y tanto en Corde como en Zaehner. La situación se complicaba más todavía por el hecho de que, en ciertos aspectos, a Corde le caía bien su cuñado. Le gustaba su ingenio agresivo, su aspecto desastrado, sus bromas pesadas; Zaehner, por ejemplo, solía mandar prostitutas de postín a visitar a sus amigos en el hospital, a calentar a políticos y a abogados recién salidos del teatro de operaciones. Corde le dijo a Minna:

—Zaehner era un matón, parecido a Lyndon Johnson. Cuando se apartaba de uno, las siete octavas partes de su rostro seguían mirándole a uno, como diciéndole: ¡Cuidado!

Pero Lyndon Johnson era una persona muy alejada del mundo de Minna, y, oyendo esto, miró a Corde con una sonrisa llena de hoyuelos, y Corde se dio cuenta de que aquella sonrisa, afectuosa, íntima, «de esas que le roban a uno el corazón», no significaba que hubiera entendido lo que quería decirle, sino, únicamente, que tenía confianza en que su marido, si ella se lo preguntara, le daría todas las explicaciones necesarias para que ella entendiese por qué una observación como aquella era merecedora de una sonrisa suya. Y Corde entonces puso delante de ella todo el escenario de la vida norteamericana, exponiéndole los parecidos entre Zaehner y el presidente: indígenas ambos, hombres poderosos ambos, carentes de cultura, amantes del dinero, audazmente insolentes. Explicar todo esto era difícil, y, además, nada de ello significaba gran cosa para Minna. Y Minna, por su parte, no tenía tiempo de escuchar, estaba intensamente ausente; pero, a pesar de todo, le envió una encantadora señal.

De manera que Elfrida le pedía que volviera, más que nada por causa de Mason, pero, también, por estar fraternalmente preocupada, y Corde se imaginó en el apartamento de su hermana, hundiéndose en una de las sillas mullidas. Sus habitaciones, pequeñas, estaban demasiado decoradas, porque había llevado a ellas demasiadas cosas de su casa suburbana. En la pared, sobre el sofá, había tres acuarelas dulzonas de la Place Vendôme, que habrían estado más en su sitio en una tómbola de hospital, pero que eran un regalo de Zaehner, compradas por él en París.

Elfrida no era amiga de perder el tiempo. Dando un martini a su hermano y tomando sus pastillas inglesas, con el cenicero sobre el regazo, comenzó:

—Bueno, vamos a ver si podemos arreglar el asunto este entre tú y Mason.

—Y Max también.

—Sí, claro, también Max. Es un indeseable. Siempre te advertí que tuvieras cuidado con el primo Detillion, y créeme que lo siento mucho, Albert, porque te está acosando, esa es la verdad.

—Aunque, según tú, todo esto ha sido culpa mía, o por lo menos gran parte de ello.

—Bueno, la verdad es que no puedo echarte a ti la culpa de lo de Mason. Ni de lo de Maxie tampoco. Maxie fue siempre un tipo repulsivo. Pero algunas cosas sí que pudiste haberlas evitado. Por ejemplo, ¿qué necesidad tenías de publicar esos

artículos justo antes del proceso? Y luego tienes también el proceso mismo, que va a ser bueno.

—Después de todo, se trata del asesinato de un pobre muchacho. Y yo allí no tuve más remedio que actuar como actué. Y ten en cuenta también a su mujer, que es muy joven.

—Pero ¿tuviste necesidad de poner tanto interés en el asunto?

—Yo no puse mucho, no creas. La alternativa era aceptar la muerte y no preocuparse más. La culpa la tuvo la situación misma: una noche de mucho calor, un chico al que tiran por una ventana. Ya comprenderás que no era cosa de dejarlo así, sin más, que la gente se fuera olvidando de ello, aceptándolo filosóficamente.

—Bueno, dejemos eso. Me imagino que tendrías tus razones.

—Naturalmente. Lo que quieres es que te explique por qué hay una orden de detención contra Mason.

—Sí, eso es. ¿Por qué? ¿Es que tú tuviste algo que ver con el crimen?

—¿Por qué iba a tenerlo? ¿Para atizar bien el fuego de la publicidad en torno al primo Maxie? Ya estoy sufriendo bastantes molestias y presiones sin haber tenido nada que ver con el asunto. Tú misma acabas de decirlo: los detalles los traen los periódicos, los detalles verdaderos, aunque parezca raro. Grady declaró ante un jurado de acusación y se quejó de que Mason había intimidado a los testigos, y supongo que no esperarás que un fiscal vaya a permitir al chiquilicuatro ese que le eche a perder el caso. ¿No te ha contado él mismo lo que hizo?

—¿Quién? ¿Mason?

—Bueno, ¿cómo te lo iba a contar? Es natural que no. Bueno, pues el caso es que amenazó a toda esa gente. Les dijo que les iba a dar para el pelo.

Elfrida dijo:

—Resulta difícil imaginar a gente tan dura como esa, negros de los barrios bajos, dejándose intimidar por un sujeto tan delgaducho como Mason. No acabo de creer que ese estudiante de Lake Forest le llegase a dar un tiro a nadie. ¿Lo creíste tú mismo, Albert?

—No, no necesariamente. Pero tampoco dejo necesariamente de creerlo. El chico se ha tomado muy en serio lo referente a su compadre Ebry. El caso es que trabajando en el restaurante ese llegó a ser una especie de negro honorario, que arrinconó a esos testigos...

—Pero los testigos solo querían cobrar la recompensa.

Corde dijo:

—Uno de ellos tenía la alianza del muchacho muerto. La prostituta le dijo que se la guardara. El otro alojó a Ebry aquella noche, y este le dijo que se había metido en un buen lío. Mason advirtió a los dos, y consiguió asustarlos...

—Sí —dijo Elfrida—, eso es lo que leí en los periódicos. Les dispararon, se asustaron, y acabaron escondiéndose...

—Sin ellos, Grady se quedaba sin caso en que intervenir. De modo que envió

policías de paisano a buscarlos, y a uno lo sacó de Cabrini Green, y al otro de los albergues de Robert Taylor. Los dos quedaron detenidos...

—¿Te imaginas tú a Mason sacando una pistola del bolsillo y saliendo de noche a disparar contra alguien?

—Por supuesto que son perfectamente capaces de haberlo inventado. Si es que, efectivamente, se dispararon tiros, lo que es ya de por sí dudoso, cualquier otra persona pudo haberlos tirado. Hay pistolas de sobra sueltas por ahí, desde luego, y gente de sobra que están a ver si matan a alguien. En esta ciudad hay una población armada con toda clase de armas, y no simples pistolas de esas que utilizan cualquier noche en un apuro, sino metralletas, granadas, cosas así. No me sorprendería que tuvieran hasta misiles. Pero, en fin, la verdad es que Mason amenazó a los testigos, al estilo de los hampones de verdad, eso parece ser completamente cierto, y también lo es que los testigos no comparecieron en el juicio.

Elfrida se atusó los pelos que le sobresalían por entre los rizos negros de su cabellera. Su hermano casi se dijo que el nerviosismo la ayudaba a no perder la cabeza. Con un poco de esfuerzo, o de desfallecimiento, Elfrida confesó:

—La verdad es que no lo comprendo... Es un bribonzuelo, ¿verdad?

—Tampoco hay que exagerar —dijo Corde—, pero, otra cosa, ¿por qué se ha escondido? Tampoco es como si estuvieran persiguiéndolo. Impedir la marcha de la justicia no es un gran delito en este caso. Sin duda lo que pasa es que le emociona eso de verse convertido en todo un fugitivo. Eso, para un muchacho como Mason, tiene que ser un gran lujo. Primero vas y asustas a dos tipos de la calle. Les amenazas de muerte. Y ellos te toman completamente en serio... Imagínate qué emoción. Quiere decir que es casi como si tú mismo fueses negro. No tienes ya que avergonzarte de tener la piel blanca.

—Bueno, en fin, tampoco tengo yo el monopolio de los problemas. Tú tienes también los tuyos, Albert.

Y, ahora, arropado en su abrigo, junto a la mesa de Valeria, con la cabeza echada hacia atrás, Corde fue reconstruyendo partes de esta conversación. Su memoria era excepcionalmente clara, y se daba perfecta cuenta del problema en que se había convertido para su hermana. Lo último que deseaba ella era el tipo de debate «inteligente» en que él estaba especializado. Había veces en que en el rostro de Elfrida aparecía una expresión como de querer llevarle la corriente a un loco. Él conocía la manera de pensar de su hermana tan bien como conocía su cuello largo, su característico aroma dulciamargo, oscuro y femenino. Mason, probablemente, estaba jugando a una versión moderna de Tom Sawyer y el negrito Jim, aunque el juego, últimamente, se le había complicado mucho. Pero él, el tío Albert, ¿a qué estaba jugando?

—Tienes que haber hablado de esto con alguien en la empresa. Yo lo pondría en manos de Zaehner, Notkin y Delff en tu lugar.

—Sí, he hablado de ello con Moe Delff, y me ha dicho que la acusación no tiene

base, que el tribunal la desestimaría. Pero primero Mason tiene que entregarse a la Policía, y entonces yo daría la fianza. Moe está dispuesto a ir a la Policía con él. Y cuando se vea el caso, Moe piensa que el tribunal se va a ensañar con tu amigo Grady por haber ido ante el jurado de acusación.

—¿Es todo esto cosa de Delff? —preguntó Corde.

Estaba sondeándola para ver si tenía algo que ver en todo esto el juez Sorokin, pero no debiera haberlo hecho, no era muy propio de sus relaciones fraternales y a ella, probablemente, no le gustó. Y ella, bajando los ojos, le confirmó en esta suposición. Pero, a pesar de todo, él siguió adelante:

—Me figuro que habrás comprobado esto a fondo con Sorokin.

Sorokin era un magistrado de segunda categoría, que debía su nombramiento al sistema de influencias. Había funcionarios en Chicago a quienes no les importaba depender de esta clase de favores. Todo el mundo tenía que haber pasado por la criba del sistema y solo si el sistema le ponía a uno en línea podía ser elegido para los puestos de importancia. Dentro del sistema, sin embargo, las relaciones eran jerárquicas y feudales, y no necesariamente serviles. Corde había tratado de esto en sus artículos, y el mismo Sorokin había sido uno de sus informantes. A Corde le caía bien, en general. Se decía que el concejal Siblish tenía a Sorokin en sus manos, pero él, a pesar de todo, estaba siempre alegre como un muchacho, siempre de buen humor y bien dispuesto. No tenía que hacer cosas sucias, sucias de verdad, no era tan importante como para ello. Había subido al éxito desde las calles de la parte norte de la ciudad, había sido herido en la playa de Omaha, pero no estaba fuera de juego ni mucho menos. Para entretenerse hacía excursiones por zonas inhóspitas, jugando a la supervivencia, y se dejaba caer con paracaídas desde helicópteros por los lugares más apartados. Era evidente que a Elfrida le gustaba Sorokin, pero sin duda daba por supuesto que su hermano, el gran lector, profesor, maestro de alto periodismo y decano, todo un intelectual, en una palabra, tenía mala opinión del juez, viendo en él a otro Zaehner. Bueno, ella, por lo que se refería a compañía masculina, prefería a las clases bajas de Chicago, gente como su propio padre, un hombre conocido en la ciudad, que la llevaba con frecuencia a los combates de boxeo y a las boites. Los gustos de Corde eran completamente distintos, y nunca había querido ir al boxeo con papá.

—Bueno, por supuesto que hablé de esto con Stan Sorokin. ¿Te extraña? Todos los periódicos de la mañana a la puerta, el corazón me late como una furia, no puedo siquiera tomar mi café tranquila; pero para ti tiene que ser peor, porque los tienes que leer.

—Bueno, todo lo dan equivocado.

—Pero tiene que ser muy irritante, estoy segura de que en la Universidad tampoco les gusta.

—Hasta ahora se han comportado bien. Yo hago el papel de persona afectada por los acontecimientos, y con eso no saben qué hacer, me preferirían más sereno. En fin,

hasta ahora se han comportado como caballeros. Pero no, desde luego no les gusta, porque la cosa se ha convertido en un circo, con el sobrino del decano y el primo del decano, Maxie, el periódico de los estudiantes, los izquierdistas que quedan de los años sesenta, y hasta con la Liga Juvenil Espartaquista de los años treinta, todos metidos en el ajo.

—Bueno, pero el que más Mason.

Pasando ahora revista a su conducta, Corde pensó que, en general, no se había portado mal del todo.

—Me dijiste que subiera a verte camino de casa, Elfrida...

—Sí, justo.

—No me invité yo a venir. La verdad es que he estado manteniéndome al margen a propósito. No dirás que he estado quejándome de Mason...

—Tienes razón, Albert... Sin duda tienes razón. Pero hay un problema emocional. Pienso que Mason ha estado provocándote de esta manera porque no conseguía hacerte reaccionar de ninguna otra.

De manera que la visita se iba a convertir en una sesión de psicología materna de barrio residencial. A Corde aquello no le hacía ninguna gracia, pero no veía la forma de frenarlo. Mientras bebía su martini, se evadía de vez en cuando de la conversación, pero, por otra parte, haciendo caso omiso de sus palabras, seguía escuchando atentamente al sonido de su voz, observando su rostro. Elfrida tenía el corazón cálido, con un calor natural. Hablaba de colegios y de maestros, de psiquiatras, de la soledad que da el ser hijo único y de los problemas con que hay que lidiar cuando se tiene un padre como Zaehner, de la poca suerte que tuvo Mason en hacerse amigos de su propia clase social y de los efectos que tiene la marihuana en el cerebro («Investigaciones recientes han demostrado...»). Menos mal que Mason no tenía un problema serio con las drogas. Sin perder la compostura y haciendo girar el tallo de su copa de martini y mirando al interior de su contenido y de nuevo a la piel imperfecta de Elfrida, Corde sentía que aquel salón de apartamento, tan cómodo y bien puesto, se le echaba encima: paredes blancas, empandadas, tulipas de seda blanca, comodidad muelle y bien tapizada, alfombras gruesas, cacatúas de porcelana sobre la repisa de la chimenea, adornos de cristal de Venecia y de Meissen, las acuarelas de relumbrón de la Place Vendôme, la enorme torre de Hancock, con sus vigas cruzadas, que tapaba toda la vista al Oeste, y se preguntó a sí mismo dónde estaría la autenticidad, lo humano: no, ciertamente, en aquella pedagogía de revistas para señoras, ni en aquella psiquiatría de pacotilla, sino en el calor natural de su hermana. Y, en él, sin duda, esa autenticidad estaría representada, por ejemplo, en sus sentimientos hacia la longitud y la armonía de su cabeza, hacia su pelo, teñido con el arte de todo un Vidal Sassoon, hacia su piel estropeada, hacia la nariz fina, con sus ventanillas oscuras, hacia el aroma feminizado de tabaco, hacia su fragancia agrídulce. Todos estos detalles, la conjunción de las percepciones de toda una vida. Sí, ciertamente, era algo gruesa de muslos, y también en las caderas. Y había un

contraste eternamente extraño y demasiado familiar entre la parte superior del cuerpo, demasiado alargada, como yendo río arriba, y el ancho estuario de la mitad inferior, el flujo hacia abajo de la feminidad. La autenticidad humana que él buscaba estaba en el calor que le llegaba de su rostro desigual, del arte con que se había pintado en torno a los ojos, e incluso de los recuerdos de olores, algunos de ellos indudablemente de origen sexual..., de alguna clase de historia personal. Quizá lo que él quería era la punta del labio superior, con preferencia a todo lo demás. Corde pensaba que esto podría ser una interpretación de sentimientos auténticos y no meras suposiciones. Estos tiempos en que vivimos nos sugieren pensamientos estúpidos, categorías muertas de intelecto y palabras que hacen sentir con tanta mayor urgencia la necesidad de la autenticidad humana. No estoy de acuerdo con mi deforme y querida hermana, no podemos hablarnos el uno al otro, y, a pesar de todo, tenemos algo palpable que nos une. Mason, dondequiera que se encuentre, se da cuenta de esto, y no le gusta. Tilla a quien más quiere es a él, lo que es natural, por otra parte, pero esto a él no le basta, porque a lo mejor lo que le pasa es que tiene miedo de que yo vaya y le quite la herencia, si Elfrida me nombra a mí albacea. Pero, sin duda, Elfrida es demasiado lista para hacer una cosa así. Yo tengo mala cabeza para el dinero. Dejé a Detillion que me estafara. Y me imagino que el problema de Mason, a fin de cuentas, es cuestión de dinero, como sea, pero de dinero. La forma que ha tomado la ambición de Mason es hacia abajo, al menos por ahora, es lo que dijo aquel francés tan inteligente, que hay una trascendencia positiva y otra negativa. (Hacía treinta años que Corde había dejado de tratar de debatir teorías con Elfrida). Bueno, pero cuando la ambición hacia abajo de Mason pare, y ¿a dónde puede conducir?, lo que él querrá es su dinero. Elfrida acabará por morirse, y entonces será para él. Eso es lo que está esperando, y a Elfrida no le chocaría sin duda estos pensamientos matricidas. ¿Y por qué iban a chocarle? Aunque no haya leído los *Sentimientos filiales de un parricida*, de Proust, ha estado casada con Mason Zaehner durante cuatro décadas. Y, viviendo en Chicago, no tenía necesidad Elfrida ni de Proust ni de Freud ni de Krafft-Ebing ni de Balzac ni de Aristóteles. Con salir a la calle lo tenía todo.

Zaehner, el abogado secretario, daba gran importancia a la sinceridad, de una manera algo ampulosa y teatral. Le gustaban las grandes frases entre dos copas, como cuando le dijo a Corde que él vivía de lo que sacaba de los cubos de la basura. «Vivir» era en su lenguaje un eufemismo de los tremendos honorarios que cobraba. A veces era más darwiniano: la lucha por la existencia en la jungla de Chicago. ¡Y menuda jungla! ¿Quiénes eran los leones y los tigres? Pero más que una jungla era el basurero de la ciudad, cuya principal fauna eran las ratas. Y tampoco era Zaehner quien luchaba por la existencia, pues lo que él hacía era dejar que luchasen otros. Y, por supuesto, Zaehner se daba perfecta cuenta de la idea, algo mezclada, que tenía de él su cuñado, era imposible que no se la hubiese dado, no hacía falta ser muy listo para dársela. Y Corde tenía la virtud de transmitir opiniones sin necesidad de abrir la boca. Le miraba a uno con la ironía silenciosa típica del periodista. Bueno, Zaehner

se sentía ofendido por esas opiniones. Era la gente como Zaehner, los que vivían una vida característica de la ciudad y del país entero, los que estaban realísticamente vinculados a su forma de actuar, a su posición histórica, a su poder, a la verdadera realidad norteamericana, estos eran los que estaban en el centro. ¿Y quién se creía este decano que era, vamos a ver?

En fin, que Zaehner murió de un ataque cardíaco en la autopista cuando volvía a Lake Forest en coche, y dejó un montón de dinero. Y, a pesar del elegante lugar en que vivía, entre bares de homosexuales y clubs restaurantes para ejecutivos, entre calles con portales adosados, marquesinas, porteros con librea, Elfrida no era persona dada a gastar mucho. No frecuentaba las boutiques de diseñadores de modas, y estaba aumentando los dólares de Zaehner, ¡guardándolos para Mason!

Elfrida estaba ahora hablando de dinero a su hermano, diciéndole que se había visto cogida, por causa de malos asesoramientos, con una cartera de valores demasiado conservadora. Los intereses habían subido, los valores bajado en un treinta por ciento, pero la cautela en la Bolsa tampoco había dado resultado. Se sentía irritada por las computadoras de Payne Webber, y le decía esto mirándole de soslayo con su rostro fino, oscuro y sonriente, como si estuviera contándole que habían abusado de ella físicamente, que gente tosca la había arrinconado y pellizcado. Corde, a su manera cortés, pero inquieta («¡Sí, bueno, de acuerdo, está bien!»), le dijo:

—Bueno, el SEC está siguiendo este pequeño lío de Paine Webber, no tengas la menor duda. El *Wall Street Journal* dijo que no tenía la menor importancia.

Pero es que, en cuestiones de dinero, Elfrida no necesitaba que la tranquilizaran. Si Elfrida se decidía a casarse con Sorokin, aquel juez de la parte norte del Condado de Marlboro, con su aspecto viril, su cabeza estilizada y su barba de nutria, este no se beneficiaría de un centavo de su dinero, pero era preciso hacerle justicia y reconocer que Sorokin no iba detrás de los dólares de Elfrida.

Juntando los extremos del cuello de su chaqueta para protegerse del frío que hacía en el cuarto de Minna, y asomándose de vez en cuando para observar el panorama de la sombría capital comunista, o bien alargando la mano para echarse al colete otro trago de aguardiente de ciruelas, o tocando la tierra en que descansaban los ciclaminos, que, como eran amantes de las temperaturas bajas, tenían que encontrarse en la gloria en aquella temperatura —¡él estaría en la gloria a 9 grados centígrados!—, Corde, de vez en cuando, miraba la hoja en su reloj de pulsera. El coche de Spangler todavía no estaba al llegar, y Corde, con la carta de Elfrida —llena de frases femeninas—, ante los ojos, seguía reconstruyendo la conversación que había tenido con su hermana. Era importante. Y, de alguna manera, se sentía allí más capacitado para considerar las cosas con objetividad; el ambiente extranjero le permitía verlo todo con más claridad. O quizá fuera que Valeria estaba muriéndose.

Cuando Elfrida terminó de hablar de dinero, y bien es verdad que la mayor parte del tiempo que duraban sus reuniones con ella, desde que se quedara viuda, comenzaban hablando de dinero, y que esta escaramuza inicial sobre finanzas tenía

que ser despejada por él, Corde reclamó su derecho a hablar durante la misma longitud de tiempo. Y entonces era inevitable que la conversación pasara a versar sobre Maxie Detillion.

Detillion: ¿A qué se debía que hubiera personas con quienes Corde estaba tan vinculado que sus ideas sobre ellos fueran prácticamente las de un siervo sobre sus señores? Estaban tan unidos físicamente, tan atados, que Corde se sentía virtualmente absorbido por ellos. En el caso de Elfrida esta absorción era agradable y lúcida, pero no siempre era agradable, y la simpatía no tenía nada que ver con ella: a su primo no le tenía simpatía. Lo que había ocurrido era una especie de coalescencia hipnótica. De esta manera, conocía hasta los poros del rostro de Detillion, las ondas de su cabellera descendían hasta convertirse casi en un recuerdo de su propio cabello. Cuando entraban en acción, los ojos de Max eran los ojos de un gurú o de una estrella de películas expresionistas alemanas. Cuando el primo Max los movía, Corde experimentaba la sensación dentro de sus propios ojos. Detillion siempre había tenido algo amargo o de una acidez masculina en torno a sí, pero ahora estaba empezando a oler a viejo, hasta el punto de que, cuando pasaba al lado de uno, se sentía una vaharada de cuartos de ropa vieja sin airear. Se había dejado crecer patillas lanudas de macho. A Rouault le habría encantado pintar a Maxie, habría puesto a otros Maxies en sus gigantescos retratos de hombres corrompidos.

En el juzgado, Maxie y Corde se miraban a veces el uno al otro sin hablarse. La presencia de Corde quizás hubiera complicado las cosas a Lydia Lester, a pesar de que a lo que iba allí era precisamente a defenderla y apoyarla. En realidad Corde se daba cuenta de que su presencia allí fomentaba el sensacionalismo de Max, hacía a Max más melodramático, induciéndole a enviar más mensajes con los ojos a los dos periodistas que informaban sobre el proceso, como diciéndoles que no se perdiesen este o aquel detalle. No trató demasiado mal a la muchacha cuando le llegó a este el turno de dar testimonio, porque los jurados tienden a sentir pena de las jóvenes cuyos maridos han sido asesinados. Sabiendo esto, Max trató de conducirse con tacto. Pero no se daba cuenta de que precisamente como la oprimía era a fuerza de delicadeza. En una palabra, no sabía lo que estaba haciendo. Nunca se le habría ocurrido siquiera pensar que Lydia estaba de luto, enferma, frágil, asustada. El mensaje que transmitía Max era que estaba haciendo todo lo que cabía esperar de su habilidad profesional para conseguir un testimonio favorable a su cliente, pero que en cuanto pasase aquella prueba la mostraría el otro aspecto de su carácter, que era tiernamente erótico. Max enviaba este mismo mensaje a todas las mujeres, llevado de la exuberancia de su corazón. Y Corde, a lo largo de los años, se había ido dando cuenta de lo inocente que era todo esto, porque lo era, en cierto modo: inocencia corrupta. Ante el jurado, Detillion llegaba blandiendo papeles, como Joe McCarthy. Era uno de esos hombres a quienes gusta blandir cosas. Lo que él realmente ostentaba, sin embargo, era su sexo. Su nariz, bella en otros tiempos, estaba ahora empezando a mostrar deterioro, con los cartílagos estropeados, y, a medida que iba envejeciendo y haciéndose más pesadote,

sus mejillas se hinchaban y oscurecían; daba una impresión como plomiza, perdía altura, se le ensanchaba la pelvis, su manera de dar vueltas por la sala del juicio se iba haciendo cojeante. Corde pensaba que estaba al borde de la muerte, el rey viejo, loco, ciego y despreciado.

¿Y qué otra cosa era, sino intimidación, el ver al primo Maxie Detillion de esta manera? A él le daba igual que Max no le saludara, mostrando hacia él una altivez estúpida, fría, como de cera. Ver a alguien de esta manera era como penetrar en su vida. Y no, por cierto, una experiencia necesariamente agradable.

Maxie no era muy observador, pero era imposible no darse cuenta de un interés tan hondo y vitalicio. Detillion mismo siempre había dado a esto una interpretación sexual. «Albert —solía decir—, siempre ha admirado mi manera de tratar a las mujeres. Soy su modelo para esto».

Elfrida dijo:

—Da la impresión de que vas a tener que aguantar al primo Max durante todo lo que te queda de vida.

Corde sonrió:

—Si me muero yo antes, cuida tú de que no sea él quien se encargue de organizar mi funeral.

—A mí solía preocuparme el que estuvieras siempre de acuerdo con él, tanto que llegué a pensar que eras propiedad suya. Pero cuando rompiste con él no acababa de explicárselo. Pensaba que le habías traicionado. Es él el que se siente ofendido.

Cuando murió el abuelo Detillion, sus propiedades de Joliet fueron repartidas entre sus tres nietos. Según el testamento, Max era albacea de la herencia. Elfrida recibo su parte del dinero..., fue Zaehner quien se encargó de ello. Zaehner le dijo a Corde:

—No sé qué es lo que te pasa, la verdad. ¿Es que no te das cuenta de lo que está ocurriendo? El entresuelo está alquilado a «Hamburguesas McDonald». ¿A que no has recibido un centavo del alquiler?

—He recibido deducciones fiscales.

—Sí, bueno, pero, de dinero contante, ni un centavo, ¿eh? Te está estafando. Está chupando la propiedad. Yo me di cuenta de que los gastos que ponía en los libros eran falsos desde el primer estado de cuentas que nos presentó. Cuando compró nuestra parte adquirió dos tercios del total, de modo que ahora es él el que lo controla todo..., ¿y qué hace por ti, me refiero en cuestión de negocios?

La verdad era que Corde había permitido al primo Max hacer inversiones en nombre suyo. Max le había sacado varios poderes, así como una autorización para comprar y vender acciones en su nombre. En sus relaciones con Detillion, y no solamente con Detillion, Corde se las había arreglado, no sabía cómo, para persuadirse a sí mismo de que, por grandes que fuesen los tejemanejes de la gente en quienes él había puesto su confianza, no iba a dejarse engañar. Había visto cómo engañaba Maxie a otros, cambiando y ocultando haberes, echando zancadillas a

acreedores, maniobrando para frustrar órdenes judiciales, reclamando las deducciones fiscales más absurdas. Pero, a pesar de todas sus maniobras, raro era que tuviese dinero contante suficiente para pagar sus cuentas, pues vivía por todo lo alto, y nunca tenía bastante, por mucho que sacase. Pero, lo que es a mí, no me va a sacar nada, se decía Corde; a mí Maxie no se atreverá a engañarme.

—Déjame que te lo explique bien, cuñado... —Zaehner adoptaba una actitud magistral, prolongando el fruncir del ceño, silencioso, formando grumos de severidad en las comisuras de sus labios—, hasta que no pongas a tu primo entre la espada y la pared no vas a ver un centavo. Tienes que tener una idea, aunque sea lejana, de cuánto te ha estafado.

Corde, efectivamente, tenía una idea, pero la mantenía como envuelta en un sudario, junto con una serie de objetos envueltos en sudarios que estaba siempre prometiéndose a sí mismo examinar con detenimiento algún día. Pero, cuando llegase aquel día, tendría que iluminarle una luz filosófica, porque, de otra manera, no valdría de nada quitar a todas aquellas cosas los sudarios. Se daba cuenta de que Max tendría que haberle estafado, como mínimo, entre dos y trescientos mil dólares, pero no se lo decía a nadie.

—¿Y cómo quieres que le ponga entre la espada y la pared? —preguntó Corde.

—Pues exigiendo una intervención en las cuentas.

—Bueno, pero es que entonces estallaría el escándalo.

—Pues, hijo, que estalle.

—Sería, quizás, un poco...

—Bueno, te entiendo... No es que tengas miedo de este primo repulsivo que tienes, sino que tienes miedo de que se descubra la relación. Y el descubrimiento..., no gustaría ver el panorama. ¿Fue Max quien redactó tu testamento? ¿Va a ser él tu albacea?

—Sí, las dos cosas.

—Pues rómpelo. Hazte otro testamento.

—Es que entonces tendría que buscarme otro abogado.

—Y eso te intimida, ¿eh? Bueno, no te preocupes, yo te facilito unos pocos nombres buenos, si quieres... Desde que llegaste a Chicago a hacerte profesor, tú y tu primo os habéis estado utilizando el uno al otro. Él te guio por los sitios divertidos de la parte Norte y la Lincoln Avenue, te metió en el Palacio de Playboy, y te ayudó a encontrar chicas. Eso es difícil quitárselo de encima, pero no se trata de eso ahora. Eso fue lo que hizo él por ti, pero lo que hiciste tú por él tiene la misma importancia, porque su reputación ya no era de las mejores, ni mucho menos, y no solamente porque era un abogado ni fu ni fa, sino que se le había visto el plumero. Y, así, por las buenas, se nos convirtió en un intelectual, comenzó a soltar nombres intelectuales a diestro y siniestro, y mucha gente estaba de él hasta el cogote. Pero es inútil. Detillion no tiene media bofetada, esa es la verdad. Si quieres la prueba no tienes más que fijarte en su manera de bailar.

En esto Zaehner probablemente tenía razón. En la pista de baile, orgulloso de su técnica, Detillion se ponía a mover el trasero grandote con cierta gracia enloquecida, ajustando sus movimientos a los ritmos caribeños. Y cuando le daba al chachacha se absorbía de tal manera que se olvidaba de su compañera de baile, dominándola, como la cosa más natural del mundo, igual que un caballista de circo domina a su yegua. Él, en realidad, bailaba para los espectadores. Y, como Corde era gran lector, hasta el punto de haber llegado a la conclusión de que había leído demasiado, acopiado demasiadas asociaciones de ideas y perdido demasiado el tiempo en los museos de pintura, veía con frecuencia el rostro grande y extático de su primo en la versión de Rouault, es decir, en forma de opresor sexual de multitudes trágicas de mujeres, y, posiblemente, también de hombres. Pero la imagen que tenía Detillion de sí mismo cuando estaba en acción era completamente distinta, por supuesto. Él se creía, simplemente, un follador de chicas. No, más todavía, se creía la encarnación misma de Eros, todo él en llamas, todo él oro, carmesí, todo él radiante, en permanente tumescencia divina, eterno dador de vida, dotado del poder de bendecir a las mujeres siempre hinchándosele en los pantalones, y esto era a lo que se refería Zaehner cuando dijo que se le veía el plumero. Su cuñado expresaba lo mismo de manera distinta, pero no tenía intención de ponerse a hablar del primo Maxie detalladamente con Zaehner.

Corde pensaba que Zaehner era persona de gran inteligencia. No se sentía superior a él. Pero Zaehner no podía soportar los pensamientos de Corde, y siempre que Corde trataba de hablar de sus ideas le cerraba el pico:

—Me pierdo, Albert, no entiendo lo que quieres decir. Eres demasiado intelectual para mí.

En estas palabras había deferencia, pero, al mismo tiempo, un furioso desprecio en la manera de modular el ceño fruncido en una sonrisa. Sí, esta era otra relación interesante, sin el menor género de dudas, otro objeto ensudariado de la colección de Corde. Si el primo Maxie tenía ciertas afinidades con Rouault, Zaehner, para Corde, era afín a Hermann Goring. Esta era una comparación alarmante, cruel, injusta..., una comparación aplastante, y que no había que decir en voz alta. Mason padre llevaba siempre trajes a rayas sin planchar, con pantalones demasiado bajos de trasero, y zapatos viejos. Era el tipo de habitante de Chicago poco amigo de la elegancia. Goring, en cambio, se solía poner enormes ropones medievales de terciopelo, se cubría el rostro con grueso maquillaje y para él las piedras preciosas eran como para otros las alubias. A pesar de todo, había cierto parecido. Corde, sentado a la mesa de Valeria, buscando la asociación de ideas ZaehnerGoring hasta sus mismos orígenes, se remontó hasta una cierta Mrs. Wooster, una dama de alta sociedad norteamericana en París, rué de Rennes, cuya expresión avejentada y severa había cambiado cuando oyó el nombre de Goring, diciendo: «Pero si no era más que un osito de trapo; yo le conocí a fondo». Y la hasta entonces inflexible Mrs. Wooster sonrió diciendo esto con toda la dulzura de que es capaz una severa señora cuando se suaviza, y con esta

sonrisa Goring quedó confirmado en la mente de Corde como un gran arquetipo del mal en el mundo. Zaehner no era un gran arquetipo, pero, para Elfrida, había sido también un osito de trapo..., cualquier cosa menos una bestia de la jungla chicagueña.

Sea ello lo que fuere, el caso era que Zaehner había estado acosando a Corde y había acabado por conseguir que, en defensa de su «dignidad», acabase tomando medidas contra Detillion. Las cosas llegaron a ese extremo. Y Detillion se vio desenmascarado, se vio desensudariado.

En fin, que Elfrida estaba diciéndole a su hermano en las blancas habitaciones demasiado recalentadas de Chicago, habitaciones tan completamente amuebladas, perfectamente instaladas, prácticas y cómodas, que sugerían que Norteamérica cuidaba de las más importantes necesidades humanas de sus habitantes, y ¿qué más se podía pedir?, en fin, que Elfrida estaba diciéndole:

—Y debiera haberte dicho, Albert, que cuando tú y el primo Max acabasteis por tener aquella pelea legal, el primo Max vino a verme desde Lake Forest, fíjate, no vino más que a eso, y me dijo que sentía la necesidad de hablar francamente con algún miembro de la familia, y me dijo que él no merecía aquel trato, que estaban acosándolo como a una bestia y la gente estaba enterándose y murmurando por la ciudad que él te había estafado, que había querido empapelarte y que, además, era un incompetente...

—Yo no le acosé, nada de eso. Arreglamos el asunto por las buenas, sin llegar a juicio. ¿Qué era lo que estaba tratando de sacarte a ti?

—Quería que yo le preparase una entrevista con Mason, y Mason, como recordarás, acababa de tener su primera trombosis coronaria. Max estaba constantemente llamándonos y dejando recados, pero yo ponía buen cuidado de que Mason no se pusiese en contacto con él.

—Max habría ganado alrededor de diez mil dólares si Zaehner llega a intervenir y a sacarle del lío en que estaba metido conmigo.

—Max dijo, «nunca olvidaré lo que ha hecho Albert con mi reputación».

—¡Su reputación! ¡Y hablar con franqueza! ¡Pobre Max, la verdad, me irrita ese tipo, pero cuando pienso en él con detalle u oigo lo que dice, francamente, me da pena!

—Sí, se ve, porque le dejaste salir de aquel paso con bastante facilidad. ¿A qué acuerdo llegaste?

—Le dejé quedarse con bastante dinero. Supongo que fue algo así como lo que se paga al que nos ha enseñado algo. Fue como si me hubiera dado un cursillo especial.

—¿Y qué es lo que te enseñó, querido?

—Pues cosas que debiera haber sabido desde hacía cincuenta años. Fue como un curso postuniversitario en mentecatez y estupidez.

Corde estaba tratando de conseguir que Elfrida hablase con él a su manera. Después de todo era su hermana, y tendría que saber hacerlo. Y debiera estar también

dispuesta a ello.

—Quizá, después de todo, un cuarto de millón no haya sido suficiente enseñanza.

—Sí, ya te entiendo. Perder mucho dinero no me causó suficiente sufrimiento. Sigo siendo tan idiota como entonces, y ya no me queda dinero suficiente para hacer otro cursillo.

La intención de Corde estaba clara. Estaba tanteando a su hermana en la cuestión de los artículos sobre Chicago, tratando de averiguar su opinión sobre ellos. ¿Pensaría acaso que aquellos artículos perturbadores no eran, después de todo, más que una nueva manifestación de su estupidez? La observó muy atentamente. Cuando su rostro se oscurecía era que estaba sonrojándose, y esto le daba un aspecto juvenil. Luego venían la tensión y la reticencia, y esto le avejentaba. Probablemente se sentía tan apenada por su hermano como por el primo Max. A él lo consideraba persona extraña. Sus peculiaridades no eran como las de otras personas: neurosis identificables, alcoholismo, jactancia. Nada de lo suyo era normal. Y tenía una manera muy original e incomprensible de complicar las cosas y echarlas a perder. Y, desde luego, no iba a darle su opinión sobre los artículos. De modo que ya sabía el juicio que le merecían. Y Corde, por su parte, no podía negar que esto le preocupaba..., pero seguía queriendo igual a su hermana. La verdad era que estaba irritada con él. Tenía muchas cosas que decir sobre aquellos artículos de Chicago, pero no pensaba decirlo. Sus ojos negros eran críticos, estaban pensativos, expresaban astucia y cólera. Parecía estar preguntándole qué necesidad tenía de complicar así las cosas, de llevar las cosas a tal extremo, de ser tan temerario, de escribir de aquella manera tan extraña. Para Zaehner, Chicago había sido la ciudad más grande del mundo, no había ninguna otra que se le pareciera. Y el padre de Corde había estado de acuerdo con Zaehner, no había en todo el mundo otra ciudad como Chicago: grande, llena de vida, nueva, ¡y la mejor! El viejo Corde, que se había impuesto en Chicago como gran hotelero y hombre público, se habría sentido muy irritado con un hijo capaz de escribir así sobre Chicago. Y, naturalmente, a Elfrida tampoco le podía parecer bien.

Llevó la conversación de nuevo al primo Max.

—Me echó un largo discurso la vez que vino a verme. Se puso a dar vueltas por el cuarto, con las manos a la espalda, diciendo que estaba rodeado de gente mala y que su alma estaba ahogándose y que era el colmo que tú, tú precisamente, te pusieras ahora del lado de los malos que lo acosaban. Bueno, de acuerdo, Albert, convengamos en que Max administró mal tu dinero, pero no me podrás negar que fuiste tú quien se lo permitió, y que Mason hizo también muy mal en ir a plantearle el caso... No, no me parece mal que te enfades, pero pienso que a lo mejor es que fuiste demasiado susceptible. No creo que nadie haga demasiado caso a Max ahora, porque salta a la vista lo monigote que es. Pero aunque estés dispuesto a encontrar mal todo lo que hay en Chicago, a él, por lo menos, debieras darle un margen.

—¿Lo viste en el segundo canal la otra noche?

En la televisión, sin saber nada, Corde había visto aparecer a su primo en la pantalla. Allí estaba Maxie, a todo color, con sus patillas pobladas y el rostro exudando falsa sinceridad. Corde se había sentido muy asombrado al oírle pronunciar su nombre:

—Corde, el decano, que resulta que es primo carnal mío...

Esto a Corde le había ofendido mucho. Al oír su nombre pronunciado en alta voz se había puesto furioso. Y todavía se sentía irritado por ello, sentía una gran cantidad de terrible ira a punto de estallar. Casi podía tocarla. Detillion formuló acusaciones de racismo y habló de la Universidad como de «una gran institución. Pero sus relaciones con Acción Afirmativa no son lo que parecen». Estaba mintiendo con los ojos y con la frente más todavía que con sus palabras. Corde tuvo que reconocer que hablaba bastante bien, en el estilo forzado de los bares de Chicago..., y esto lo comentó Corde en *Harper's*: «La curiosa, educada y elegante incultura de los abogados ante el tribunal...».

Corde dijo:

—No, tienes razón, no hay por qué ser tan susceptible con Max. Pero viene todos los días a abrumar a la chica y a la familia entera con toda clase de basura. Les dice que fui yo quien la metió a ella en el caso, y me hace sentirme responsable..., es mi familia, después de todo. Ni siquiera una persona más fuerte podría resistir todo este circo publicitario, pero lo malo es que la chica esa no es nada fuerte. No tiene experiencia, está desconcertada, y no olvides tampoco que los padres del muchacho están en la sala del juicio cuando llega Max, no con ella, sino con Ebry y con otros testigos, hablando de extrañas actividades sexuales y sugiriendo que el muchacho había salido aquella noche con un propósito lascivo, y se pone a hablar de erotismo de grupo y a dar a entender que había toda clase de perversiones con toda clase de complicaciones extrañas. Es demasiado.

—Bueno, demasiado para ti, de acuerdo. La verdad es que lo tomas muy a pechos.

—¡Y cómo quieres que lo tome, Elfrida! Estoy metido en el ajo, después de todo. Mason fue a visitarla en setiembre, para decirle que lo que tenía que hacer era no dar testimonio.

Elfrida dijo:

—Sí, me parece que eso ya me lo había contado.

Y bajó la vista, mientras Corde cambiaba de tema. Pero luego Elfrida añadió:

—Me doy cuenta de por qué quiere la chica esa que metan en la cárcel a toda esa gente. Es completamente natural. Sin duda piensa que es su deber, en memoria de su marido.

—Grady dice que es estúpido que Max la achuchara tanto, porque si llega a derrumbarse delante del jurado, eso a él le perjudicaría. Casi pienso que eso es lo que querría Grady, la verdad es que la chica está mostrando mucha resistencia. Mucha más de lo que yo la creía capaz.

—La opinión de Sorokin es que Max está haciendo una buena defensa, claro que habla desde un punto de vista puramente legal.

Corde dijo:

—A veces pienso que si Detillion hubiera conseguido lo que se proponía, llegar a ser riquísimo...

—¿Qué...?

—Pues que todo este sufrimiento psicopático de que hace alarde lo habría embalsamado cuidadosamente, y él se habría convertido en un gran mecenas, un protector de la ópera y de la sinfonía, estaría en todos los consejos de administración y nadie se habría dado cuenta de lo tonto y lo desequilibrado que es. Pero como no tiene ni siquiera para pagar sus cuentas, pues tiene que buscar una manera de camuflar con elegancia su desastre. Lo malo es que eso tiene que hacerlo en público.

—Sí, te entiendo —dijo Elfrida.

Su inquietud era honda. Ella, después de todo, era riquísima. Su emotivo y angustiado hermano podía caer en cualquier momento en uno de aquellos ataques teorizadores que le daban de vez en cuando. Corde se daba cuenta de la situación. Se bajaba de su altura, poseído de un impulso enloquecido de claridad... y de herejía, y su voz entonces era ecuánime, profunda, armoniosa, sin un matiz siquiera de fanatismo, y entonces se ponía a decir cosas incomprensibles, inasibles, vidriosas, escurridizas, y, en último término, terribles, destructoras..., cosas que habrían repugnado a su padre y ensombrecido al difunto Zaehner. Al modo de ver de Elfrida, Albert no tenía la menor idea de lo que era la moderación, lo exageraba todo. Pero también era cierto que el amor que sentía por ella era asimismo una cosa exagerada. Y si Elfrida se sentía contenta de que la quisiera, ¿por qué tenía que criticar tanto sus teorías «exageradas»? En esta pregunta de Corde se notaba cierto humor. Y, además..., la verdad, ¡diablos...!, ¿era su teoría realmente exagerada? Lo que él estaba diciendo era que el dinero convertía a la gente en monstruos inexpugnables, de modo que si uno se sentía ya de por sí monstruoso, lo mejor era tratar de inexpugnabilizarse haciéndose rico, porque entonces uno se convertía en una fuerza de la Naturaleza, aunque también en un psicópata. O, si uno carecía de máscara, entonces lo mejor era comprarse una máscara. Y, por debajo de todo esto, y también tenía gracia que Corde hubiese tenido que ir hasta la Europa comunista y ver el cuarto de estudiante de su mujer para llegar a darse cuenta de ello, debajo de toda esta reciente fase de excentricidad, que, para él, por supuesto, no era excéntrica en absoluto, estaba su constante disputa con el marido de Elfrida, el difunto Zaehner. *Contra Zaehner*, este debiera haber sido el título de esos artículos sobre Chicago. Pero él no se había dado cuenta de esto al principio, y su primera intención había sido inocente. Al principio, aquellos ensayos habían sido pensado como evocaciones de una época, pintorescos, encantadores, nostálgicos, pero lo que pasó es que luego se le fueron de las manos, como si dijéramos. Por supuesto que no esperaba que su hermana le mostrara comprensión, no podía mostrársela sin ser desleal a Zaehner y a

su hijo. Aparte de que no estaba de acuerdo.

—No te preocupes, Elfrida —le había dicho Corde a su hermana antes de irse de allí, y lo que quería decir era que no la importunaría, que no trataría de inducirla a hablar a su manera.

Elfrida exhaló un largo y agradecido suspiro, y tan aliviada se sintió al oír esto que le dijo:

—Quería decirte, Albert, que Sorokin piensa que tenías razón sobre Rufus Ridpath. Ridpath hizo realmente todo cuanto estaba en su mano en la cárcel del Condado, y fue el único que intentó incluso mejorar las condiciones en que vivían los presos, y cierta gente probablemente se juramentó contra él. Sorokin está de acuerdo en que Ridpath es esencialmente persona decente y que no solamente se conchabaron para quitárselo de encima, sino que incluso tomaron sus medidas para cortarle de raíz toda posibilidad de dedicarse a la política.

—No pienso yo que Ridpath se hubiera presentado candidato a nada, eso no encajaría con su forma de ser. Pero ¿fue Sorokin quien te dijo esto? Fue él quien me aconsejó ir a ver a Ridpath desde el principio.

Elfrida hizo uno de sus gestos. Corde entendió exactamente qué era lo que quería decir. Pero lo que dijo fue:

—Bueno, sí, pero tampoco tenías tú necesidad de exagerar e ir por ahí diciendo que era un tipo de negro raro, un negro como hay pocos.

—No fue eso lo que escribí. Yo lo que dije fue que era un tipo como hay pocos, sin precisar de qué color. Negro o blanco u ocre o verde. Que en Chicago no había mucha gente capaz de preocuparse por nada que se parezca a la justicia. Es sorprendente, pero lo cierto es que hay muy poca gente así. Y uno no se da cuenta de esto hasta que conoce a una persona que lo considera prioritario, y es entonces cuando uno se da cuenta de lo raro que era tener tales prioridades...

—La frase que empleaste tú fue vida «moral».

—Bueno, quizá no fuera muy afortunada, con las grandes palabras hay que andarse con cuidado. Me di cuenta entonces de que iba a irritar a todo el mundo. Este tipo de literatura anormal, profesoral, como entre platónica y aristotélica, es el beso de la muerte, y lo más probable es que al mismo Ridpath no le beneficiara nada. Sí, desde luego, fue un error...

V

En el cuarto contiguo, Minna estaba hablando por teléfono, y Corde, que lo había oído sonar, se había dado cuenta, a pesar de que no era frecuente que se percatase de lo que le rodeaba, de que se trataba de una llamada fuera de lo corriente. La voz de Minna subió agudamente de tono. Corde escuchó y luego fue por el pasillo al comedor. El sofá estaba cerca de la puerta acristalada que daba paso al cuarto, y Corde se sentó allí, agudizando la atención. La conversación fue corta. Minna trató de seguir hablando, pero su locutor le interrumpió, colgando. Era evidente que estaba ocurriendo algo desagradable, y, en cuanto colgó, Minna fue a buscar a Corde, que oía sus pasos, moviéndose en dirección contraria, y la llamó:

—Estoy aquí.

Ella no podía contestar cuando Corde le preguntó de qué se trataba, limitándose a quedársele mirando.

—¿No sería de la UVI?

¿Estaba peor Valeria? ¿Había muerto? No, no se trataba de ese tipo de noticias. Al contrario que Elfrida, Minna no tenía un repertorio de expresiones faciales. Corde nunca había visto sus ojos tan negros o su piel tan arrugada, tan seca y tan blanca.

—Bueno, dime, ¿de qué se trata?

—¿Sabes quién era, Albert? Pues era el coronel.

—¿Él mismo? ¿En persona?

—Sí, el coronel. Habría podido matarlo.

—¿Y qué ha hecho? ¿Qué es lo que dijo?

—El embajador ha debido de poner manos a la obra en cuanto te fuiste tú de su despacho.

—Ya. Llamó al ministro de Salud Pública, y el ministro llamaría al coronel, digo yo...

—Sí, eso es lo que tiene que haber sucedido.

—Bueno, aunque así fuese, ¿qué es lo que ha pasado? ¿Es o no es el ministro de Salud Pública el que manda en los hospitales?

—En este hospital, desde luego, no. Allí quien manda es el coronel. Me lo acaba de decir de una manera que no deja lugar a dudas. Estuvo como puedes hacerte idea. ¡Terrible, Albert!

—Ya. Una prueba de fuerza. El ministro contra la Policía secreta.

—No, de pruebas nada. El que manda es él.

—Bueno, eso está cada vez más claro. Lo siento, Minna. Hicimos mal en tratar de saltárnosle, excepto yendo a la verdadera cabeza. Es el error de siempre, hacer las cosas a medias. Debíamos habernos dado cuenta..., a un coronel de la Policía secreta le tienen completamente sin cuidado los ministros. Pienso que ese es el motivo de que nuestro viejo amigo Petrescu no se deje ver. Lo intentó, sin duda, pero se vio ante fuerzas superiores y decidió desaparecer. Fue la segunda visita, la que

hicimos sin tener permiso, lo que acabó con él. Hice mal en intentar lo del embajador. Debiera haber intentado interesar a la Casa Blanca en el asunto. Una llamada directa, de presidente a presidente, podría habernos resuelto el problema. Y aún podría, quizás. Esta gente tiene un acuerdo de país más favorecido con Estados Unidos, y para ellos es muy importante. No se habrían negado.

—Dijo...

—Sí, a ver, ¿qué es lo que te dijo?

—Que podía ver a mi madre una vez más, pero solo una. Eso es lo que dijo.

—Ah —dijo Corde, como si hubiese comprendido, pero lo cierto era que no lo comprendía, en absoluto; sintió una aguda punzada en los ojos, de vista fatigada—, vamos a ver, ¿qué es lo que te dijo?, ¿puede venir usted a verla?

—Sí, una vez, dijo.

—¿Y cuándo?

—Eso lo deja a mi elección. No acababa de creerlo. Intenté hablar, pero me cortó. Dijo: ¿es que no entiende usted el rumano? Les permito a usted y a su marido una visita.

Corde, para entonces, había entendido ya esto. Vengan, pero una sola vez, una visita..., iba a ser la última visita. Le dijo a Minna:

—Empezamos la lucha, con el ministro, y fue el coronel quien ganó. Y entonces lo que hicimos fue subir más arriba, y arriba le apoyaron. Debiera haber pensado esto con más cuidado, cuando el embajador se ofreció a ayudarme quiero decir. Él se portó bien, pero el resultado era de esperar. Uno piensa que comportándose bien y razonablemente, la reacción será buena y razonable, pero nunca funciona así... ¿Y dijo, «usted y su marido»?

—Sí, Albert. ¿Qué le digo yo ahora? Quedamos en que volvería a llamar para decirle cuándo vamos.

—¿Y qué hacemos con la tita Gigi? —preguntó Corde—, ¿si no se nos permite más que una sola visita? No, no podemos hablarle a él de Gigi.

—Contéstame, Albert: ¿cuándo vamos? ¿Mañana? ¿Cuándo?

—Yo iría hoy mismo, esta noche —dijo él, levantándose del sofá.

—¿Quieres decir que puede morir de un momento a otro?

—Mañana a lo mejor se nos ocurre otra solución. Quizá Gherea la cambia de hospital, o podemos poner en movimiento a alguien en la Casa Blanca. Podríamos mandar un telegrama a Washington.

—Está esperando a que lo llame.

—Pues dile que esta noche.

Minna fue al teléfono.

Corde cogió el abrigo y se lo echó sobre los hombros. Aquellos eran los días más cortos. La luz de la tarde llegaba para empezar a irse. Y, encima, hacía frío. Se empezaban a ver frágiles escamas en los charcos de las calles, se sentía en el aire un amargor cristalino. En los puntos de donde se iba retirando la luz, el amarillo

pardusco del estuco se moteaba de un azul suave (y, si querían, le podían restregar a uno la cara contra ese estuco). En los portales abiertos, por la calle, había botellas y trapos húmedos, colgados a secar, congelados en los extremos, y racimos de uvas. El esplendor del día lo camuflaba todo bajo el relucir del sol, pero en cuanto el sol pasaba, las cosas parecían abandonadas, se dissociaban, y tenía uno mismo que buscar la manera de levantarlas. Corde escuchaba la voz de su mujer en la habitación contigua. Hay idiomas que se hablan, otros se cantan. Incluso en aquel momento, luchando contra el coronel y contra el Estado comunista, Minna parecía estar cantando. De la misma manera que él seguía pensando por sus propios cauces, sin, por ello, dejar de sentir pena por su mujer, de odiar al coronel, de tratar de averiguar por qué habría tomado aquella decisión el coronel y qué tretas se habrían usado o a qué clase de acuerdo habría llegado el coronel con el ministro. Allí estaba el coronel, en su despacho alto y exiguo como un cuartito de trastos viejos, tomando una decisión sobre esto y aquello y lo de más allá, bajo una bombilla de veinte vatios. Y había también una humanidad personal, como algo residual, que va retrocediendo ante un proceso mundial de consolidación. Este proceso podría parecer demasiado tosco para ser tomado en serio, pero lo mejor era no tratar de engañarse uno mismo, porque estaba convirtiéndose en la ola del futuro, y, mientras tenía lugar esta transformación, la esencia más íntima del ser humano estaría sin duda transformándose también, tomando sus medidas necesarias y únicas de la mejor manera posible.

Y ahora, Valeria, y sus máquinas, que la mantenían con vida. Corde estaba convencido de que la vieja estaba completa y, quizás, hasta brillantemente consciente. Las máquinas vitales tictaqueaban y su mente estaba, decidió Corde, exquisitamente vivida..., en un estado de hiperclaridad. No moriría hasta haber visto a su hija..., aunque esto de verla era una manera de hablar, porque no podía abrir los ojos. Hacía con ellos movimientos oteantes bajo la piel, y quizá fuesen sensibles a la luz; hinchaban los párpados, comparación involuntaria, como raviolis. Valeria estaba observando su propia muerte, de esto no tenía Corde la menor duda. Corde pensaba en ella con extraordinario respeto. La humanidad personal de Valeria venía de fuentes antiguas. Corde se había ido dando más cuenta de esas fuentes en París y Londres. Entre punzadas en los ojos que le hacían pasarse las puntas de los dedos por la frente de izquierda a derecha, pues, allí, en Europa Oriental, Corde se sentía deshidratado y hasta pensaba que sus nervios ópticos estarían secos y gastados, se puso a pensar en aquellas viejas fuentes. Recordó que Valeria se había interesado seriamente en el estructuralismo, en la psiquiatría de Laing. Diablos, ¿por qué tenía que preocuparse por esas cosas, que tenían que haber sido ajenas a su vida más honda? En el fondo, Valeria era tradicional, arcaica incluso. Había querido a su marido, y ese fue el motivo de que se hiciese comunista militante: había querido a su marido, a su hija, a su hermana. Y luego, durante treinta años, había purgado el marxismo, el pecado de haber cooperado en la creación del nuevo régimen, por medio de un sistema

particular de expiación, creando su propia red femenina de ayuda mutua. Y, a pesar de todo, se mantenía al día en toda clase de cosas complejas, hasta el punto de que el partido, cuando la expulsaron, la había acusado de «psicologismo cosmopolita», o de freudianismo, pero eso no era nada. Valeria estaba leyendo un libro sobre Hagia Sofía. Estaba sobre su mesa de trabajo, y a Corde le inspiró curiosidad, pero el lenguaje era una barrera infranqueable. Esta misma Valeria, cuando iba a visitar la tumba de su marido, y su propia tumba, encendía velas ante la lápida, allí había una gran piedra de granito, y Gigi le dijo que, cada vez que tenía que tomar una decisión importante, Valeria iba a la tumba a hablar con él de ella. Llevaba cosas de comer al cementerio para los mendigos. Y no solamente en los sofás de su casa se percibía la influencia bizantina; estaban en los Balcanes, y allí toda la vida, en su capa más profunda, seguía siendo bizantina, y más arcaica aún, a pesar de Freud y de Laing, que eran solamente para el público entendido y nervioso, pero allí, donde él estaba, no había esas complejidades. Valeria estaba al borde mismo de la muerte, y, como médico que era..., pero la verdad era que no hacía falta ser médico para darse cuenta de que se está muriendo. Quizás incluso sospechase que las autoridades decidirían desenchufar los aparatos que le daban vida en cuanto se hartaran de ella. Corde estaba convencido de que el coronel podría estar sopesando esta posibilidad. Tenía la autoridad para ello, sin el menor género de dudas, y podía decir: «Bueno, desconectad». Y entonces, se acabó. Y, pensando en esto, Corde, que tampoco era tan joven ni se encontraba tan bien, después de todo, sentía una curiosa afinidad con los cristales de hielo frágil cuyo relucir llegaba hasta su ventana balcánica. Estas crecientes perplejidades, complejidades de equilibrio, esperanzas enfermizas, males arcanos, cálculos estadísticos..., lo mejor sería quizá volver al geométrico azul cero y al hielo sencillo. En todo esto, Corde se sentía extrañamente unido a la vieja.

Minna, cuando volvió, le dijo:

—Bueno, de acuerdo, esta noche.

Cuando Corde comenzó a hablar, Minna le recordó que la habitación tenía escuchas señalándole a la lámpara.

—Vamos a dar una vuelta a la manzana.

—¿Cuándo viene el coche a buscarte?

—Todavía falta tiempo.

Les quedaban veinte minutos. El coche de Spangler sería puntual sin duda alguna. Allí, los chóferes, como en otras partes de Europa Oriental, informaban a la Policía secreta, y, por esta razón, su servicio era excelente.

Corde y Minna bajaron juntos en el pequeño ascensor. Corde mantuvo abierta la pesada puerta de hierro forjado y cristal para dejar salir a Minna a la calle. Hacia la media tarde, el sol decembrino estaba ya preparándose para desaparecer. Bajo los rayos invernales había sombras violeta, que se recogían en las superficies llenas de cicatrices de las paredes de estuco y hacían pensar a Corde en el agua agitada del invierno. Un color parecido se recogía en torno a los árboles desmochados. Las

palomas, que se paseaban por la acera, mostraban, también, variaciones iridiscentes y en plena calle, hacia el centro, Corde vio restos de ratas pequeñas, que, sin duda, habrían salido corriendo para salvar sus vidas cuando el terremoto, perdido el conocimiento bajo la mampostería que caía por todas partes, y, finalmente, muriendo atropelladas por camiones y automóviles. Así era como Corde se las imaginaba. Eran tan bidimensionales como veletas. Por todas partes, entre los bloques de viviendas que recordaban a Haussmann, había ruinas o túmulos, resultado del terremoto, y Corde daba por supuesto que también servirían de tumbas. Los montones de ladrillos exhalaban podredumbre, y debajo había cadáveres irrecuperables. El olor era frío, rancio, malo. Tranvías de color naranja enmohecido corrían bajo un silbar resbaladizo de cables, mientras pálidos pasajeros proletarios se asomaban a sus ventanas. Los hombres llevaban gorros, las mujeres pañolones. Junto con las pilas de hierro colado y los retretes que graznaban cada vez que se tiraba de la cadena, aquellos tranvías pertenecían a la época anterior. Allí se veían las décadas, pero en dirección contraria. Hasta las emociones eran de una época anterior. El problema en torno al cual giraba la lucha con el coronel era el sentimiento humano..., que el nuevo régimen no aceptaba como problema. Pero el coronel lo aceptaba tácitamente, a pesar de todo, porque causaba dolor. Sabía que era un problema. Y en la momentánea fantasía de Corde todas estas ideas se agolpaban en torno a su cabeza mientras la luz se iba recogiendo, más pálida, en torno a los árboles podados, cada uno de los cuales parecía un ramillete.

Minna iba más de prisa que de costumbre. En Chicago no había manera de hacerle apresurar el paso. Tenía su propio concepto del equilibrio femenino, o la dignidad propia de los Raresh. Pero, en aquel momento, se movía con rapidez, cogida al brazo de Corde, y cuando se acercaban los transeúntes le daba un tirón, como diciendo: «Calla ahora». De modo que Corde se callaba, y ella adoptaba un aire de severa distracción. Minna nunca se sentaba a cenar ni se metía en la cama por la noche ni salía a la calle sin pintarse los labios antes, pero ahora sus labios estaban tensos, finos, y el rojo era apenas visible. Estaba seca, pálida; parecía muy enferma.

—¿Te das cuenta de cuál es el problema, Albert? —preguntó.

—Gigi.

—Sí, la tita Gigi, y como conseguir que entre también ella.

—Sí, naturalmente —dijo Corde—, quiere ver a su hermana. Pero si a la entrada hay pases para dos personas, ella puede ocupar mi lugar.

—No, tenemos que entrar los tres. Tenemos que entrar todos. Me gustaría poder recurrir a Petrescu, que siempre fue un buen amigo. Puedes estar seguro de que todo esto a él le duele mucho.

—Ya pensaremos en él en otra ocasión. Petrescu está ahora en otra dimensión igual de extraña. De eso hablaremos luego. En este momento lo que tenemos que hacer es un plan.

—Lo primero es conseguir cigarrillos. En abundancia.

—Eso lo compro yo en la tienda de divisas del «Intercontinental». «Kent» extralargos.

—Sí —iban por la luz insuficiente y cruzaron un parque triangular rodeado de una verja, cuyos postes se inclinaban hacia dentro y cuyos bancos verdes estaban cubiertos de helada—, ahí está mi colegio —dijo ella— y al fondo de esa calle vivían familias boyardas.

Eran edificios elegantes del antiguo régimen, ahora divididos en pisos. En las tiendas oscuras en las que se amontonaban latas de conservas de guisantes y col fermentada, no se veían clientes. Aquella había sido en otros tiempos zona elegante, pero ya no lo era. Los altos funcionarios del régimen tenían sus chalés en otras partes.

—Lo que no sé es cómo vamos a poder ir al hospital esta noche —dijo Minna.

—Podemos llamar un taxi por teléfono.

—Sí, podemos llamar, pero aquí nada es seguro.

—Gigi dice que Ioanna tiene un sobrino que es chófer. Puedes hablar con ella.

—Sí, se llama Traian.

—Pues lo mejor sería hablar con el Traian ese, me parece a mí.

—Hablaré con Ioanna —dijo Minna.

—¿Tiene Traian coche?

—Ahora, a la vuelta, lo averiguo todo.

—Pero ¿puedes hablar con Ioanna?, quiero decir hablar de verdad.

—Sí y no. Sí, si sabes cómo tratarla. Hay que darle la impresión de que es un pariente. No decir nada de dinero, pero ir dándoselo luego según se presenta la ocasión.

—Encarga a Traian que nos lleve. ¿Te acuerdas de ese hombre?

—Hace veinte años no era un hombre. Era un muchacho gordo, y no era nada simpático.

—Bueno, pregúntale si puede venir a por nosotros.

—A las siete.

—En cuanto estemos en el coche, yo tendré listos un par de cartones de «Kent», le explicas lo que tiene que hacer. Aquí tienen que estar siempre a lo que caiga. No pueden vivir con el sueldo.

Dieron la vuelta a la esquina, y Minna dijo:

—Me parece que ese es el coche de tu amigo.

—Debiera estar aquí, al tanto —dijo Corde—. Esa cita puedo cambiarla.

—No, tú vete a por los cigarrillos, y a ver a tu amigo. Aquí no puedes hacer nada. Yo voy ahora a hablar con Ioanna.

Minna entró en el edificio, y Corde, con la parte superior del cuerpo en lucha contra el frío, esperó a que llegase el coche. Las tres y ya había oscurecido, y un aburrimiento trágico junto con la oscuridad. Las formas de los árboles invernales, la belleza de los colores invernales eran excepciones a esto. Los árboles hacían sus ademanes arbóreos, pero los seres humanos se tenían que enfrentar ante la prevención

organizada de todo cuanto surgiese naturalmente. El elegante automóvil se detuvo y el chófer salió, dio la vuelta y le abrió la portezuela, dejándole así entrar en el cálido interior donde estaba el asiento trasero. Este privilegiado viaje fue corto. Se vio de nuevo ante la Embajada norteamericana, la calle acordonada, con centinela a la entrada. E inmediatamente después, el «Intercontinental».

El vestíbulo era lujoso. Se podía uno hundir en aquellos largos sillones, en cualquiera de ellos, porque estaban todos libres. El ambiente era como el de una novela de misterio. Del restaurante llegaba un aroma a café turco y uno se daba cuenta en seguida de que el Bósforo estaba a la vuelta de la esquina y de que el *Orient Express* solía parar aquí, con Mata Hari en el vagón restaurante y los hombres de negocios mediterráneos que eran espías y jugaban con tres cartas. En el opulento vestíbulo había dos importantes detalles de organización totalitaria: un kiosco de manera terciada donde se cambiaban divisas, y otro en el que se vendían periódicos extranjeros. De un alambre con pinzas colgaban revistas de Alemania Oriental, y también se veía *Pravda* y *L'Humanité*.

La tienda en la que se compraba con divisas estaba en el segundo piso. Faltaban unos días para las Navidades. Había un arbolito rodeado y cubierto de copos de algodón y nieve de mica. Había también baldas con faldas campesinas, zamarras de piel de oveja, manteles, todo ello de artesanía y muñecas vestidas de campesinas, botellas de madera tallada, máquinas fotográficas y coñac de importación. Entre los clientes había estudiantes negros. Uno de ellos, al ver el pasaporte que tenía Corde en la mano, le dijo, con un crepitante acento inglés:

—Los empleados aquí son insolentes. Dicen lo primero que se les ocurre. Piensan que nadie entiende su condenado idioma.

Las dependientas, con sus batas cortas negras, estaban hoscas y fatigadas, pero la chica que le vendió los «Kent» le sonrió... de una manera extraña, como si estuviera a punto de dar un soplo a un diente de león para ver la hora que era. Pero una sonrisa, a pesar de todo. Le metió los cigarrillos, dos paquetes de extralargos, en una bolsa navideña, con asas de plástico.

¿Estaba acaso de humor para volver a ver a un viejo amigo del colegio? Se sentía como si en la calle le hubiese atropellado una moto: magullado, con todo el pecho cubierto de vendajes, y lo que realmente quería era ir al retrete de caballeros, desabrocharse la camisa y arrancarse los vendajes. Pero no había vendajes. Fue por entre la gente que llenaba el restaurante y el bar hasta encontrar a Dewey Spangler. Se sentía impaciente, como oprimido, magullado. Aparentemente se encontraba bien, solo un poco serio, pero esto se debía únicamente a su sombrío estado de ánimo. Se puso a buscar a Spangler. La reunión, el protocolo que se usa con los viejos amigos, todo ello tendría que ser rápido. Si el sobrino de Ioanna no estaba disponible habría que tomar otras medidas. Minna y Gigi le necesitaban en casa, su presencia y sus sugerencias les servían de apoyo. El bar, lleno de gente, aumentaba su sensación de estar enjaulado, su deseo de escapar de allí en seguida. Y entonces vio a Spangler,

que se había levantado en su garita y le hacía señas con ambos brazos, como un empleado de línea aérea que guía al avión a su lugar de aterrizaje. Los ademanes de Spangler siempre habían sido inadecuados y excéntricos. Pero, cuando los veía uno inesperadamente, resultaban simpáticos. Era un tipo mandón y pijotero, y a pesar de su fama mundial seguía siendo Dewey *el locatis*, el intelectual hambriento como un gato barriobajero, el mismo Dewey que se había peleado con un gigantesco hincha de rugby y le había dado en la cabeza con un libro de versos. Spangler había sido terrible de muchacho, pero Corde le quería mucho.

—Aquí, Albert, aquí estoy —le gritó Dewey.

¿Qué era lo que daba tanta vida a aquella reunión? Era muy emocionante, ¿verdad? Spangler iba a Chicago por lo menos diez veces al año, o sea cosa de cien veces en la pasada década, y nunca llamaba a Corde, pero tampoco Corde le había mandado nunca unas letras diciéndole, por ejemplo: «Me gustó mucho tu artículo del miércoles pasado». Sus artículos, la verdad, no le gustaban casi, o nada. Dewey, en los periódicos, no le sorprendía nunca. Si alguien empezaba a decir una frase de Dewey, Corde, con los ojos cerrados, era capaz de terminarla. El sistema apenas variaba nunca. Pero en aquel café exótico, todas las reservas, los juicios, los desaires, las ofensas, todo ello se olvidaba. Allí Spangler podía medir la distancia que él, o los dos, mejor dicho, habían recorrido. Echó un brazo sobre los hombros de Corde.

—¡Arriba Chicago!

Había engordado y se había vuelto más macizo. Ahora estaba más carnoso y parecía más importante, gracias a su barba bien cuidada. La grasa se le había acumulado en capas bajo la barbilla, pero era una grasa disciplinada, no descuidada. Esas capas absorbían y hasta dignificaban su tendencia a echarse hacia atrás, le daban un peso específico, una gravedad positiva. Pero conservaba todavía esa tendencia nerviosa, como buscando protección, a pesar de que largos años de psicoanálisis parecían haberlo mejorado. Spangler había sido reciclado en el canapé psiquiátrico y él mismo no lo ocultaba, al contrario, mencionaba con frecuencia el psicoanálisis en sus artículos y le gustaba reflexionar sobre el sentido de valores humanos que le daba, la aportación específica que había hecho a su comprensión del sistema de valores judeocristiano.

—*Wass willst du haben?* —le preguntó—. ¿Te acuerdas?

—Sí, y tanto que me acuerdo. Louie y los Cinco Hambrientos, la cómica charanga alemana del Viejo Heidelberg en Randolph Street, cerca del «Oriental» —dijo Corde.

—Exacto.

Y ahora que lo pensaba, ¿qué otra cosa podía dar esta reunión a Dewey que el placer de la nostalgia? Durante muchos años había evitado a Corde, porque le molestaba. Corde, después de todo, conocía sus orígenes, recordaba a sus padres, la casa de los Spangler, su vida, en torno a la cocina, el aspecto leonino del rostro de Mrs. Spangler, las medias de seda caídas por debajo de la rodilla. Eran gente

conmovedora, sobre todo el padre. El viejo Spangler era calvo y rubicundo, pero no tenía buena salud.

—Me dedico a mercería —decía.

Pero ¿qué mercería podía haber a finales del período de la Depresión en Estados Unidos? Había que ir a las tiendas de los mayoristas de la Calle 12 y de Newberry Street, y allí le daban la mercancía «a prueba», y uno tenía que ir vendiéndola de puerta en puerta: viseras contra el sol, mantelillos combinaciones o calcetines de algodón. Pero era el hecho, mal camuflado, de que «mercería» significaba ir vendiendo de puerta en puerta lo que molestaba a Dewey, y esta actitud suya se complicaba por causa de sus grandiosas y exuberantes fantasías. Solía contar toda clase de cuentos sobre sus orígenes. Su padre había sido socio en una empresa de corretaje en La Salle Street, decía, por ejemplo, y él había estudiado en una academia preparatoria militar, pero Corde nunca le traicionó en esto, ¿por qué iba a hacerlo? Después de todo, comprendía su problema. Sin embargo, Dewey no se fiaba de él.

—Heidelberg —dijo Dewey—, ¡qué memoria tienes!

—Me alegro de verte, viejo.

Pero Dewey no perdió el tiempo.

—Albert, tú y yo éramos amigos íntimos, ¿no es cierto?, a los quince años y aún después —dijo—, y fue una amistad muy intensa. Tú a mí me lo contabas todo, como yo a ti. O casi. Y ahora, fíjate, cómo estamos. No nos queda mucho que hacer, sin duda, pero da igual, después de todo, porque hemos hecho algo con nuestra vida. Acuérdate de cómo empezamos...

Esto era como una oferta velada de sinceridad.

—Pensé en ti el otro día, viendo un libro de Oscar Wilde en el apartamento de mi suegra.

—Me encantaban Swinburne y Walter Pater. Me encantaba Wilde. ¡Qué cosas!

Pues, ¡fíjate!, con una varita toqué la casa de la poesía, ¿ha de perder herencia el alma mía?

Y ahora ya te puedes imaginar lo que era la varilla en cuestión^[2], pero nosotros éramos tan inocentes que ni siquiera lo sospechábamos.

—No, nos encantaba la poesía.

—Cosa rara, ¿verdad?, en Chicago, en la ramificación sur del río, no sé si te acuerdas, el arroyo, que se llamaba de las burbujas, porque toda la sangre y los bofes y el sebo y toda la mierda de los patios lo hacía hervir en el verano. Los médicos dicen que los alcohólicos mueren de *insultos* al cerebro. Bueno, pues yo digo que aquella peste también podía haber acabado con nosotros.

—¿Quieres que hablemos de Chicago? —preguntó Corde.

—Es nuestra cuna, como escribiste tú mismo hace poco.

El grosor de su barbilla y de su cuello, y quizá también su éxito mundano, habían convertido la presión hacia abajo, siempre hacia abajo, en un movimiento de afirmación inquebrantable. Como los parpadeos de Franklin Delano Roosevelt, que,

en los documentales de «Fox Movietone», querían decir: «Tened cuidado, adversarios». Y, sin más, Dewey prosiguió, pero esta vez era de esperar:

—Cuando decidiste volver, a mí me pareció un indicio de que estabas vinculado vitalmente a Chicago. Después de todo, en París las cosas te iban muy bien.

Oyendo esto, Corde se preguntó si Spangler estaría mostrándose condescendiente con él. Al oírle decir que estaban yéndole «muy bien las cosas» le pareció captar un cierto tonillo, sobre todo teniendo en cuenta que él se había convertido en persona tan importante.

—Pero cuando leí el primero de tus artículos en el *Harper's* me di cuenta de que lo que pasaba era que tenías viejas cuentas que ajustar con la ciudad.

Un camarero les trajo sus bebidas. Corde se echó contra el respaldo de su garita, pero sus manazas estaban muy hundidas en los bolsillos del pantalón, hasta las muñecas, indicio indudable de tensión. Pero Dewey no era de los que se dejaban engañar por su postura natural o por cualquiera de sus viejos disfraces. Dewey siempre había tenido la habilidad de hacerle sentirse adolescente de nuevo, y, en su adolescencia, Dewey siempre había llevado las de ganar, siempre había sido precozmente agudo.

Corde gruñó sordamente:

—Ya no es nuestra vieja ciudad.

—Levantaste buena polvareda, ¿eh?

Los ojos de Dewey, de un azul pálido, y ahora sumidos en párpados hinchados y arrugados, se burlaban de él. Pero no mordazmente. Dewey, después de todo, se tuteaba con Kissinger y con Helmut Schmidt, y millones de personas le leían. En su reciente viaje por Europa y Asia se había entrevistado con Sadat, Margaret Thatcher, Indira Gandhi. No tenía, por lo tanto, razón alguna para mostrarse ruin conmigo, pensaba Corde en el tiempo libre que le daba aquella hora personal y nostálgica. O, por lo menos, no la tendrá mientras yo admita su superioridad, y la verdad es que la admito. ¿Por qué no la iba a admitir? Corde decidió en aquel momento hacer una concesión general y conducir aquel capítulo de la historia psíquica de Spangler a un desenlace feliz. Este columnista, publicado por cadenas de periódicos, que constituía un eslabón importante en la transmisión de las tensiones que pulsaban todo a través del mundo civilizado, que lo hacía temblar, lo saturaba de dobles sentidos, cubría de retórica sus perfiles estructurales, lo llenaba de inquietudes, resultaba que, al mismo tiempo que todo esto, era también su amigo. Sí, el mismo Dewey que, en Lakeview, se había mostrado tan preocupado y tímido sobre lo grandes que eran sus orejas, hasta el punto de tapárselas cuidadosamente con el gorro cuando nadie le estaba mirando, como una chica desgarrada, y que incluso trataba de pegárselas a la cabeza con cinta adhesiva. El Dewey que había tratado de dejarse bigote para ver si así se parecía a William Powell..., porque este actor de cine lo tenía obsesionado. El gusano color vinagre claro que había sido en otros tiempos era ahora todo un especialista y un árbitro, y sus artículos se leían impaciente y respetuosamente en treinta países. Pero

seguía siendo el Dewey delgado, nervioso, esforzado y chillón a quien Corde había tenido tanta simpatía.

—Has mirado el reloj, Albert.

—Sí, perdona, estoy nervioso. Aquí tenemos muchos problemas.

—Sí, ya me lo dijo el embajador. Es un buen sujeto. ¿Qué es lo que os pasa?

—La madre de mi mujer está muriéndose...

—Sí, sí. Ahora recuerdo que me lo dijo. Tu mujer no puede visitarla. Eso es terrible y tiene que tenerte muy angustiado. Como cuando se murió tu madre. Me acuerdo muy bien.

—Sí, no me extraña —dijo Corde.

—El embajador me dijo que iba a hablar con alguien para interceder por vosotros.

—Sí, y llamó, pero el resultado fue negativo..., doblemente negativo.

—O sea, contraproducente, quieres decir. A lo mejor podría yo echaros una mano.

—Me imagino que aquí verás a la gente más gorda.

—Sí, y tanto, y tanto —dijo Spangler, metiendo la grasa de su barbilla rápidamente, dos, tres, cinco veces, contra la grasa firme, sólida de su garganta.

—Pues, entonces, hazme el favor, vamos, si no te resulta incómodo. Aunque ya, la verdad, es muy tarde.

—Sí, Albert. Veré la forma de hacerlo. Esa gente está interesada en tener buenas relaciones con Washington. Les preocupan los tratados comerciales. Además, tienen que mantener su imagen liberal, su independencia de los jefazos soviéticos, votar contra el bloque en las Naciones Unidas de vez en cuando. Y todo ello pura apariencia, desde luego.

—Les gustaría que escribieras cosas bonitas sobre ellos, ¿no?

—Justo.

—He estado pensando si valdría la pena pedirle a nuestro propio presidente que telefonee él mismo. Esto, como ahora estamos en vísperas de Navidad, a lo mejor les hacía gracia a sus asesores en relaciones públicas.

—¿Hablas en serio?

El redondo Spangler se pasó la mano por la barba a lo Bernard Shaw, produciendo un sonido quebradizo. Tenía el pelo tenso y lleno de vida, y a Corde le dio envidia.

—¿Te parece muy estrambótico?

—¿A quién conoces en Washington tú?

—Para empezar a ti, a Dewey.

Pero era ya demasiado tarde para que surtiera efecto una intervención de la Casa Blanca. Corde estaba siendo malintencionado, poniendo a prueba a su viejo amigo. ¿Cómo reaccionaría? Pero la reacción fue, simplemente, un poco distante. ¿Cómo rehusar una petición tan humanitaria de un viejo amigo? Reanudaba uno el contacto sentimentalmente y en seguida venía el otro con una petición. Le enviaba uno el coche, le dedicaba tiempo, y el otro, entonces, iba y, sin más, le pedía un favor. Un

favor, además, que no iba a poder devolver.

—Estás realmente preocupado por tu mujer —dijo Spangler, como abstraído, meditabundo—, tienes que quererla mucho.

—No hay nada demasiado extraño para ser verdad —dijo Corde.

—¡Muy bueno, muy bueno de verdad! —exclamó Spangler—. ¿Se te ha ocurrido a ti?

—Lo oí hace años en un tren, en el canal de la Mancha, lo dijo un señor inglés viejo que era ateo de toda la vida, pero a lo mejor Dios existe después de todo, recuerdo que dijo.

—¿Fue un hijo de la Gran Bretaña quien te lo dijo? Sí, está claro que quieres a esa mujer, y tú eres lo bastante raro como para eso y más. Siempre deseaste querer a una mujer. Justo cuando el mundo entero renuncia a una cosa, vas tú y optas por ella con entusiasmo. Así es como eres —Spangler estaba comenzando a sentir de nuevo el placer de aquel encuentro—, si quieres podemos tantear a la Casa Blanca, es una administración algo endeble, por si no te habías dado cuenta. Y el jefazo es lo que los niños llaman un gilí, vamos, un tipo muy mojigato, pero, si quieres, podríamos intentarlo, y fíjate que he dicho podríamos.

—Te lo agradecería mucho.

—No tienes nada que agradecerme. Así te puedo demostrar lo influyente que soy ahora.

—Pero hay un sistema de toma y daca, ¿no?

—¿De *quid pro quo*, quieres decir? Pero no es como piensa la gente. Al presidente se lo plantearía como una oportunidad, no como un favor que le pido. Pero no vayamos a ponernos a hablar de gratitud ahora.

—Tú de mí no necesitas absolutamente nada.

—Siempre te tuve simpatía, Albert. Yo era un pequeño espantapájaros. Tú eras mi mejor amigo.

—Tenías otros.

—Sí, pero me tomaban a broma. Por mi forma de actuar, mis fantasías..., mentiras. En fin, esas cosas. Pero tú no me tomabas el pelo cuando me cogías con las manos en la masa.

—Era la poesía y la filosofía —dijo Corde—, y me hacías falta. Spinoza y Walt Whitman. Era William Blake. A ningún otro le interesaba esa gente. Y, además, me gustaba tu manera de comportarte. Dabas gritos a tu pobre madre y la llamabas puta... Todo eso me daba a mí una sensación tremenda. Nunca había visto nada parecido. Vamos, espero que no te importe que te lo recuerde.

—Nada, hombre, nada. Además es verdad. Y en esta garita no nos oye nadie. Entre nosotros dos sería tonto fingir. En fin, todo esto lleva mucho tiempo olvidado.

—Tu madre se enfadaba y te decía: «Tú no eres hijo mío, tú lo que eres es un criminal, te me han cambiado en el hospital». Eran momentos preciosos, y a mí me tenían emocionado. No había nadie que se pareciera a tu familia en Lakeview. Y,

además, tú querías mucho a tu padre. Jugabais a las damas. Él se sentaba, con la cabeza empapada en sudor, y estudiaba el tablero a través de sus gafas, que parecían fondos de botella, y sus nudillos temblorosos, cubiertos de pelo. Nos daba billetes de tranvía de largo recorrido, para que pudiéramos dar la vuelta entera a la ciudad. Era un hombre encantador, con mala suerte. Bueno, Dewey, me tengo que ir. No sabes lo bien que lo he pasado. ¿Te vas pronto de aquí?

—Después de Navidades. Pero no te des tanta prisa, el coche te lleva en unos minutos.

—Es mal momento este para mi mujer.

Dewey habló en tono comprensivo, pero no doctoral, como solía él decir las cosas, era una especialidad suya:

—Me lo imagino. Y para ti también lo es. Y en Chicago todo anda muy revuelto. Me doy cuenta de por qué escribiste los artículos esos, pero ha sido como si hubieras revuelto el arroyo de las burbujas con un poste de tres metros de largo para que le llegase el mal olor a la ciudad entera. Y luego, el proceso ese en el que también estás metido. Lo del chico aquel a quien tiraron por la ventana.

—¿Has seguido también eso?

—Siempre leo los periódicos de Chicago. Mi secretario me manda los recortes. Esa bestia de primo tuyo te va a dar un disgusto. Es un actor malo.

—Pues yo pensaba que habrías cambiado de idea y ahora le encontrarías de tu gusto.

—¿Qué quieres decir? Eras tú quien le trataba bien en aquellos tiempos. Yo no quería que fuese con nosotros, pero tú te pasabas el día oyéndole recitar su poesía, que era muy mala.

—Bueno, no vayamos a reñir ahora por eso. Es cierto que en una ocasión dije que Max sería una hucha estupenda si tuviera un agujero en la cabeza.

—¡Sí, desde luego, lo dijiste, es verdad! Siempre se te dieron bien esas frases cortas y cortantes. Pero también es verdad que muchas veces decías esas cosas completamente en serio, demasiadas veces, diría yo. Eras moralista, y pienso que lo sigues siendo. En fin, que tu primo te tiene obsesionado. Y no me negarás que está actuando en esto como nunca.

—Los periódicos le ayudan mucho. Es cosa fea. Lo siento por la pobre mujer, que no sé si podrá resistirlo.

—¿Qué mujer? Ah, ya, la chica, la joven viuda, te refieres a ella, ¿no?

Dewey no sabía beber. El «Chivas Regal» doble que se había bebido le había soltado la lengua, y ahora lo que quería era una buena charla.

—¿Qué ataque fue ese tuyo contra la ciudad?

—Yo no sé nada de ataques. Yo tengo cariño a Chicago..., esto te lo digo completamente en serio.

—También yo te estoy hablando en serio, Albert. ¿No te das cuenta de que estás dando rienda suelta a una ira contenida durante toda tu vida? Eso es extraño en un

hombre inteligente. Debieras haberte sometido a psicoanálisis, Albert. Te reíste de mí cuando te lo aconsejé, pero la verdad es que te vendría muy bien. El Instituto está justo en el Michigan Boulevard, y allí podrías elegir a los mejores especialistas. A mí no se me cayeron los anillos yendo allí. Con un poco de introspección no estarías ahora diciéndome a mí que tienes *cariño*. Tengo entendido que en *Harper's* enfadaste y ofendiste a casi todo el mundo. Habrías podido salir bien del paso si hubieras adoptado una actitud más propia de lo que Mencken llamaba el *Boobus Americanus*^[3]. El humor, créeme, habría cambiado las cosas mucho, pero lo malo es que te lanzaste contra todos. Y les dejaste muy maltrechos, les diste hasta en el hocico. La oscuridad de tu estilo quizá te haya protegido un poco..., todas tus teorías y tu poesía. A mucha gente debió de despistarles, sin duda, y atascarles, y renunciaron a entenderlo. Bueno, eso saliste ganando si no entendieron bien lo que querías decir. Pero todo el mundo está muy contento, desde luego, de verte en dificultades. Donde las dan las toman. *Harper's* salió bien parado del asunto, al contrario que tú... Les viniste bien, porque vendieron ejemplares, lo que te da una idea de cómo está esa revista. Uno de sus representantes en Washington me contó el otro día que estabas preparando otro artículo muy polémico sobre un tema distinto.

—Sí, en colaboración con un sujeto llamado Beech. Pero no es seguro. Todavía no lo he decidido.

—¿Y sobre qué es, bioquímica?

—No, geoquímica.

—Pues, peor me lo pones. ¿Qué sabrás tú de geoquímica, tú, que te has amamantado con Shakespeare y Nietzsche? ¿Y quieres aliarte con los ecologistas? Pues te advierto que son una pandilla de maniáticos muy poco atractivos, y a ti no te hace falta rodearte de locos, ya lo estás tú bastante.

—Beech no es un maniático. Tiene una gran inteligencia científica.

—Los mejores de ellos son niños de pecho que se han lanzado al mundo a predicar su buena causa. ¿Quieres que te dé nombres...? Te equivocaste al hacerte profesor, Albert, porque has perdido parte de tu antiguo realismo. De activo pasaste a pasivo. Y ahora estás cansado de ser pasivo y te has vuelto superactivo, y te has deformado y te has hecho un verdadero lío. Hiciste mal, porque no te va. De modo que, ahora, decano, y luego, ¿qué vas a ser, muchacho?

El papel de mentor siempre había sido uno de los favoritos de Dewey. Y, en realidad, a Corde no le molestaba; era el viejo Dewey de siempre, que se lanzaba a criticar y censurar. Le resultaba agradable porque era muy característico. Pero, en aquel momento, Corde no tenía tiempo de escucharle, debía marcharse. Apuró su copa y recogió sus cosas.

—Perdona, Dewey.

—¿A dónde vas? Pensé que nos habíamos reunido para charlar un rato.

—No tengo el tiempo que pensaba —dijo Corde. Y comenzó a tratar de escurrirse por la salida de la garita, con su paquete de «Kent»—, es que tengo que ir al hospital

con mi mujer, para ver a su madre.

—¿Cómo?, dijiste que no podías.

—Han permitido una visita más.

—¿Una? ¿La última? ¿Es que creen que se está muriendo?

—Me lo imagino, porque es verdad.

Spangler, muy consideradamente, puso ambas manos de golpe sobre la mesa. Tenía los brazos cortos, de manera que, al hacerlo, levantó los hombros. Y, con una mueca, dijo:

—Es terrible para tu mujer, terrible. Muy malo. Punitivo. Hay alguien que se la tiene jurada a esas señoras. Comprendo que llegaras a pensar en hablar con la Casa Blanca.

—Es demasiado tarde ya. Además no era más que una de esas fantasías que se le ocurren a uno. Está uno como enclaustrado, tenso, y, de pronto, recuerda uno que es ciudadano de una soberbia superpotencia, y se dice uno para sus adentros: No sé «por qué tengo yo que aguantar esto». Es una tontería, por supuesto, es un residuo de los días aquellos en que un norteamericano en el extranjero todavía recibía protección de su Gobierno. Pero eso era sin necesidad de mandar barcos de guerra en su defensa. Hay otro sistema, que es el de Chicago: «Tengo por fuerza que conocer a alguien que tenga un amigo bien situado».

—¿Conocer a alguien? Pues, por ejemplo, a mí. Puedo hacerlo, si te parece. Y ahora no tengo la influencia de antes. En los tiempos de Kissinger era otra cosa, pero esta pandilla nueva no sirven para mucho, Albert, es como si hablara con Popeye.

—Nada puede serme útil ahora, pero me he alegrado mucho de verte, Dewey, y con ello me contento. Un poco del calor de otros tiempos, y te lo agradezco.

—Sí, la verdad es que este lugar debe de ser terrible visto desde dentro. Yo no soy más que otro personaje de campanillas que pasa por aquí, pero la impresión que he sacado yendo por la ciudad en coche es que la vida aquí tiene que ser terrible, y sin comodidades de ningún tipo, y atemorizada, además de aburrida. La verdad es que me gustaría poder hacer algo por tu costilla, y es una verdadera pena que la estén tratando de esta forma. Es una científica conocida, pero estos tipos no tienen ninguna clase. Imagínate lo que hace falta para llegar al poder en un lugar como este, la gente que el Kremlin prefiere nombrar. Verdaderos perros de presa. Pero también hay que tener en cuenta —el rostro de Spangler se iluminó con un recuerdo—, ¿cómo es eso del *Rey Lear*?, ¡ah, sí!, «a los perros les obedecen cuando están en el poder», o, si no, eso de *Zaratustra*: «El poder se sostiene sobre piernas torcidas». Nietzsche también tenía que estar pensando en perros cuando escribió esto... ¿Habrán chicos que hacen esto, que se reúnen en Lincoln Park y leen como solíamos leer nosotros, se refocilan en esas espléndidas páginas: *Zaratustra*, *Fedro*, el libro ese, *Brigge*, de Rilke?

Áspero, pero mirando a la cara a Corde con una sonrisa invariable, Spangler se maravillaba, en broma, de que los recuerdos juveniles pudieran tener todavía tanta fuerza. Spangler había dejado todo aquello a sus espaldas: Corde, por el contrario,

por la razón que fuese, no. Si Corde sufría, si se retorció de dolor en aquella capital del bloque oriental, era porque toda aquella maravillosa literatura le había hecho vulnerable todavía, porque no había conseguido echarlo a un lado a su debido tiempo. ¿No era esa la razón de que se hubiese convertido en profesor, y de que hubiera lanzado sus maldiciones desde las páginas de *Harper's*? No era culpa de las obras maestras, sino el no haberlas sabido olvidar lo que había sido su error. Un hombre maduro no puede permitirse a sí mismo el volver sobre sus pasos, y en este preciso momento, cuando las naciones, manteniendo a distancia la destrucción, estaban convulsionadas por tensiones, el hombre lo que necesitaba era dureza, paciencia, madurez, circunspección, astucia, verdadero conocimiento de la diplomacia, la ciencia, la historia. Albert había perdido su sentido de la orientación. Era comprensible, por supuesto, y lamentable. Y también perdonable. Todo esto se leía en el rostro barbudo, comprensivo, protector, perdonador, de Dewey.

Había tenido lugar una misteriosa metamorfosis, y el escuálido Dewey se había convertido en un enano barbudo. Los tonos que irradiaba el interior de su cuerpo fornido y bajo no habían cambiado. Tocaba las mismas cuerdas, pero el arqueo era más suave y ágil. Era maravilloso que la música, surgiendo de los lugares donde vivían los tonos profundos, pudiera ser todavía lo que había sido hacía cuarenta años. Dewey se burlaba y criticaba, pero lo hacía con afecto y cariño, suavizando al pobre y nervioso Albert, que, a su vez, le devolvía el afecto. Pero era ingrato por parte de Dewey quitar importancia a la «maravillosa literatura», porque, sin *Zaratustra* y *Lear*, ¿qué habría sido de él? ¿Habría llegado jamás a triunfar en la vida sin el capital que había acumulado en Lincoln Park? ¿Habría llegado siquiera a salir de Chicago? Dewey nunca había desperdiciado nada en su vida, siempre había recibido el valor de su dinero. Shakespeare, a él, le había dado beneficios, de la misma manera que había sabido sacarle utilidad al psicoanálisis. Su adolescencia literaria le había dado una ventaja sobre los muchachos de la agencia de noticias de la ciudad, y también sobre sus competidores de Washington, y ahora sabía enmarcar sus artículos con brillante elocuencia intelectual, pasando ágilmente del discurso presupuestario del presidente a John Stuart Mili, y cambiando el tintineo de los tranvías de Chicago por los densos tonos oscuros de la filosofía política. Incluso la idea de ocupar el vacío dejado por Walter Lippman, ambición esta que, a ojos de Corde, era tremendamente desagradable, se remontaba a aquellos días pasados en los barrocos bancos negros de Lincoln Park. Había que sacarles el mejor partido posible, porque no era posible cambiarlos por otros mejores.

Pero había algo más. ¿Qué era lo que Dewey estaba pensando, al ponerse tan afectuoso? ¿Querría acaso reanudar las antiguas relaciones? Y Corde, cogido a su bolso de plástico de la tienda de divisas, vio también esta posibilidad descendiendo sobre él desde un pasado tan remoto como una vida anterior sobre la tierra. Era, casi, una vida anterior. ¿Eran ellos dos aquellos muchachos que merodeaban por Lincoln Park con sus poetas y sus filósofos bien guardados debajo del jersey, que se

compraban pipas en el parque zoológico y se pasaban las horas apoyados contra una copia del barco vikingo y se instalaban como en su propia casa mano a mano con el Sócrates de *Fedro* o con Rilke en París? Desde entonces ya los dos habían muerto tres o cuatro veces por lo menos en el pasado, de modo que era cierto que había sido una vida terrena anterior. Los sentimientos de Corde hacia su amigo eran afectuosos, pero no ciertamente sentimentales. ¿Acaso añoraba Dewey todavía aquellos viejos días de poesía y sentimiento? Bueno, Corde también los añoraba, a veces. Pasó revista con cariñosa objetividad a las posibilidades que pudiera haber de reanudar la amistad. No se trata, eso por supuesto, de rechazar a Dewey, eso él no lo haría nunca, pero la medida en que le sería posible admitirle dependía de su admisibilidad. Ambos habían ido separándose, separándose, separándose, y los dos, cada uno por su lado, se habían ido deteriorando, humanamente, desde luego, pero de formas muy distintas. No había más que fijarse en Dewey para comprobar esto. Dewey había crecido entre almacenes, garajes y tabernas, en Clare Street, no lejos del sitio donde tuviera lugar la matanza de San Valentín, pero ahora era una figura importante en su profesión, diez veces más importante que cualquier senador norteamericano cuyo nombre pudiera venirle a uno a la memoria. Cuando escribía sobre las ventas de plutonio al Tercer Mundo, o sobre el gas natural ruso o sobre los diamantes que el emperador Bokassa había dado a Giscard, lo hacía con tono artístico y altura intelectual. Citaba a Verlaine o a Wittgenstein..., en realidad los citaba con excesiva frecuencia. Pero aquellas lecturas de Rilke no habían sido tiempo perdido: la necesidad de la pura esencia, la realización del alma en el arte, *Weltinnenraum*^[4]. Pero también había que tener en cuenta el otro punto de vista, el punto de vista de La Salle Street, el de la gente como Zaehner..., el punto de vista de la jungla, o, más bien, se corrigió Corde, de un basurero. Y ahora, entre estos dos polos opuestos, ¿cuál era el lugar que había escogido Dewey?, el gran público, el consumidor de sus puntos de vista, no le pedía que escogiese lugar alguno, lo único que tenía que hacer era no dejar de hablar. Dewey vivía, aunque Corde dudaba de que tal tensión pudiera merecer el nombre de vida, en una especie de halo de acontecimientos, entre los sucesos más profundos de la época, comunicando lo que más le interesaba a la opinión pública seria y responsable. Para Corde había algo de falso y de grotesco en esto, no era más que la «consciencia pública moderna», pero en ello no había ninguna verdadera experiencia, ninguna en absoluto. Las formas que moldeaban la verdadera experiencia estaban aquí corrompidas, de manera que Corde se hacía a sí mismo esta pregunta: «¿Qué aspecto tendría ahora esta magnífica amistad de dos viejos muchachos de Chicago si la pusiéramos al día?», y la respuesta es que tendría forzosamente que parecerse al periodismo que hacía Dewey. Dewey, a su manera llena de confianza en sí mismo... reconfortadora y, al mismo tiempo, perentoria, le diría: «Esto es lo que tenemos, y no sabes la suerte que es tener un vínculo como este». Una vez resucitada aquella amistad, Dewey lo pondría todo en su lenguaje periodístico, y, reforzado por los viejos días de Lincoln Park, por los libros y la poesía y la amistad, y por todo lo que

Corde mismo había aprendido en el intervalo, podría convertirse en un «comunicador» mucho más principesco de lo que ya era.

Y, entonces, con una objetividad más tormentosa, a sí mismo: ¿De qué manera se había deteriorado Albert Corde? Veamos. Albert Corde tenía ilusiones comparables a las de Dewey, aunque en campos distintos. Y mírenlo ahora, convertido en una persona, o en un zopenco, serio, meditabundo, introspectivo, devastado por el tiempo, con sus deseos morales y cargando sobre sus hombros los pesos de la humanidad. Y, más o menos en secreto, tomaba en serio cosas de las que no le era posible ni siquiera comenzar a hablar con Dewey, como, por ejemplo, la reunión del espíritu y la naturaleza, divorciada por la ciencia. Dewey, y esto Corde lo había captado por casualidad en uno de sus artículos, era duro con los escritores que hablaban del «espíritu», los intelectuales que huían de las realidades materiales de la época actual. Corde podía mencionar diez temas en los que nunca podría ponerse de acuerdo con Dewey. Y si él también tenía la mente completamente clara, si los temas habían sido bien pensados y resueltos, no habría ninguna dificultad en debatirlos, de modo que resultaba evidente que Albert Corde era un caso perdido. Dewey le preguntaba apremiante sobre los motivos que le habían inducido a escribir aquellos artículos en el *Harper's*, ¿cuál era la verdadera explicación? Y, también, la *alta* intención: evitar que el ideal norteamericano se viese pisoteado y convertido en polvo. Y este era nuestro ideal norteamericano: libertad, igualdad, justicia, democracia, abundancia. Y aquí tienen ustedes en qué se había convertido en una ciudad como Chicago. ¡Miren! ¿Cómo capta el público los sucesos?, bueno, no los capta, porque ha sido privado de la capacidad de experimentarlos. Corde reconocía que había sido muy arrogante. Su paciencia se había agotado. Ya había aguantado bastante. De modo que ahora había llegado el momento de abrir la boca y hablar, de modo que ¡cuidado!

En la crisis moral norteamericana, lo primero que hacía falta era experimentar lo que estaba sucediendo y ver lo que debía ser visto. Los datos los interpretaba nuestra capacidad de percepción. ¿Más que en el pasado? Sí, porque los cambios, sobre todo el aumento de la consciencia, y también de la falsa consciencia, iba acompañado por una curiosa clase de confusión. El aumento de las teorías y la expresión, que, en sí mismo, era causa de una nueva y extraña forma de ceguera, las falsas representaciones de la «comunicación», conducían a terribles deformaciones de la consciencia pública. Por lo tanto, el primer acto de la moralidad era desenterrar a la realidad, recuperar a la realidad, sacarla de la basura, representarla de nuevo como el arte la representaría. De manera que cuando Dewey hablaba de «poesía», cubriéndola de desdén, tenía razón en el sentido de que Corde se limitaba a hacer gestos o ademanes poéticos, pero no en el sentido de que Corde era un hombre auténticamente inspirado. Y en la medida en que estaba inspirado, tenía auténtica importancia política.

Pero ya no se hablaba de nada. El lenguaje de la conversación había excluido por completo a la experiencia. Corde, por lo tanto, había hablado francamente..., o por lo

menos había tratado de hablar francamente. Quise convertirme en el moralista de lo que se ve, y lo expresé a los cuatro vientos, pero los otros, en su mayoría, me cogieron odio por ello. Mi verdadera consciencia se había vuelto intermitente a lo largo de los años, es decir, que unas veces surgía y otras se quedaba en el fondo. Esto conduce a la exageración también. En fin, esto era lo que yo quería hacer, y, después de todo, la gente esa de Chicago a lo mejor tiene razón en odiarme. A lo mejor resulta que me lo merezco. Pero no lo merezco por esta razón, porque yo, al fin y al cabo, hablé en defensa de los nobles ideales de Occidente en su versión norteamericana, lo cual, por supuesto, nadie me había mandado hacer, y yo asumí la responsabilidad de hacerlo sin pensar siquiera qué derecho tenía para ello. Fue, si se quiere, una especie de descaro natural. «Esta es vuestra ciudad..., esta es vuestra democracia norteamericana. Y es también mi ciudad, tengo derecho a describirla tal y como la veo». O bien: «El público no capta los sucesos que deben ser captados». Y mi idea era ponérselos delante a todo el mundo.

—Bueno, ya veo que te tienes que ir —dijo Dewey—, te acompaño al coche.

Ya nunca más se volvería a ver al adolescente flacucho, excitado, que había sido Spangler. Ahora, en su lugar, estaba un hombre fornido, pequeño, que trataba de salir con torpona dificultad de la garita, empujando la mesa con los nudillos. Su barba le daba un aspecto de respetable sesudez, pero ya estaba medio borracho, y Corde, ayudándole, sentía también los efectos del alcohol, porque, mientras su amigo hacía esfuerzos por levantarse, le parecía una especie de planta humana: un tronco corto y carnoso y un rostro esférico, demasiado lleno, demasiado maduro, pasándolo bien consigo mismo. Bueno, pues a ello. Pásalo bien. Dewey le apartó un poco. Todo parecía estar apartándole en aquel momento.

—No te preocupes, compadre, que sé salir solo.

—Hay tiempo de sobra. Lástima que no hayamos podido pasar más tiempo juntos tomando copas. Me estabas poniendo en órbita corí la Casa Blanca, pidiéndome que ponga en marcha mis influencias, y luego vas y me dices que ya no vale la pena, que es demasiado tarde.

—Sí, tienes razón, no debería haber dicho nada. Pero, en fin, por lo menos quedaste bien.

—Nada que hacer, de acuerdo. Pero eres un tipo curioso. Me causaste una crisis con tu golpe de Potsdam. Abrí el *New Yorker* y me quedé de piedra. Mi amigo Albert, que solía ponerse lírico hablando de Blake y Yeats, sale de pronto con un artículo de primera mano sobre Stalin y Churchill, sobre Truman, sobre la fuerza demoníaca de Stalin. Teníamos la bomba atómica. Los ejércitos de Pepe Stalin estaban agotados..., pero él tenía lo que quería. ¿Y cómo fue eso? En fin, el caso es que tú pusiste tu pica en Flandes. Aquel artículo hizo tu reputación. Y luego tú te hiciste y te deshiciste de ti mismo. Eso sí que ha sido curioso. Todavía recuerdo lo irritado que estaba, casi me muero de envidia. Fue una influencia de clase lo que te dio aquel éxito. Tú y yo probablemente estábamos emborrachados con los «monumentos de intelecto

invulnerable al tiempo», pero no tú, por tu parte, conservabas la suficiente claridad mental para utilizar las influencias de tu padre. Y tu padre tenía influencia con Harry Vaughan.

—Bueno, ya que, como tú mismo dices, me deshice a mí mismo, lo mejor que puedes hacer ahora es olvidarte de todo eso.

—Quería charlar contigo, Albert. ¿Quieres que volvamos a vernos?

—Tú eres el que está ocupado. Espero tu llamada.

—¿Qué tal el día de Navidad?

—En este momento no puedo decírtelo con seguridad.

—¿Porque no sabes cuándo morirá tu suegra? Sí, me hago cargo.

—La mayor parte del tiempo estoy a tu entera disposición. Libre. Viene de Chicago una amiga nuestra. Se llama Vlada, pero se va a quedar aquí bastante tiempo. Mira, lo mejor será que cuando hables con tu oficina de Washington les preguntes qué tal va el asunto del proceso de Chicago.

Spangler dijo:

—Sí, y también quiero hablar de eso contigo. Precisamente tenía pensado que habláramos de eso hoy.

VI

Cuando volvió Corde, Minna le dijo:

—Nos lleva Traían.

—¿A los tres?

—Sí.

Se sentaron a cenar restos de comida fríos, y en la mesa apenas se dijo nada. Al contrario que de costumbre, la tita Gigi guardó silencio. Aquella noche no estaba en el papel de hermana menor ni tampoco en el de chica encantadora que había vivido en Londres en otros tiempos, sino en el de vieja tensa, y su cuello, bajo el pelo corto, se inclinaba, forzosamente, sobre el plato.

Traian fue puntual. Dio un golpe a una de las hojas de cristal de la puerta encortinada del comedor y pidió permiso para entrar. Era obeso y de aspecto mexicano, y tenía largos mechones de pelo en las comisuras de la boca. Llevaba los pantalones estrechos y tirantes, sobre todo en la entrepierna. Su chaqueta llena de cremalleras de matón barriobajero norteamericano era de un color rojizo, y sus botas negras estaban muy lustradas. Se mostraba particularmente cortés con tita Gigi, y esto era natural, porque la conocía casi desde que naciera. Lo más probable era que ella le hubiera dado de comer en la pequeña cocina del apartamento cuando él era niño. Se levantaron de la mesa y fueron al recibidor, donde colgaban abrigos de piel de orlónacrón, de un pardo purpúreo, pero incluso estas prendas sintéticas estaban saturadas de la fragancia de las damas, e incluso le parecía sentir a Corde, de sus personalidades. A la derecha estaba la cocina, primitiva, y a la izquierda el anticuado retrete. Por encima había armarios cerrados, con las cajas en que estaban guardados los recuerdos y los documentos familiares.

Traian dejó a Gigi con gran cuidado en un ascensor que parecía un diminuto gabinete de porcelana, y apretó el botón. Apretado, en una esquina, Corde se levantó el cuello del abrigo y se anudó bien la bufanda, preparándose para lanzarse a la calle. Minna tenía un aspecto de distraída severidad, y, al mismo tiempo, de estar grácilmente alejada de todo. A la luz insuficiente, su rostro blanco estaba oscuro debajo de los ojos y la curva hacia afuera de su labio superior, las huellas de tensión que mostraba su escueta barbilla casi la convertían en una extraña. Corde llevaba la bolsa navideña de plástico donde estaban los «Kent». Minna se sentó en el asiento delantero del «Dacia», mientras Traian desenganchaba los limpiaparabrisas, porque era seguro que los robarían si no los guardaba.

—Albert, dame los cigarrillos —dijo ella.

Cuando Traian se hubo sentado al volante, Minna se puso a hablarle, y le pasó uno de los paquetes de tabaco. Traian lo abrió y llenó el compartimento delantero con cajetillas de «Kent». No mostró sorpresa ni hubo problema alguno; estaba al tanto. Condujo al hospital, y Gigi, sentada junto a Corde, en el asiento trasero, parecía incapaz de hablar.

La nieve podría haber servido de alivio aquella noche, animando las calles. Había comenzado a caer temprano, pero no tardó en fundirse. Nadie salía a pasear en la oscuridad. De vez en cuando se veía algún coche. Corde se dijo que nunca había visto hasta entonces farolas como aquellas, parecían algo así como humus fosforescente protegido por los globos de cristal.

Pero, en el hospital, la garita del portero estaba brillantemente iluminada. Había allí mujeres del campo que esperaban a que les dieran pases, campesinos con botas y pañolones. Llegó entonces tita Gigi, con el abrigo de orlón, que le arrastraba, la espalda encorvada y el pelo gris corto, y un aire de terror en el rostro, con la amplia frente completamente blanca. Se quedó mirando al suelo. El portero tenía los nombres de Minna y Corde en su lista de visitantes y les dio sus pases. Traian le hizo seña de que saliera. El portero tenía en la mano una tablilla con papeles y llevaba botas, y una bata blanca que le llegaba hasta las rodillas, todo ello rematado por un gorro de lana. Tenía aire hosco. Dispuesto a decir que no a todo, pensó Corde. Traian le cogió por el brazo y comenzó a hablar con él en secreto. Junto a la garita del portero había una sala de espera exterior, en forma como de tranvía y muy iluminada. Gigi entró allí y se sentó.

Subiendo juntos por la calzada, Corde le dijo a Minna:

—La pobre Gigi está asustada. ¿Piensas que la dejará entrar?

—Traian parece que sabe lo que tiene que hacer...

Se metieron en el edificio principal. Justo al entrar había un amplio vestíbulo, con un empleado detrás de un portillo, y otra larga cola. Luego, dos habitaciones más, espaciosas y oscuras, y luego, finalmente, una puerta de cristal esmerilado. Vigilancia Intensiva. Corde reconoció a la mujer que respondió a su llamada a la puerta; era la doctora Drur, en servicio nocturno. De rostro redondo y voz suave, estrechó la mano a Minna con particular calor, y su simpatía era elocuente. Minna y Corde se vieron de nuevo envueltos en la rutina de los gorros y las batas y las máscaras, todo ello esterilizado, y los chanclos blancos, pegados con cinta adhesiva.

—¡Mammi! —exclamó Minna.

Corde iba detrás de ella, despacio, y se quedó en la entrada del cubículo, pero el médico le hizo seña de que se acercara más. La mano derecha de Valeria, se agitó todo lo que le fue posible. Fue un movimiento ligero. Se daba cuenta de lo que estaba ocurriendo, eso se veía en su rostro ciego. Y al mismo tiempo los aparatos de control se apresuraron durante un momento. En pie, junto a la cama, Corde se sintió muy conmovido, pero inseguro de lo que tenía que hacer, aparte dar a entender de alguna manera que estaba allí para proteger a Minna de cualquier peligro. Se inclinó, acercándose, y murmuró, con voz sorda:

—Soy yo, Albert, Valeria.

Ella asintió.

Minna se bajó la máscara de gasa para dar un beso a Valeria. Luego, la doctora rechoncha y rápida se acercó a ella con un bloc y ayudó a Valeria a coger con los

dedos un bolígrafo, y la vieja trató de escribir algo. Estaba lejos de todo aquello, pensó Corde, muy lejos. Compuso unas pocas letras, pero terminó el recado con una gran raya en espiral que cruzó la página amarilla entera. Minna y la doctora trataron de comprender la palabra, y Corde adivinó que lo que Valeria quería decir era, como la vez anterior, que la llevaran a casa. Pero una mujer como Valeria habría debido hacer preparativos alternos: Plan A, Plan B. Completamente consciente y lista para todo..., eso habría sido propio de ella. Se dijo que no había ninguna otra manera de interpretar la expresión de su rostro; la dedujo hasta de la postura de sus piernas y del vientre de la vieja, que se había levantado más que de costumbre. A ambos lados del rostro de Valeria su cabello brillaba sobre las sábanas de la cama. Expresaba la misma consciencia de siempre. No, más agudamente que nunca, porque cuando Minna le hizo seña de que quería cogerla la mano, mientras Corde se fijaba en el nudillo azulado y el retorcimiento de la vena, Valeria apretó rápidamente los dedos unos contra otros.

Corde dijo:

—Vinimos lo antes que pudimos —y luego, como si no quisiera demorar más aún el mensaje esencial, añadió, con su voz de bajo—: También yo te quiero, Valeria.

El efecto de estas palabras fue violento. Una de las rodillas de Valeria se levantó; y sus ojos, muy redondos bajo la piel de los párpados, se movieron hacia delante y hacia atrás, se veía que estaba haciendo un esfuerzo por abrirlos. Su rostro era víctima de un espasmo. Los monitores saltaron simultáneamente. Todos los números de sus esferas comenzaron a sobresaltarse y dar vueltas. Casi habría podido matarla diciéndole aquello, bien fuese porque le creía o bien porque no le creía. Pero, en la medida en que él, dolorosamente, podía comprobarlo, era la pura verdad. La doctora se sobresaltó por la rapidez de las señales de dígitos e hizo señas a Corde y a Minna de que se hicieran un poco atrás. No, mejor, que se fueran.

Volvieron al cuarto del personal, y allí Corde se quitó la bata. No podía soportar aquello. La luz era muy fuerte en el cuarto de la doctora.

Minna dijo:

—Hiciste bien en decirlo.

Pero Corde no estaba tan seguro.

Y entonces Minna añadió:

—Albert, ¿en qué estado crees tú que se encuentra?

Corde pensaba que Valeria tenía el alma desprendida, lista para salirse del cuerpo, y que, por lo tanto, estaba en situación de conocer a la gente tales y como eran, pero prefirió no responder.

La doctora entró y las dos mujeres hablaron. Minna dijo:

—El monitor está otra vez normal.

Y añadió que saldría a buscar a su tía. Estaba decidida a que entrase también.

Dijo:

—Valeria era la hermana mayor, siempre estaba cuidándola. Esta noche estoy

decidida a ello.

Gigi ni siquiera había pedido que la llevaran. Corde se dijo que allí, en pleno bloque soviético, uno acababa acostumbrándose a no hacer demasiadas preguntas. Y también era cierto que Gigi dependía de Minna igual que antes había dependido de Valeria. Pero resultó que Minna había prometido a su tía, y, sin duda, le había dicho, con gran severidad: «Tú te vienes conmigo, ¡ya verás cómo la ves!».

Minna plegó y dejó la bata esterilizada y las botas, incluso en momentos como aquel era muy concienzuda y ordenada, distraídamente ritualista. Le dijo a la doctora que volvería al cabo de unos minutos, que en seguida estaría de vuelta. La doctora, aprensiva, no dijo nada, pero movió la cabeza. Esto no estaba bien, iba contra las normas. ¿Qué pasaría si entraba de pronto el coronel?

Mientras Corde ayudaba a Minna a pasar por el hielo de la calzada en cuesta, las siemprevivas hacían un ruido gélido sobre sus cabezas, como si estuvieran también hirviendo a frío lento, bajo cero. Pasiva, encorvada y silenciosa, Gigi seguía allí, sentada, esperando a ver si Minna cumplía su promesa. Y la cumplía. La seña de Traian quería decir que los cigarrillos habían dado resultado, que todo estaba arreglado. De modo que las dos mujeres subieron por la cuesta hasta el edificio principal, mientras Corde ocupaba el lugar de Gigi junto a Traian, en el banco.

Luego las luces de la sala de espera se apagaron de pronto y el portero, para no correr ningún riesgo, los ocultó en la oscuridad, como si al coronel le importase un rábano aquello; ahora que se había salido con la suya, el asunto, para él, estaba concluido. Los médicos probablemente le habían dicho que Valeria estaba desahuciada y el acuerdo a que había llegado con el ministro de Salud Pública era: «Bueno, pues que vayan a verla».

Entretanto, la mente de Valeria funcionaba con claridad, y esto era lo que más había impresionado a Corde. Todavía oía y comprendía todo lo que se le decía, y respondía. Probablemente la doctora Drur, rostro suave, y el personal de la Unidad de Vigilancia Intensiva, hablaban con ella, la mantenían al día. Valeria misma era médico, fundadora de aquel hospital, y había visto a mucha gente morir. La doctora parecía estar en contacto particularmente íntimo con ella, y tener a una mujer a su lado era buena cosa. La doctora, probablemente, le había dicho: «Su hija tiene permiso esta noche», y Valeria, sin duda, comprendió lo que aquello significaba; en esto, también, se veía el alcance de las relaciones entre las mujeres, su gran importancia.

La doctora Drur no había drogado a Valeria (cortesía profesional), de modo que se estaba muriendo en plena posesión de sus facultades mentales. Y Corde comparó esto con la consciencia de aquel pobre muchacho, Rick Lester, al darse cuenta de que había atravesado la ventana y estaba cayendo. El joven, aquella noche, se había lanzado a un juego, dando por supuestas las condiciones de seguridad habituales, pero esas condiciones le fallaron, tenía una mordaza en la garganta y le quedaban apenas dos o tres segundos para darse cuenta de que su vida había terminado. Y él,

Corde, se sentía más identificado con el muchacho que con la vieja, que no tenía la misma mentalidad que ellos, la consciencia moderna, la extraña condición equívoca, actuando de acuerdo con una red de supuestos tontos, y con tantísimas cosas abandonadas y absurdas como yacían sobre el corazón. Corde se sentía impresionado por Valeria, y se preguntaba si ello no se debería a su equívoca consciencia. Tanto ella como el doctor Raresh, marxista, habían salido a la calle con rosas a dar la bienvenida a los rusos, y vivieron para ver el Estado prisión, y arrepentirse. Valeria había vuelto a la antigua disciplina, creyendo en el bien y probablemente creyendo con toda seriedad que los puros de corazón van a Dios, y todas las demás beatitudes. Nada es demasiado absurdo, después de todo. Sus cenizas serían puestas al lado de las de su marido.

Aunque ello iba a contrapelo de sus ideas, Corde sospechaba que era posible que su sobrino resultase tener razón y que en la noche en que fue muerto, Rick Lester hubiera salido a la calle en busca de sexo sucio y que fuera el impulso mismo de este sexo sucio lo que le llevara a ser tirado por la ventana. Corde comprendía esto mucho mejor de lo que comprendía las creencias de la vieja. ¿Y qué era eso de los puros de espíritu? Para un norteamericano que había viajado y que estaba ya entre los cincuenta y los sesenta, esto de las beatitudes era algo irreal y revelaba en los que lo utilizaban hondas turbaciones, un estado de ánimo anormal, de la forma que fuese. Era extranjero, libresco; era dostoievskiano el que los vicios de Sodoma coexistieran con la adoración de la Santa Sabiduría, el cinismo unido a la pureza del corazón del paradójico ruso. Pero Corde no era ruso, sino de descendencia irlandesa y hugonote, un hombre de la parte central del Oeste norteamericano, periodista y chapucero decano universitario. Sospechaba que su vinculación académica estaba poniéndole nervioso, y sentía, como el doctor Fausto, «oh, ojalá no hubiese visto nunca Wittenberg ni leído un solo libro», y no era de extrañar que el ambiente de clase y biblioteca hubiera acabado por inducirla a lanzarse a las calles de Chicago, o a escribir..., bueno, a escribir que en el bloque de viviendas en construcción de Cabrini Green alguien había matado a un cerdo en su apartamento, tirando los intestinos por la escalera abajo, donde una mujer, al resbalar por causa de ellos, se había roto el brazo, gritando toda clase de maldiciones en la ambulancia. Estaba cubierta de sangre del cerdo y gritaba más alto incluso que la sirena. Era iluminación, aunque de otra parte. Luz y color de Chicago, no el Sermón de la Montaña.

Corde se sentía hondamente agitado. Se preguntaba si no habría resultado demasiado fácil sobornar al portero, si Minna y Gigi, después de todo, no habrían caído en una trampa, en la que el coronel caería sobre ella en torno al lecho de muerte, cazándolas in fraganti. Pero tampoco se veía muy claro con qué objeto querría hacer una cosa así, de qué le serviría detener a la vieja Gigi. No, Corde se dio cuenta de que estaba empezando a pensar como esas viejas que se imaginaban a sí mismas en lucha a muerte con aquel coronel de la Policía, que, en aquel mismo momento, estaría sin duda cenando en su lujoso chalé, comiendo manjares delicados

y bebiendo reservas selectas de vinos. La nueva clase, o, mejor dicho, la nueva clase nueva, vivía como los millonarios texanos. Corde, con sus veintitantos años de vida en Europa se daba cuenta de esto. Millones de norteamericanos de su generación habían salido al ancho mundo y había recios teorizadores que sostenían que este era uno de los hechos más afortunados de la historia, y que no podía dar a la Humanidad más que beneficios. Había, sin embargo, un punto de vista muy distinto a este. Gente de Trenton, Topeka, Baton Rouge, residentes en Japón, Irán, Marruecos, eran, como él mismo había leído en una revista, «representantes del fantasmal emporio de los dólares multinacionales». Este artículo sobre los mercenarios y los vendedores de armas norteamericanos lo habían encontrado en la sala de espera de un dentista, «matachines de alta tecnología que actúan en África y América Central»; había cogido la revista de encima de un acuario iluminado con peces tropicales.

Tenía que preguntarle a Dewey Spangler sobre este «emporio fantasmal», seguro que le divertiría. «¿Por qué motivo se han de gastar dólares multinacionales en esos sujetos? Los norteamericanos residentes en el extranjero siempre se supone que “representan” algo. Pero, tú, por ejemplo, Albert..., ¿qué es lo que representas tú?».

Esa sí que sería una buena pregunta. ¿Qué era lo que representaba Corde? ¿Quién era esa persona que estaba compartiendo un banco con Traian, el sobrino de Ioanna? Llevaba pasaporte norteamericano, y dinero, y tarjetas de crédito. Llevaba abrigo, guantes, bufanda, y un sombrero circular de fieltro sobre un rostro que más bien parecía un plato de radar, y en el que se veían dos ojos algo saltones y una boca la mar de corriente. Parecía estar recogiendo señales del universo entero, algunas procedentes de fuente invisible. Tenía el cuello demasiado largo, y su espalda, también, parecía alargarse más de lo estrictamente necesario. Él se daba cuenta de todo aquello y lo llamaba «mi elegancia de coche cama», creyendo haberlo heredado de su padre, que pertenecía a la Era de Woodrow Wilson, a quien Corde, ciertamente, no admiraba, por el mucho daño que había hecho. En fin, fuera ello lo que fuese, el caso era que él, Albert, era un Corde, y los Corde llevaban seis generaciones afincados en Joliet, Estado de Illinois, y dos en Chicago, y él, personalmente, le había dicho a una vieja mujer macedonia moribunda en un hospital comunista que la quería. Y esta era la clase de cosas raras que la vida le deparaba. «También yo te quiero, Valeria». Pero, aunque ella tenía que haber estado ansiando oírle decir esto, y aunque era verdad, ¡completamente verdad, diablos, cien por cien!, la pobre se había sentido tan impresionada que las máquinas comenzaron a parpadear y rechinar, y la doctora se había quedado sin saber qué hacer del susto que ello le produjo. ¿Por qué se habría sentido tan impresionada?, sus palabras probablemente le recordaron sus temores, que se llevaría sin duda a la otra vida consigo, o, por lo menos, hasta las puertas mismas de la muerte. Quizá, después de todo, no hubiese necesidad de tomar todo esto personalmente, ni de compararse a uno mismo, como a veces hacía, como un delincuente sexual veterano en libertad vigilada, por más que el agente de vigilancia más exigente se habría sentido contento con su conducta. ¡Aquellos delitos

sexuales! Él podía pasar la prueba más estricta de buena conducta marital, era hombre maduro, inteligente, responsable, un marido de primera clase, pero, dentro del contexto de las corrientes históricas, no se le podía considerar como completamente positivo, por ser un representante del Occidente corrompido, sin lastre, producto de una situación histórica indeseable, de una rama corrompida de la Humanidad.

Y no hacía falta recurrir a los disidentes extremistas de Europa Oriental que llamaban a Europa vieja puta incorregible y a Norteamérica su descendiente más degenerado, en un estado de parresia general, eso, sin duda, era ir demasiado lejos, pero era posible sospecharlo de ser incapaz de mantener una relación seria, en el sentido que da a la seriedad la rama más vieja, arcaica incluso, de la Humanidad, con sus eternos prejuicios. Valeria, por lo tanto, pensaría sin duda que el mundo de donde llegaba Corde era el mundo en que su hija estaba condenada a vivir el resto de su vida, ya que ahora dependería enteramente de ese mundo y de aquel hombre. Así, pues, Corde se había sentido conmovido al ver que, en el momento mismo de su muerte, Valeria todavía se sentía atormentada por causa de su hija, y así también Valeria habría oído su voz de bajo profundo, tratando de tranquilizarla, pero llenándola de dudas. Aquel «también yo te quiero», que la indujo a apretarle la mano, podría ser sincero, pero también podría ser simplemente la verdad de un momento agitado, sin validez ya al cabo de una hora. Corde se daba cuenta de eso, sí, y también a él le resultaba muy doloroso.

¡Si se pudiera decir lo que se piensa, pensar lo que se dice! Pero no parecíamos estar preparados para tal cosa, sino, más bien, en un estado de fijeza hipnótica, y esta fijeza hipnótica era el verdadero emporio fantasmal. Bueno, en fin, dejemos a un lado la filosofía. En su lecho de muerte, una mujer oye la voz de bajo profundo de su yerno, que le dice que la quiere. ¡Que la quiere! ¡Y por qué! Pero, a pesar de todo, era verdad, por raro que pareciera. No había nada demasiado absurdo para ser verdad, y él ahora dependía de esto. Aun cuando Valeria, realmente, no iba a tener tiempo de comprobar su declaración e iba a tener que creerlo bajo palabra porque su mundo de muerte estaba terminando. ¿Mundo de muerte? Corde se sorprendió a sí mismo al emplear tal expresión. Su poesía de costumbre, diría sin duda Dewey Spangler, enseñando los dientes al sonreír..., y los dientes de Spangler eran sanos y cortantes, dientes verdaderamente deslumbrantes, engastados ahora en el marco nuevo de su barba color mermelada de jengibre.

Pero, a pesar de todo, Dewey le había hecho una pregunta verdaderamente candente. ¿Por qué se había metido a profesor en Chicago? Corde pudo haber respondido que la razón estaba al llegar, de camino ya. Había ambiciones de fantasía escondidas y tentaculares y grandiosos proyectos relacionados con su puesto de profesor. En el momento de la decisión había resultado conveniente no tener contornos definidos, y recordaba lo sorprendida que se había quedado su hermana cuando volvió de París.

—¿Por qué en una Universidad?, ¿y por qué aquí? —le había preguntado Elfrida. Él no supo realmente qué contestar, pero dijo:

—Para mí es más como la primera línea del frente, aquí es donde pasan las cosas.

—Pues yo, en tu lugar, no me habría ido de París, sobre todo teniendo un apartamento en la rue Veneau. Lo venderías por un dineral, me imagino.

—No, nada de dinerales.

—¿Es que querías escapar de algún francés desagradable, o de algo por el estilo?

—No, tampoco fue por eso, aunque la verdad es que hay situaciones que le dan a uno ganas de salir corriendo, hasta de esconderse o de hacerse cura.

—¿Quién dijo eso de que cuando uno se cansa de París es que se ha cansado de la vida?

—Eso se dijo de Londres, y el mismo que expresó tal idea manifestó también que ningún hombre que se jacte de «goces intelectuales» podría sumirse a sí mismo y a su posteridad en la barbarie norteamericana. Pero todo eso fue hace doscientos años.

—Esta es una respuesta digna de un verdadero intelectual —fue el comentario de Elfrida—. ¿Es que te quieres pasar lo que te queda de vida leyendo libros en una Universidad? Pues no pienses que me lo voy a creer, porque te conozco muy bien. Tú no eres de esos que lo que quieren es retirarse. Aunque no lo parezcas, eres un tipo combativo. Acabas de decirme que quieres estar donde pasan cosas.

—De niño yo tenía instintos marciales.

—Y todavía los tienes. La verdad es que no te entiendo, Albert. ¿Qué ventaja piensas que tiene vivir aquí?

—Ante todo, la gran ventaja del atraso. Para cuando las últimas ideas llegan a Chicago ya están tan gastadas que resulta fácil ver a su través, y entonces ya no hay necesidad de ocuparse de ellas, y eso ahorra muchos quebraderos de cabeza.

Se paró en medio de aquellos pensamientos y recuerdos, porque en aquel momento vio a Minna y a Gigi que llegaban, bajando despacio y con gran cuidado por la cuesta, bajo los pinos. Corde salió a su encuentro y no hizo ninguna pregunta. Nadie dijo nada. La visita no había sido larga. Quizá la doctora, asustada por la audacia de Minna, les había dicho que se fueran. El coronel no las había cogido en plena fechoría. No, al coronel ahora le tenía completamente sin cuidado lo que fuera de todos ellos. Traian abrió las portezuelas verdes del «Dacia». El interior estaba congelado.

En casa, lo mismo, demasiado frío para meterse en la cama.

—Albert, no me puedo desnudar.

Corde le fue a por la botella de *pálinca* y sirvió dos vasos.

—Lo mejor será que bebamos algo de esto.

Se sentaron, envueltos en sus abrigos. Cuando Corde se quitó el sombrero sintió el frío en la coronilla calva.

—No estuvisteis mucho tiempo...

—Fue por la doctora Drur. La entrada de Gigi la cogió completamente por

sorpresa. Pienso que había espías por todas partes.

—¿Y qué dijo Gigi?

—No dijo nada, no hizo más que poner la mano en el brazo de mi madre. Échate a mi lado. Albert.

Corde quitó las gruesas mantas de su cama y las puso sobre la de ella. Luego apagó la diminuta bombilla color naranja que había bajo la enorme tulipa de pergamino. Minna se quedó dormida en seguida, mientras Corde, echado a su lado en el borde de la cama, estuvo toda la noche en un estado de vacío mental.

VII

Por la mañana, Minna se puso de nuevo a telefonear, tratando de hablar con el doctor Moldovanu, la hija apasionada que no cesa de luchar por su madre. Corde se dijo que no podía aceptar que la lucha había terminado, que había llegado el fin, que había visto a Valeria por última vez. Pero también es cierto que era pedirle demasiado. Corde estaba mostrándose demasiado sensato, este era uno de sus fallos más obstinados.

Allí estaba, como de costumbre. Era por la mañana, y estaba sentado en la habitación, después de beber varias tazas del café de Gigi, demasiado flojo para reavivarle después de una noche en blanco. Frunció el ceño mirando el paquete de cartas que le había llegado de su despacho. Después de aquella noche catatónica al borde de la cama, bajo el enorme peso rígido de las mantas balcánicas, se sentía demasiado fatigado, demasiado tierno y sensible por dentro para enfrentarse con aquellas cartas de Chicago. Lo que hizo en su lugar fue abrir su maletín y ponerse a buscar los documentos de Beech. Tenía que leerlos antes de que llegara Vlada Voynich. Aquella mañana no podía estarse inactivo. Si no se imponía a sí mismo una actividad, sufriría de pensamientos desordenados, que eran los peores de todos, porque lo devoraban a uno. Despejando la superficie de la mesa se puso a estudiar los documentos científicos de Beech, comenzando por el resumen que había preparado Vlada. Inmediatamente encontró el antídoto a la angustia de las ideas desordenadas. «Beech te eligió a ti por los artículos del *Harper's* como intérprete de sus ideas — escribía Vlada—, y como yo he formado parte de su equipo desde hace varios años, me ha pedido que te oriente un poco. Me alegro de que hayas tenido la oportunidad de verle, y él quedó favorablemente impresionado». (A mí también me cavó bien, pensó Corde, Beech era un tipo de primera, y, por supuesto, el que un hombre de tal importancia le encontrase bien a uno, era agradable). «La situación es de la más urgente importancia —siguió leyendo Corde—, Beech quiere explicar su punto de vista no solamente al público en general, sino también a los humanistas». Esto hizo a Corde detenerse en la lectura. ¿Quiénes serían esos humanistas y por qué motivo se imaginaba Beech que constituían un grupo, a quienes, además, había que exponer un punto de vista? Y, si tal grupo, a pesar de todo, existía, ¿por qué motivo iba a prestar atención a lo que dijera Corde? Este se puso a pensar en la mejor manera de discutir esto con un geólogo como Beech. «¿Quiere usted comprender a los intelectuales humanistas?, pues piense, por ejemplo, en los reptiles que dominaban el mundo en el Mesozoico...». Entretanto, Corde seguía leyendo. «Me parece que dijo usted que había oído las cintas magnetofónicas que le di, en las que se exponía el punto de vista personal de Beech sobre la investigación que condujo a sus descubrimientos y se explicaba lo que significaba para el futuro de nuestra especie y, en consecuencia, por qué presentaba un problema emocional de tal envergadura para los que sacarían de ella las conclusiones lógicas inevitables». Sí. Corde había oído las cintas. En los

primeros minutos Beech decía en ellas que habían sido grabadas el verano pasado, en un hórreo de Kansas. «Mirando por la gran puerta abierta los grandes campos de trigo del verano —entonaba con voz monótona el hombre de ciencia—, las grandes llanuras, mi tierra natal».

Vlada le había dicho a Corde, en Chicago:

—Albert, esto, en parte, fue obra mía. Enseñé tus artículos a Beech porque sabía que estaba buscando a alguien con la habilidad necesaria, y, por supuesto, con cabeza también.

Vlada decía esto con la seguridad en sí misma, perfectamente centrada, de una mujer fornida. Su rostro era ancho y pálido, sus ojos pardos balcánicos eran grandes, y no dirigían suaves miradas, sino que expresaban asuntos urgentes, y astucia. No le invitaba a uno a participar en empresas surrealistas, era una dama extremadamente astuta. Y había momentos en que sus ojos hacían también confesiones personales, dolorosas, pero eso, ahora, no tenía importancia. Beech, por su parte, se había mostrado de manera distinta.

—Después de oír esas cintas y estudiar la documentación, es posible que considere conveniente nuevas conversaciones conducentes a una posible colaboración. Como es natural, yo tengo un punto de vista particular, ya que soy yo quien dirigió la investigación..., por eso lo veo todo desde dentro, desde el centro mismo.

La suavidad de Beech tenía un encanto especial para Corde. ¡Qué hombre más agradable! Y si se tenía en cuenta el tremendo peso que llevaba encima, la responsabilidad que suponían tan aterradores descubrimientos, como, por ejemplo, si va a sobrevivir la Tierra, esa suavidad resultaba, desde luego, muy digna de ser tenida en cuenta. Le dijo a Corde:

—Usted, el autor de esos artículos especiales, podría, y conste que digo «podría», dar el aviso. Quiero que todo el mundo se pare y se vea obligado a escuchar. Y usted puede expresarse con fuerza. Como, por ejemplo, cuando describe a los negros en los apartamentos municipales y en las cárceles.

—Pues no a todo el mundo le gustó...

—Eso me lo imagino. Y eso es justamente lo que busco. Y cuando leí su descripción del interior de la ciudad, me dije: He aquí un hombre que querrá averiguar la verdad de lo que ocurre en esos barrios bajos.

—¿Y cuál es la verdad?

—Pues que millones de restos de plomo que no se pueden eliminar están envenenando a los hijos de los pobres, que son los más expuestos a ellos. La concentración es mayor, y esto se puede calcular, en las zonas de los barrios bajos viejos, donde los restos han ido acumulándose durante décadas. Y son los niños que están creciendo quienes absorben el plomo más rápidamente. El calcio es lo que lo asimila. Y si se fija uno en la conducta de esos niños con ojo clínico se ven los síntomas clásicos del envenenamiento con plomo. Ya he dicho a Vlada que incluya

los datos neuropsiquiátricos de Needleman publicados en el *New England Journal of Medicine*, entre la documentación que le facilito. La delincuencia y la desorganización social en la población de las ciudades se puede achacar a los efectos del plomo. El plomo llega a los nervios, y causa daños en el cerebro.

Corde, siempre cortés, con los labios inmóviles, ponía esto en duda y sus ojos expresaban una duda silenciosa, pero intensa. Una vez más se presentaba una causa material directa. ¿Es que cada cosa tenía su propia causa material directa? Si se le daba a la gente trabajo, dinero, ropa, vivienda, comida, si se les protegía contra la infección y el veneno, no se comportarían como delincuentes, no se volverían locos, no se desesperarían, ¿no es cierto? Sin duda, los planes sociales adecuados y debidamente administrados garantizarían esto. ¿Causas materiales directas? Por supuesto, ¿quién podría negarlas?, pero lo que era raro era que no se tuviesen en cuenta otras causas.

—De modo que es el plomo, ¿el plomo solamente? —preguntó.

—Me gustaría que estudiase usted la documentación.

Y eso es precisamente lo que se puso a hacer Corde, leyendo todos los documentos, sujetos con clips, y examinando los diagramas.

No era fácil ocultar las extravagancias al ojo experimentado de un periodista veterano, y, como había dicho Spangler, estos hombres de ciencia eran como niños en pañales cuando salían a la luz pública a defender una causa. Pero Beech, por alguna razón, inspiraba respeto. Había, en él, una seriedad poco corriente. Era serio incluso física, constitucionalmente. Su cabeza, para un cuerpo de tal longitud, era pequeña, su rostro carecía de vanidad personal. El pelo claro, grisáceo y cortado al estilo de la infantería de Marina, le daba un aspecto chapado a la antigua, como rústico. Sus mejillas estaban austeramente arrugadas, su mirada era seca. Corde había comprobado su historial, y era, sin la menor duda, un eminente hombre de ciencia. En esto coincidían todos. Había calculado con autoridad fidedigna la edad de la Tierra, había analizado las piedras traídas de la Luna. Corde estaba empezando a pensar que lo que les pasaba a los científicos puros, cuando apartaban la vista de sus propias disciplinas, era que, de vez en cuando, sufrían tormentas de consciencia convulsivamente clara, ataques de confusa lucidez.

En vista de todo ello, Corde había escuchado las cintas magnetofónicas con atención. En su pequeño cuarto de trabajo de Chicago había apagado las luces y ajustado los receptores auriculares.

Y allí también, en Bucarest, estaba leyendo con atención. Era realmente curioso: Europa Oriental como lugar para leer sobre el peligro que corría la Humanidad. Corde estaba sentado a la mesa de Valeria y se sentía magullado, le escocía todo por dentro, sentía el escozor al inclinarse sobre los papeles de Beech. Se apretó las manos, para entrar en calor, bajo los muslos.

¿Cuál era el mensaje? Tres siglos de industrialización habían aumentado considerablemente la extracción y la fundición de plomo, y la inevitable dispersión

del plomo en el aire, el agua y la tierra constituía un peligro que no había sido bien comprendido. Se nos había «asegurado autorizadamente» que el nivel de plomo era normal y tolerable, pero esto no era cierto en absoluto. Los baremos oficiales eran mucho peor que inexactos, eran peligrosamente falsos. Incluso las investigaciones tenían lugar en laboratorios sumamente contaminados. Solamente los resultados obtenidos en laboratorios superlimpios y herméticos eran de confianza. Y estos eran muy poco numerosos, pero sus datos eran los únicos de confianza, y estos datos nos decían que el nivel de plomo era quinientas veces superior al nivel natural existente en la prehistoria. El verdadero nivel comprobado como consecuencia del análisis de los huesos fósiles, examinando los sedimentos del agua dulce y de mar, de bosques con árboles de tronco vetusto, de capas de nieve en la Antártida y de hielo en Groenlandia. Las «emisiones de follaje en los bosques» también habían sido examinadas, junto con los componentes de la corteza de depósitos de polvo de silicato, aspersiones marinas y azufres volcánicos. La gran cantidad de mediciones y de datos en apoyo de esto («composiciones isotópicas») intrigaba a Corde, le llenaba de interés, haciéndole preguntarse por qué motivo se sentiría tan agitado. La radiactividad, naturalmente, y también la destrucción de la capa de ozono por culpa de los aerosoles eran cosa conocida por todos, pero, en aquellas cintas oídas a medianoche y grabadas en los campos veraniegos de Kansas, Corde había oído hablar también de la saturación química de la tierra con insecticidas y abonos, y este era el motivo de que Norteamérica fuera el más grande productor de alimentos del mundo entero. Pero ¡a qué precio! Y, sin embargo, el plomo era mucho más peligroso que todo lo demás. La voz de Beech proseguía como las llanuras mismas.

Los departamentos del Gobierno que tenían la misión de medir y controlar eran incompetentes, decía Beech, carecían de los instrumentos necesarios y de los procedimientos correctos. La verdadera magnitud de este mortal envenenamiento del agua, la vegetación, y el aire era descubierta por las ciencias puras: la geocronología, la cosmología y la geoquímica nuclear. Un método verdaderamente exacto de comprobar la existencia de cantidades muy pequeñas de plomo conducía al descubrimiento de que el ciclo del plomo en la Tierra había sido seriamente turbado, y la conclusión era que la influencia del plomo afectaba ahora a la Humanidad entera. Perversión de funciones biológicas, lo que se podía observar, sobre todo, en las poblaciones más avanzadas, habían de ser incluidas entre las causas de guerras y revoluciones. Perturbaciones mentales, la barbarie, la delincuencia, la degradación cultural. Eran visibles por doquier la irritabilidad, el desequilibrio emocional, la inquietud y el nerviosismo general, el enrocamiento de la agudeza mental y de la capacidad de razonamiento, la dificultad de concentración, etcétera, todo lo cual cualquier médico con experiencia clínica sería capaz de identificar sin la menor dificultad.

Esta irritabilidad, esta combinación de inflamación y entumecimiento..., ¡pero, por Dios bendito, si yo mismo la siento en mí! ¡Y la observo, sin el menor género de

dudas, donde quiera que miro! Si hubiese estado en su casa, Corde habría recurrido a la *Enciclopedia Britannica* en busca de más información. De las baldas, al alcance de su mano, salían gruesos volúmenes médicos, pero él no entendía el rumano, y mal el alemán. Pero, la verdad sea dicha, para entender lo que quería decir Beech no hacía falta ninguna enciclopedia. Nosotros no podíamos comprobar el entumecimiento de la conciencia, ya que nosotros mismos éramos víctimas de él, y podíamos seguir en un entumecimiento progresivo hasta caer en el abismo sin darnos cuenta de ello. Los vapores de tetraetilo por sí solo bastarían para tener ese efecto —los tubos de escape de los motores— y los niños que comían copos de pintura de plomo en los barrios bajos se convertían en bestias delincuentes. Sin darse cuenta de ello, Beech se había convertido en un ardiente soñador moral. Acusaba a los ingenieros. La ciencia aplicada, la tecnología de ingeniería, esas eran el poder de las tinieblas que habían envenenado la tierra, el aire y el agua, los bosques, los animales, las ciudades, y hasta nuestras propias células humanas.

Aquello era un apocalipsis..., un apocalipsis más que se presentaba al público. No sería tarea fácil. La gente estaba acostumbrada a advertencias de catástrofes inminentes; el infierno se lo servían aliñado, en escabeche. Y hay males, como alguien ha indicado, que tienen la capacidad de seguir existiendo a pesar de haber sido identificados, y seguir existiendo para siempre: el dinero, por ejemplo, o la guerra. Y ni siquiera los que más interés muestran en denunciarlos consiguen asirlos siquiera. Es decir, que, utilizando el lenguaje vigente, el lenguaje de la comunicación de masas, no es posible comunicar nada, y nada resulta más difícil de asir que los males más poderosos, es decir, los más manifiestos. En esto la ciencia misma, que había sido diseñada para verificaciones más hondas, sufría una importante derrota. El genio de esos males era precisamente su singular capacidad de creación de zonas de incompreensión. Precisamente por su misma evidencia resultaba imposible verlos. Estaba claro que Beech había comenzado ya a sentir su poder y no podía pasar a través de ellos, no conseguía hacerse oír. Había hecho bien, por lo tanto, en recurrir a Albert Corde. Tuvo buen instinto al recurrir a un hombre que había escrito aquellos artículos en el *Harper's* para que le ayudase a pasar por las zonas acordonadas. Si todo esto me convenciera, podría echarle una mano, no sería por medio de métodos de agitprop, demagógicos, ni por arengas o por métodos publicitarios o mistagógicos, nada de emporios fantasmales, nada más que una seriedad inamovible, como la del viejo marino del poema. Mantienes su interés con la luz de tus propios ojos. «El invitado a la boda se golpeará el pecho, y, a pesar de todo, no podrá menos de escuchar», recitó mentalmente. Beech no era, pura y simplemente, uno de esos ecologistas. Si no hubiera sido más que «uno de esos», Corde no habría perdido su tiempo con él. Lo que había aprendido escuchando aquellas cintas magnetofónicas con la mayor atención era que el geofísico había incluido al planeta mismo en sus sentimientos más hondos, como si fuera un ser que hubiese dado a luz a la vida misma. Beech se sentía muy disgustado con el *Homo sapiens sapiens*, con su

ingratitude y su irreligiosidad. El *Homo sapiens sapiens* era incapaz de oír la poesía de la tierra, o, en aquel momento, su petición de ayuda. El hombre acabaría degradándose a sí mismo hasta convertirse en un homínido inferior. Este lenguaje biológico era de Beech.

Corde pensaba que él y Beech tenían mucho en común. Ante todo, había entre ambos una afinidad física. Los dos eran hombres de aspecto corriente, originarios del centro del Oeste del país, los dos iban por la quinta década de sus vidas, y cada uno de ambos había discurrido su propia estratagema para mantener ocultos sus nobles valores, a fin de que no fuesen vistos hasta el momento de la revelación, o sea, poco antes del final, y antes, esperaban ellos, de que fuese demasiado tarde. Pero, por otra parte, ¿a quién iban a revelarse? Una solución era abrirse al público, publicar en el *Harper's*, o recurrir a un portavoz, a una persona como Corde, y hacerle una proposición. Este proceso, es decir, un descubrimiento científico y sus consecuencias, era, en sí mismo, considerado como un episodio en la evolución del alma, una cosa muy conmovedora. Nadie habría podido adivinar que este cacto seco, largo y encorvado, este Beech tan científico, acabaría por vomitar una flor tan grande y exquisita: la Tierra como ser, la poesía misma de la Tierra. En fin, el problema: comprobaciones más hondas pertenecían solamente a las ciencias, y aún en ese caso, solo dentro de límites estrictos. Los mismos métodos, las mismas energías, no podían aplicarse a las cuestiones más profundas de la existencia. Era concebible, incluso, que la ciencia hubiese extraído toda la capacidad de comprobaciones más profundas del resto de la Humanidad, monopolizándolo, lo cual dejaba a todos los demás en una situación de gran debilidad, y con esa debilidad se dedicaba la gente a la poesía, la pintura, el humanismo, nada, tonterías..., idiotiez.

Hondamente conmovido, inquieto, desgarrado en su interior, Corde se sentía incapaz de estarse tranquilo en la silla. Se levantó y se apartó de aquella mesa tan cargada de historia de deberes escolares, de tesoros de sentimiento, y fue en busca de Minna. La encontró con Gigi, en el comedor. Como era natural, estaban hablando de Valeria. No interrumpió su conversación, sino que se mantuvo al margen, en el fondo, con las manos bien cogidas a la espalda, apoyado contra el marco de la puerta, sin hacer otra cosa que mirar, con los ojos saltones, a través de las gafas, y la boca silenciosa. Bajo la mesa del comedor, de patas gruesas, el vivo color había ido borrándose de la alfombra balcánica, que ahora estaba marchita y arrugada. Los pájaros de su diseño apenas podían volar y los ciclaminos del aparador también habían ido desgastándose en sus perfiles: las hojas oscuras, sobre un fondo blancuzco, matizado de gris, formando un contorno más pequeño de corazón dentro de la forma de corazón de la hoja. Las flores eran blancas.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Corde finalmente—, ¿cuál es la última noticia?

—No pueden sacarla de allí —dijo Minna—, el doctor Gherea lo sintió mucho.

—¿Hablasteis con su amiga? ¿Qué os dijo?

—Hablé con la doctora Drur.

Gigi estaba mirando hacia Corde, pero no directamente a él. Sus ojos eran de un pardo oscuro hondo y fluido. La obra de arte del salón de belleza estaba destruida en la parte posterior de la cabeza, donde el pelo se deshacía en hilos blancos, como una escoba usada, pero sus flecos estaban cuidadosamente peinados sobre la frente. Aquel día se había puesto un vestido y zapatos de tacón alto y se había dado lápiz de labios. Quizá fuese que no quería que la noticia de la muerte de su hermana la cogiese en bata marrón de estar por casa. Aquella trágica y vieja dama, con el nombre putesco y afrancesado..., su dolor daría más peso a su cuerpo, y podría precisarse en la curva de sus piernas, porque aquel día parecían más curvadas que de costumbre, y Corde observó, aunque diciéndose que quizá se debiera al vestido que llevaba, lo fuerte que era el cuello de Gigi; la musculatura de aquel cuello era gruesa.

—En fin, de cualquier forma —dijo Gigi—, lo que está excluido es cualquier operación quirúrgica.

Eso, por supuesto. Si no hay respiración no puede haber anestesia.

—¡Querido Albert! ¿Quieres que prepare té?

—¡No, muchas gracias, tita Gigi! Estoy con mis papeles. No vine más que un momento.

Se sentía demasiado nervioso para estarse allí, sentado, con las mujeres, habría preferido que le derramaran el té por la cabeza.

—¿No has sabido nada de tu amigo Spangler? —preguntó Minna.

—No espero gran cosa de él.

—Es ahora cuando debiera estar yo con ella —dijo Minna.

A esto no había respuesta posible. Corde se limitó a murmurar que tenía que volver a sus papeles. ¡Otra vez al cuarto aquel!

Corde se sentía algo en la garganta, alguna condensación europea oriental, y tuvo que recurrir al aguardiente europeo oriental para quitárselo. Tomó dos tragos de la botella mientras reorganizaba los papeles en la mesa, poniendo a un lado los documentos de Beech. Aquella masa de plomo, que estaba deshaciéndonos los sesos... La *pálinca* le dejaba un gusto a ciruelas rancias. Se endulzó la boca con unas pocas uvas pasas, las últimas que le quedaban. Esperar a la muerte, nada más, ¿qué otra cosa podía hacer?

Y ahora, por fin, cogió el sobre grande de papel de manila que contenía el correo de Chicago. La censura, evidentemente, lo había despegado, de eso se había dado cuenta el día anterior. Asqueado, despegó de nuevo las cintas que lo cerraban con la punta de la plegadera de Valeria y los sacó sacudiendo el sobre. ¡Santo cielo! Todo aquel papelorio, todos aquellos recortes, que no le hacían ninguna falta, todos aquellos papeles, complicaciones y nada más. La actitud de Corde era de ordinario natural, tranquila, y, a medida que fue pasando revista a todo aquel montón de correspondencia, su cuerpo fue ladeándose, hasta ponerse casi al paio, en postura de «tranquilo» rechazo. Tenía en la mano aquel mazo de papeles contra su voluntad,

pasándolos, uno a uno, a atrás.

En su propio ruedo, estaba en guerra. No sabría decir por qué motivo era necesario luchar allí, pero ahora, cogido en las redes, no le quedaba otro remedio que ir viéndolo todo. ¿No le había dicho Elfrida que él era un tipo combativo?

Miss Porson (o Mrs. Porson, como le había dado por firmar últimamente) había metido en el sobre también un complicado memorándum, un parte de guerra del frente, en el que le decía que sentía tener que enviarle algunas de aquellas noticias, pero era completamente necesario para él conocerlas donde se encontraba. «Tiene que ser una situación difícil, el corazón se me desgarró pensando en Minna». La admiración y la generosidad femenina de Miss Porson para con Minna no conocían límites. «Su estupendo estilo, su manera de andar, su voz musical cuando habla, su perfecta educación», solía decir Miss Porson. Esta Miss Porson, esta secretaria suya, Fay Porson, era una vieja tonta. No podía ser mucho más joven que tita Gigi, pero se jactaba de rechazar a amantes que tenían la mitad de su edad. Ya al final de su sexta década, y entrada en carnes, todavía tenía el andar airoso, a pesar de todo. Se pintaba mucho el rostro regordete, de un rosado blancuzco, como si se lo lavase con loción de calamina, y había días en que se pintaba una franja de mapache a través de la cara con sombra de ojos azul, como el antifaz de un ladrón o de un juguista carnalero veneciano. Se sostenía los pantalones largos con cinturones rematados con gruesos apliques de plata y turquesa. La Miss Porson de siempre, la Miss Porson de las capas más hondas, resultaba ser una dama de Westchester, loca por el bridge, que había ido a Chicago en compañía de su marido, un ejecutivo de nivel medio. Allí había enviudado y allí era donde prefería vivir. Su misión era «poner sexo con mayúscula en sexagenario», como ella decía. Corde había acabado por cogerle cariño. No era la supersecretaria, la perfecta organizadora que ella creía ser, en realidad cobraba demasiado sueldo. Para Corde, con su despego por todo lo que fuesen detalles administrativos, Miss Porson se había vuelto necesaria, aunque sus jactancias y su aplomo eróticos le ponían nervioso. La verdad era que no habría podido sustituirla por nadie.

Miss Porson le escribía que no había nada nuevo en todos aquellos papeles y que, por lo que a la Prensa se refería, Mr. Detillion era para los periodistas un hombre incapaz de equivocarse, al menos por el momento. Como habría dicho su difunto padre, tenían a Mr. Corde «cogido por la cabeza», y estaban encantados (esta expresión, «cogido por la cabeza», según se había enterado Corde, era de los tiempos de John L. Sullivan: cogías a tu oponente por la cabeza, la sujetabas bien bajo el brazo y se la frotabas con los nudillos desnudos). Semejante estado de cosas, proseguía Miss Porson, no podía seguir así eternamente, porque los buenos también tenían derecho a salir a la superficie de vez en cuando. ¡Con solo que se hiciera pública la verdad del asunto..., qué diferente parecería todo entonces! El decano estaba todavía luchando con los problemas financieros y legales que había planteado su primo y Miss Porson pensaba que sería buena cosa que los periodistas se enterasen

de los detalles. Teníamos, por ejemplo, la cuestión de los impuestos que reclamaba el fisco, y estos, con intereses, ascendían ya a veintitrés mil dólares, y, aunque el abogado nuevo, Mr. Gershenkorn, estaba haciendo todo lo que podía, y aunque acabaría consiguiendo un plazo para pagar mientras el decano estaba en el extranjero, no podía prometer que acabarían ganando la causa. Esta cuestión la había llevado muy mal Mr. Detillion, pues había firmado un documento renunciando las ventajas que le daba la ley de limitaciones por estar convencido de que el fisco no tenía ninguna posibilidad de ganar. Y toda esta información, que Miss Porson le facilitaba llevada de su gran amabilidad, se le atascaba a Corde en la garganta.

Para levantarle la moral le enviaba también cartas de apoyo de lectores suyos. Reconocía que también había recibido cartas de odio, pero esas las guardaba para cuando volviese a Chicago. La mayor parte de las cartas anónimas ofensivas eran de los barrios bajos, donde vivían todos los elementos de cuidado de Chicago. La gente que vivía en la periferia y trabajaba en el centro y para quienes todos aquellos problemas raciales y de delincuencia eran cosa lejana, estaban indignados con él porque lo había contado todo tal y como era. Miss Porson le explicaba que el director había mandado una nota en la que decía que el decano no tenía por qué preocuparse por todo aquello y limitarse a cuidar de Minna en tan trágico momento para ella; se expresaba con gran delicadeza y humanidad, decía Miss Porson.

Había un recado para Minna, del observatorio de Monte Palomar. Decían que querían cambiar el programa para que pudiera tener algún tiempo el telescopio a su disposición en enero. El resto del memorándum de Miss Porson se refería a las notas y cartas que le enviaba, y de las que hacía lista detallada. Corde volvió a leer el memorándum, porque le parecía increíble que no hubiese en él mención alguna de Lydia Lester. Había dejado a la chica al cuidado de Miss Porson, y casi todas sus instrucciones de último momento versaron precisamente sobre la necesidad de protegerla y cuidar de ella. Justo antes de coger el avión había pasado casi una hora al teléfono explicándole aquello a Miss Porson, con todo detalle. Fay Porson le había dado la impresión de comprender lo que quería decirle, hasta el punto de que hizo algunas observaciones, que Corde no tenía deseo alguno de oír, sobre la mezcla de solicitud paternal y sentido de culpabilidad que le inducían a preocuparse tanto por ella.

—¿Es porque fue usted, decano, quien insistió en que tuviera lugar el juicio? ¿Y por lo delicada que es la chica? Pero, después de todo, ella no tenía ninguna necesidad de cooperar, ¿no encuentra? Lo que pasa es que acabó llegando a la conclusión de que deseaba que esa pareja de buenas piezas pagase lo que había hecho a su pobre y joven marido... Fue una decisión que ella tomó libremente. Usted se carga demasiado de preocupaciones, decano.

A Corde le hacían bastante poca gracia esas observaciones psicológicas, pero culpa suya era el tener que oírlas, después de todo. Si uno hacía confidencias a la gente era a eso a lo que se exponía. Así es como se acababa dependiendo de los

demás, y esto, a su vez, daba lugar a una intimidad innecesaria, hasta acabar dándose uno cuenta con horror de que Miss Porson escuchaba y asentía con el mismo aire de inteligencia que Alexander Woollcott, a quien se parecía mucho, y con la dedicación de una madre, y de que, aunque uno la conmoviese hasta las lágrimas, ella seguía siendo una estúpida exasperante y una vieja chismosa y libidinosa. «Nada, no se preocupe usted», habían sido las últimas palabras que le dijo a Corde, pero ahora saltaba a la vista que ni siquiera había hablado con Lydia. Buscó otra vez entre los papeles, pero nada, no había una sola palabra sobre la muchacha en todos ellos. Pero también es cierto que una chica joven y bella como Lydia no podía interesar a una persona como Miss Porson, que acababa de descubrir su propia juventud y tenía sus propias aventuras sexuales de que preocuparse, pues no quería llevarse sus apetitos a la tumba. Miss Porson era como la vieja lasciva de Aristófanes que pedía igualdad de derechos sexuales con las demás «chicas» y metía mano a todos los chicos apuestos que veía. Y lo malo era que aquellos jóvenes apuestos no tenían la menor idea del lío en que se metían hasta que ya estaban encima de ella... Pero Corde no siguió pensando en esto. Sintió pena.

Se le ocurrió que a lo mejor Lydia Lester podría haberse quejado de él a Miss Porson, y que se había ido de Chicago en el momento menos oportuno, abandonándola. Durante el juicio, Corde había anulado todos sus compromisos, para no perderse una sola de las sesiones, en el juzgado de la Calle 13 esquina a Michigan, donde estaba el edificio de los tribunales criminales auxiliares. Había puesto un coche a disposición de Lydia todas las mañanas, porque no quería que fuese y viniese en el transporte público en esa parte de la ciudad. Ni siquiera un taxi habría sido seguro. Primero, porque los taxis eran muy sucios y malolientes, y luego los taxistas importunaban a las viajeras jóvenes y se sabía que las agredían sexualmente. Corde, en vista de ello, había decidido no hacerle correr ningún riesgo. Lydia era tan alta como delicada, y era necesario hacer todo lo posible para evitarle cualquier impresión fuerte. Corde estaba siempre allí, esperándola, antes del comienzo de cada sesión, y se sentaba a su lado antes de que la llamaran a declarar, tratando de transmitirle ondas de aplomo y seguridad en sí misma mientras Maxie la interrogaba. Aquella aventura de Detillion tenía también interés. Max no había querido cobrar por trabajar en aquel caso. Bien es verdad que para él era una verdadera mina de publicidad, ganara o perdiese, pero, a pesar de todo, por pura costumbre, la idea de presentar su minuta tenía que estar rondándole en la cabeza constantemente, y sin duda se daba desesperada cuenta de lo que estaba costándole el esfuerzo, el sacrificio, las facturas atrasadas que habría podido pagar con solo que hubiera exigido un anticipo. Sí, se dijo Corde, y, según su propia lógica, como me estafó en Joliet y luego volvió a estafarme en Chicago, él es la parte ofendida. Así es como piensa Max: primero estafas a una persona y luego le quitas hasta la sensación de ser él el ofendido. Los hombres de presa lo devoran todo, sin dejar nada.

En fin, que a lo mejor ahora resultaba que Lydia Lester se sentía abandonada por

el decano. A lo mejor hasta interpretaba la solicitud de Corde como prueba de culpabilidad. Era él, después de todo, quien la había metido en todo aquel lío y era el sobrino del decano quien la estaba molestando y el primo del decano quien la tenía afligida; y era el decano quien había publicado aquellos artículos y precisamente cuando menos oportuno resultaba, y, encima, en el momento más crítico, fue y desapareció. Lydia quizá dijera todo esto en un momento de exasperación, y Miss Porson tenía demasiado tacto para transmitirle lágrimas y aquejas en aquel difícil momento, demasiado tacto incluso para escribirle su nombre. Pero Corde probablemente estaba atribuyendo demasiada sutileza a su vieja secretaria..., el error de siempre. Lo más probable era, sencillamente, que se le hubiese olvidado.

Los Corde tenían una habitación de sobra en Chicago y Corde había propuesto a Minna que Lydia se fuese a vivir con ellos. La pobre necesitaba apoyo. Corde tenía en su carácter este tipo de ferviente piedad. Pero, en cierto modo, era más que piedad; era, también, admiración. Aquella muchacha, que parecía estar a punto de desintegrarse si algún taxista le hacía proposiciones deshonestas, que cuando respondía a Detillion lo hacía con una voz tan baja que este tenía que decirle: «Hable más alto...», llamo la atención del tribunal sobre el hecho de que la testigo está hablando en susurros», aquella Lydia era puntual todas las mañanas, con la blusa recién planchada y el cabello cuidadosamente recogido con horquillas. Corde le había dicho a Minna:

—La primera vez que se lo propuse insistentemente me dijo que no, que ni hablar, que no podía, pero luego me pregunté si sería mejor no empezar siquiera, porque iba a empezar viniéndose abajo, pero el caso es que yo la había juzgado mal. Es como cuando alcanza uno el borde mismo de su debilidad, y entonces se llega a una puerta y a uno le queda justo la fuerza suficiente para abrirla, y una vez abierta encuentra dentro del cuarto toda clase de fuerza imaginable. Pues eso le pasó a la chica, que encontró fuerzas. Si me hablara yo todavía con Detillion..., y de sobra sabes cómo es Detillion en esto de las cosas sexuales; de llegar a ser elegido gobernador, no habría jurado poniendo la mano sobre la Biblia, sino la polla. Bueno, pues si me hablara con el cerdo ese, le diría: «Querido primo, te has equivocado de medio a medio».

Minna dijo:

—Ese es uno de tus fallos, que sigues queriendo decirles cosas a todos aquellos que se sienten abandonados.

—Bueno, no es más que una suposición. A mí no me hace ninguna gracia la idea de hablarle a la bestia esa. Y aparte eso es que tienes razón, porque acabas de poner el dedo en la llaga de uno de mis defectos. Da la impresión de que siempre estoy indignado. Pero lo que quería decir sobre Lydia es que es estupendo cuando ve uno cualidades nuevas en una persona en quien no las esperaba. Te fijas en esa chica y está pálida y enfermiza, su mismo aspecto engaña..., con esas manos largas e indefensas, y la manera misma que tiene de moverlas. Hay muchísimas chicas que las educan así, con una imagen muy desdibujada de sí mismas, y sus familias le dicen

que no son fuertes. Bueno, pues a la hora de comer, cuando el tribunal suspende la sesión, a Lydia le da como un vahído, como si se derrumbara un momento, y entonces la llevo en el coche a un restaurante cantonés que hay en Wentworth Street, para que pueda reposar la vista en uno de los reservados oscuros que hay allí. Le duelen los ojos, porque los tiene muy sensibles a la luz, como yo. En el juzgado le dan unos dolores de cabeza terribles. Bueno, pues después de tomar unas pocas cucharadas de sopa es capaz de enfrentarse de nuevo con Detillion. Grady pide a Dios que se desmaye... pero ella no se desmaya.

Finalmente Lydia no fue invitada a dormir en el cuarto de los Corde, porque Minna no quería tener a una extraña en la casa, que se pusiera a abrir cajones y a leer las cartas y los papeles del Banco. No se lo dijo a Corde de esta manera. Le dijo:

—No olvides, Albert, que vamos a tener que dejarla sola aquí, cuando vayamos a Monte Palomar.

Y Corde cedió; él no compartía ese deseo de intimidad con Minna, pero no insistió y dejó a su mujer que se saliese con la suya. Ahora se arrepentía, porque, para la chica, habría sido buena cosa vivir en un ambiente protector. A lo mejor se habría podido dar con otra chica de carácter compatible y dispuesta a vivir con ella, y entre las dos habrían cuidado del apartamento, regado las plantas (porque Corde seguía preocupado por sus plantas). Además, si no se usaban las duchas había goteras en la llave de desagüe y salían emanaciones de las cloacas, de modo que su idea no solamente habría sido humanitaria, sino también práctica.

En el cuarto contiguo las mujeres estaban hablando..., parecía que vivían pegadas al teléfono. El instrumento estaba siempre caliente, por causa del uso continuo. Corde tenía la puerta entreabierta, para enterarse de lo que pasaba. Como no entendía el idioma, se guiaba por el tono de voz de Minna. Él, después de todo, era el hombre de la casa. Contaban con él. De vez en cuando, Corde asomaba la cabeza en el cuarto contiguo para que le dijeran las últimas noticias, y, aunque nunca le pedían consejo, él se los daba abundantemente, sin hacerse ilusiones de que fueran a hacerle el menor caso. Y había otra cosa curiosa, por lo que al teléfono se refería. Todas las conversaciones estaban controladas. Había un hombre, escondido en Dios sabe qué covachuela, que escuchaba lo que decían. Este agente no hacía el menor esfuerzo por ocultar su presencia a la atención de aquellas mujeres carentes de importancia. Se le oía respirar, hojear papeles, gruñir. A veces interrumpía y todo: «Eso no es lo que dijo usted ayer». Gigi le comentó:

—Es un tipo odioso. Estoy convencida de que lo que le pasa es que se emborracha.

Entre los papeles que le habían llegado de Chicago, Corde encontró una carta de Rufus Ridpath. Le gustó. Era un gesto importante, un indicio de apoyo. Corde había escrito apasionadamente sobre el caso Ridpath. Nadie más que él había defendido públicamente a Ridpath. Por supuesto que Ridpath no había sido rehabilitado, pero le había dicho a Corde: «Tú, por lo menos, pusiste las cosas en su sitio». Mason hijo

decía de Ridpath, hablando con Corde: «Es un negro de tu cuerda, de los que a ti te gustan». Y, ciertamente, se podía decir de Corde que tenía muchas rarezas, que era casi un chiflado, un extravagante (así le juzgaba la opinión pública liberal, para quitarle importancia). Mason le juzgaba así: «Si Corde es hombre fuerte, ¿cómo es que le tiemblan tanto las manos?». Pero, así y todo, la verdad, o lo más parecido a la verdad, sobre Ridpath, era ahora pública. No era que tuviese mucha importancia, a menos que fuera importante haberse ganado un amigo. Corde no había conseguido ninguna ventaja de tipo práctico, y se decía que, después de todo, quizá le habría resultado mejor no haber salido en su defensa.

Uno de los respetados colegas de Corde, en la Universidad, llamado Sam Michaels, le había dicho:

—Cada vez hay menos relación entre los negros y los blancos. Antes, a pesar de la guerra silenciosa que se hacían, había una relación, pero ahora son los negros los que no quieren, los que no parecen querer tener nada que ver con los blancos.

En el caso de Mason se veía un intento de volver esto del revés, o sea de establecer una relación, pero aceptando las condiciones de los negros. ¿Y cuáles eran esas condiciones? ¿Las condiciones de Lucas Ebry? Pero es que no existían. ¡La cosa era irreal! La idea que tenía el joven Mason de la audacia le ponía en una situación servil, y, además, como había escrito Corde, la «imagen» negra efectiva la detentaban las bandas negras, como los Rangers y los El Rukings, y los cabecillas que estaban fuera de la ley..., verdaderos príncipes negros, con sus bellas y elegantes pieles, botas, coches extranjeros; controlaban el comercio de drogas, reinaban en las cárceles. Para los negros jóvenes de todas las clases sociales, e incluso para jóvenes blancos, estos eran un modelo muy atractivo. Pero Ridpath no tenía nada que ver ni con imágenes ni con creación de imágenes.

Ridpath había sido despedido de su cargo de director de la cárcel del Condado y quizás hubiera tenido que pedir dinero prestado para defenderse ante la ley. Había ganado el caso, pero perdido su reputación..., lo de siempre. Y, de nuevo, Sam Michaels, el astutísimo observador:

—No pudieron demostrar la acusación agravante de agresión. Esto quizá se debiera a que el fiscal no era bueno, que estaba mal preparado, o que llevaba mal preparado el caso. La absolución no quiere decir necesariamente que Ridpath fuese inocente.

Pero Corde quedó convencido de que había habido gente importante que quería acabar con Ridpath. Después de repetidas investigaciones por parte del jurado de acusación —¿y por qué tantas?, ¿y quién las había intrigado?— había acabado por ser hallado culpable de tratar mal a los presos. ¡Palizas en las celdas! Los periódicos y la Radio y la Televisión se lanzaron contra él como si se tratase del Idi Amin de Chicago. ¿Acaso Ridpath había mandado que le llevaran a un banquete, en una fuente de plata la cabeza de un general asesinado? ¿O acaso había matado de un tiro a uno de sus ministros en medio de un banquete oficial? Cualquiera habría podido pensar

una cosa así, pero lo cierto era que no había sido posible demostrar las acusaciones y que la defensa consiguió demostrar que había habido acuerdos con los testigos del fiscal, a quienes se prometieron sentencias más ligeras. Después de todo, ellos no tenían nada que perder, los dos eran asesinos convictos. Corde había llegado a sentir un interés particular e intenso por el proceso de Ridpath, y había tenido largas conversaciones con Wolf Quitman, el abogado defensor, y entrevistado a gente que había tenido contacto profesional con Ridpath. Le gustaba el hombre aquel, y Corde no tardó en darse cuenta de que estaba ligado a él. Casi nunca llega uno a comprender cómo se forman esas relaciones.

Ridpath escribía: «Me ha dicho tu secretaria que tuviste que irte de pronto de Estados Unidos por causa de la madre de tu mujer. Se me ocurrió ir al juzgado a ver lo que estaba pasando allí. Cuando los periódicos comenzaron a hablar del caso me pareció recordar al acusado, y resultó que tenía razón, porque, en cuanto eché una ojeada al Ebry este lo reconocí. Llevaba años entrando y saliendo de la cárcel del Condado, los mismos pequeños delitos una vez tras otra, casi siempre por proxenetismo. No es, realmente, una personalidad sensacional, en realidad es una figura de contornos desdibujados. Las pruebas que hay contra él son bastante fuertes y no creo que tu primo consiga sacarle de este lío en que se ha metido, a pesar de la manera que tiene de actuar en el juicio. Y, de no ser por ti habría pasado lo de siempre, que los abogados pedirían un aplazamiento tras otro, hasta que los testigos se murieran o desaparecieran, y así, tres, cinco, siete años más tarde, ya no habría caso que juzgar. Eso es lo que ocurre con frecuencia y lo que esperaba tu sobrino que pasase también esta vez. Y, por lo que se refiere a la Prensa, tus artículos causaron mucha irritación, porque daban a entender que la Prensa era perezosa o cínica, y ahora te has convertido tú en su blanco muy oportuno. Quitman y yo te advertimos del peligro que corrías cuando estabas preparando los artículos, y ahora les resulta a ellos fácil meterse contigo. Mi opinión es que la viuda del chico asesinado probablemente no pudo ver quién tiraba a su marido por la ventana. Pudo haber sido cualquiera de los dos. La prostituta es chica terne, verdaderamente dura, y tiene un historial de participación en homicidios. El hombre, en cambio, es poca cosa, yo creo que retrasado mental incluso. No es posible juzgar a fondo los actos de esta gente, porque siempre ocurren con ayuda de drogas... Pensé que te podrían ser útiles mis impresiones, en vista de lo que te interesa el caso este...».

Corde había hecho una buena descripción en *Harper's*. Era un hombre muy fornido, de cuello corto, con una cabeza de negro sumamente inteligente. Sus brazos eran cortos y estaban muy separados por un pecho convexo y fuerte; sus ojos, también muy separados, medían con gran despego a quien miraban. Frenado por esta mirada expectante y distante, el mirado se sentía invitado a explicar la razón que le había inducido a ir a verlo. Ridpath, al principio, era receloso. Su cráneo, afeitado cuidadosamente, tenía arrugas cada vez que enarcaba las cejas y comenzaba a hablar. Sus orejas eran pequeñas y bien dibujadas. Aunque iba completamente vestido, con

corbata y chaqueta, nada de lo que llevaba puesto parecía estar en su sitio. Después de verlo varias veces, Corde había llegado a la conclusión de que no tenía más que dos trajes, uno gris y el otro marrón. También llevaba un gabán a cuadros y con cinturón, si es que se podía decir que el gris sobre el gris formaba un dibujo de cuadros. Las manos, medio cubiertas por los puños de la camisa y las mangas de la chaqueta, eran asimismo bien formadas, no grandes. Sus brazos, en cierto modo, estaban ocultados por la gran anchura pectoral del cuerpo. Aquellas manos, ciertamente, no eran las de una persona amiga de tratar mal a la gente, y no podían haberles hecho mucho daño a los asesinos que testificaron contra él..., no las manos solamente, desde luego. Pero, como es natural, la acusación fue por agresión agravante, es decir, palizas con porra o con garrote; Corde no recordaba a punto fijo qué arma le acusaban de haber usado.

Ridpath sabía perfectamente lo que quería decir «meterse con alguien», porque los periódicos se habían metido a fondo con él. Fotografías en primera página en las que se parecía a Primo Camera, solo que en negro, hinchándole y deformándole el rostro, como si fuera acromegálico..., habían puesto a Ridpath en el espejo deformante.

A veces Corde decía de sí mismo que, con frecuencia, se veía víctima de ataques de claridad mental. En los contactos cotidianos con la gente, se siente una especie de indiferencia o inercia ante lo que se ve, pero cuando cae uno víctima de un ataque de claridad, mal se veía el conjunto: el hombre fornido, el pecho redondo, las manos pequeñas, el cuello corto, la cabeza como una bala de cañón..., todo ello, de golpe. Y entonces intervenía lo que Dewey Spangler, matizando el sarcasmo con la comprensión, llamaba «poesía», «impresionismo», «exaltación». Corde no estaba seguro de si este proceso lo provocaba en él Ridpath solamente, o si era el Chicago que había tenido que estudiar como consecuencia de su investigación del caso Ridpath. Pero, fuese cual fuese la causa, el resultado final era muy nervioso, duro, salvaje, indómito, turbulento. Corde había tratado de salvar la reputación de Ridpath, pero la gratitud y la lealtad de Ridpath habían sido duramente puestas a prueba al leer lo que Corde había escrito sobre el Chicago de los negros. Quizá fuera que el decano mismo, al escribir, estuviera influido por la droga. Y en el centro de la ciudad, en los círculos altos e influyentes, la gente, probablemente, habría dicho: «Pero ¿qué es lo que le pasa al profesor?, ¿de qué se pone a hablar ahora? Se le ha debido oscurecer la mente».

En aquel estado emocional resultaba completamente imposible ponerse a hacer «periodismo de investigación». Wolf Quitman, el abogado de Ridpath, tuvo que sentirse también perplejo por la conducta de Corde. No podía haber previsto..., en fin, ¿quién puede prever la exaltación? Y Quitman mismo no era persona exaltada, era duro, un hombre muy duro, ducho en derecho penal, aunque su tipo de dureza no era como la dureza repelente que reinaba en Chicago. Era un hombre de rostro despejado, rojizo, musculoso, activo. Hasta su rostro era musculoso. Su despacho no

se parecía nada a una oficina, y era más bien como un cuarto de estar cómodo. Un chal de lana, hecho, era de suponer, por su mujer, estaba doblado sobre un sofá tapizado de cretona, y había también begonias en las ventanas. Corde, como siempre, se fijó en las plantas. Era evidente que a Quitman no le hacía gracia la idea de que el Ayuntamiento se saliese con la suya; le dijo a Corde:

—¿Sabe usted, profesor, lo que era la cárcel del Condado cuando Ridpath se hizo cargo de ella?

—Tengo una idea.

—Pues estaba dominada por las bandas. Los jefes de las bandas la controlaban. Era difícil hacerse verdaderamente una idea de las cosas que ocurrían allí dentro. Solo podemos hacérsela en términos generales, con lugares comunes. Era un sitio durísimo. Drogas, tráfico, violaciones homosexuales. Dinero abundante, de mano en mano. Se podía comprar, más o menos, todo lo que se quería. Y a la gente la pegaban y la torturaban. Armas abundantes. El que conseguía arrancar un pedazo de metal ya podía hacerse un cuchillo, y empapando un periódico arrollado en el retrete y colgándolo de la ventana en el invierno, se helaba, convirtiéndose en un garrote con el que era fácil matar a un hombre, y luego, a ver, ¿dónde estaban las pruebas? No se trataba, precisamente, de la escuela de Montessori. Dispénsame si le ofendo, pero se llamó a profesores en criminología, y tuvieron miedo no solamente de meterse en la cárcel y domar a los jefes, sino incluso de verles las caras, y la verdad es que a mí no me extraña, pero lo que hicieron fue arrellanarse en el despacho y ponerse a escribir informes, o artículos, para revistas de criminología, mientras las cifras de suicidios seguían subiendo y los asesinatos eran cada vez más numerosos. No se atrevían a subir por los patios de la cárcel ni podían dominar la situación.

—¿Y Ridpath entró? —preguntó Corde.

—Sí, ese por supuesto que entró. Eso; justamente. Es un tipo sencillito, corriente. Hace lo que piensa que es su deber. El alcalde le había puesto allí, de modo que él pensó que su deber era imponerse.

—¿Y nadie esperaba una cosa así?

—¿Y quién cree usted que iba a esperarla? Él, por su parte, probablemente diría que daba por supuesto que era eso lo que tenía que hacer. No, ni siquiera diría eso, pienso yo. Y el resultado fue que los jefes de las bandas le cogieron respeto. Ridpath había crecido en plena calle, como ellos... Es un tipo de esos que, en cuanto lo ves, en seguida te das cuenta de con quién te estás gastando los cuartos.

Corde preguntó:

—¿Y esa es su gente?

—Es lo que más le interesa. Hay por ahí muchos buscavidas que prosperan gracias a la crisis negra. Usted mismo los conoce, profesor, todos los conocemos. Llevo años yendo casi a diario a la cárcel esa. Allí donde están mis clientes, es un lugar que conozco como la palma de la mano. Y le aseguro que Ridpath trabajaba dieciséis horas al día siete días a la semana, y que es un sitio como no se puede hacer

idea, a su lado los demás se quedan en pañales.

—¿De modo que dice usted que, prácticamente, vivía en su despacho?

—Para él, aquello era una causa, profesor, no un trabajo. Redujo el número de asesinatos y suicidios. No creo que a nadie le hubiera sido posible controlar el tráfico, las palizas, las puñaladas, la tortura, las agresiones homosexuales, pero él hizo todo lo que es humanamente posible hacer. Y, a pesar de todo, no impresionó apenas a los políticos. ¿Y qué era de esperar? Esta es una ciudad muy dura, y muy orgullosa de ser tan dura, y la cárcel es lo peor de ella..., pero no sé qué otra cosa se podía esperar de Chicago.

—Y la misión de Ridpath era limpiarla —dijo Corde.

—Eso, completamente descartado —repuso Quitman.

—Es evidente que usted siente esto, esa situación salvaje, más que salvaje incluso, porque si no se dedicaría a este tipo de trabajo.

Esta observación no le hizo gracia a Quitman. La echó a un lado.

—Mire, le diré lo que pasó. A Ridpath se le olvidó hacer las concesiones que la situación requería. Y era necesario hacerlas, caballeros, porque la cárcel del Condado tiene un presupuesto muy fuerte. Los abastecedores y los concesionarios llegaban a su despacho, y ya me comprenderá usted quiénes eran los que los enviaban allá, y él se negaba a hacer negocios con ellos. Les decía: «Si no compro la carne de ustedes deshuesada me ahorro sesenta centavos por libra, y luego la mando deshuesar aquí». Ahorró demasiado dinero. Ahorró un millón de dólares del presupuesto y se los entregó al Condado. Pero lo malo era que ese dinero había que gastarlo. ¿Qué es eso de ahorrar dinero haciendo trabajar a los empleados de las cocinas?, ¡que les den por el saco a los empleados de las cocinas! Y Rufus comenzó a adquirir mala reputación entre los jefes, pensaban que incluso políticamente podía resultarles peligroso. ¿A quién se le ocurre devolver dinero del presupuesto si no es por razones de política? Y por eso le hicieron lo que le hicieron.

—¿Y quiénes fueron?

A Quitman le sorprendió la ingenuidad que revelaba aquella pregunta, y no contestó. Corde, más tarde, consiguió que le respondiera a ella un alumno de Lakeview, en la ciudad: Limpopo *el Sedeño*, que había sido campeón de saltos de altura, de donde su apodo: «Saltaba sobre la barra como una seda», pero que ahora se había convertido en abogado criminalista y era experto en las cosas del Ayuntamiento.

—Le preguntó quiénes eran. Y Quitman no le quiso ni responder siquiera. Pues los mismos que pensaron que Ridpath pudiera resultarles peligroso, esos. Quitman estaría loco si le dijera una cosa así, y usted más loco todavía si se le ocurriera publicarlo. ¿Cómo piensa que actúan esos, quiero decir los importantes? Pues van eliminando a los que les estorban de manera muy gradual, cuando están tomándose una copa, o jugando al golf. Y si hay que pasar dinero de un bolsillo a otro también se hace con cuidado, en un sobre que se mete en una caja de Banco. En el caso de

Ridpath dudo incluso que se pasara dinero de un bolsillo a otro. Lo único que pasaba era que les estorbaba, y bastaba con eso. Y, por si acaso resultaba tener ambiciones políticas, decidieron que lo mejor era hacerlo pedazos. A usted le gustaría muchísimo que Quitman le dijera nombres, para poder dar un buen golpe a los malhechores, me doy cuenta de eso, profesor —dijo Limpopo *el Sedeño*—. Y usted y yo, Albert, está visto que nunca llegaremos a nada en esto de la política. Por eso me limito a observar. Los chanchullos serán historia secreta, que nadie se atreverá a escribir, y no porque esa gente no sepa escribir, sino porque les encantan los secretos... ¡Les encantan! Yo, profesionalmente, me ocupo de desequilibrados y sociópatas, como Quitman, por ejemplo. A veces me cuentan cosas. Pero, secretos de alta política... ¡Eso nunca!

—Pero, *Sedeño*, no tengo la menor intención de denunciar esas cosas. Eso no tiene interés —dijo Corde.

—¿Y qué es lo que piensa escribir, entonces?

—Pues personalidades, escenas, el fondo, sentimientos, tonos, color... Y, entre usted y yo, confidencial, no me sorprendería nada que fuera la tensión de tener que trabajar de dieciséis a dieciocho horas diarias en un lugar como ese lo que acabó con Ridpath. Tiene que haber habido muchas provocaciones, momentos en los que sintiera tremendos deseos de romperle la cara a alguien.

Pero Corde se dio cuenta de que estaba hablando consigo mismo.

El propio Quitman no quería tampoco hablar demasiado. Él y Corde se habían estado un largo rato sentados el uno frente al otro, mirándose en silencio, en el alegre despacho, tratando de comprenderse mutuamente. El jardín de begonias rojas estaba ahora respondiendo al calor del sol, y el chal de punto mostraba vívidamente su lana roja e iridiscente. ¿Qué pensaba de Corde gente como Quitman cuando iba a visitarlos? Le tomaban, evidentemente, por un tranquilo tipo universitario, no un investigador tipo Watergate. Durante su conversación con Quitman, Corde recordó el silencio obstinado de G. O. O'Meara, a quien había ido a ver al Gremio de Cortadores de Carne hacía una semana solamente. O'Meara, que tendría noventa años de edad, no quería dar a Corde ni la hora, y allí no se había hablado de cuchillos o de armas contundentes ni de carnicerías ni de huelgas ni de confidentes ni de policías particulares. O'Meara era ahora un prohombre. Frágil y viejo, no al día, pero todavía influyente entre la gente gorda de Chicago, que, llenos de un impresionante respeto por el viejo, un respeto casi filial, le telefoneaban reverencialmente a su palacio de los cortadores de carne, y él asistía a reuniones de consejos, a banquetes, y tenía placas y pergaminos e inscripciones en plata y bronce por todas partes. El O'Meara que recibió al decano sentíase orgulloso de ser poeta, y poeta el día entero, ahora que tenía tiempo. Le dio a Corde uno de sus libros de versos: sonetos de amor a su mujer. ¡Como lo oyen! Daba gusto ver lo bien que se atusaba las plumas ahora el viejo. Hizo a Corde escuchar un poema que había recitado en una ceremonia reciente. Su aliento estaba perfumado por los caramelos baratos que chupaba sin parar, y tenía delante jarros llenos de dulces. Pero no respondió a una sola de las preguntas que le hizo

Corde, y cuando este, finalmente, se levantó para marcharse, el viejo le dijo:

—De manera que quería usted hacerme hablar, ¿eh?, pero ya habrá visto que no le dije una palabra.

El vejestorio de O'Meara, lleno de astucia, estaba muy contento de sí mismo. ¿Por qué iba a dar un hombre importante de Chicago información a cualquier periodista de tres al cuarto que fuese a verlo diciéndole que era todo un profesor?

—No querían dejar en paz a Ridpath —dijo Quitman—, y tuvo que aguantar cinco investigaciones del jurado de acusación. Uno fue a nivel federal, porque se trataba de dinero del Gobierno. Pero no le encontraron nada.

—Pero esa gente era terca, ¿no?

—Lo único que tenía de valor era su gran automóvil. Y como los jurados de acusación son fáciles de manipular, pues eso quiere decir que Ridpath era realmente inocente. Seguro que más de uno se quedó desconcertado de verdad.

Corde había tenido frecuentes conversaciones con Ridpath, y este, al principio, se mostraba reservado con él, pero no tardó en animarse, y acabó dando a Corde la impresión de que era un espíritu delicado. No acababa de comprender qué era lo que pretendía de él, pero, finalmente, le dijo:

—Quizá pudiera serle útil si me explicara lo que se propone hacer.

—Le dejo ver mis notas, si quiere. Son bastante completas. Bueno, quiero decir, si tiene tiempo de leerlas.

—Lo que me sobra es tiempo —dijo Ridpath.

Habían estado hablando en un aparcamiento frío, junto al gigantesco automóvil de Ridpath. Ridpath metió la llave, primero, no en la puerta, sino en una cerradura que había en el guardabarros, y que desconectaba el sistema de alarma. Los Corde tenían también un sistema de alarma. En su casa las puertas y las ventanas estaban todas conectadas a un timbre.

VIII

Y, de pronto, de nuevo Bucarest: Minna entró como una tromba en el cuarto. Saltaba a la vista que había malas noticias.

—Me telefonearon del hospital.

—¿Quiénes?

—Las mujeres de la UVI. Bueno, una de ellas. Que si quería que encendiesen una vela.

—Ya.

Era el final, decididamente. Cuestión de horas.

—Y les dije que sí, que hicieran el favor de encenderla.

—Sí, claro, naturalmente.

—No le he dicho nada de esto a Gigi. Ni tampoco se lo digas tú, ¿eh?

—No, yo de aquí no me muevo. No tenía pensado ir a ninguna parte.

Minna llevaba puesto el traje de pantalón de estambre fino color pardo, o sería el color mora. Había perdido mucho peso, tanto que ahora el cinturón se le caía, de la cintura, hasta media cadera. No daba la impresión de estar buscando consuelo en la compañía de Corde, y, a su manera, se mantenía perfectamente dueña de sí misma. Si Corde se hubiera decidido a pasarle un brazo por los hombros, habría sido más bien por su propia causa que por la de ella. Minna, en cualquier caso, se fue por donde había venido, e igual de abruptamente, justo cuando Corde estaba disponiéndose a levantarse, de modo que lo que hizo fue volverse a sentar, con una súbita sensación de que el cojín de la silla en que estaba sentado tenía la misma forma que el cuerpo de Valeria. Y lo mismo le ocurría con la ropa que guardaba en el armario, que colgaba allí conservando la misma forma que ella les había dado. Si Corde se metía en la cama en busca de calor, resultaba que era la cama de Valeria. Y todo esto, junto, le mantenía como en una fijación..., como atascado. Se puso a pensar qué convendría hacer. Le pareció que realmente no podía hacer otra cosa que lo que había estado haciendo hasta entonces, aunque, quizá, de manera más eficaz. Pero, por otra parte, ¿qué era lo que requería más eficacia?, él no tenía ese ímpetu que induce a la gente a hacer mejor las cosas. Pasó los dedos por debajo de las gafas y se frotó los ojos. El tener que depender de aquellas antiparras le ayudaba a comprender lo bien organizado que estaba para la observación y la comprensión. La organización, sin embargo, era insuficiente. El momento aquel le hizo ver esto con claridad, y justo entonces sus pensamientos asumieron la forma de Valeria, de la misma manera que el cojín que tenía debajo y la ropa del armario. La conjetura de Corde era que Valeria ahora estaría de nuevo sin conocimiento, que los indicios vitales estarían disminuyendo, de no ser así, las mujeres no habrían encendido las velas. Las velas, sin duda, estarían encendidas en la habitación contigua, lejos del oxígeno. ¡Había que ver, técnicos en medicina que se ofrecían a encender una vela...! Y, Minna, cuyo trabajo era la astronomía, aceptando con tanto deseo la oferta. ¡Sí, sí, hagan el favor!

A pesar del gran peso que tenían aquellas conjeturas, aquellas imágenes, Corde volvió a hojear los papeles que tenía esparcidos sobre la mesa.

En resumidas cuentas: las notas que había enviado a Ridpath le habían servido luego a él para sus artículos, y apenas si necesitó revisarlas. No se molestó en desarrollarlas mucho tampoco. Eran dolorosas. Su motivo había sido precisamente no decir lo que los lectores esperaban de él, no facilitarles el decir: «Estos ghettos negros se han convertido en algo verdaderamente espantoso...».

No era esto, sin embargo, lo que había sentido realmente el decano durante los muchos días pasados en juzgados y hospitales. No era su objetivo levantar el nivel de indignación de sus lectores. No, en absoluto, el decano Albert Corde, ejerciendo su derecho de comprobar cómo se administraba la justicia en su ciudad natal..., y recordaba escenas exóticas en los juzgados de Harrison y de Kedzie, sin embargo, todos aquellos seres exóticos eran tan indígenas de Chicago como él mismo. En su propio terreno, que también era el de ellos, Corde había encontrado una jungla más salvaje que la de Guayana. Los abogados le habían permitido sentarse en primera fila, con ellos. Eran abogados de poca monta, en espera de que el juez les asignara un caso, y ganar así unos pocos dólares. Algunos de ellos iban ya para viejos, fracasados, pero los más jóvenes parecían verdaderos atletas profesionales, vestidos llamativamente, como damas bonitas o niños encantadores de esos que aparecen en las ilustraciones de Cruikshank en las obras de Dickens, y podrían ser perfectamente facinerosos o gorilas.

Llamados por el alguacil, grupos de acusados y abogados se formaban y se disolvían todos a lo largo del día, sacados de listas interminables..., vendedores de drogas, traficantes de armas, porque allí todo el mundo tenía su pistola, violadores de niños, rateros, atracadores violentos, delincuentes sexuales, incendiarios, maridos que pegaban a sus mujeres, proxenetas que iban allí a dar fianza para poner en libertad a sus putas. Se veían allí jóvenes con chaquetones de cintura alta y vuelo hechos con cuero de imitación y sombreros altos de ala ancha; zapatos rojos y amarillos de suela de madera, o bien botas altas de lechuguino; o se cruzaban y recruzaban las pantorrillas con cintas que parecían salidas del envoltorio de una caja de bombones. Allí se veían ponchos, capas, amuletos africanos, anillos, cuentas..., adornos simbólicos que no simbolizaban absolutamente nada. Se veían mujeres fuertes y atrevidas, mujeres negras finas y pequeñas que apenas tenían nada que decir. Sus cráneos estaban a veces como terraplenados, muy curiosos; o bien llevaban el pelo cardado, teñido, recogido en trencillas de minucioso entrelazado; o se lo cogían con rulos de plástico azules, rosados y amarillos. A pesar de tal derroche de colorido, la tristeza de aquellos lugares era muy honda. Nadie parecía saber explicar lo que había hecho o quién era. Todo era un «ustedes nos trajeron aquí, ¿no?, bueno, pues díganos quiénes somos y lo que quieren de nosotros». ¿De dónde ha salido esta pistola? No, nada, estaba en una balda, tirada. ¿Dónde? En una casa incendiada, y abandonada, donde alguien estaba vendiendo bebidas alcohólicas ante un mostrador

de madera. ¿Y qué hacía usted allí? Pues no lo sé, la verdad.

La persona que tenía uno delante es un delincuente. Este es blanco, andrógino a juzgar por su aspecto, masculino a juzgar por su manera de vestir, con la boca abierta, callado como un mudo, de aire estúpido, asustado, demasiado mayor para ser un muchacho, no hay más que ver lo ralo que tiene el pelo. El fondillo de los pantalones le cuelga, lleno y como muerto, y tiene las manos, como cojas, cayéndole a ambos lados. Las cerdas de la papada están afeitadas en parte. Lleva jersey de cuello alto, y su abogado afirma que no tiene antecedentes penales. Señor juez, mi defendido no tuvo nunca un empleo, pero cuida de la casa para su padre y sus hermanos, que son obreros. Es un hogar sin madre, señor juez, y por lo que se refiere a los paquetes de galletas que se metió en el bolsillo en el supermercado, él se confiesa culpable, pero es una de esas cosas que pasan una vez en la vida. El abogado está diciendo, más o menos: fíjese, señor juez, en este pobre memo adolescente de cuarenta años, con esos pechines caídos debajo de ese jersey sucio; si le manda usted a la cárcel del Condado lo que harán será comérselo vivo, le darán palizas, le quemarán con cigarrillos por divertirse, le sodomizarán día y noche. Saldrá de allí convertido en un verdadero guiñapo. Lo mejor será darle un buen susto y dejarle que se vuelva a su casa. El juez asiente, está de acuerdo, dice:

—¿Y qué pasaría si le mándese a usted a la cárcel...? ¿Se imagina lo que harían con usted en la cárcel?

El caso siguiente es por abusar de niños pequeños. Se muestran fotografías de niños que gritan, con el rostro cubierto de grumos de semen. ¿Quién podría hacer una cosa así? ¿Y quién pudo tener la presencia de ánimo de sacar tales fotografías, mientras estaban pasando tales cosas? ¿Quizás un confidente fotógrafo de la Policía?

En sus artículos, el decano se extendía mucho sobre estas «vidas errantes», pero ahora sentía haberlo hecho, y pensaba que había interrumpido sus descripciones de la cárcel del Condado, el hospital del Condado y las viviendas protegidas Robert Taylor demasiado frecuentemente con sus comentarios de alta moralidad, que estaban allí fuera de lugar. Al releer lo que había escrito, él mismo pasaba por encima los pasajes de generalizaciones y filosóficos sin leerlos siquiera, porque le resultaban irritantes. Si fuera un mero lector, desde luego no se habría molestado siquiera en tratar de entenderlos. En cambio, la narración descriptiva era un alivio y un consuelo. «Voy con Mr. Ridpath a las viviendas protegidas». (Mr. Ridpath, con la cabeza descubierta, lleva su gabán a cuadros, o sea gris sobre gris, y los que le conocen en la cárcel del Condado lo saludan con un movimiento de manos; en los pisos superiores hay vigías, las bandas están en acción por todas partes). «Me presenta a Mr. Jones, uno de los ingenieros de construcción que trabajan en el departamento de conservación. En este lugar, los actos vandálicos cuestan más de un millón de dólares al año, o sea un tercio del presupuesto normal de la cárcel. Teníamos noventa retretes en el almacén el mes pasado, y ahora solo nos quedan dos. ¿Cómo pueden destrozar retretes de esta manera? Bueno, señor, lo que pasa es que, como, de noche, tienen miedo de ir al

vertedero que hay en cada piso y que comunica directamente con el incinerador, pues echan sus basuras al retrete, tirando de la cadena, y los huesos grandes se quedan cogidos en el tubo, y cuando el fontanero intenta sacarlo, claro, el retrete se agrieta. Y luego, las bombillas. Ya no las usamos de cristal, sino de plástico irrompible. Los niños las funden con periódicos encendidos. Pero los ascensores son nuestro verdadero quebradero de cabeza, porque no están diseñados para resistir tan malos tratos, y no es solamente que se orinen en ellos». Lo que ocurría era que cometían toda clase de agresiones, atracos, violaciones en ellos. «Hemos tenido muchachos jóvenes que se subían a la parte superior de los ascensores, abrían la escotilla y amenazaban con echar gasolina desde allí, para rociar con gasolina a la gente y prender fuego. Y los guardianes, cogidos así, tenían que entregar las armas que llevaban». Mr. Jones, negro, graduado en la Universidad de Tuskegee, quedaba protegido en los artículos con un seudónimo. Sus ojos grandes y sensibles se fijan en las puntas de sus propios dedos, apoyados en el borde de la mesa, mientras habla. Luego vuelve a poner en orden sus documentos. Estos son los hechos que debieran ser sabidos, y, como Mr. Ridpath responde por el decano, Mr. Jones accede a hablar, pero, así y todo, no se siente seguro por completo.

En Europa Oriental, la lluvia de la mañana se había convertido en nieve. Los copos eran grandes, y sus formas recordaban a Corde la de las lentes de contacto, pero en cuanto tocaban las aceras se fundían, desapareciendo.

Corde volvió a leer de nuevo los pasajes que su suegra, evidentemente, había leído repetidas veces. Algunos de aquellos datos habían salido de los periódicos. Nueve presos de la cárcel del Condado, el veinticinco de noviembre, escaparon de una parte de la cárcel donde los presos blancos y negros estaban separados, serrando los barrotes, esposaron a los guardianes y luego trataron de salir del edificio con ayuda de sábanas anudadas. Ocho de ellos habían sido cogidos, y el noveno, un sujeto llamado Upshaw, consiguió escapar. Este Upshaw había estado encerrado en un manicomio del Estado porque los psiquiatras le habían declarado incapaz de presentarse a juicio por haber cortado la cabeza a un hombre y a una mujer y estrangulado a la hijita de estos. Había escapado del manicomio, pero le cogieron y le encerraron en la cárcel del Condado, y ahora estaba de nuevo en libertad. Seis de los ocho que habían sido vueltos a coger estaban acusados de asesinato.

Estaba claro, por lo menos lo estaba para Corde, que se empezaba a perder contacto con los seres humanos y hasta con el mundo. Se siente soledad espiritual, y, naturalmente, se pueden estudiar los clásicos que han tratado de este estado de ánimo, o, mejor dicho, que han meditado sobre él: Dostoievski, con su apatía llena de intensidad, y su furia por la bondad, tan cercana a la bajeza y el asesinato, y Nietzsche y los existencialistas, y todos los demás por el estilo. Y luego uno se cansa de esta preocupación con el aislamiento, y parece mejor salir a ver personalmente las grandes manifestaciones de desorden y a interpretarlas por uno mismo. No es suficiente del todo decir que en este momento de la historia los problemas filosóficos

son idénticos a los problemas políticos. Es posible que sea verdad, de acuerdo, pero lo que ocurre es que es insuficiente y que lo mejor es ir personalmente a ver con todo detalle lo que está ocurriendo. Pero ya está uno con sus obsesiones, que ahora precisamente no vienen a cuento en absoluto. Pasó las páginas de la revista y encontró que su suegra había marcado con línea doble los márgenes de su descripción de la muerte de Gene Lewis en la esquina formada por la Calle 26 y la avenida de California.

Lewis, que había sido sacado de la cárcel para ir al edificio de los juzgados por lo criminal, donde iba a ser sentenciado, estaba muy bien vigilado, aunque algo descuidadamente, por la Policía del sheriff, y, por eso, cuando su novia pidió permiso para darle un libro, alegando que así podría distraerse leyéndolo, porque las disquisiciones jurídicas iban a ser largas, se le dio permiso, y ella entonces le dio un ejemplar de *Ivanhoe*. El libro había sido ahuecado por dentro, y en el hueco había una pistola. Como Lewis estaba esposado le pusieron el libro bajo el brazo y Corde recibió permiso más tarde para examinar aquel ejemplar de *Ivanhoe*. Era una edición para niños, con ilustraciones en colores, relucientes, pero el interior había sido ahuecado con hojas de afeitar, pero con gran habilidad, una verdadera obra de arte, de amor. La novia de Lewis era, según los testigos, «una chica parecida a Twiggy, pero de categoría, con pestañas artificiales de tres pulgadas de longitud y las mejillas cubiertas de polvos color naranja. Era muy delgada, de un metro ochenta de altura, y con botas largas y finas, de piel, y era estupenda, algo fuera de lo normal». ¿Y por qué motivo iban a molestar aquellos mercenarios de Chicago, los guardias armados, en abrir un libro, el que fuese? Bueno, pues que se lo diera al preso si quería. Y, una vez sentado, Lewis cortó las cintas de goma debajo de la mesa del acusado, y la mujer también le había puesto allí una llave, y con ella se abrió las esposas y de esta manera pudo sacar la pistola y poner manos arriba a los cinco guardianes contra la pared y desarmarlos. No disparó contra nadie, pero, para demostrar al juez Makowski que la pistola no era de juguete, disparó un solo tiro al suelo y salió a todo correr del juzgado. Tiró las armas de los guardianes en un cubo de la basura y tropezó con un grupo de detectives que pasaban por allí y le dispararon diez veces en la cabeza. Los enfermeros del hospital Cermak llegaron con un saco de plástico a recoger el cadáver. No se pudo identificar a la mujer, y, la verdad, ponerse a buscarla habría sido una pérdida de tiempo.

A los estudiantes de la Universidad, como era natural, les pareció mal mucho de lo que había escrito Corde. Por ejemplo, había descrito violaciones y robos en pleno día, actos sexuales en lugares públicos, por ejemplo en los autobuses del transporte urbano de Chicago, o en el suelo de las salas de espera, o contado cómo, en la calle de Sheridan, varios hombres habían rociado los guardabarros de los coches aparcados con orina. Los estudiantes entonces convocaron una reunión para censurar al decano por haber escrito aquello, y Miss Porson asistió y se sentó en la sala, tomando notas. Estaba llena de emoción, asustada, por si la reconocían y la acusaban de estar allí

espiondo, e indignada. Pero los estudiantes militantes le tenían a Corde bastante sin cuidado. Le dijo a Miss Porson:

—Es lo de siempre, están buscando algo con que meterse, tratando de cogermme en falta. Y es culpa mía, por haberme lanzado a la luz pública, pero ya verá cómo dentro de una semana me han olvidado.

Miss Porson se sentía herida, muy herida, decía ella, por causa de Corde. Le habían entendido mal, no se habían dado cuenta de lo gran hombre que era Mr. Corde. Y, la verdad, de creer a su comprensivo corazón, el decano era un verdadero ángel, pero lo malo era que no se podía creer a su comprensivo corazón..., por muy lamentable que resultara esta incredulidad, porque Miss Porson halagaba constantemente a Corde con sus accesos de generosa pasión, y se halagaba a sí misma también con declaraciones dramáticas. El decano tenía asimismo su vanidad, pero no era, si sus observaciones eran ciertas, excesivamente vanidoso, y además estaba siempre tratando de mostrarse objetivo, aunque quizás «imparcial» fuese más exacto en este contexto. Y a medida que la edad, la experiencia y el desgaste iban reduciendo sus facultades físicas, revelaban, también en él, una marcada preferencia por juicios desinteresados. No era ni mucho menos desinterés, ni tampoco objetividad negativa, porque él era la objetividad (no la imparcialidad) ebria. Los estudiantes militantes, que ahora no eran más que un pequeño grupo, los marxistas revolucionarios, como los que acababan de ser asesinados en Greensboro por hombres armados del Ku Klux Klan y el partido nazi norteamericano, aprobaron una resolución declarando que el decano era un racista y debía excusar públicamente a «los trabajadores negros, puertorriqueños y mexicanos», por haberles presentado como «animales y salvajes». En fin, que hacía falta un chaleco antibalas y otros medios de protección cuando uno se dedicaba a este tema peligroso, porque emitía radiaciones mortales y corrientes de alto voltaje. Y no era que Corde no se hubiese dado cuenta de estos peligros, ni que hubiera salido de su torre de marfil al cabo de diez años de encierro, sin la menor preparación, inocente, vulnerable, descubriendo de pronto la monstruosa tarea de destrucción que los dioses habían desencadenado. No, no era nada de esto. Al contrario, había visto cosas, leído los periódicos, mantenido contacto con criminólogos, economistas, teóricos sociales, observadores de la escena urbana, historiadores, é incluso filósofos y poetas..., él, después de todo, era uno de nuestros contemporáneos, y un lector voraz, más voraz que la mayoría de la gente, pero lo que pasaba era que quería decir algo sobre este espectáculo de Chicago, sacando material de su propia experiencia, haciendo observaciones nuevas, aludiendo a sus propios sentimientos y utilizando su propio lenguaje. Los pasos que le condujeron a esta decisión eran, ciertamente, curiosos, y cuando se volvía sobre ellos se llegaba a fuentes como Baudelaire y Rilke, o incluso Montesquieu y Vico, y también Maquiavelo y Platón. Sí, ¿y por qué no? Después de todo, Corde había dejado el *Herald* de París con el fin de prestar más atención a esas grandes fuentes. ¿Que quería escribir sobre Chicago? Pues, nada, dejadle que escriba, eso es asunto suyo.

Sin gran éxito, había tratado de explicar este asunto a Minna. Ella le deseaba éxito, pero sus intereses iban por los derroteros de la astronomía más que otra cosa. Cosa de un año antes, Corde había tratado de explicarle durante el desayuno que había estado releendo las cartas de tiempo de guerra de Rilke, y citó este pasaje de ellas: «Todo lo visible, arrojado a los abismos hirvientes, para ser fundido..., excepto los corazones..., ¿no debieran estos tener el poder de conservarse incólumes en una gran nube?», y Minna pareció interesarse por esto, pero nunca se podía estar seguro del todo de que realmente estaba prestando atención a lo que uno decía. A pesar de ello, siguió adelante, y dijo:

—Rilke no quería hablar de la guerra, se sentía traicionado por sus amigos cuando estos insistían en hablar de ella, y no solamente porque el presente era demasiado brutal y demasiado deforme para ser mencionado, sino porque solo se podía hablar de él con expresiones periodísticas, y, cuando se hacía así, se sentía asco y horror en la propia boca. Pero, además, había gente como Fulano que decía que la única manera de salir hacia la eternidad era partiendo de la Gran Estación Central; esto, por supuesto, en los días en que había trenes en Nueva York. Lo que quería decir con esto, naturalmente, es que lo contemporáneo es el único punto posible de partida. Es indudable que los corazones deben tener el poder de colgar, suspendidos, pero no pueden seguir así indefinidamente. No debieran...

Pero se paró. La mañana había sido mal escogida, porque Minna estaba astrofísicamente lejana de él, los signos eran demasiado evidentes para no darse cuenta de ello.

Y, así las cosas, decidió poner a prueba estas verdades suyas contra la plaga de Chicago, aunque no todo era allí plaga, ni mucho menos. En Chicago también había negocios, instalados en sus rascacielos, en la monumental Chicago bancaria, en la Chicago de las grandes empresas dotadas que funcionaban electrónicamente y con computadora. Esta era la Chicago histórica, sobre la que Corde escribió muchas cosas curiosas..., hablando de los barrios antiguos, de su atmósfera, su ambiente, sus árboles, su agua, su suelo, la luz, inesperadamente variada, de aquel lugar. Pasó revista a las opiniones de sus visitantes importantes, como Oscar Wilde, Rudyard Kipling, el famoso Stead, cuyo libro *Si Cristo llegase a Chicago* tenía páginas valiosas y llenas de luz. No se trataba, en absoluto, de que Corde se hubiese lanzado derecho a buscar la plaza, ni tampoco que se hubiese puesto a escribir sobre ella por causa de las oportunidades que ofrecía esta a la desesperación romántica, o llevado de un impulso de elegía o nostalgia de clase media, nada de eso, él se daba cuenta incluso de que la población estaba mudándose de las zonas azotadas por la plaga y había mejorado de situación en otras zonas nuevas, pero había que tener en cuenta también que era el miedo lo que había inducido a esta gente a mudarse, y que lo que dejaba a sus espaldas era la desolación, innumerables kilómetros cuadros de ruina.

De vez en cuando había tratado, mientras se desayunaba, antes de irse cada uno por su lado, de explicar a Minna lo que estaba haciendo.

—Rufus Ridpath quiere ayudarme, porque piensa que es importante. Me manda listas de gente con quienes debo hablar, y de lugares que debo visitar.

Pero hubiera debido darse cuenta, por la mirada fija de los ojos de su mujer, que no era aquel el momento de hablarle de aquellas cosas. ¿Estaba acaso tratando de desbancar a las estrellas? A Minna le preocupaba su marido, porque estaba explorando barrios peligrosos, pero habría sido más prudente dejar aquel tema para otro momento, porque Minna, adoptando un tono de voz algo cortante, le dijo:

—No haces bien en tratar tanto al Ridpath ese. Podrías dar la impresión de que los dos sois iguales, y que vais a lo mismo: a dejar en evidencia al sistema.

—Sí, la verdad es que ha recibido un revés muy duro. Está completamente acabado. Y le gustaría contraatacar a sus enemigos. Y yo, qué quieres que te diga, le comprendo. Sus sentimientos por su gente son sinceros. ¿Es que no forman parte de la sociedad norteamericana, o se trata de eliminarlos de ella? Para él, esta no es una pregunta teórica, después de todo se trata de saber si quince millones de personas van a tener que aceptar el ser marginadas, apartadas a pedradas de nuestra sociedad..., y no se trata solamente de drogas y cosas así, sino de la anarquía, que es también una especie de narcótico, y no pienses que Ridpath se limita a darse cuenta de esto, no, él mismo es parte de ese problema, en términos humanos.

—¿Y por qué quiere ayudarte..., porque le caes simpático?

—Bueno, quizá sea por eso, y también, posiblemente, porque siente un respeto ingenuo por la gente intelectual, universitaria..., piensa que somos lo que pasamos por ser, y que nuestro oficio es la moralidad y la justicia. Después de todo hay bibliotecas enteras que están llenas de libros maravillosos.

—¿Y vas a hablar verdaderamente de él, o, si no, por qué motivo te ocupas de este asunto?

—Déjame que trate de explicártelo.

Pero era absurdo. No sabía explicarse a sí mismo, no había sido sencillamente que él lo hubiera escogido, sino, más bien, que se había sentido dominado de pronto por algo inexplicable. Se puso a repasar los pasajes marcados por Valeria al margen, para ver si, juntos, formaban un todo coherente, y se dijo que Valeria se sentiría sin duda más interesada por sus emociones y su carácter que por Chicago.

Había, por ejemplo, una larga descripción del hospital del Condado. El doctor Fulcher, el jefe negro del hospital, había sugerido que quizá Corde encontrase interesante la unidad de diálisis. Valeria había subrayado mucho esta descripción.

El antiguo hospital del Condado, amarillo, grande y bajo. Las calles circundantes han ido decayendo y deshaciéndose. En la llanura de las ruinas, esta mole se levanta casi enteramente sola. Más allá de los claros, las formas gigantescas del barrio de los negocios se reunían, juntas, y entre las antenas de la torre de «Sears» parpadea una luz giratoria. El tiempo es gris y triste. La señal late, fluida, está hecha, evidentemente, de metales y cristales, cuyos nombres solo reconocerán los técnicos.

Me guía una enfermera filipina por los viejos túneles, reseca por gigantescas calderas. Las tuberías gotean agua herrumbrosa y junto a la entrada del depósito de cadáveres hay camillas con ruedas apoyadas contra las paredes. Estas camillas habrían sido limpiadas de sangre reseca si el hospital dispusiera de suficiente personal, pero no hay dinero. En estos pasillos subterráneos hay zonas alternadas de calor y frío. Los hornos paleotécnicos se ramifican gigantesco, o envían su calor edificio arriba por las antiguas salas del hospital. La diminuta filipina me lleva a una habitación en la que hay sillas hamacas cubiertas con sábanas limpias, y, al lado de cada una de ellas, hay un complicado ingenio, cristal dentro de cristal, cuyo compartimiento interior está lleno de sangre. Nos paramos allí y contemplamos el proceso de purificación. Enchufado a una de estas máquinas hay un negro grande, vestido con ropa vieja de faena, que se encuentra medio inconsciente. Su gorro de marino se le ha medio caído de la cabeza. Su rostro es peludo, aunque no barbudo, sino sin afeitar, y sus labios gruesos no se pueden cerrar, ni siquiera cuando trata de hablar. La pequeña mujer me susurra algo. Los enfermos del riñón duermen bien, pero mientras se les está purificando la sangre caen a veces en un estado de atontamiento. El proceso de purificación dura cuatro horas, y algunos de los pacientes, con los riñones destrozados por una serie de enfermedades, tienen que someterse a él varias veces a la semana. De esta manera se les alarga la vida hasta diez años más.

Los pacientes del riñón parecen como si estuvieran hinchados. Las piernas y los brazos de los veteranos están deformados por fístulas producidas quirúrgicamente. Los vasos sanguíneos se unen con el fin de aumentar la circulación, y estas venas y arterias así juntadas se transforman en grandes y dolorosos bultos que tienen que ser empapados a diario. En este momento traen a una mujer que ya no puede ser tratada en los brazos o las piernas. Tiene la fístula en el pecho. El taxista que recoge y devuelve a sus hogares a estos pacientes dializados es una enorme negra con pantalones rojos de estambre. Sus pies, sin embargo, parecen muy pequeños, y sus zapatos son de tacón alto. Tiene el pelo alisado^[5], cayéndole sobre los hombros, y lleva gorro de taxista y chaqueta acolchada. Es solícita y ayuda a la paciente, acomodándola en la silla hamaca. Estos pacientes que vienen de sus casas corren a cargo de ella, son sus amigos. Ella les pone delante el televisor. La enferma pide que conecte el canal dos, suspira, se acomoda y pierde el conocimiento.

Algunos de los pacientes se han quedado calvos, por causa de la quimioterapia. Un viejo ha perdido su pigmentación negra, y todo lo que queda de su negrura es algún que otro sorprendente lunar sobre la cabeza desnuda; resulta extraño mirarlo, pero su aspecto, a pesar de todo, es digno, sensato, y sus pensamientos están en buen orden. Está retirado de su oficio de fontanero, no está sindicado, y, de vez en cuando, todavía hace alguna que otra chapuza. Pero, de pronto, traen a otro hombre, más viejo todavía, y que tiene un aspecto completamente atontado. La guía me susurra al oído: «Demencia..., fuera de juego por completo». Hacen sentarse a este viejo, y él se

limita a esperar, con la mandíbula apenas visible, y la cabeza, de la que el pelo da la impresión de haber sido arrasado por el fuego, caída hacia delante. El técnico que cuida de él es una mujer china, que trabaja con maravillosa destreza, lavándole con desinfectante el brazo bultoso, y enchufándole luego a los tubos, con ligereza y rapidez, sin que el viejo parezca sentir dolor alguno. Pero, de pronto, comete un error. Una válvula ha quedado abierta sobre la bandeja, e, inmediatamente, todo aparece cubierto de sangre. Lo inesperado de esta aparición silenciosa y la cantidad de sangre que llena la bandeja casi me paran el corazón. Me siento casi abrumado por una náusea densa y dulzona, como si mis órganos estuviesen fundiéndose como chocolate cuando hace calor. Pero la enfermera, que sigue trabajando en medio de tanta sangre, obtura la rendija, para la sangría, recoge los paños empapados, extiende otros limpios y limpia los tubos. Todo este acto de limpiar la sangre lo realiza con destreza profesional, casi como una operación mágica. Quedo desconcertado por la ligereza y rapidez con que actúa esta mujer china. Por lo que al viejo se refiere, no se ha enterado de nada. La enfermera filipina me dice: «Está usted un poco pálido, ¿quiere que nos vayamos?». Por el camino se pone a hablarme de sí misma, es monja y pertenece a una Orden dedicada a cuidar enfermos.

No era solamente la sangre. Si se hubiese tratado de sangre normal y corriente. Pero es que era sangre envenenada. Se dice que esta gente pone toda su esperanza en el trasplante de riñones. Pero no los habrá para ellos. Todos estos hombres y mujeres están condenados a muerte. Los despojos metabólicos, evidentemente, están dañándoles el cerebro. Pero, a pesar de todo, estas enfermeras y estos ayudantes del hospital son gente cortésmente emotiva, tierna en grado sumo para con estos pacientes, que si siguen vivos es únicamente gracias a las máquinas, muestran una piedad maravillosa y, al mismo tiempo, amorfa, un amor potente, pero, en cierto modo, indiscriminado, hacia esta gente.

El doctor Fulcher, el jefe del hospital, lleva camisa beige de diseño oriental, abierta en el cuello, de una forma que no parece, en absoluto, negligente, y un traje color cervato. Es un hombre grandote, elegante en sus maneras, calvo. En torno a su cuello cuelga un medallón de ónice pardusco, y sus dedos ostentan grandes y complicados anillos de plata. Tiene un gran sentido de lo que lleva consigo el estar en la cima. Es de palabra viva y gráfica y aquí es él, su presencia, la que manda. En una situación en la que un hombre blanco se mostraría reservado y cauto, él es, por el contrario, exuberante, campechano. Después de todo, es el jefe de esta vasta (aunque ruinosa) institución, y actúa como tal. Es un gran político, un maravilloso artista.

No era de extrañar que *Harper's* perdiese millones de dólares, publicando este tipo de cosas. Esto es lo que habría dicho Dewey Spangler, muy divertido.

Y Corde le habría respondido..., pero no le respondió, al fin y al cabo. El día casi llegaba a su fin, y él se había dicho: ya he perdido demasiado tiempo en este tipo de cosas. ¿Por qué no irnos a dar un paseo? Todavía nos queda una hora de luz solar.

Le dijo a Minna:

—¿Qué tal si salimos a tomar un poco de aire fresco?

Pero los primos venían de visita a las cuatro.

Gigi preguntó:

—¿No te gustaría tomar una taza del té «Twining», el que trajiste tú de Chicago?

IX

Y ocurrió, finalmente, la cosa por cuyo motivo habían llegado allí desde Chicago. Bien, se dijo Corde, hablando consigo mismo, allí estaban para ver a Valeria..., ¿no era así? O, dicho de manera más clara, para despedirse de ella, ¿vale? Y, a pesar del coronel, habían conseguido su propósito, ¿verdad?

Llamó el hospital mientras ellos se estaban desayunando, a la mañana siguiente. La vieja prima Dincutza fue quien cogió el teléfono. Corde se acercó también al saloncito. La vieja estaba en pie, inclinada, apretando la cabeza, baja, al teléfono. Le hizo un ademán con el brazo como prohibiéndole acercarse más. Con su viejo rostro le hacía señas. Sí, esto era, había ocurrido por fin. Colgó el instrumento y dijo, en voz baja:

—*Elle est morte, Valerie est morte!*

Y, sin más, corrió, pasando junto a él, al comedor, donde Corde la oyó decírselo a las mujeres.

Cuando entró, Minna tenía un aire duramente ausente. No parecía necesitar consuelo alguno de su marido. Ya había hecho preparativos para aquel momento. Dijo:

—Tenía razón, Albert. Si se hubiera muerto aquella noche, nunca la habría vuelto a ver. Precisamente esta mañana estuve hablando con la doctora Drur. Madre murió un poco después, justo antes de las nueve.

—Ya. Bueno, y ahora, ¿qué es lo que tenemos que hacer? Me imagino que habrás pensado en lo que tenemos que hacer.

—Sí, claro que lo he pensado. Esta noche es Nochebuena.

—Sí, no, la verdad es que he perdido la cuenta.

—Bueno, trataremos de que el funeral sea el día después de Navidad. Tendremos que dar instrucciones inmediatamente. Traian nos echará una mano. Ya hablé de ello anoche con Ioanna. Petrescu llamó a la puerta hace rato, antes de que nos pusiéramos a desayunar. Hablé con él cosa de cinco minutos. Ya sabía que había muerto, me parece.

—¿Petrescu?

—Sí, está en contacto. Siempre fue así. Vigila desde lejos. Me dio algunos consejos sobre lo que convenía hacer.

—¿Y qué es lo que conviene hacer? ¿Certificado de defunción? ¿Pompas fúnebres? Me pongo yo hoy mismo en movimiento.

—Petrescu me dio un número por si queremos hablar con él esta mañana. Y luego tenemos a Dincutza, que debe de tener ya más de ochenta años. Sabe mucho de estas cosas. Y, sea lo que sea lo que haya que hacer, todo resultará mucho más fácil con cigarrillos.

—Compraré más «Kent».

—Sí, justo lo que quería decir. Traian te llevará al «Intercontinental». Pero haz el

favor de ir a ver lo que está haciendo Gigi.

La tita Gigi estaba en la cocina, con Dincutza. Corde las encontró allí a las dos, gimiendo. Y entonces Gigi le dijo a Corde que quería bajar a ver a Ioanna, para decirle lo que había pasado. El ascensor se había atascado. Al salir a la fría escalera, Corde echó un chal sobre los hombros de Gigi y la ayudó a llegar a la garita de la portera. No tenía mucho sentido que Gigi bajase a ver a Ioanna, cuyo papel precisamente era contárselo todo a la Policía, pero, por otra parte, ¿qué tenía que ver el buen sentido con todo aquello? En la caverna de la portera, las dos mujeres se hundieron juntas en una cama pequeña, abrazándose y rompiendo a llorar en la alcoba. La foto de Valeria estaba sobre la mesita de noche, y en la pared había fotos del dictador y su mujer. Corde volvió a recorrer el vestíbulo, donde había obreros con azadas, levantando una polvareda, mezclando cemento para reparar las paredes agrietadas. Subió de nuevo al apartamento. Minna, muy delgada y seria, miraba sin ver, tenía un cerco negro bajo los ojos, y estaba hablando de los detalles del funeral con Dincutza.

Subió Traian y se dejó caer sobre una silla de respaldo enhiesto que estaba junto a la puerta. Iba todo envarado en su chaqueta de cuero de numerosas cremalleras, y había adoptado un aire decente, esto es, dignamente deprimido en la casa del luto. Estaba completamente a disposición de Minna y tenía tiempo sobrado para hacer lo que hiciese falta. No era cosa fácil conseguir un certificado de defunción. Primero había que ir al hospital. Eran necesarios autorizaciones, papeles oficiales, los que fuesen.

—Tendremos que recorrer la ciudad entera —dijo Minna.

Corde se sintió lleno de agradecimiento a Traian, con sus mechoncitos mexicanos en las comisuras de sus abultados labios. Había pedido el día libre, y después de Navidades estaría también a su disposición.

Compró más cigarrillos en la tienda de divisas. Una cajetilla o dos de «Kent» extralargos ahorrarían aburridísimas horas de espera. Del «Intercontinental» fueron en coche al hospital y, después, a cinco o seis edificios gubernamentales; Corde, en el asiento delantero del «Dacia», había perdido la cuenta. Traian sabía lo que estaba haciendo. Parecía raro, pero el chico aquel era un verdadero experto. Traian, con su gorro y su chaqueta de cuero y sus ojos que parecían de pulpa verde de uvas, era increíblemente eficiente. Con él no había que esperar. Iba derecho a la cabeza de la cola y se plantaba ante la mesa, haciendo audazmente las señales de rigor, poniendo sobre ella los cigarrillos. Era muchacho firme, práctico y su vientre le daba más peso específico que en el caso de gente más ligera. Fue él quien se encargó de los documentos, mientras Minna pagaba los derechos y firmaba los papeles. Minna se mostraba firme, realmente muy fuerte, y Corde nunca habría pensado que pudiera resultar ser tan fuerte. No tenía habilidades prácticas, nunca las había necesitado. Era Valeria quien lo hacía todo por ella. Pero ahora las fuerzas de Valeria habían pasado a su, hasta entonces, ineficiente hija. Así me echará también una mano a mí, pensó

Corde. Era una reflexión de puro sentido común, carente de todo peso emocional.

Para comienzos de la tarde ya tenían todos los documentos necesarios. Había sido un récord de rapidez, habría dicho Corde. Traian fue al horno crematorio en el coche, a pesar de la lluvia helada. Los bloques de viviendas para obreros y los edificios gubernamentales estaban cubiertos con enormes retratos del presidente. Su rostro, de cinco pisos de altura, se agitaba y flotaba a merced de ráfagas de lluvia. Esta debe ser la manera de aquí de enfrentarse con el sentimiento navideño, se dijo Corde.

Llegaron al horno crematorio, en un edificio situado sobre la cima de una eminencia, con una gran cúpula. Como era de esperar, en el jardín había pequeños cipreses y a ambos lados de las puertas se veían bajorrelieves de las Gracias, en actitud de luto, en parte al estilo de Puvis de Chavannes y en parte reflejo del realismo socialista. Aquí, como en todas partes, Traian parecía saber exactamente lo que convenía hacer. Corde y Minna lo siguieron hasta la mesa, porque no había oficina, y allí se pusieron a hacer los preparativos con el camarada funcionario, que llevaba jerséis, pañuelos, abrigo y sombrero de astracán. Pero el astracán era de imitación. No resultó nada difícil la cosa, después de todo, y este funcionario, que no era hombre triste en absoluto, resultó, por el contrario, más sociable y hasta charlatán de lo normal. El papeleo lo resolvió su ayudante, que era una chica joven, ya en el séptimo u octavo mes de embarazo. El embarazo, según parece, mantiene caliente el cuerpo, por causa del doble metabolismo, o algo así había oído Corde, por lo menos. En fin, que la chica era la única de todos ellos a quien el frío no parecía afectar. Había una estufa verde, marca «Nuremberg», pero el camarada funcionario se la reservaba enteramente para sí. Detrás de Corde había ya otra persona en duelo, con el abrigo abrochado hasta la barbilla; era un hombre fornido, grandote, de rostro rojo e hinchado, pero esto, probablemente, era consecuencia del dolor que sentía, agravado por el terrible frío. Sus ojos azules y saltones estaban fijos en la estufa de azulejos. Pasó la mano por encima del hombro de Corde, tratando de calentarse los dedos, grandes y deformes, mientras el camarada funcionario, sentado, recibía tiras de papel de su ayudante y se servía de dos clases de goma para pegarlos a los documentos — un documento tras otro —, pero sin dejar de hablar un solo instante durante todo el tiempo. Preguntó si querían un sacerdote para la ceremonia. ¿Un sacerdote? Minna se volvió a Corde. No, nada de sacerdotes. Valeria era religiosa, pero en el cementerio se dirían oraciones, cuando pusieran sus cenizas en el nicho familiar. Todo eso había sido dispuesto por la misma Valeria. ¿Y de música, qué? Había dos posibilidades: la marcha fúnebre de Chopin o, también muy adecuado, Beethoven, el andante de la Tercera sinfonía. Cuatro minutos de cinta magnetofónica. Minna dijo que prefería Beethoven, y el gorro de astracán asintió repetidas veces, escribiendo diligentemente y teniendo la pluma sujeta entre el pulgar y los dos dedos del medio, con el índice apuntando hacia delante, como levantándose sobre los papeles. Y, a continuación, muy cortésmente, en la esperanza de una buena propina del marido norteamericano, el camarada funcionario guio a los dos al centro de la estancia, que era donde tenían

lugar las ceremonias funerales. Había dos hileras de sillas para los principales dolientes y, bajo el centro mismo de la bóveda, en medio de una frígida depresión, se veía algo que parecía un barril metálico y se abría longitudinalmente. Era el ataúd. Cuando se cerraban las dos mitades del barril, el cuerpo era bajado mecánicamente para la incineración; era el mismo mecanismo de acción doble. En aquel lugar, solamente allí, ascendía el calor desde el fondo. Corde y Minna se alejaron de él.

Había flores, ciclaminos sobre todo, pero lo que no había era luz suficiente para distinguir su colorido. Las plantas habían sido dispuestas en el suelo, donde se esponjaban a su gusto, ya que lo que ellas necesitaban era precisamente temperatura baja. Encima de ellos se veían cajas cuadradas que contenían ceniza y estaban almacenadas como latas de té «Twining». Cada una de ellas tenía una fotografía y las fechas del nacimiento y la muerte, además de una indicación como «Militante», «Ingeniero», «Maestro». Tantos rostros contemporáneos, como transeúntes sacados al vuelo por un fotógrafo callejero. Sin duda se trataba de víctimas del terremoto. Había gente que decía haber visto los edificios convertirse en polvo al derrumbarse. Pero ¿qué hacían allí, al cabo de tanto tiempo, aquellas cajas? Era porque todavía no habían preparado terreno consagrado para ellos, como Traian explicó a Minna. El régimen andaba escaso de cementerios, y las tumbas costaban un ojo de la cara. Pero lo que no se entendía era el motivo de aquella congestión; después de todo, había tierra de sobra más allá de los suburbios. Dincutza, temblorosa, había hablado de esto en casa, añadiendo que ella no estaba criticando a nadie, por supuesto, se limitaba a decir que Valeria había comprado tumbas en el año de la muerte del doctor Raresh, cuando todavía formaba parte del Gobierno, y había mandado levantar el monumento de granito y poner dos bancos. Poseía también varias parcelas más y había prometido una al ingeniero Rioschi, que solía llevarla en coche con frecuencia al cementerio a cuidar de la tumba del doctor Raresh. Dincutza afirmaba chillonamente, y la verdad era que, a veces, aquella mujer se parecía al caballo picassiano del *Guernica*, *Nous savons combien elle aimait son mari*. Rioschi, por si no lo sabían ustedes, no quería verse almacenado allí, con tantas otras latas, en el crematorio, cuando le llegara el turno, de manera que estaba encantado de hacerle a Valeria el favor de llevarla en el coche al cementerio. Este había sido el acuerdo entre ambos. Rioschi, después de todo, era soltero.

El sombrero gris de astracán se movía ahora más rápidamente delante de ellos, y Corde se dijo que iría a llevarlos a una capilla del tipo que fuese, algún lugar donde pudieran ver el cadáver antes de la ceremonia. Pero, nada de eso. Los llevó a un pasillo curvo, donde había nichos encortinados, altos y oscuros. Y entonces Corde se llevó una gran sorpresa al ver un par de zapatos que salían por entre las cortinas transparentes y verdosas. Las suelas le rozaron, eran los pies de un cadáver. A continuación vio los pies de una mujer, con tacones altos. En aquellos nichos, o cunas, tan fríos, los cadáveres estaban ataviados con sus mejores ropas, y cada uno yacía en un ataúd poco profundo, semejante a una batea, dé manera que apenas era

visible; estaban cubiertos con un tejido algodonoso, apenas más grueso que una red contra insectos o una estopilla. Un cadáver, muy alto, con grandes bigotes balcánicos, tenía junto a la cabeza el sombrero y sus manos apretaban una cartera contra el pecho.

Señor, qué ignorante y extraño soy para los demás hombres. Había pensado que sería capaz de comprender bastante bien las cosas, pero no era así.

El camarada funcionario dijo que había querido mostrar a Minna el lugar a donde llevarían a Valeria cuando la trajeran del hospital, al día siguiente.

—No, muchas gracias, no —dijo Minna.

Se acordó que la hora de la ceremonia sería a las diez de la mañana del veintiséis.

A continuación había que ir a la funeraria, y el problema estaba precisamente en coordinar todas aquellas actividades. Había que mandar el coche fúnebre al hospital y que allí el cadáver estuviese listo.

En el oscuro local había ataúdes terminados amontonados contra las paredes. Pero eran en realidad medios ataúdes, sin tapa. Un artesano viejo tenía uno sobre un caballete, clavándole con tachuelas el fino forro, de modo que quedara un sencillo reborde a lo largo de la parte superior. Retrepada contra la estufa de azulejos, el lugar privilegiado, una mujer vieja y obesa, cubierta con muchos jerséis y un sombrero redondo de piel, repetía un encargo roncamente, al tiempo que escribía. La piel de su sombrero entonaba con el vello de su rostro. Sus labios se curvaban continuamente hacia dentro. No era que estuviera mascando, sino que no tenía dientes, y daba la impresión de estar saboreando su propia boca. Daba órdenes a los hombres, gruñendo e intimidándoles, pero se puso muy contenta cuando Minna le pagó y Traian le dio dos cajetillas de cigarrillos. Al mismo tiempo que metía el dinero en el cajón levantó torpemente su corpachón para coger los «Kent».

Corde dijo:

—¿Nos podemos ir a casa ahora?

—Sí, no hay nada más que hacer por hoy, excepto ver si podemos poner un anuncio en los periódicos. Esto es lo que nos toca ahora. Luego Gigi y yo tenemos que escoger la ropa que va a llevar Valeria para el funeral. Traian las llevará al hospital.

Volvieron, sorteando las calles congeladas. El único calor que sintieron aquel día fue el que salía de debajo del ataúd. El día anterior, Corde había sugerido a Minna salir a tomar el aire, pero ahora lo único que quería era volverse a su cuarto.

Cuando volvieron, encontraron la mesa del comedor flanqueada por primos viejos, que habían llegado con pequeños regalos para los dolientes. Gigi, vestida de negro, estaba desenvolviendo pasteles y botellas en el aparador. Los pasteles, como las viejas señoras que los habían preparado, eran suavemente picantes. Gigi le dijo a Corde:

—Te han llamado por teléfono dos personas... Una del extranjero, pienso que sería tu Universidad de Chicago, y el otro dijo que volvería a llamar.

¿Quién sería el otro? Dewey Spangler, pensó Corde, dándole cuenta de sus gestiones cerca de la Casa Blanca.

No se fue con los primos. Se sentía agotado: tanta visita a oficinas y al crematorio y a la funeraria, todo ello le había dejado muy cansado, y luego el esfuerzo de dar conversación en francés a toda aquella gente era excesivo.

Los primos, además, no habían venido a hablar con él, únicamente lo hacían por cortesía. No era aquel el momento de ponerse a intercambiar frases en francés. Se metió en su refugio, su santuario, su celda. Allí tenía su botella particular, y su cama; y también sus flores. Para con las flores se sentía ahora ligeramente negativo, como si le hubieran traicionado floreciendo en el crematorio. Ahora quizá fuera necesario un esfuerzo de reconciliación, y esta idea tan irracional no le turbó en absoluto. Después de todo, no hay más remedio que aceptar las cosas como son.

Sonó el teléfono, y Minna se asomó y le dijo:

—Para ti, querido.

Corde cogió el instrumento.

—¿Albert?, aquí Dewey. Hasta ahora no he tenido ningún éxito con esos patanes georgianos. Puedo seguir intentándolo, si quieres...

—No, deja, ya no tiene objeto...

—Ah, lo siento, chico. ¿Se murió?

—Esta mañana, temprano. El funeral es el día después de Navidad.

—Quizá no tengas ánimos para que nos veamos como habíamos quedado —dijo Dewey—, me hago cargo.

—¿Cuándo te vas?

—El veintiséis por la tarde.

—¿Y por qué no esa misma tarde..., después del funeral? Lo más probable es que entonces yo aquí esté de sobra. Habrá muchas visitas.

—Sí, podría ser. No es mala idea eso de escabullirse un rato y tomar una copa. Todo eso tiene que ser completamente extraño para ti.

—Bueno, no del todo.

—Claro, después de todo, tú querías a la vieja.

—Sí, desde luego.

—Extraño..., bueno, lo que quise decir es que un norteamericano, en medio de una familia extranjera... Eso, para mí, sería una experiencia insólita. No me dijiste que la madre de Minna había sido amiga de Anna Pauker, y había conocido a Thorez y a Tito. Me enteré de esto ayer mismo hablando con un veterano. Me habló de ella, y de toda esa generación estalinista.

—Pero esta gente no era estalinista. Eran, simplemente, gente apolítica que se metió en política.

Corde estaba empezando a preguntarse si Dewey no estaría pensando en la posibilidad de hacer un artículo sobre Valeria. Después de todo, él tenía que hacer dos artículos a la semana para su cadena de periódicos.

—¿Y qué tal tu mujer? —preguntó Dewey.

—En este momento está organizando el funeral y esas cosas, pero está bien.

—Sí —dijo Dewey—, esas cosas se sienten después.

—Sí, he oído decir eso más de una vez.

—Pobre mujer. Ah, una cosa, antes de que se me olvide. No hay noticias de Chicago sobre tu asunto. A menos que hayas oído tú algo de otras fuentes.

—Es la calma chicha navideña. Los miembros del jurado se enfadarían mucho si no tuvieran derecho a disfrutar de las Navidades.

—Bueno, Albert. Te volveré a llamar para ver si nos vemos, después del funeral quiero decir. Ahora ando de cabeza, pero siempre se encuentra un momento libre antes de salir para el aeropuerto.

Al tiempo que colgaba, Corde echó una ojeada al comedor, pero sin llegar a entrar. Había en la mesa cuencos llenos de berenjenas. La cena sería tarde después de que los primos se fueran. Allí no había mucho que comer. Solo restos. Pero en Occidente todo el mundo comía demasiado y a veces Corde pensaba si el exceso en el comer no resultaría dañino para la gente, reduciendo su agilidad mental. Estaba tratando de explicarse el reciente incremento de su agudeza mental, y ahora le parecía posible que allí sus procesos mentales fueran más claros. Era evidente, en tal caso, que el ayuno y la interrupción de las costumbres rutinarias eran beneficiosos. Pero también era cierto que, si sus ideas eran allí más claras, también eran mucho más raras. Por ejemplo, era indudable que Valeria estaba muerta. Había muerto, y estaba muerta, y se habían tomado todas las medidas necesarias al respecto. Pero, para él, no estaba muerta, eso le resultaba evidente. No le habría parecido exacto afirmar que lo estaba. Esto podría ser calificado de ilusión consoladora, una forma corriente de debilidad, pero, en realidad, no tenía nada de consolador, absolutamente, y a él no le producía consuelo alguno. Ni tampoco podía decirse que se pareciera en nada a una ilusión. Era, más bien, algo así como un hecho interior del que se había acabado dando cuenta, a pesar de que no lo había buscado. Y tampoco sentía deseos de buscarle una causa «racional», la racionalidad de este tipo le dejaba frío, porque no estaba en deuda con ella, era más bien lo particular lo que le interesaba...

Volvió a sonar el teléfono y fue Corde quien lo cogió. Tenía el presentimiento de que iba a ser de Chicago, y no quería que lo cogiese Minna. Y acertó. Era el director.

—Te deseo muy felices pascuas.

A continuación le preguntó qué tal estaban. ¡Pues, mal! Hombre, sentía de verdad enterarse de tan malas noticias. Le pidió que le transmitiese su más sentido pésame. Corde gruñó:

—Gracias. Muy amable, Alee.

El director, además de ser uno de los hombres más astutos de la historia de la Humanidad, era también persona fuerte, el perfecto hombre fuerte norteamericano de nuestros días. En cuanto se ponía uno en contacto con él, se sentían sus músculos. Witt era la persona más suave, previsor y cauta del mundo, hombre de magistral

cortesía, extremadamente considerado, que había tomado, o, mejor dicho, decidido fríamente, adoptar un papel de gran suavidad, y esto a Corde le parecía bien, en términos generales. Bueno, de acuerdo, él estaba dispuesto a adaptarse al papel que fuese y a satisfacer las necesidades de cualquiera, dentro de sus posibilidades, por supuesto, pero estaba empezando a encontrar las maneras sumamente pulidas y estudiadas del director algo difíciles de aguantar, sobre todo desde que se hallaba metido en todos aquellos problemas.

—No sabes lo que me gustaría poder expresar a Minna lo muchísimo que siento esto. ¿Está ahí cerca? Siento muy de veras la muerte de su madre...

—Le he dicho que duerma un poco —dijo Corde.

—Sí, claro, pobrecita, necesita un poco de reposo.

La gran reputación de Minna, su importancia académica defendían a Corde contra el director. Nunca se había dado cuenta de este detalle, pero ahora lo veía con toda claridad.

—Me figuro que no será posible enviar flores por cable a Europa Oriental —dijo el director.

—No sé, a lo mejor se puede; te resultaría más fácil a ti averiguarlo allí.

—Por Dios, Albert, no se me ocurriría molestarte con tales nimiedades. Tienes que andar de cabeza estos días.

—¿Ha pasado algo nuevo, en el terreno legal quiero decir?

—Es posible que no te hayas enterado de que tu primo te ha citado como testigo —contestó el director.

—¿Ah, sí?

—Mr. Detillion quería interrogarte para demostrar que la Universidad está muy implicada en el caso. He estado hablando con nuestra asesoría jurídica...

—Con abogados de verdad...

—No tienen punto de comparación —dijo el director—, no es que yo quiera hacer de menos a tu primo, eso por supuesto, es posible que tú todavía le tengas afecto, pero estos son abogados de categoría. Naturalmente, no tienes necesidad ninguna de aceptar la citación. El asunto lo ha estudiado el fiscal del Estado. Pero ocurre que los periódicos han dado cierta importancia a la citación, y esto era precisamente lo que quería tu primo. ¿De dónde ha salido tanto apellido francés en tu familia, Albert?

—La explicación familiar es que son resto de la venta de Luisiana. Napoleón vendió Luisiana a Thomas Jefferson con todo lo que contenía, para sacar dinero con que sufragar su invasión de Rusia... Bueno, la verdad es que siento de verdad estar dándole tantos quebraderos de cabeza a la Universidad.

—No, Albert, por favor, no tiene la menor importancia, son cosas de poca monta.

Witt no quería reconocerle la talla necesaria para plantear problemas a un hombre como él, y esto era lo que querían dar a entender sus palabras. Pero en ellas había auténtica amargura, y Corde la percibió. Llegaba a sus oídos, a través del satélite de comunicaciones perfectamente clara e inequívoca. Corde, en cualquier caso, estaba

en una situación difícil, una situación que le permitía al director desde todos los puntos de vista: los dientes superiores, prominentes; las arrugas, que parecían sobredoradas, debajo de las orejas, la constante apariencia de deferencia y amabilidad, mando, presión, amenaza..., como un tira y afloja incesante. No, Corde no le caía simpático, y pensaba que su nombramiento como decano había sido un error, y ahora le tocaba a él, el director, afrontar las consecuencias. Corde era un elemento extraño, no había llegado a aquel puesto desde las filas académicas, no había sido formado por un proceso de esos que terminan en un doctorado en Filosofía, y ni siquiera estaba claro el motivo que le había inducido a sentir la ambición de hacerse directivo universitario, o siquiera administrativo.

El director seguía hablando:

—Nuestra gente ha estado hablando con Mr. Grady sobre esta citación insensata. Pero como tú estás de viaje y no puedes aceptarla, pues todo es en broma.

—¿Y mi sobrino?

—Llegó, se entregó, y tu hermana dio la fianza, de modo que el muchacho ahora está en libertad. El veredicto del jurado de acusación no valdrá, porque no hubo vista preliminar. Pero el fiscal quería demostrar que había amenazado a los testigos, lo cual, mucho me lo temo, es verdad.

—Tú sabes más del caso, sin duda.

—Dudo que les disparara un tiro.

—¿Porque soy tu tío?

—¡No, no! —dijo Witt, de nuevo suave—, nadie es responsable de sus parientes, no somos nosotros quienes los escogemos.

—Lo que pasa es que parece ser que tengo más parientes malos que la gente normal.

—Lo arreglaremos, no te preocupes —dijo el director.

Witt había considerado necesario desde el principio ir llevando a Corde paso a paso, preparándolo, enseñándole, asegurándose de que interpretaría de manera correcta la política de la Universidad, tanto en el terreno presupuestario como en el educativo e institucional. Pero, y era Corde mismo quien estaba diciéndose a sí mismo todo esto, como en lugar del director, había en el decano algo inasible, un atasco emocional, un problema, un *fatum*. Corde se daba cuenta ahora de que uno de los problemas humanos de siempre, presente en todas las épocas de la Humanidad, era el problema de no ser tonto, un problema verdaderamente terrible. Oh, la opresión, ese temor de tontos. Taladraba la nariz, cegaba los ojos, partía el corazón de vergüenza. Y, para Witt, que era hombre de poder, Corde era un tonto, aunque para él ocultar eso fuese una necesidad estratégica para un hombre como Witt, una especie de sacrificio (el sacrificio de no soltar, sin más, lo que pensaba, gritona, burlonamente) que no había más remedio que hacer para ser un verdadero administrador. Había cosas que era preciso tener a raya. Pero, en todo caso, había que tener en cuenta la infraestructura brutal de Witt, que no era posible camuflar. Witt,

pensaba Corde, tenía un deseo brutal de hacerle ver, de transmitirle, por medio de sus tretas bien perfeccionadas, que era un completo imbécil. Y es que Witt estaba enfadadísimo con Corde, porque lo había vuelto todo del revés con su torpona y elevada seriedad, y no era principalmente el caso Lester lo que había provocado la ira del director, la verdadera causa de su irritación era que hubiese publicado aquellos artículos de revista sin dar antes a la Universidad la oportunidad de examinarlos. El publicarlos así, sin someterlos antes a la aprobación de la Universidad era algo heterodoxo, insólito, peligroso a más no poder..., ¡vamos, algo completamente fuera de tono! Corde había atacado..., bueno, cabía preguntarse a quién no había atacado Corde: a políticos, a hombres de negocios, a grupos profesionales, había llegado incluso a meterse con el gobernador. Era posible que hubiesen llegado a él sugerencias procedentes de las alturas, a través de los canales más discretos que cabe imaginar, indicándole que este decano, después de todo, no era imprescindible ni mucho menos. Por su parte, Corde no quería defenderse con el prestigio de Minna, pero Minna, quieras o no, estaba en el ajo, y esto, para Corde, era un delicado problema táctico, pero el director, pensaba Corde, sentía una satisfacción profesional en aquellas maniobras, en operaciones que requirieran un alto nivel de habilidad.

Había oído decir al director:

—Lester era uno de nuestros estudiantes graduados, y no hubiéramos podido desentendernos de este caso, habría habido que investigarlo, desde luego. Después de todo, no olvides que fui yo quien autorizó la recompensa.

Corde recordaba esto, pero también recordaba lo claramente que el director se había sentido impresionado por la emoción del decano, por su rostro todo colorado y sus ojos hinchados.

—¿Qué veredicto piensan los asesores jurídicos que dará el jurado?

Con esta pregunta, lo que realmente quería saber Corde era cómo pensaba la Universidad qué iría a salir del caso Lester.

—No se pide una sentencia de muerte.

—No quería decir yo eso tampoco.

—Sí —dijo Witt—, has expresado con bastante claridad tu punto de vista en *Harper's*. La pena capital..., según tú, nadie tiene las manos tan limpias como para apretar el botón. ¿Qué es lo que dijiste?, ah, sí, «las bestias oficiales...».

Lo que quería decir Corde..., bueno, como si al director le importase en realidad cuál era la actitud de Corde. Witt le despreciaba. Y tampoco, a decir verdad, se consideraba Corde a sí mismo completamente inocente. Estaba dispuesto a confesarse a sí mismo que al escribir aquellos artículos, no había estado acertado del todo. Dewey Spangler tenía razón en esto, al menos en parte. Había una especie de anarquía en los sentimientos de que estaban imbuidos aquellos esbozos, una corriente incontrolada de «poesía», la pasión por la verdad que había inundado sus venas en su adolescencia. Los esbozos aquellos eran toscos, borradores, ¿dónde se veía, en ellos, el control de la experiencia profunda? No existía. Él mismo se había sometido a la

prueba de la tontería, y había salido suspendido de ella. Y ahora tenía que enfrentarse con un hombre como Alee Witt, representante del poder, maestro en la tortuosidad más refinada, como solían ser los verdaderos representantes del poder. Corde había retado a este mundo, a esta «verdadera superpotencia», sin prepararse antes reflexivamente, sin tener en cuenta la magistral tortuosidad, en resumidas cuentas, que se había presentado desnudo ante el enemigo. ¡Y tenía que haber ocurrido este día, precisamente este día en que Valeria yacía, muerta, en el depósito de cadáveres del hospital...!, esto deprimía muchísimo al decano, pero, por raro que pareciera, cuando volvió a él la ola de depresión, subiendo de su hondo horizonte, le devolvió también la idea de intentar una nueva embestida al caso Lester. ¡Y esta vez, hacerlo bien!

Pero el director no le había telefoneado desde el mundo libre para debatir la pena capital con un decano idiota lleno de altos principios morales. Witt estaba ahora al borde mismo de decirle la verdadera razón de su telefonazo. La profunda corriente atlántica corría entre ambos. Estaban a..., ¿a qué distancia...?, ¿a diez mil kilómetros de distancia el uno del otro? No hubiera sido posible mantener una conversación como esta en los viejos tiempos, eso desde luego.

—¿Cuándo piensas volver?

—Para el nuevo curso. Minna tendrá que poner en orden las cosas de su madre..., lo que ha dejado, por poco que sea. Y también tiene que ir a Monte Palomar; perdió sus días de telescopio.

—¿No has visto todavía a Vlada Voynich? —preguntó el director.

—La esperamos de un momento a otro. Su hermano me dijo que llegaría para Navidad.

—Nos ha contado que sentías gran interés últimamente en las investigaciones de Beech.

—Bueno, puramente como lego en la materia —dijo Corde.

—Sí, bueno, claro, por supuesto, con un tema como ese. ¿Tienes verdaderamente intención de escribir sobre ello?

Corde respondió, con su voz de bajo:

—Bueno, eso es lo que él quería... fue él quien me lo propuso. Me envió toda la documentación.

—Sí, eso es lo que me dijo Vlada. Pero todavía no has decidido nada en firme, ¿no es eso?

—No he estado pensando mucho en ello. He aplazado el asunto para más adelante, porque no me gustaría tomar decisiones apresuradas, porque, si va a haber nuevas polémicas..., querría dominar bien el tema.

Esto, sin duda, tranquilizaría algo al director, pensó Corde, pero, por el contrario, tuvo la virtud de inducirle a forzar más aún la presión.

—Esas cuestiones ambientales, ecológicas, son sumamente complicadas.

—No lo haría si solamente fuese eso. No quiero complicarme la vida con la

ecología. Pero es que me interesa Beech personalmente. La personalidad de un hombre de ciencia, su idea del mundo moderno. Pero, en cualquier caso, pienso dejarlo hasta poder hablar de ello con Minna, y ahora no está para esas cosas. Hablaré con Vlada Voynich, que me trae más documentación.

—Sí, eso me dijo, y le he dicho que te lleve copias de cartas...

—¿Qué clase de cartas?

—Pues cartas que hemos recibido..., sobre los artículos esos de *Harper's*.

—¿Y qué son, quejas a la Universidad, objeciones?

—Nada que te vaya a quitar el sueño. Pero sí que hay muchas cosas curiosas. Es sorprendente lo que se irrita la gente por nada y la diversidad de las reacciones que se producen. Vas a encontrar esas cartas verdaderamente dignas de reflexión. No me gustaría deprimirte en un momento como este, y ya te digo que no tienes por qué preocuparte de lo que está pasando aquí, todo está bien controlado, y puedes estar seguro de que estoy siempre pendiente de Lydia Lester. Estuvo estupenda como testigo. Bueno, pero estabas tú aquí entonces. Con lo frágil que parece, y luego resulta que es una chica de lo más terne.

Cada una de las palabras del director tenía la virtud de aumentar la inquietud de Corde.

—No van a ser unas buenas Navidades para la pobre Minna. Dile, por lo menos, que pensamos que nos será posible conseguir que Monte Palomar le dé otra fecha para el telescopio. Bueno, pues, de acuerdo, te esperamos por aquí después de primero de año.

Corde le explicó todo esto a Minna a la luz insuficiente del candelabro de la mesa del comedor, con los hilos cubiertos de cinta adhesiva negra y retorcidos que salían del estuco resquebrajado.

—Alee Witt. Felices pascuas y su más sentido pésame. Y que no te preocupes por el telescopio. Y que Vlada Voynich está al llegar.

Gigi sirvió la cena temprano, y todos comieron pensando en otras cosas. Para la cena de Nochevieja, la mesa había sido engalanada con mantel y servilletas de Holanda bordados en rojo. Corde se acostó temprano. Aquel veinticuatro de diciembre había durado ya bastante.

El día de Navidad por la mañana encontraron todos regalos junto a las tazas de café. Las viejas guardaban el papel y las cintas de envolver de un año para otro. Había toda clase de tesoros en los armarios. Cajas llenas de adornos de antes del comunismo. Gigi puso sobre la mesa los ángeles navideños que Minna recordaba de su niñez. Estaban hechos de forma que flotaban lentamente sostenidos por alambres que irradiaban de un disco que se ponía en movimiento al calor de una velita. Pero el juguete no funcionaba.

—Valeria sabía siempre ponerlo en marcha —dijo Gigi.

Iba de luto riguroso y alargaba el cuello cuanto podía, inclinándose para encender más cerillas. Se había peinado cuidadosamente el pelo corto, ahuecándolo, pero su

nuca seguía pareciendo un almiar.

—A lo mejor son las velas —dijo.

Buscó en los cajones de la cómoda, para ver si daba con las velas que valían, pero no sabía dónde las habría guardado Valeria. Corde se puso a arreglar los alambres. Los norteamericanos, después de todo, tenían fama de manitas en esto de la mecánica, pero la verdad era que él no sabía cómo arreglar aquello, y lo único que hizo fue doblar torponamente el juguete. Los cuatro ángeles colgaban. Estaban acabados. Valeria se había llevado su secreto a la tumba.

—Bueno, pues abrid vuestros regalos —dijo Gigi.

A Minna le había dado una blusa campesina, y para Corde había un gran reloj de oro que había sido del doctor Raresh. Corde, sorprendido, se quedó mirándolo: los números eran elegantes, y en la punta de la manecilla de las horas había una elegante onda. Para ponerlo en hora había que apretar un pequeño resorte con la uña del dedo pulgar. Se lo metió en el bolsillo de su chaqueta de punto y, al inclinarse para beber el café sintió el peso de aquel tarugo de oro en la cintura. Se dijo que, después de Londres, y, sobre todo, después de la exposición de Rowlandson y de cenar en el «Étoile», Valeria le había aceptado como miembro completo de la familia. Cuando él trataba de cogerla por el codo, porque ya no podía sostenerse bien en pie derecho ni conservar el equilibrio, y ella le apartaba el brazo, Corde se había sentido deprimido, algo así como si un grueso lápiz negro hubiera borrado de un tachón sus sentimientos. Pero no era eso lo que quería decir Valeria, al contrario, fue entonces cuando terminó su período de prueba.

La mañana era soleada. Corde examinó detalladamente el reloj en el dormitorio. Leyó las memorias y los recuerdos de pintores de Vollard, era un libro sin tapas ni lomo, apenas otra cosa que un haz de papeles cosidos. Minna no podía ocuparse de él. Minna y Gigi se pasaron toda la mañana pensando cómo vestir a Valeria, ¿qué vestido o traje habría preferido, qué zapatos, qué blusa, qué adornos? Llegaron a la conclusión de que lo mejor era ponerle un traje de seda verdeazulado que Minna había comprado en Londres para ella, y un pañolón verdinegro escocés, con zapatos oscuros. Traían llevó las prendas al hospital, junto con una fotografía, para que vieran cómo se peinaba Valeria.

Gigi, que se había mostrado tan pasiva mientras Valeria estaba moribunda, se volvió de pronto enérgica y rebelde, insistiendo en que el Gobierno tendría que ser «obligado» a dar a su hermana un funeral público. Se lo dijo a Petrescu, cuando este fue a verlas el día de Navidad. A Corde le sorprendió lo sincero que era el duelo de Petrescu, que se comportó, a pesar de su vientre caído y de sus amplias curvas inferiores, con dignidad militar, pero tenía los ojos enrojecidos y grandes ojeras. Petrescu se mostró tolerante con Gigi, y la escuchó, suspirando. Ella le dijo, sin cuidarse de las escuchas, que lo menos que podía hacer el Gobierno era reconocer la lealtad del doctor Raresh al partido y a la revolución, y las aportaciones de la familia a la cirugía, a la salud pública, y también a la astronomía. Petrescu respondió

pacientemente, su voz se levantaba en espirales hasta romperse en las notas altas. Minna comentó con Corde lo bien que había estado su visita y lo leal que había sido siempre con la familia.

—Pienso que no tenía secretos personales con mi madre.

Pero, en aquellos círculos, era imposible no tener secretos: Corde se mostró silenciosamente en desacuerdo. En cualquier caso, era innegable que el rostro de Petrescu era una ruina. Y si los médicos, en la unidad de vigilancia intensiva, podían encender velas en torno a los moribundos, no había razón para que los agentes secretos no llevasen duelo por la muerte de sus madres adoptivas. Se palpaba el sentimiento en todo el apartamento. Petrescu también tenía su lado familiar, su lado suave, y se mostraba delicado, hasta cariñosamente atento con las señoras. También con Corde tenía toda clase de consideraciones, y le dio dos botellas verdes de «Chenin Blanc», imposible de conseguir más que en las tiendas para altos funcionarios.

Gigi explicó a Corde lo que estaba haciendo.

—Insisto en que mi hermana no debiera tener un funeral corriente, sino que debiera ser expuesta al público en el gran vestíbulo de la Facultad de Medicina, como su marido cuando murió. Es elemental que le rindan honores oficiales.

—¿Y crees que lo harán?

—Insistiremos. He pedido a Mihai Petrescu que hable con miembros antiguos del Politburó. Esos se acuerdan de ella y se dan cuenta de las cosas, al contrario que los más jóvenes. Había tifus, había hambre, y Valeria pidió ayuda a Truman, y Truman mandó ayuda. Los rusos pusieron sus propias etiquetas en los paquetes norteamericanos. Uno de los delitos de Valeria fue pedir medicinas y alimentos a Estados Unidos.

Minna estaba de acuerdo con su tía, y Corde, entretanto, no decía que se veían ojos como los de su mujer en las fotografías de gente víctima del hambre. Pero era que Minna estaba pasando hambre, y tardaría meses en volver a ser la que era.

—Bueno, y si no en el vestíbulo de la Facultad de Medicina, por lo menos en la sala de conmemoraciones que hay al lado del crematorio.

Petrescu, deprimido, muy inquieto, asintiendo a todo, acariciaba su sombrero, y los pelos que crecían, tupidos, de sus orejas. A pesar de su amplio trasero, sentado allí su cuerpo fornido estaba incómodo. Con frecuencia se pasaba la mano sobre los pelos ralos, alisándoselos hacia atrás. Los dedos realmente le temblaban y sus ojos saltones de vez en cuando se levantaban para enviar silenciosos mensajes a Corde, a otro hombre como él. Estas pobres mujeres eran inocentes..., no sabían, eran incapaces de comprender. Corde pensaba que Petrescu había intentado enfrentarse con el coronel y había sido derrotado rápidamente, machacado, obligado a batirse en retirada. Y ahora, después de la muerte de Valeria, era posible que hubiese conseguido permiso oficial para mostrarse servicial con la familia. La categoría de Petrescu en las fuerzas de seguridad tenía que ser bastante alta. Y, fuera lo que fuese lo que tuviera que hacer

profesionalmente, y sobre esto lo mejor era no preguntarle nada, lo compensaba en aquella familia con favores personales, con actos emocionales, con tiernas lealtades. Era un tipo chapado a la antigua en una sociedad que actuaba de una manera nueva. Gigi declaró:

—Te aseguro, Albert, y estoy dispuesta incluso a jurarlo, que mi hermana tendrá lo que se merece. Hasta ahora, mi hermana, que ha sido una personalidad en la historia de nuestro país, ha sido desterrada de la enciclopedia nacional, pero entrará en ella, vaya si entrará. Estoy dispuesta a todo para conseguirlo...

Pero Minna le dijo a Corde confidencialmente:

—Hoy ni siquiera he conseguido que los periódicos publiquen una nota, anunciando el funeral.

—¿Y por qué, piensas...?

—Las razones son las de siempre. Me escapé de los míos. Y mi madre fue expulsada, y luego le negaron la vuelta al partido. Pienso que al funeral irá bastante gente, a pesar de todo. La noticia se transmitirá de boca en boca. El teléfono está sonando constantemente. Mi madre es un símbolo...

—¿De qué?

Minna susurró:

—No es cosa política, sino que es la manera en que hay que vivir, gente que se siente ajena —le tapó la oreja con las manos, y dijo—: el Gobierno a lo mejor tiene miedo de una manifestación en la Facultad de Medicina.

Corde, que no creyó esto en absoluto, asintió, y dijo:

—Sí, claro, me hago cargo. Pero ¿qué tipo de manifestación sería?

—Ya te lo he dicho. Sentimiento más que nada. Para defender lo que defendió Valeria en vida. Motivos humanos... ¿Por qué no te vas a reposar un rato, querido? Estás cansado. Todo esto para ti es muy duro. Salta a la vista. Vlada viene luego. Llegó esta mañana.

Un claro día de Navidad. El cuarto estaba sorprendentemente caldeado, el sol calentaba las ventanas. Esto le hacía darse cuenta de lo mucho que necesitaba un respiro, «unos pocos minutos de París», como solía él decir, un poco de *calme*, o de *luxe* civilizado. Cogió el libro de Vollard, en rústica y al borde de la desintegración, sus *Souvenirs d'un Marchand de Tableaux* y leyó unos pocos párrafos sobre lo tozudo que era Degas. «Le diré, Vollard, acabarán sacando de los museos todos los cuadros de Rafael y de Rembrandt para exponerlos en los cuarteles y en las cárceles, so pretexto de que todo el mundo tiene derecho a la belleza». Era un fanático quisquilloso, y se puso a mirar con tal ferocidad a una niña pequeña que lo irritaba en un restaurante que acabó asustándola hasta hacerle vomitar sobre la mesa. Pero, a pesar de todas sus manías, lo compensaba todo sobradamente con su bella pintura y sus bronceos. Mientras que un sujeto como el director... Pero es que el director no era un monstruogenio, no era más que un... Y Corde, en aquel momento, trató de proteger su soleado respiro, su momento de paz, pero no conseguía quitarse de

encima a Alee Witt, y acabó por rendirse a sus pensamientos sobre Chicago. Las señales que le mandaba el director eran fáciles de leer: estaba protegiendo a Beech solamente por la Universidad. Los hombres de ciencia eran demasiado ingenuos para protegerse a sí mismos, y Corde era particularmente peligroso porque él, también, era, en cierto modo, un ingenuo. Cuando un hombre como Witt ha decidido que no es uno de esos que son capaces de observar la discreción habitual, que uno habla más de la cuenta, vamos, que uno es un tonto, que solo sirve para complicarlo todo, queda uno excluido. Witt haría todo lo posible por impedir que Corde escribiese sobre Beech «uno de esos artículos que él escribe», y la verdad era que no se podía decir que hiciese mal, se dijo Corde. Es cierto, me dejé llevar. Es el corazón, que lleva demasiado tiempo colgando en la oscuridad, y estropeándose, deteriorándose en ese estado de suspensión, hasta que, de pronto, estalla, se sobrecoge. En la mayor parte de las cosas no estoy de acuerdo con Dewey, es demasiado psicoanalítico, pero a su manera es muy listo, porque, si no, no habría llegado a donde ha llegado. Hay que darle lo que se merece. Y Dewey me dijo que yo estaba ajustándole las cuentas a Chicago, y tengo que reconocer que quise vengarme de mi cuñado, de Max Detillion, y de mucha más gente.

Harto de opiniones falsas, y, sobre todo, de sus propias deformaciones, Corde reconoció que sí, en efecto, quería darles una buena lección a todos ellos, a un Chicago generalizado, que vieran de una vez lo que era bueno. Sí, eso, darles una lección, pero de tal manera que no la olvidaran en mucho tiempo. Y ahora, un hombre en un cargo de verdadera responsabilidad, un Witt, pongamos por caso, llega a la conclusión de que tiene que proteger a su institución contra los extremismos, y así es como se justifica a sí mismo ese tipo tan suavecito. Esta es su manera de hacer frente a los disturbios: nunca perder la sangre fría frente al revoltoso, amordazarle con seda, atarlo bien atado con protocolos. Esta, para él, era sin duda una de las tareas duras y esenciales de la democracia, y yo no di la menor razón para hacer pensar a nadie que iba a convertirme en un liante. Tonto considerado simpático, ese era mi tipo, siempre pensando las cosas con calma, hasta que resulté ser uno de esos tipos extremados, sin controles interiores, precisamente a los que Witt no puede soportar. Y por eso me desprecia. Bueno, ¿y qué? Yo a él lo detesto también. Pero eso no tiene nada que ver con este asunto.

La publicación de sus artículos había dado también a Corde una idea del país, cierto conocimiento de sus opiniones políticas, una muestra de sus sentimientos.

—Le hice a Estados Unidos mi propio examen de Rorschach —decía Corde.

Y antes de salir de Chicago ya había recibido un montón de cartas que le enviaban los editores de *Harper's*. «Un torrente de correspondencia», como escribió uno de los ayudantes de la redacción. Los liberales le encontraban reaccionario, los conservadores lo llamaban loco. Los técnicos en urbanismo decían que sus juicios eran precipitados. «Las cosas siempre han sido así en las ciudades norteamericanas, feas y aterradoras. Mr. Corde debiera haberse preparado para este trabajo leyendo

algo de historia». «El autor es un brahmán, porque los brahmanes siempre nos han enseñado a despreciar las ciudades, las cuales, en consecuencia, se vuelven despreciables». «Mr. Corde cree en la *gemütlichkeit*^[6] más que en el bienestar del público, y esto le induce a pensar que lo que hace falta para salvar a los niños negros es hacerles leer a Shakespeare. Dentro de poco nos aconsejará que les enseñemos a leer a Demóstenes y a pronunciar discursos en griego. La respuesta es que la delincuencia juvenil no está ni en *El rey Lear* ni en *Macbeth*». «La opinión del decano es que hace falta una revolución moral. Sus únicos héroes son dos que se han nombrado a sí mismos benefactores y que posiblemente no lo sean tanto como ellos se creen». «Quiero felicitarle por haber abierto esos bajos fondos de psicología a sus lectores, dándonos la oportunidad de mirar en el interior de los abismos del pensamiento caótico, de la anarquía y de la psicopatología».

Era curioso las cosas en que se fijaba la gente. Por lo que se refiere a *Macbeth*, lo único que había notado Corde era que en una clase de niños negros, «cuyo maestro era lo bastante enérgico como para hacer caso omiso de las instrucciones del centro», Shakespeare había sido un gran éxito. Versos como *y la piedad, como un niño recién nacido, cabalgando sobre la explosión* había llegado muy adentro de aquellos niños. Se veía la conmoción causada por el niño recién nacido, y cómo pudo dominarse el desorden. Y Corde, a este propósito, había escrito que quizá solo la poesía tuviera la fuerza de «rivalizar en atractivo con las drogas, el poder de la televisión, las emociones del sexo, los éxtasis de la destrucción».

Ciertamente, era verdad que Corde se había sorprendido a sí mismo en Chicago buscando ejemplos de «iniciativa moral», y que había encontrado dos: Rufus Ridpath, en la cárcel del Condado, y Toby Winthrop, también negro, exmatón profesional y drogadicto. Pero no había conseguido encontrar gente como esos dos en ninguna de las grandes Universidades, y eso que Chicago estaba lleno de gente intelectual. Lo que probablemente le gustaría saber a Alee Witt era por qué Corde no había ido a buscar ejemplos de iniciativa moral en su propio colegio universitario, y, pensando en esto, Corde se decía que sí que había buscado allí, por todas partes, de un extremo a otro. Corde no era subversivo, ni pertenecía a la quinta columna, ni se había hecho profesor con el secreto designio de escribir denunciando a la Universidad. Y no había hablado en broma cuando citó a Milton, hablando con su hermana Elfrida: «Qué encantadora es la filosofía divina...», el lema, en mosaico, de la biblioteca del centro de la ciudad. Y las Universidades eran los sitios donde vivía la filosofía, o donde se daba por supuesto que vivía. Nunca había olvidado Corde los largos años encantados que había pasado en un silencioso ático, en Dartmouth, leyendo a Platón y a Tucídides y a Shakespeare. ¿Y no fueron acaso estas lecturas de Dartmouth lo que le indujeron a dejar el *Trib* y volver de Europa? Era, se dijo, para continuar su educación, interrumpida por veinte años de periodismo, de ocuparse de los sucesos actuales de la Humanidad.

Fue Ridpath quien envió a Corde a ver a Toby Winthrop, como parte de la

«operación contacto». Llegó a South Side un día de invierno moteado de nieve. Se veía el hollín que se mezclaba con la nevisca, y hacía treinta años que no iba por aquellos parajes. Antes estaban ya decayendo, y ahora estaban completamente podridos. Solo quedaban unos pocos chalés bajos de ladrillo, esparcidos por la zona. La carretera nueva cortaba las calles que iban antes de Este a Oeste. La única nota familiar que quedaba era la abandonada estación de Englewood, enormes bloques de piedra arenisca muy hundidos en la calle, una especie de aislamiento mortuorio, porque ya no iban a ella los pasajeros ni pasaban por ella los trenes. Una nieve sucia cubría los solares vacíos, y se veía a los negros al calor de hogueras encendidas en grandes envases de petróleo. Todo esto, el cielo bajo, el viento, los esqueletos de edificios, las ruinas, puso nervioso a Corde, irritando su «sistema eléctrico de Chicago» de una manera peculiar. Dio con la «operación contacto» en un medio bloque de apartamentos, ideal para atracos, situado entre un almacén y la carretera nueva. ¿A quién podría ocurrírsele ir a un sitio como aquel, a menos que fuera para algún negocio, para vender algo por ejemplo? Aparcó el coche y se bajó sintiendo que le faltaba casi todo lo que le era humanamente necesario. ¡Santo Dios, bien baja había caído la Humanidad! Si es que había otro mundo, este era el momento de que se mostrase, porque el mundo visible no resultaba nada agradable de ver.

En fin, Corde entró en el «centro de desintoxicación» y subió la escalera. Dos descansillos, una puerta acristalada y protegida por alambres, donde se asomaba la cabeza, y entonces el portero automático le dejaba entrar a uno. Después se veía uno en un pasillo, y, luego, inesperadamente, en una habitación amueblada con sofás color naranja y pardo oscuro, con flores en todas las esquinas. Y allí vio a alguien que le dio ánimos, un negro delgado, patilludo, que le dijo:

—Hale, hombre, adelante, venga, que vas por buen camino.

El decano, inseguro, pálido, perdido, le divertía.

La ventana del despacho de Winthrop estaba cubierta por cortinas floreadas de color rosa y verde. El exatracador estaba ya esperándolo. Su torso era enorme, sus muslos inmensos, sus dedos gruesos. No llevaba un traje corriente, sino que iba envuelto en tonos diversos de marrón: camisa de punto beige, chaqueta de ante color caramelo, pantalones color chocolate, botas de cowboy pardas. Llevaba un pequeño gorro marrón con visera, un gorro de muchacho, y tenía el rostro curvado hacia dentro, como una silla de montar. Tenía barba y, como el doctor Fulcher, del hospital del Condado, llevaba colgantes en el cuello y anillos en los dedos. Cogió la nota que le tendió Corde. A la luz de la lámpara el papel doblado parecía del tamaño de una polilla grande.

—¿Es usted amigo de Rufus Ridpath, profesor? Me dijo que hablara con usted. Piensa que podemos ayudarnos el uno al otro. A lo mejor piensa que usted podría también ayudarlo a él. Corrigiendo las falsedades.

—¿Y qué cree usted?

—Pues que fue el mejor director que ha tenido jamás la cárcel del Condado, y

tenga en cuenta que estuve preso allí, cuando estaba él...

El cuerpo de aquel hombrón tan fuerte estaba orondamente acomodado en la silla de cuero de ejecutivo. Si hubiera topado uno con él en los días en que era asesino a sueldo, por ejemplo si hubiera estado esperándolo a uno en una escalera, o en una calleja, no habría sido posible huir de él. Le habría matado a uno con la mayor facilidad.

—No se puede hacer mucho por Ridpath. Los que arruinaron su reputación no tienen que preocuparse por usted o por mí, amigo mío. En esta ciudad están en su elemento, es de ellos. Sus nombres salen en el periódico a diario. No resultaría difícil encontrar nombres, pero no creo que encontrásemos otra cosa. Y Rufus, además, no espera realmente nada de usted. Lo que pasa es que usted le cae bien. Bueno, vamos a ver, ¿qué es lo que le dijo sobre mí a usted?

—Pues me dijo que usted y su amigo Smithers habían fundado este centro para curar a los drogadictos sin ayuda de metadona, igual que se curó usted a sí mismo.

El hombre, mirando de manera impresionante bajo la visera del gorro infantil, le interrumpió.

—Está usted siendo cortés conmigo. Le dijo que fui matón profesional, ¿no es cierto? Bueno, pues es verdad que lo fui, asesino a sueldo, en la nómina de gente muy importante de esta ciudad. Tres veces fui juzgado por asesino, pero en las tres ocasiones esa gente importante que le digo me sacó del apuro. Y si me pregunta usted cómo pudo ser eso, le diré que es usted una persona que no conoce esta ciudad.

No quería decir a cuánta gente había asesinado, pero también era cierto que casi se había matado a sí mismo con una dosis excesiva de heroína. Alguien debiera haberle advertido de lo fuerte que era, pero solo después de tomarla se dio cuenta de lo que había hecho, y, a medida que iba haciéndole efecto, se daba cuenta de que estaba muriéndose. Esto ocurrió en una habitación de hotel, cerca de la confluencia entre la Calle 63 y Stony Island, al final de las vías del tren elevado, la punta del suburbio misérrimo de Woodlawn.

—Pues voy a contarle un poco de todo este asunto.

Llegó un amigo y le metió en una bañera de agua fría, pero se dio cuenta de que Toby estaba al borde mismo de la muerte, y escapó.

—Parecía que estaba listo. Pero, después de dieciocho horas de muerto, resucité.

Se salió de la bañera y, tal y como estaba, con la ropa toda empapada, bajó a la calle y fue por la Sesenta y Tres abajo, y paró un taxi y fue en él al hospital de Billings, al centro de desintoxicación. Por causa de su aterrador aspecto, la encargada de la recepción avisó a la Policía, que lo detuvo en el vestíbulo mismo. Pero no tenían razón alguna para retenerle en la Comisaría, excepto vagabundeo.

—Di una fianza y quedé libre. Siempre llevaba abundancia de billetes en el bolsillo. Cogí otro taxi, de vuelta a Billings, pero esta vez paré en un solar abandonado y arranqué una pata de una mesa. Volví con la pata bien guardada bajo la chaqueta y me presenté a la encargada de recepción y le dije que le iba a machacar la

tapa de los sesos, y así es como subí al piso de arriba, donde me dieron una inyección de metadona. Me dieron una bata de hospital y así es como fui al retrete, y allí me senté en el suelo y esperé a ver si reaccionaba. Me cogí al retrete y allí me estuve, sin soltarlo.

—Pero no aguantó todo el tratamiento de metadona.

—No señor, ni hablar. Algo ocurrió. Cuando volví, tenía la pata de la mesa, y estaba dispuesto a matar a quien fuese. Habría matado a la señora esa si se le llega a ocurrir llamar de nuevo a la Policía. Pero, en menos de una hora, me llamaron, para que pusiera fin a un motín, y resultó que tuve que parar a un sujeto que quería romperlo todo a golpes. Era un negro, tan grande como yo, en pleno *delirium tremens*. Se había puesto a romper las sillas en el cuarto de estar de los pacientes. Destrozó una mesita de café, rompió varias ventanas, y los empleados y los asistentes y las enfermeras estaban mirándolo como niños indefensos. Era como un búfalo, y vi que no había más remedio que hacer algo, profesor. Nada, que no había otro remedio. De modo que solté mi retrete y salí, y me hice cargo del asunto. Le cogí al otro con las dos manos y conseguí tirarlo al suelo y me puse encima de él. No digo yo que me estuviera escuchando, pero lo que sí puedo asegurarle es que conmigo estuvo más suave. Le dieron un pinchazo y le pusimos en un carrito y le metimos en la cama.

—¿Era Smithers ese?

—Justo, Smithers —dijo Winthrop—, me gustaría poder explicarle lo que había ocurrido. Ya lo he contado en otras ocasiones. Es como si yo hubiera seguido ocupándome del caso después, hasta conseguir averiguar lo que había ocurrido realmente en el momento en que conseguí dominarlo. A lo mejor fue porque yo mismo había muerto veinticuatro horas antes, o, a lo mejor, porque mi amigo me había dejado abandonado en la bañera, del hotel..., sin que se le ocurriera hacer nada más por mí. Pero el hecho es que en cuanto metieron a Smithers en la cama fui y me senté a su lado, y le cuidé.

—Y fue entonces cuando dejaron de tratarlo a usted.

—Es que no quería dejarle solo. Tenía que examinar su orina, y yo le sostuve el pito. ¿Me entiende usted lo que le estoy diciendo?, pues eso, justo, que le cogí el pito con la mano para que pudiera orinar en un frasco. Tenía en la pierna una úlcera muy mala, y también se la cuidé. Esta era su cura, y también la mía, al mismo tiempo. Yo fui su madre, su padre. Y, desde entonces, no nos hemos separado.

—Y han fundado este centro.

—Nosotros mismos lo construimos en este viejo almacén..., todo, los dormitorios, la cocina, los talleres, abajo, para enseñar oficios. Trajimos gente vieja del barrio..., los viejos, que están malviviendo y malcomiendo por cuenta del auxilio social, merodeando por las puertas traseras de los supermercados. Y los que vigilan los mercados dicen que no quieren que esos viejos se envenenen comiendo pescado podrido. A esos viejos donde los necesitamos es aquí. Enseñan tapicería, electricidad, ebanistería, costura. Y también enseñan respeto a los jóvenes rufianes, no crea usted.

Pero no se trata solamente de matones y rufianes, aquí recibimos a toda clase de gente: negros, blancos, indios, nos da igual el color, de los barrios más ricos, de Lake Forest...

—¿Diría usted que este centro es un éxito?

Winthrop se le quedó mirando un momento y dijo:

—No, caballero, no lo diría. Muchos vienen y se van como habían venido, pero a algunos les hace efecto. Podría darle muchos nombres, pero muchos, de gente a la que este centro no pudo salvar.

Hasta aquel momento Winthrop había estado inmóvil, retrepado en su asiento, pero entonces se volvió y, con gran sorpresa de Corde, comenzó a bajarse hacia el suelo. ¿Qué estaría haciendo? Se puso de rodillas, con el brazo grandote estirado hacia el suelo y los dedos doblados hacia arriba, como un gancho.

—¿Ve usted lo que tenemos que hacer? Esa gente está abajo, en el estercolero, y tenemos que tratar de llegar hasta ellos, y cogerlos. Y no soltarlos..., ¡no soltarlos!, porque se ahogarán en la mierda si no conseguimos sacarlos de allí. Algunos de ellos salen, pero algunos caen, y se ahogarán y se hundirán en la mierda..., nunca lograrán salir.

Haciendo un esfuerzo que le crispó un lado de la cara, Winthrop se puso en pie y volvió a dejarse caer en la silla.

—Lo que quiere usted decir es que la gente que viene aquí...

—Lo que le quiero decir, profesor, es que los pocos que dan con nosotros y muchos cientos de miles más que ni dan ni darán nunca con nosotros..., están condenados a la destrucción. Esa gente está condenada a muerte, caballero, y eso es lo que nos preocupa.

X

Fue en este momento, llevado de su propio interés y sin pensar siquiera en lo que le parecería a sus lectores, cuando Corde comenzó a hablar en sus artículos de «poblaciones superfluas», «gente destinada a la muerte», «gente condenada». Esto, desde luego, no cayó bien. No importa si se usan términos de sociología, o de Durkheim o de Marx, se puede hablar de anomía o de *lumpemproletariat*, de clase baja negra, de campesinados económicamente innecesarios, del Tercer Mundo, de los efectos del opio en las masas chinas en el siglo XIX..., y, si es en términos suficientemente teóricos, no pasa nada, también se puede hablar de la política del bienestar social, de las burocracias médicas y de los seguros sociales, y tampoco pasa nada, pero cuando Corde comenzó a declarar que en el marco salvaje y monstruoso de ciudades a medio derruir había gente ante la que no se presentaba más alternativa que morir con lentitud o morir repentinamente, la desaparición gradual o la destrucción inmediata, muchos suscriptores decentes se irritaron. Algo dejó de funcionar. Escribió sobre «almas errantes» y se convirtió él mismo en un alma en el torbellino, levantada en vilo, cogida, dando vueltas, poseída por pasiones, protestas imposibles de suprimir, inspiraciones no menos eludibles. Cuando pensaba en todo esto sentía una especie de anarquía aérea y se ponía a usar expresiones extrañas, a escribir, por ejemplo, que Toby Winthrop era un ser humano «reconstituido», un tipo de «asesino salvador», que Winthrop, en consecuencia, era un caso moderno avanzado. ¿Y por qué? Pues porque la consciencia moderna avanzada era una consciencia reducida, en el sentido de que contenía solamente el mínimo de ayudas que la civilización podía instalar: juicios prácticos, líneas esenciales de moralidad, esbozos, caricaturas, en lugar de seres humanos; y esta consciencia, por ser su equipo tan escaso, tan abstracto humanamente, era, en esencia, criminal. Y, por esta misma razón, resultaba el asesinato tan fácil de «comprender», o quizá fuera mejor decir «de atenuar», después de todo da igual un eufemismo que otro. Pero nunca consiguió Corde explicarse cómo era posible reconstituirse uno a sí mismo y, por causa de lo incompleto de su argumentación, confundió a muchos de sus lectores. Algunos le escribieron despectivamente, otros con irritación. Pero la verdad era que Corde no había querido armar tal revuelo, y que le dejó muy sorprendido.

Pero, con mucho, la parte más polémica de su artículo fue la entrevista con Sam Varennes. A este Varennes, el defensor público del caso criminal Spofford Mitchell, Corde le había dicho casi enteramente lo que pensaba, y los resultados, para decirlo en la jerga que usaba entonces la gente, fueron «contraproducentes».

Corde había ido a ver a Sam Varennes para hablar con él del caso y pedirle permiso para entrevistar a Mitchell. Varennes se mostró interesado en la publicidad, pero, finalmente, tanto él como su equipo defensor, decidieron que cualquier publicidad antes del juicio en los medios de comunicación sería perjudicial para su

cliente. Pero Corde, así y todo, escribió toda la conversación que había tenido con Varennes.

El caso Mitchell no era excepcional. Había miles de delitos como aquel en los archivos de la Policía en el país entero, pero en este, concretamente, concurrían circunstancias especiales, que le daban importancia a ojos de Corde.

La víctima era una joven ama de casa de los barrios bajos, madre de dos niños pequeños. Acababa de dejar su coche en un solar situado cerca de Loop, cuando Mitchell se acercó a ella y la obligó, amenazándola con una pistola, a meterse en su propio coche. Serían las dos de la tarde. Spofford Mitchell había comprado su «Pontiac» en una tienda de coches usados de Clark Street recién salido de la cárcel, y Corde no sabía de dónde había sacado el dinero para comprarlo (el que se lo había vendido no quiso decir nada). En el asiento delantero, Mitchell forzó a Mrs. Sathers a quitarse los pantalones largos que llevaba, para que no pudiera escapar. La llevó a una calleja apartada, y allí la violó. Luego la encerró en el maletero de su «Pontiac». Más tarde, en el mismo día, la sacó y la volvió a violar. Esto, según su propio testimonio, ocurrió varias veces. Y, por la noche, fue a un motel de la parte extrema de South Side, y se las arregló para sacarla del maletero y meterla en la habitación sin que lo vieran. Aunque posiblemente lo vieron, pero a los que lo vieron les dio igual. Por la mañana la sacó de allí y la volvió a encerrar en el maletero. A las diez tenía que comparecer a juicio para, responder de una acusación anterior de violación, y Mitchell aparcó su «Pontiac», con Mrs. Sathers todavía dentro del maletero, en el aparcamiento oficial, junto al edificio del juzgado. El juicio por violación quedó en tablas y, cuando terminó, Mitchell se puso a dar vueltas en coche por la ciudad. En el West Side, aquella misma tarde, algunos transeúntes oyeron gritos que salían del maletero de un coche aparcado, pero a ninguno se le ocurrió tomar el número de matrícula, y además el coche arrancó en seguida. Hacia el amanecer del segundo día, por razones que no se explicaban en el informe, Spofford Mitchell dejó en libertad a Mrs. Sathers, advirtiéndola que no avisara a la Policía. Desde su coche la vio alejarse calle abajo. Estaban en un barrio de clase trabajadora. Mrs. Sathers llamó a varias puertas, pero nadie la quería dejar entrar. Una mujer, incomprensiblemente desesperada, a las cinco de la madrugada..., evidentemente, nadie quería saber nada. Tenían miedo. Al verla apartarse de la tercera o cuarta puerta cerrada, Mitchell la volvió a coger. Fue en el coche a un solar abandonado y le pegó un tiro en la cabeza, cubriendo luego el cadáver con basura.

No se tardó en descubrirlo. Con una rapidez insólita, la Policía cayó sobre Mitchell, y lo encontraron en un garaje situado detrás de la casa de su padre, limpiando el maletero de su «Pontiac» de excrementos con una manguera. Primero confesó, luego se retractó, luego volvió a confesar. Estaba en la cárcel del Condado, en espera de juicio. Estos eran los hechos que Corde sacó de los periódicos. Estaba preparando el artículo, pero ¿cuál podría ser la verdadera base de estos hechos? Hizo averiguaciones, y le dijeron que se pusiera en contacto con el defensor público

encargado del caso, Mr. Sam Varennes. En *Harper's*, Corde reprodujo su larga conversación con Varennes, de quien dijo que era

... un joven fuerte y calvo, con cejas rubias y salientes y el cuello grueso, un hombre que, en sus tiempos, fue un atleta. Los puntos de vista que intercambiamos fueron propios de gente ilustrada, inteligente, liberal..., dignos de nosotros dos. Para ser nombrado defensor suele ser necesario cierto apoyo o padrino, pero, a pesar de esto, los que reciben el nombramiento son, con frecuencia, funcionarios bien preparados y concienzudos. Mr. Varennes es un abogado erudito, casi un doctor en jurisprudencia, y creo recordar que ha estudiado en Stanford.

Lo primero que me preguntó es qué pensaba yo sobre el caso, y le confesé que sufría de claustrofobia y que estaba seguro de que quizá prefiera morir a tiros que verme forzado a meterme en el maletero de un coche a punto de pistola, que, a veces, tenía fantasías en las que me oía a mí mismo decir: «Tendrás que pegarme un tiro». Pero si me viera metido a la fuerza y sintiera la tapa caer sobre mí de golpe, buscaría alguna herramienta para dar con ella al pistolero a la primera oportunidad. Permanecer metido en un lugar así es como estar enterrado vivo, y no podría soportarlo. Luego dije:

—Imagínese los ruegos de Mrs. Sathers cada vez que ese hombre abría la tapa.

Esto, ante mi sorpresa, pareció sorprenderle algo:

—¿Piensa que pidió que la dejara vivir?

—Pidió o rezó: «¡Déjame salir!».

A Mr. Varennes no parecía gustarle lo que le decía. Estaba decidido a forjar un buen argumento en apoyo de su cliente, que, después de todo, era un ser humano, como todos nosotros, de modo que estaba muy turbado y pienso también que yo mismo, el que le estaba entrevistando, le turbaba también. Me dijo:

—¿Cree usted? No había pensado en eso...

Yo le dije:

—Pero ella tuvo que pensarlo, por fuerza.

—Y lo que quiere usted decir es que él se mostró indiferente, ¿no?

—No, yo no diría indiferente. Solo trato de averiguar si comprendía las emociones de ella. Cuando uno dice una cosa con toda la fuerza y la sinceridad de su corazón, y se pregunta cómo puede ser posible que no surta efecto..., con tanta sinceridad y fuerza tiene forzosamente que... que llegar al fondo del otro. Si hubiera comprendido lo que ella estaba pidiéndole, sería un tipo de asesino muy distinto, eso desde luego.

—Sí, el tipo que se alimenta del dolor de su víctima, como el asesino ese, Gacey, que mató a tanta gente y estaba especializado en muchachos, ¿no? ¿Su forma de conseguir placer sexual? ¿Más sutil y perverso...?

—Gacey, al parecer, torturaba a sus víctimas y se burlaba de ellas.

—¿Y usted no piensa que Mitchell era así?

—La clasificación de los psicópatas es algo que está técnicamente fuera de mi alcance. Lo que pienso de Mitchell es que estaba condenado a muerte, y los que van por ese camino, rápido y directo, pueden muy bien ser sordos y ciegos a una cosa tan exótica como los ruegos de una mujer a la que han encerrado en el maletero del coche.

—Una persona más primitiva —dijo Varennes.

Me di cuenta de que el defensor estaba tratando de averiguar mis ideas sociales. Mr. Varennes era hombre musculoso, hasta su garganta tenía músculos, una garganta como una columna. Se diría que respira hierro. A continuación dijo:

—Como parte de la defensa, es posible que digamos que Mrs. Sathers había aceptado la situación.

—¿Dice él que la aceptó?

—Parte del tiempo fue con él en el asiento delantero del coche. La vieron unos testigos cuando él se bajó y entró en un bar a comprar una botella de «SevenUp», y mientras estaba comprándolo la dejó sola, y ella siguió allí sentada, esperando. Claro que podrían decir que le había atado los pies.

—No, yo no he dicho eso, pero lo más probable es que estuviese como aturdida.

—¿Tan aturdida como para no moverse?

—Pudo sentirse ya destruida. En las violaciones tiene que haber una sensación de complicidad. Los nervios sexuales pueden actuar por sí solos. Si la gente piensa que los van a asesinar pase lo que pase en cuanto termine la violación, es posible que se abandonen, de pura desesperación.

—¿Sexualmente?

—Sí, a pesar de sí mismos, como para olvidarse de todo. Van a morir de todas formas, de modo que adiós a la vida.

—Es toda una teoría.

—Quizá, pero también estamos hablando de toda una situación —dije yo—, y con esa curiosa y confusa importancia, esa extraña maldición de la sexualidad en que vivimos..., hemos puesto a la sexualidad en el centro mismo de la vida, y la relacionamos constantemente con el salvajismo y la delincuencia..., bueno, pues mi conjetura no es tan absurda después de todo. La verdad puede quizá conducirnos a una interpretación más extraña todavía. Nuestro concepto de la vida física y del placer está completamente saturado del sentimiento de la muerte. Este completo énfasis físico es fatal, porque nos aísla. La conjunción física más completa puede estar siempre matizada por la muerte, en consecuencia, y esta es la razón de que dijera yo que Spofford Mitchell estaba condenado a muerte, de manera directa y rápida..., a toda prisa, obsesiva, onírica, orgásticamente. Agárrala de una vez, hazlo, muere.

Me recordé a mí mismo que estaba hablando con un gimnasta. Varennes había echado la cabeza hacia atrás, como para escucharme desde un punto de vista distinto, y volvió a mirarme, lleno de curiosidad. En vista de ello, yo reanudé mi papel de

entrevistador:

—Quizás esté mal tratar de meterme en las últimas horas de Mrs. Sathers, pero, en fin, estábamos hablando de por qué no echó a correr cuando Mitchell entró en el bar. ¿Es realmente cierto que la vieron esperando sola?

—Hemos tomado testimonios.

—Estoy tratando de imaginarme la desesperación que la impidió abrir la portezuela. Y si Mitchell se hubiera puesto a perseguirla calle abajo, ¿alguien habría tratado de ayudarla?

—Es posible que no. Después de todo. Mitchell estaba armado. Sí, si lo plantea usted así. Eso es probablemente lo que diría el fiscal.

Su comentario siguiente fue:

—Mis colaboradores y yo tenemos casos de homicidios como este un año sí y el otro también. No podemos sentir por ellos el mismo entusiasmo que sentiría un profano.

Hice un esfuerzo especial para asumir de nuevo una actitud de entrevistador, distante, o un aire de frialdad profesional, pero tengo que confesar que no sé por qué razón digo ciertas cosas cuando me siento agitado. Fue cortés Varennes al llamarlo «entusiasmo», pero la verdad es más capciosa, una turbación honda, radical. Sin embargo, Varennes era una persona agradable y su aspecto me caía bien. Me gustaban sus ojos serios y su cabeza calva y poderosa. Y esto me indujo a seguir hablando.

Él continuaba examinándome, porque era eso lo que estaba haciendo: examinándome, como si hubiera en mí algo que, estrictamente hablando, no fuera contemporáneo; me estaba tanteando profesionalmente, y me invitó a debatir la situación en términos más generales: el estado de ánimo del país, el meollo de la ciudad, la desintegración urbana, cuestiones políticas. Me pidió que le hablara de los artículos que estaba pensando escribir. ¿Por qué quería hacerlos, y cómo serían? Le expliqué que los Corde habían llegado a Chicago procedentes de Joliet hacía más de un siglo, y que yo había nacido en el North Side, y pensaba que estaría bien describir la ciudad como yo la había conocido; mi objetivo, le expliqué, era más descriptivo que analítico. Por ejemplo, había ido a visitar a mi antiguo profesor de zoología de la escuela superior, a quien había ayudado yo a cuidar de los animales, darles de comer y limpiar las jaulas. Y también había ido a visitar a un barbero polaco autodidacta, que solía hablar a los chicos sobre *La decadencia de Occidente*, de Spangler, mientras les cortaba el pelo. Había dado con él en Poznan, donde ahora vivía de su pensión del seguro social norteamericano. Visité de nuevo el YMCA^[7] de Larrabee Street, y también el Loop. El Loop, cuyos restaurantes baratos, tugurios y cines habían desaparecido ya. Por todas partes se levantaban gigantescas torres de oficinas. Adiós para siempre a los músicos de jazz, a los boxeadores amateurs que merodeaban por los gimnasios, a los jugadores de billar de Bensinger's en Randolph Street. Y entonces mencioné cierto número de cuestiones contemporáneas, entre otras el nuevo grupo de viviendas al sur del Loop, en los solares que habían servido de almacenes y

ahora estaban abandonados. Y el tremendo proyecto de ingeniería llamado El Túnel Profundo, la Cloaca Máxima, de doscientos kilómetros de longitud, y a mil metros de profundidad por debajo de la ciudad. Pero, no queriendo irritarle, no aludí en absoluto a mi interés por el abuso de las «inmunidades» de los abogados según la ley federal, como, por ejemplo, los testigos reacios que rechazaban la oferta de inmunidad eran sentenciados por menosprecio al tribunal, y los jueces tenían derecho a mandarles un año a la cárcel. Hablar de esto con Mr. Varennes no me habría beneficiado en absoluto. Y tampoco mencioné mi interés por el caso de Rufus Ridpath, porque, después de todo, a lo mejor la gente que había acabado con Ridpath era la misma que había nombrado a Varennes.

Las cuestiones que se planteaba el defensor público eran si yo sería digno de confianza, cuál sería mi actitud, porque no era completamente contemporáneo en mis opiniones... Mis credenciales eran buenas: periodista, profesor, decano, pero, a pesar de ellas y de la perspectiva de buena publicidad para su equipo, recelaba de mí, pensaba que yo podía meterlo en algún lío. Y tenía razón. Una cierta falta de estabilidad...

Corde dejó a un lado el ejemplar de *Harper's* de Valeria, y trató nuevamente de rehacer la entrevista, como si estuviera tratando de escribir una nueva versión de ella, de más amplia perspectiva, más cercana a los hechos reales, teniendo en cuenta fuerzas más grandes. La reunión que tuvo con Varennes fue uno de esos incidentes en los que, si uno resulta ser Albert Corde, se siente muy tentado a decir lo que realmente piensa. Esto es muy peligroso, y, en la vida normal, uno actúa muy lejos de los propios pensamientos. Pero si uno se precipita, de pronto, ¿por qué motivo no va el otro a matarlo a uno de un tiro? Por otra parte, el otro puede ser el caso excepcional, y a lo mejor no dispara. Es verdad que Varennes estaba sometiendo a Corde a toda clase de exámenes, para juzgar su fiabilidad. ¿Aceptaba yo las reglas de juego de Chicago, o me lanzaría a cualquier travesura exótica que le pusiese en apuros o le perjudicase? El director, por su parte, había decidido que yo no aceptaba las reglas de juego de Chicago. Él se había fiado de mí, y yo, en correspondencia, le había causado toda suerte de problemas. Pero Varennes también estaba tratando de halagarme, o tal parecía, me dejaba hablar, animándome, me dijo que, en sus primeras vacaciones de estudiante universitario, en París, había leído mis artículos en el *Herald Tribune*, y me preguntó si había leído el discurso de Soljenitsin en Harvard. Sí, y, en parte, estaba de acuerdo con él. Me escabullí un poco.

Varennes estaba comprobando mis documentos de identidad, por así decirlo, para ver si mis opiniones liberales eran de fiar. Yo dije que el liberalismo nunca había aceptado la premisa leninista de que vivíamos en una época de guerras y revoluciones. Donde los comunistas veían guerra de clases, guerra civil, cuadros de catástrofes, nosotros veíamos solamente aberraciones contemporáneas. Las democracias capitalistas no podían encontrar jamás de su gusto esa actitud

catastrófica. Estábamos acostumbrados a la paz y la abundancia, éramos partidarios de todo lo bueno y contrarios a toda crueldad, maldad, astucia, monstruosidad. Éramos adoradores del progreso, dependíamos de él, y, por tanto, no queríamos aceptar la villanía y la misantropía, rechazábamos lo horrible, lo cual equivalía a decir que éramos antifilosóficos. Nuestro punto de vista requería la premisa de que cada uno de nosotros, en el fondo, era de fiar, que cada uno de nosotros era naturalmente bueno y deseoso del bien. El mundo angloparlante era así por temperamento. Eso se ve claramente en las novelas de Dickens, cuyo mundo contiene sufrimiento, mal, traición, corrupción, salvajismo, sadismo; pero las pruebas terminan tarde o temprano y la gente honrada acaba arreglándose para vivir acomodadamente, a su gusto. Se puede decir que esto era simple victorianismo, pero no era así, ni lo es. Los hombres de negocios y los políticos modernos, como tienen que dar miles de millones en créditos al otro lado, no quieren pensar en una época de guerras y revoluciones, necesitan pensar en estabilidad contractual, y, por lo tanto, dan por supuesta una seriedad básica por parte de las autoridades de los países comunistas, o sea, sus contrapartidas: funcionarios, gente práctica como ellos mismos, pero con títulos distintos.

Más conversación de este tipo, que sonaba a verdad, a ideas mutuamente reconfortantes. Aquellos eran los hijos nacidos muertos de la inteligencia. Muertos, esa era la verdad, y de esto hacía ya tiempo que me había dado yo cuenta. Se conciben en el cerebro y mueren en el cerebro, aunque también es cierto que una simple fe en el progreso va de acuerdo con un concepto deformado de la naturaleza humana.

Pero Varennes se sentía estimulado por aquella conversación. No quería tener que pasarse las horas muertas pensando en sus dichosos asesinatos y violaciones. Juntó los dedos y dijo que había estado leyendo un nuevo libro sobre la mentalidad de Múnich: la incapacidad de Chamberlain para husmear los planes de Hitler. Me preguntó:

—¿Dónde presencié usted sus primeras catástrofes?

Le dije:

—En Alemania, en los años cuarenta, cuando era joven. Pero, probablemente, mis primeros contactos catastróficos fueron de niño, en la biblioteca de mi padre. Fue artillero en la Primera Guerra Mundial, y coleccionaba libros sobre el tema. Yo leí mucho en una edad en que uno es muy impresionable sobre la guerra de trincheras. En algunas partes del frente pavimentaban las trincheras en invierno con cadáveres congelados, para proteger los pies de los soldados ingleses. Se sabía que era primavera porque los cadáveres comenzaban a ceder bajo las botas. No me contenté con leer a Remarque o a Barbusse o a Kipling, sino que leí incluso Memorias de soldados de infantería y zapadores, y recuerdo el relato de un testigo acerca de ratas que iban comiéndose los cadáveres, entrando en el hígado y abriéndose camino, roe que te roe, y engordando de tal manera que a veces encontraban dificultad en salir de

ellos por la boca. Debiera haber una especie de taquigrafía para narrar ese tipo de datos, o quizá debiera haber un suplemento del libro de oraciones anglicano^[8] en que se hablase de esas cosas, porque han influido poderosamente en nuestras almas. Esta es la época de guerras y revoluciones, que decía Lenin. La idea ha circulado ya por todo el mundo.

El defensor público dijo:

—¿Menos entre los norteamericanos? ¿La última nación reacia a las ideologías?

Como necesitaba tiempo para pensar en estas cosas, Varennes volvió la cabeza a un lado, y se puso a mirar desde una de las ventanas, grandes pero imposibles de abrir, de su despacho con aire acondicionado. Era un hombre firme y fuerte, y se mantenía firme, sin duda, cuando se encontraba en el gimnasio, y fuerte y firme cuando cortaba un filete de solomillo medio crudo en el restaurante de «Gene y Georgetti» de Nueva York; era de suponer que también sería fuerte en la cama, un verdadero pilar de músculo en el pecho de una chica suave y rellena, mientras que yo, por el contrario, me plegaba, delgadito, en mi silla, con las manos juntas sobre el regazo, entre mis muslos combados, las piernas que tanto criticaba mi sobrino, con mis ojos hinchados, como protuberancias gemelas, con el pelo redondo, pálido sobre la frente, el rostro redondo, pálido y largo, la boca de pocos amigos, aunque de rostro amigable. Varennes prosiguió:

—Nuestra catástrofe son los barrios bajos del interior de la ciudad, ¿no?, o, mejor..., dígame si le he comprendido bien..., la Tercera Guerra Mundial, estallando ahora de nuevo, ¿es esa su idea?

Y, si no recuerdo mal sus palabras, siguió hablando y dijo que los hombres como Mitchell son agentes inconscientes de la catástrofe mundial, o agentes involuntarios.

—¿Es capaz usted de identificarse con los terroristas fanáticos del Tercer Mundo?, ¿se pregunta usted si nosotros, o sea, las democracias burguesas, somos capaces de hacer frente, de comprender la mentalidad catastrófica?

Recuerdo claramente la idea que tuve entonces. Le dije que Estados Unidos no sabía qué hacer con su clase baja negra ni más ni menos con sus niños, que era imposible educar a ambos o integrarlos a la vida, porque el país mismo no estaba bien integrado en aquel momento. Dándose cuenta de esto, los niños se vinculaban a sí mismos a la clase baja negra, consiguiendo de esta manera una especie de coalescencia con la masa que reivindicaba sus derechos. Lo amenazador, por tanto, no era tanto el barrio bajo del interior de la ciudad cuanto el barrio bajo de nuestro propio ser interno, del que el interior de la ciudad no era más, probablemente, que una representación. Y me daba cuenta de que, mientras explicaba esto, parecía enfermizo y achacoso. Me dominó una especie de niebla de calor y sentí mi debilidad al enfrentarme con el problema del alma, su verdadero papel en nuestra época. Aquí estábamos; yo, un decano, o, si se quiere, un autor de artículos de revista, que había ido a visitar a un defensor público para hablar con él sobre un tema muy concreto. Pero nuestra conversación se había convertido en algo ilimitado, mientras del

verdadero tema que me interesaba ni se hablaba siquiera. Estaba perdiendo contacto con Mr. Varennes. La angustia más allá de los límites de la resistencia humana no era un tema que un hombre simpático como Mr. Varennes pudiera sacarse de la manga cualquier día, pero yo, ¡al diablo todo!, estaba acopiando material para pasar revista a la vida de mi ciudad natal, y, encontrando al mismo tiempo heridas, lesiones, cánceres, y furia destructiva, me sentí —de una manera realmente extraña—, llamado a hacer un esfuerzo especial..., ¡a interpretar, compadecer, salvar! Esto era estúpido, loco incluso, pero ¿cómo pararlo una vez comenzado? No había manera de pararlo.

Varennes pareció entrever esto, y dijo:

—Sigo sin comprender lo que piensa usted, en términos generales.

Ataqué la cuestión desde otro ángulo por un momento, y dije:

—No sé si habrá visto usted un largo artículo recientemente en el periódico. Cincuenta personas importantes fueron entrevistadas sobre lo que necesita Chicago para volverse una ciudad más interesante y dinámica.

—Sí, me parece que lo he visto.

—Bueno, pues algunos de estos hombres eran abogados, otros arquitectos, uno era dueño de un club de baile; había también hombres de negocios, publicitarios, periodistas y locutores de televisión, planificadores urbanos, urbanólogos, un jugador de rugby famoso, peces gordos del comercio, etc.

—Sí, los que están en todo —dijo Varennes.

—Bueno, pues verá, algunos dijeron que lo que Chicago necesita es cafés al aire libre, como París o Venecia, y otros, en cambio, optaron por proyectos urbanos como Ghirardelli Square, en San Francisco, o Faneuil Hall, en Boston. Uno quería construir un casino para jugadores en la cima del edificio Hancock, otro que las orillas del Chicago River sean bellamente diseñadas, o que haya locales para el fomento de la vida cultural, o restaurantes más raros y divertidos, o discotecas. O tiendas que permanezcan abiertas veinticuatro horas al día. O mejores instalaciones y cuidados para los minusválidos, sobre todo para los que tienen que ir en sillas de ruedas. Pero nadie habló de la delincuencia callejera, de la terrible jungla y del terror de esta enorme ciudad..., nadie, lo que se dice nadie lo mencionó. Las drogas, las armas de fuego...

—Sí —dijo Varennes—, pero es que ese tema no tiene verdadera importancia, las opiniones de esa clase de gente, lo que dicen los decoradores de interiores, los artículos especiales que publican las revistas...

—Sí, tiene usted razón, pero me hizo pensar que ya es hora, francamente, de escribir un artículo sobre este tema. Después de todo, yo me crie y eduqué aquí. Varias generaciones de Cordes...

Varennes dijo entonces que habíamos tenido una conversación muy interesante, y eso, en cierto modo, me pareció agradable, y tuve que darle la razón. Estábamos explicándonos mutuamente toda clase de males, quitándonoslos de encima en cierto modo, distribuyendo de nuevo los diversos elementos monstruosos y componiendo

algo capaz de coexistir con el elemento democrático bien dispuesto y acomodaticio. Ninguno de nosotros dijo algo así como: «Se ha cometido una mala acción», sino, por el contrario, «un hombre desdichado y enloquecido ha destruido a una mujer, eso es cierto, pero nosotros haríamos mal en erigirnos en jueces de este delito, ya que sus causas tienen su raíz en ciertos fallos humanos y sociales». Una conclusión buena y amplia, que nos honraba, aunque la verdadera inteligencia es demasiado vigilante para aceptar tales elogios y nos sugería a los dos, por ser universal, propiedad de todos los seres humanos, que esto no es más que una forma, y no demasiado espectacular, de ayuda mutua.

Varenes prosiguió:

—No sé qué sacaría usted de conversar con Spofford Mitchell. Tengo que hablar con mis colaboradores, y también con Mitchell. He de tener en cuenta sus derechos. Me figuro que le resultaría interesante a usted ver dónde está. Los casos más importantes de homicidio están encerrados a bastante profundidad, y los carceleros ni siquiera les abren la puerta a la hora de comer, se limitan a pasarles la bandeja por debajo de la puerta, y luego van las ratas y lamen el azúcar de los barrotes.

—¿Azúcar?

Varenes dijo:

—Bueno, en las cocinas hacen pasteles...

La mirada que nos dirigimos el uno al otro al salir a relucir lo de los pasteles fue curiosa, pero yo rompí el encanto y no le hincó el diente al tema, sino que dije, bueno, sí, ¿por qué no va a haber pasteles, con azúcar y todo?, y qué lástima, también, esto de las celdas de máxima seguridad. En fin, que cambié de tema. Por supuesto, añadí, no quería importunar a nadie, ni menos aún conculcar los derechos de Mitchell en modo alguno u obstaculizar su defensa. Varenes dijo que él quería salvar a Mitchell de la silla eléctrica. Le pregunté si este objetivo suyo era profesional o, más bien, legal y moral..., o sea si lo decía en tanto que abogado que no quiere perder un caso o sentía el deber de salvar una vida humana. Esta pregunta no le gustó, se puso tenso y dijo que a él le parecía que no había conflicto entre ambas actitudes, y que el fiscal y sus asesores eran mala gente, llevaban la cuenta de sus victorias en una pizarra que tenían en la pared de su oficina, y, por cada sentencia a muerte, pintaban un cráneo con dos huesos cruzados.

Luego dio la vuelta al tema y me quitó la iniciativa de la conversación, convirtiéndose él en el interrogador. Dijo que yo había ido a inspeccionar el despacho del defensor público y le había puesto a la defensiva, por considerarme nada menos que un representante de la clase media culta, que quizás habría pensado yo que su trabajo era una canonjía, de esas que le permiten a uno tumbarse a la bartola. Por fin, pensé, este pilar de músculo bien entrenado se muestra capaz de hablar con sinceridad. La base de su gruesa garganta se llenó de emoción, no es que estuviera irritada todavía, sino que una cierta cantidad de indignación se estaba formando allí abajo, y me dijo que no sabía aún cuál era mi actitud o desde qué punto de vista le

preguntaba si su actitud frente a sus casos era profesional o moral.

Bueno, la tensión aquella era, o podía ser, un signo auténtico de seriedad. Esto era mejor que la primera fase de nuestra conversación, en la que los dos habíamos expresado opiniones que podrían pasar por serias en cierto modo..., indicios de cultura y de verdadera preocupación por ambas partes.

En esta fase de nuestra conversación me sentí muy satisfecho, pero de una manera confusa y desorientada. No tenía esperanza de que me permitiera entrevistar a Spofford Mitchell, pues, para él, yo era persona peligrosa, pero, a su manera, fue una tarde satisfactoria.

Le dije:

—Está usted tratando de averiguar mis puntos de vista sobre las razas, pero le diré que ningún norteamericano serio puede permitirse el lujo de ser sospechoso de racismo, y esto nos fuerza a todos a prescindir de los datos que nos da nuestra experiencia inmediata, porque cuando pensamos de manera concreta o instintiva lo que vemos es una piel negra o una piel blanca, una nariz ancha y chata o una nariz fina, de la misma manera que vemos que una manzana es roja y un árbol verde. Son preceptos, y no debieran estar sometidos a tabúes.

—Bueno, ¿pero es que lo están?

—Sí, claro que lo están, y tratamos de estirar el tabú para que cubra estas observaciones instintivas y concretas, estas identificaciones elementales. Sí, tanto usted como yo hemos estado jugando a la pelota con este tema durante bastante tiempo, tirándonoslo el uno al otro por encima de la red del tabú.

Entonces Varennes dijo:

—Dígame, decano, ¿qué piensa usted de las dos personas de este caso?

—Veo algo más que una máscara blanca que se enfrenta con otra negra. Veo dos imágenes del alma y el espíritu..., si quiere usted que le diga lo que pienso. En nuestra existencia de carne y hueso pienso que hay imágenes de algunas cosas. De modo que veo una imagen, y otra imagen. La raza no tiene nada que ver con esto. Veo a Spofford Mitchell y a Sally Sathers, dos seres aparte el uno del otro, dos inteligencias separadas e ignorantes. La una contempla a la otra con terror, y el hombre está lleno de una pasión tremenda de penetrar, de la única manera en que él es capaz de concebir la penetración..., una explosión sexual liberadora.

—¡Liberadora!, sí, ya veo, liberadora de la fiebre y del delirio.

—De toda la confusión. El horror está en lo literal que es..., la literalidad genial del engaño. Eso es lo que da a la maldición su carácter final. La literalidad de los cuerpos y de sus miembros..., formas sin contenido.

Sam Varennes pareció quedarse pensando en esto, aunque también podía estar pensando en la mejor manera de echarme de allí. De ordinario nos pasamos el tiempo esperando a que alguien se vaya y nos deje seguir con nuestras ocupaciones, cultivar nuestro pequeño jardín de obsesiones, pero mi caso era distinto, más especial..., yo acababa de demostrar que estaba loco, que era un tipo estafalario disfrazado de

decano. Esto era lo que revelaba nuestra conversación, desde su punto de vista. Bueno, en fin, nunca se sabe a qué conclusiones puede llegar un hombre a quien alguien está tratando de hablar con sinceridad. Ni al uno ni al otro se les da bien la sinceridad y todos los pensamientos individuales o verdaderos son esencialmente extraños. Pero, formas sin contenido..., ¿qué querría decir eso? ¿Metafísica? ¿Epistemología? ¿O qué?

Estábamos en su despacho del Edificio de Tribunales, situado entre la Calle 26 y la avenida de California, y, escribiendo sobre esto, Corde habría podido añadir a la versión publicada del artículo en *Harper's* que el sol relucía, pero que, a pesar de esto, incluso en pleno día se notaba un matiz de melancolía violenta. Era posible que el arquitecto hubiese puesto un tono de espliego en el cristal, para reducir el resol, o a lo mejor era la atmósfera la que lo daba, o los desarreglos metabólicos de los sentidos, un aumento súbito de toxicidad. Había habido muchos cambios en aquella zona, entre la Calle 26 y la avenida de California desde los días del viejo Bridewell. Se habían levantado nuevos edificios, un ala moderna en la cárcel del Condado, luego, los logros de Rufus Ridpath, que habían sido pagados con la vergüenza, la ruina de su reputación. Llegaban camionetas el día entero, y los presos traídos de todos los calabozos de la ciudad se descargaban allí. Se bajaban de los vehículos por parejas, esposados y, al bajar por la rampa para seguir los trámites de ingreso en la cárcel la mayoría de ellos iban deprimidos o poseídos de una ira silenciosa, aunque algunos, pocos, parecían estar pasándolo de miedo, llenos de la alegría de la vuelta al hogar, y saludando a gritos a los guardianes: «¡Eh, amigo! ¡Otra vez me tienes contigo!». Y, una vez dentro, eran examinados psicológicamente, se les tomaban los datos con vistas a posibles ayudas sociales, se les asignaba a diferentes celdas.

En tomo a los juzgados y a los edificios de la cárcel, visto desde la estupenda altura del despacho de Varennes, había enormes rectángulos, interminables regiones de la ciudad atontada..., muchos muchos kilómetros cuadrados de Passchendales o Sommes urbanos^[9]. Solamente en el centro de la ciudad, visible desde todos los puntos de vista, a lo largo y ancho de zonas de demolición, se levantaba la belleza enhiesta de los rascacielos. En torno a las torres, donde los faros perpetuos mezclaban sus luces con la del pleno día, se producía el choque de dos clases de luz distintas.

Varennes dijo:

—Cuando habla usted de confusiones, se diría que está hablando del maelstrom, como Edgar Allan Poe.

—Quiere decir que suena como apocalíptico. Y, cuando se empieza a hablar de apocalipsis, se acaba perdiendo el punto de referencia social fiable y constructivo.

Ahora bien, Corde habría añadido, en una versión mejorada de su artículo, que Varennes era hombre sano, una persona normal, y con tendencia al pensamiento liberal digno. Los detalles de su nombramiento para el cargo de defensor público eran cosa normal en el Condado de Cook. Después de todo, no era fácil ascender sin padrinos. Pero Varennes era un símbolo, en cualquier caso, del deseo general de

integridad, al que incluso la Mafia no tenía más remedio que hacer concesiones, si bien fueran limitadas. A pesar de todo, Varennes era persona culta e íntegra: hacía gimnasia, se entretenía arreglando automóviles antiguos, y sentía interés por lo que decía el decano. El decano Corde, allí sentado, con las manos sobre el regazo y las palmas vueltas hacia arriba, una pierna montada sobre la otra, le miraba con ojos de persona corriente, llenos de retorcida astucia, y parecía interesarle a Varennes de una manera teórica escuchar al decano cuando hablaba de estados de turbulencia y confusión, de incompreensión infrahumana, de mujeres que rogaban se les perdonase la vida cuando se levantaba la tapa del maletero de un coche. ¿Estaría el visitante tratando de decirle, dando pábulo a uno de los temores propios de la clase media, que el país se estaba desintegrando, o algo parecido? La verdad era que el decano no parecía ser el tipo de persona nerviosa o el histérico que tanto abunda. Partes de él eran realmente astutas; era agudo por momentos, incluso terco.

—¿Qué le parece? —preguntó Varennes—. ¿Le daría usted al marido de la muerta una pistola para que disparase sobre Mitchell a través de los barrotes de su celda?

—¿Es que he propuesto yo, acaso, algo de este tipo?

—No, no lo ha propuesto, decano, pero estoy indagando.

El decano dijo:

—Le voy a decir con toda claridad lo que pienso. Su acusado pertenece a la clase baja negra de la que todo el mundo habla, y que es económicamente «superflua», por usar el término que utilizan ahora los especialistas, quedando más y más a la zaga del resto de la sociedad, encerrado en una cultura de desesperación y delincuencia..., bueno, yo no diría «cultura», pero este es otro término de «especialistas». Allí no hay cultura, es simplemente una jungla, y muy monstruosa, por cierto. Estamos hablando de una gente condenada a la destrucción, un pueblo a extinguir. Compárelos con la última fase del proletariado, tal y como la pinta Marx. El proletariado, que no posee nada, desnudo, privado de su última prenda, despertaría, por fin, de la pesadilla de la Historia. Completamente desnudo, no tendría ninguna ilusión, por carecer de todo apoyo para sus ilusiones, y llevaría a cabo una revolución sin ningún guión. No necesitaría ningún guión histórico por causa de su implacable educación, en plena realidad, y todo lo demás. Pero, bueno, aquí tenemos un caso de un pueblo despojado de todo. ¿Y cuál es el efecto de ese despojo? ¿La atomización? Por supuesto que no se trata de proletarios. Son, simplemente, una población en manos de los fondos de ayuda social, y no sabemos cómo acercarnos a ella, ni siquiera hemos comenzado a concebir una manera de enfrentarnos con ella, de modo que no tiene ante sí otra posibilidad que la muerte. Los que puedan avanzar hasta la clase media, que avancen. ¿Y los demás? Bueno, con esos hacemos lo que podemos, y no se nos puede pedir más. A algunos de nosotros nos matarán, pero, en general, se matarán entre sí mismos...

Varennes preguntó:

—¿Es esta la conclusión a que quiere llegar en su artículo?

—No sé, ni siquiera he comenzado todavía a llegar a una conclusión. Hasta ahora no he pasado de la fase que pudiéramos llamar descriptiva. Lo que le estoy diciendo es, sencillamente, lo que veo que ocurre a mi alrededor. Y todavía no me he visto las caras con lo peor, ni mucho menos. La ciudad interior de todos nosotros... Ya hablaremos de eso en otra ocasión.

Y así fue como terminó nuestra conversación. Sonó el teléfono. Era una llamada importante. Varennes se excusó, y yo mismo estaba ya a punto de irme, de modo que se deshizo de mí, prometiendo que hablaría del asunto con sus colegas. Era un hombre muy agradable. Casi valía la pena hablar con él. Y estos son los peores. Hubo momentos en que casi dio la impresión de que estábamos llegando a algo concreto.

XI

Vlada Voynich no pudo vernos el día de Navidad. Estaba fatigada por causa del viaje, como le explicó a Minna, por teléfono, pero iría al funeral..., sin duda alguna..., y después iría a verles a su casa. Minna estaba muy ocupada con tanta visita. La prima Dincutza le llevó este recado a Corde. Corde estaba encerrado en el cuarto, que, para entonces, ya era su cuarto. Había sido aquel un día muy invernal para él, y mezclarse, encima, con los visitantes y enfrentarte con la conversación insustancial era algo que estaba muy por encima de sus fuerzas, de manera que ni siquiera lo intentó. Y Dincutza, haciendo de sustituta de Gigi, que estaba entonces muy ocupada, se había dado a sí misma la misión de cuidar de él. Le llevaba de vez en cuando una taza de té, y le servía de informante y confidente. Gracias a ella se enteró de que la campaña de Gigi por conseguir que el cadáver de Valeria fuese expuesto en el colegio médico había fracasado: nada de funerales solemnes. Petrescu la había llamado hacía un momento precisamente para decirle que acababa de aparecer un aviso en el periódico de la tarde sobre el funeral, que iba a tener lugar en el crematorio, sin honores oficiales de ninguna clase.

Por la mañana, Corde ayudó a las señoras a organizarse para el funeral.

—Va a hacer un frío del demonio —le dijo a Minna—, acuérdate del otro día, el frío que hizo. La bóveda esa es como una nevera.

Le insistió en que llevara su abrigo norteamericano, pero ella no quiso, y se puso en su lugar el abrigo de su madre, que era de piel sintética. Debajo llevaba montones de jerséis, de modo que frío no iba a tener. A Corde aquellos abrigos le parecían raros: pardo mezclado con púrpura. Y al tacto eran bastante suaves, a pesar de su aspecto pesadote, que luego no se traducía en peso verdadero; dependía del usuario el que adquiriesen vida o no. Pero el motivo, el tema de Corde aquel día, era cerciorarse de que Minna tendría todo cuanto pudiese hacerle falta, aunque la verdad era que no parecía necesitar muchas cosas, pero de no haber estado él pendiente, no se habría dado cuenta del frío que hacía; era una tarea ingrata, pero necesaria.

Para el funeral, el tiempo fue precisamente eso: funeral. Nada de sol, el sol se había ido, solamente nubes deshilachadas y un horizonte bajo y frío. Al amanecer, había helada por las aceras, y todavía quedaban retazos de ella. Era como el invierno de Chicago, que se le encogía a uno el rostro y le tensaba el esfínter.

La prima Dincutza estaba con Traian junto al pequeño «Dacia». El frío daba al rostro de Traian un aspecto carnosos, compacto, el color del jamón italiano. Bajo la chaqueta de cuero, con cremallera y cinturón, Traian parecía un pollo listo para asar. Las perneras de sus vaqueros azules y estrechos desaparecían bajo el reborde superior de las botas, y en las comisuras de su boca se veían los mechones de su bigote mexicano. Pero, de perfil, su rostro se volvía bizantino. Era la nariz larga y recta lo que le daba ese aspecto, y los ojos oscuros y grandes. También Gigi tenía esa clase de nariz, y, al contrario que Traian, poseía también el clásico cuello largo bizantino. La

edad lo había vuelto musculoso, y ahora, como estaba tan encorvado, el cuello se separaba del de su abrigo sintético. Debajo de sus ojos pardos y llenos de una intensa tristeza había ojeras lívidas. En su propio ambiente también Minna tenía aspecto de griega. Aquel rincón de Europa era, después de todo, Macedonia, romano, turco, armenio: el imperio de oriente. Y aunque el frío recordaba a Chicago, los rostros eran del mundo antiguo. Pero había que tener en cuenta que Chicago era como un vasto campamento de refugiados, donde se veían rostros de todas las partes del mundo, y después de todo, había sido en Chicago donde él, hugonote irlandés del centro oeste de Estados Unidos, y Dios sabía cuántas cosas más, había encontrado a aquella mujer macedonioarmenioturcoeslava, que era, exactamente, la clase de mujer que él necesitaba.

A Corde le pusieron en el asiento delantero. Las tres señoras estaban atrás. Dincutza, la parienta pobre, se sentó envuelta en una especie de chaqueta china guatinada, entre dos abrigos de pieles sintéticos. La primera parada de Traian fue ante el hospital, donde tomó una calzada secundaria, situada al lado del edificio. Un hombre con botas que crujían al andar y aire pesado, pero de movimientos rápidos, cerró la puerta de servicio. Le vieron irse, y menos mal que Traian sabía lo que hacía. Al volver dijo algo a los pasajeros, empaquetados en sus prendas de abrigo, a través de la ventanilla a medio abrir del conductor. Lo que dijo fue que Valeria estaba vestida y lista, y que el coche fúnebre estaba ya de camino, como habían quedado. Se ofreció a quedarse él en la calzada para esperarlo, y luego saludó a Minna levantándose un poco el sombrero, aunque también podía ser que se lo hubiese acomodado mejor en la cabeza, tendiéndole un sobre marrón que contenía los dos anillos de Valeria. Corde se volvió en su asiento mientras Minna sacudía el sobre, haciéndolos caer en su mano. Había sido necesario cortar el oro, y estaban manchados de sangre coagulada. Corde se echó para atrás al ver las gotitas rojas, pero Minna no pareció fijarse. Dijo:

—Este de la piedra era el anillo de pedida de mi madre. Nunca se lo quitó.

Con la uña del dedo pulgar fue raspando la sangre reseca y luego limpió los anillos con un pañuelo de papel. Se quitó su alianza y puso en su lugar los dos anillos cortados, volviéndose a poner después la alianza, de modo que los sujetase.

El encargado del funeral llegó en una camioneta. No era esto lo que había esperado Corde, una especie de furgoneta de limpiaventanas es lo que habrían llamado en Estados Unidos a aquel cacharro. Dio marcha atrás contra la plataforma de carga y descarga, le cargaron el cadáver y luego el cochecito de Traian siguió la camionetacoche funerario de un azul desvaído por la ciudad. En el centro de la ciudad, el tráfico era ya denso. Las tres mujeres iban en silencio, y Corde, con el sombrero calado, no tenía nada que decir. Se asomó a la ventanilla, fijándose en todo. ¡Y qué observador era! Estaba siempre atento a lo que le rodeaba, como si le hubieran enviado allí para lijarse en el mundo exterior, en misión de observación y anotación. Pero ¿con qué objeto? ¿Establecer contacto? ¿Clasificar? ¿Penetrar? Su misión, por el

momento, era seguir a una pequeña camionetacoche funerario corriendo por los sombríos bulevares.

Siguiendo una curva cuesta arriba llegaron, por fin, a la capilla funeraria que había en la cima de una eminencia y de cuya cúpula surgía un hilillo de humo, hacia el aire oscuro. La camioneta acababa de aparcar, y Traian paró también detrás de ella, mientras los empleados sacaban el ataúd sin tapadera de Valeria. Los especialistas la habían peinado bien, la cabellera estaba cuidadosamente arreglada y no estaría expuesta mucho tiempo al viento. Valeria iba ya por las escaleras, con su vestido de seda, con botones macedonios de plata, que llevaban ya mucho tiempo en la familia, zapatos italianos de tacón alto, los mismos que había llevado en Londres la primavera pasada, cuando Corde se dio cuenta de que vacilaba al andar, la primera vez en «Burlington House». Eran los mismos tacones que se habían torcido, haciéndola casi caer.

La gente esperaba en la amplia escalinata exterior, una muchedumbre de viejos amigos que, juntos, tenían el aspecto de un grupo de actores de ópera cómica. Los mismos abrigos y chaquetones de siempre, la ropa de los domingos, cortada hacía cincuenta años con buenas telas de antes de la guerra. Una vieja llevaba puesto, como un peso, un abrigo de pieles auténtico, tan pesado que apenas tenía suficiente fuerza para soportarlo. Parecía decidida a ver a Valeria de cerca. Un marido viejo y hecho una ruina la sostenía, mientras ella hacía esfuerzos por abrirse camino hacia el ataúd, y llegaron justo a tiempo para verla pasar. Valeria, llevada a hombros por dos hombres... tenía de nuevo el aspecto de una matrona romana, pensó Corde, no parecía ya la vieja a la que había causado tal impresión en su lecho de muerte.

Bajo el centro de la cúpula, la muchedumbre era numerosa todavía. Las sillas, a ambos lados del ataúd, no hacían más que estorbar, ya que nadie quería usarlas. En vista de ello, fueron echadas hacia atrás. Corde se situó entre Minna y Gigi, mientras la prima Dincutza se ponía justo detrás de él. Los amigos de familia, al acercarse, se daban perfecta cuenta de que Minna podría muy bien no acordarse de ellos; después de todo, llevaba ya más de veinte años ausente del país. A algunos de ellos, además, les costaba trabajo levantar la cabeza para facilitar la identificación, tan rígidos se les habían puesto los músculos del cuello. Sí, muchos de ellos tenían artrosis cervical. Se veían manchones de pigmento rojo en sus rostros, y viejas voces se abrían de asombro al oírle hablar a uno. Estos eran los «colegas de papá», o sea viejos camaradas del partido, periodistas desbancados, antiguos boyardos, exmaestros, primos lejanos, que iban..., pero sus razones tendrían. Estaban allí para significar, para testificar, y también para recordar a Minna que estaban vivos. «Sí, todavía estamos vivos, por si acaso no lo sabías, y podríamos contarte muchas cosas. Y por lo que a tu madre se refiere, consiguió sacarte de aquí, y ese fue uno de sus grandes éxitos; nos alegramos por ti, y por ella. Pero, ahora, para ella se acabó todo, y pronto se acabará también para nosotros. Y esa es la razón de que hayamos venido a esta triste reunión». La gente había gastado muchísimo en flores. Solamente había

claveles, y bien difíciles que eran de conseguir. Dincutza dijo:

—*En hiver on trouve tres peu de fleurs. Ils coûtent les yeux de la tête*^[10].

Le explicó a Corde cuánto les costaba un solo clavel. Fue preciso limpiar de flores varias veces el rostro de Valeria. Gigi, desde el otro lado, le dijo a Corde que Petrescu era el único responsable de las coronas, y las había conseguido por vía oficial. Había también una banda de color detrás de la muchedumbre, en el perímetro. A lo largo de la curva de la pared estaban las latas de cenizas y había también tuestos de ciclaminos con cintas, velas encendidas, puntitos encendidos, granos luminosos, puntos como granates en la oscuridad. Había velas, flores, pero hacía un frío congelador. El frío le consumía a Corde bajo los calcetines y los jerséis. Debajo se sentían los fuegos, corrientes de calor corrían bajo el pavimento, pero no era la clase de calor que le calentaba a uno, y procedía de las aperturas que había en los bordes del ataúd levantado, a través de las juntas metálicas, de debajo del largo barril bivalvo que se cerraría en cuanto se hundiese el ataúd.

Comenzaron por fin los discursos. Corde había vivido suficiente tiempo en Europa para acostumbrarse a la oratoria comunista, a los ritmos de las preguntas y las respuestas retóricas. «¿Quién fue esta mujer? Fue... una camarada..., una militante...». Penoso, lamentable, y bajo la cúpula sonaba excepcionalmente pesado. Se dijo que ya no habría ningún otro estilo de elocuencia pública en ninguna de las provincias del imperio ruso, y se alegró de no saber el idioma. El último discurso, y todos ellos fueron cortos, lo pronunció Mihai Petrescu, que demostró ser, con mucho, el más emotivo de los oradores. No consiguió terminar, se derrumbó, y, como para cubrir su retirada, comenzó a vibrar el movimiento lento de la Tercera sinfonía de Beethoven, desigualmente, por los altavoces. Las cintas magnetofónicas estaban gastadas, como deshilachadas, palpitantes. Minna echó a un lado las flores que había sobre el escalón del ataúd, se arrodilló y besó a Valeria. A su lado, la tita Gigi se había inclinado sobre el rostro de su hermana. La piel sintética del abrigo se le encrespaba en la espalda.

La prima Dincutza había empezado a murmurar algo al oído de Corde desde atrás. Había una última formalidad indispensable, un documento más que era preciso firmar. Las regulaciones exigían que un miembro de la familia confirmase la identificación de la difunta antes de procederse a la incineración.

—¿Tengo que ser yo?

—¿O su hermana, o su hija?

—¿Y no puede ser un primo?

Pero un primo no era *assez proche*, de otra manera, ella misma habría hecho la gestión. Se daba cuenta de que Corde estaba nervioso. La idea de tener que bajar al subterráneo le inquietaba, pero se dijo que no le quedaba otro remedio que ir, ¿qué otra cosa podía hacer? La vieja le cogió del brazo, tranquilizadora, como para decirle que no tenía motivo para tener miedo, y Corde concentró su fe en aquel rostro moteado, en aquellos dientes oscuros y desiguales, en aquel pelo ralo, en aquella

bondad de corazón. Dijo que bueno, que de acuerdo. No era aquel el momento de hablar con Minna. Palpitantes, los grandes acordes de Beethoven terminaban en aquel momento, el cilindro semejante a un barril estaba cerrándose y el ataúd comenzaba a bajar, mientras caían sobre él las flores, boquete adentro. Todo esto pasó rápidamente. El pesado tambor cilíndrico se cerró con un ruido raspante. Valeria estaba bajo tierra.

Inmediatamente, Minna y Gigi se vieron rodeadas de amigos. Corde siguió a Dincutza por entre la muchedumbre. Traian esperaba en la parte superior de las escaleras.

Corde fue el primero, y todos le dejaron paso. Aspiró el aire como un buceador y bajó al trote corto, sumiéndose en el calor creciente, que se espesaba en torno a él. Cuando llegó al fondo vio a Ioanna junto al ataúd, que acababa de llegar. Estaba besando la mano de Valeria, llevándosela a la mejilla. Lloraba y hablaba entrecortadamente a la vieja muerta.

—¿Qué es lo que está diciendo?

—Está pidiéndole perdón —dijo Dincutza.

¿Por haber sido confidente de la Policía? ¿Igual que Petrescu, el último orador, que se había congestionado de emoción al final de su discurso, era miembro de las fuerzas de seguridad? Pero no parecía probable que Ioanna se culpase a sí misma de tener relaciones con la Policía, porque, si no las tuviera, no podría ser portera, y ¿qué tenía de malo ser portera? Y para poder proteger a las viejas hermanas tenía necesariamente que estar en contacto con la Policía. Y tampoco podía decirse que lo hiciera por los regalos que le traían de Londres, por el dinero que le daban. Ella, a esto, habría contestado:

—La *doamna* doctora a mí me quería, y yo la quería a ella^[11].

Cuando Ioanna, acurrucada junto al ataúd, levantó los ojos hacia Corde, los ojos azules quemaban, como si sus lágrimas fueran de alcohol. Aquí estaba el calor que Corde había sentido arriba, en la sala, bajo los pies. Era como la boca de un horno. Se metía por entre los tejidos, sacando a la superficie toda la humedad. Corde, que había bajado temblando de frío, sentía ahora el peso caliente de su sombrero, la badana del forro empapada de sudor. Trató de no tragar el humo del cadáver respirando someramente, y protegerse así los pulmones. El calor le daba la impresión de que todos sus órganos eran como de papel, igual que los adornos de Navidad que solía desdoblar en otros tiempos, que producían pequeñas explosiones al abrirse, mostrando el interior rojo. Se le estaba secando la garganta, y comenzó a toser. El ataúd, como una barca, con flores, estaba sobre un transportador mecánico que se movía lenta y automáticamente, una muesca cada vez. Ioanna, llorando, lo seguía. Otro parón. Había otros cadáveres antes del de Valeria, y Corde ya solamente se la imaginaba muerta, esperando su turno para ser quemada, y, ciertamente, entre la helada y las llamas, ¿no eran preferibles las llamas?

Traian estaba convenciendo al funcionario de abajo, que estaba sentado en un pupitre alto, de que aquel extranjero estaba capacitado para firmar en nombre de la

familia. Pero había que examinar su documentación. Corde, en vista de ello, le entregó su pasaporte azul norteamericano, todavía con la mirada fija en Ioanna. Era natural que esta llorase sobre el cadáver, y hasta se sentía en deuda con ella por esto. En aquel momento le dieron un bolígrafo, y Corde se inclinó para garabatear su firma a través de la hoja. Luego se puso otra vez firme, se quitó nerviosamente las gafas y tanteó por su bolsillo interior en busca de la funda de las gafas... Por amor de Dios, salgamos de aquí cuanto antes. Tenía círculos de sudor debajo de los brazos por causa de aquel calor tremendo. La gente que estaba allí no iba a abrir las puertas negras de acero para dejarles ver el ataúd que se alejaba, rechinando, sobre rodillos, desapareciendo, ni permitiría a los espectadores ver los hornos.

Dincutza lo llevó de nuevo hacia las escaleras, y Ioanna le ayudó como si fuera un niño cuya incompetencia le daba lástima, pero su mismo volumen le dificultaba a Corde en andar. Encajaba apenas en el hueco de la escalera, y Traian le dijo algo con voz cortante. En el primer descansillo volvió a sentir frío.

Era como si estuviese cortado en dos, por extremos de calor y frío. Y de nuevo la cúpula congeladora y la muchedumbre que se apretujaba en torno a Minna. Pero este frío era mejor que aquel calor. El pecho de Corde, angosto como una escala, estaba atestado de emociones: fuego, muerte, asfixia, todo ello metido junto en un agujero diminuto, o, mejor, crujiendo en un horno. Las últimas posibilidades. Pero todas ellas igualmente terribles. ¡Resultaba difícil optar por cualquiera de ellas!

¡Ah, el marido norteamericano, el decano! Habían estado buscándole, querían saludarlo, ofrecerle sus respetos, pero también querían ver a aquella pareja, la famosa astrónoma, cuyo apellido de soltera era Raresh, y al hombre con quien se había casado. Tipos viejos daban a Corde rápidos apretones de mano franceses, le hacían reverencias alemanas. La explicación que daba Gigi de tan nutrida asistencia era que la gente quería decir algo indirectamente al régimen. Bueno, quizá fuera esa la razón, pero Corde no lo interpretaba como una manifestación política. No se debía a que Valeria hubiera caído en desgracia, o porque se hubiera enfrentado con el Politburó o con el Comité Central, o porque hubiese rehusado, años más tarde, entrar de nuevo en el partido cuando se lo propusieron. Aquella gente acudía con una especie de dignidad subalimentada en lo que quedaba de su armario ropero de antes del socialismo, con objeto de afirmar que había una especie de vida..., y, quizá, como comunistas, o incluso como miembros de la Guardia de Hierro^[12], era concebible que hubieran pecado contra ella..., la vieja vida europea, que, en su aspecto más vergonzoso, era todavía infinitamente mejor que aquella otra vida. La mayoría de aquella gente era ya demasiado vieja para tener represalias, y, en cualquier caso, no habían hecho otra cosa que sacar del alcanfor sus viejos trajes confeccionados en Viena, ponerse los abrigos de pieles a medio pelar, a pesar de que sus espaldas eran ya demasiado débiles para soportar su peso, saludar militarmente, murmurar algo en francés, ofrecer sus respetos a un miembro notable de su generación, etcétera. Nada más.

Gigi le dijo a Corde:

—Mientras estabas abajo, estuvo aquí Vlada Voynich a despedirse de Valeria, pero dijo que iría más tarde a la casa... Ha venido mucha gente importante. Nunca he visto una reunión como esta. No esperaba ver al doctor Gherea, pero, ha tenido el buen gusto de venir, y ahí le tienes, haciendo cola. ¿Lo reconoces, por la foto?

Mirando al sensacional neurocirujano, Corde vio en su lugar la figura pesada de su amigo de juventud, Dewey Spangler, la barba bien cuidada, el rostro maduro y sonrosado como una ciruela. En momentos de emoción, Dewey ejecutaba todavía un rápido movimiento doble, doblando la barbilla hacia abajo, costumbre encantadora, la verdad, se dijo Corde, recordando, ¡qué cosas!, mira que tomarse la molestia de venir... No me había dado cuenta de que me tuviese tanto afecto... Aunque, a lo mejor, después de todo, no me lo tiene.

Le presentó a Minna, y Dewey hizo un gesto de aprobación, le dio su visto bueno. Había cosas que seguían sin cambiar..., la expresión del rostro de Dewey, por ejemplo. Lo esencial seguía siendo como siempre, solo que más condensado. Dijo:

—Bueno, amigo, ¿qué?, ¿nos tomamos una copa?

—¿Cuándo?, ¿esta tarde? —preguntó Corde.

—Te rescato a las dos de la tarde. Es nuestra última oportunidad.

XII

Para el mediodía, la temperatura había aumentado, y Corde se alegró de verse en la calle después del frío congelador de la sala abovedada. Saliendo del apartamento en compañía de Vlada Voynich, Corde se ventilaba los pulmones. Todo aquel día había tenido la sensación de estar haciendo un esfuerzo constante por recalentarse la sangre y despejar el humo de sus tubos respiratorios. Antes de salir de la casa en compañía de Vlada, había tenido justo el tiempo suficiente para comer una rebanada de pan con mantequilla y echarse al coleteo un buen trago de aguardiente balcánico de ciruelas, una bebida muy fuerte, desde luego, pero que le recorría las extremidades en lugar de empaparle el cerebro; sus manos y sus pies le parecían más tensos, e incluso la superficie de su rostro le picaba en aquel momento, como si algún amigo le hubiese dado en ella unos pocos sopapos por su propio bien. No se sentía completamente normal: la fiebre interior, hielo en el sistema, se sentía como desarticulado. Pero ¿por qué motivo tenía que sentirse normal? En el crematorio había tenido que someterse a un ensayo de muerte, y la muerte no es cosa que se ensaye gratis, siempre tiene que costar algo.

Vlada, mirándole desde un lado, evidentemente se dio cuenta de que no tenía buen aspecto, y le dijo:

—Te ha resultado duro todo esto, ¿no?

Esto, por alguna razón, resultaba inaceptable. Corde se defendió contra su comprensión.

—¿Te refieres a todo este mes de diciembre? Bueno, he tenido tiempo para mí mismo, y he podido dormir todo lo que necesitaba. El apartamento es muy tranquilo, aunque el teléfono suena constantemente. El cuarto de Minna era una especie de sagrario. Es a Minna a quien le está resultando duro.

—¿Cuándo quieres que hablemos de lo que tenemos que hablar?

—Pues, si no hace demasiado frío, y el sol sigue luciendo, me gustaría» hablar al aire libre, mejor que en un café.

—Hay un pequeño parque justo al otro extremo de la calle. O, por lo menos, lo había.

—Sigue habiéndolo. Minna me lo señaló el otro día..., está cerca de su antiguo colegio.

Vlada era una mujer en quien se podía tener confianza..., era maciza, muy grande, con el rostro ancho, de edad mediana, tranquila, sincera, de piel muy blanca, de una blancura espesa, casi opaca. Por causa de la longitud de su sonrisa, de sus ojos pardos, tenía algo en común con Elfrida, la hermana de Corde. Su pelo, como el de Elfrida, está muy mal teñido, de un tono demasiado oscuro. Corde habría vacilado en tocarlo. Los teñidos y los fijadores le quitan la vida al pelo, pero Vlada, indudablemente, había tenido en cuenta esta consideración, y, además, era química, de modo que tenía que saber lo que los fabricantes ponen en sus tintes y en sus

preparados.

Se acomodaron en un banco soleado, entre dos árboles podados..., las ramas, enanas, nudosas y moteadas de brotes aún sellados en las randas agrupadas en racimos, y los troncos envueltos en sus suaves pieles invernales.

—Qué agradable.

Corde se echó el sombrero hacia atrás, para protegerse la nuca del frío. Era poca cosa aquel parque, mal conservado, pero se alegraba de estar allí, en compañía de Vlada. Se fiaba de ella, su presencia le animaba. La abundante cabellera, con raya en medio, que le caía en dos grandes ondas, los dientes grandes, el aliento femenino reconfortante..., para él todos aquellos eran elementos estabilizadores. Vlada había estado casada en otros tiempos, hacía muchos años. Su exmarido había sido, según ella contaba, un miembro de la población mundial, cada vez más numerosa, de locos de atar civilizados. Una verdadera lástima, porque Vlada habría podido ser una esposa sólida y estable, llena de cálidos abrazos; habría sido comprensiva, inteligente, digna, pero, sobre todo, estable. Corde con frecuencia examinaba de esta manera a las mujeres que parecían hechas para el matrimonio, cultivaba sus ideas sobre ellas..., aunque, quizá, la palabra ilusiones fuera más exacta.

—¿No tendrás noticias para mí sobre el caso Lucas Ebry, eh, Vlada?

—Solo lo que traen los periódicos, quizás un poco más, pero por ese estilo.

—Tendrán que comunicar pronto el veredicto. ¿Te ha dado Alee Witt algún recado para mí?

—Me dio un sobre. Lo dejé en el apartamento... Mi hermano me dijo algo sobre el coronel. Bueno, ahora ya te habrás dado cuenta de lo que es nuestro país.

—¿Vuestro país? Yo pensaba que tú eras de Serbia.

—Y lo somos. Voynich es apellido serbio. Pero mi hermano se casó con una rumana, por eso vine aquí cuando tenía veinte años.

—¿Y qué es lo que te dijo tu hermano sobre el coronel?

—De primera mano no sabe nada, pero la gente de ese tipo suele hacer sus primeras armas en la administración de prisiones, a veces también en las llamadas instituciones psiquiátricas, que es donde encierran a los disidentes.

—Lo hacen todo al estilo ruso. Si uno es un disidente, incapaz de darse cuenta de que vive en un paraíso socialista, es porque tiene que estar mal de la cabeza... El coronel este tiene que ser muy influyente.

—Bueno, lo más probable es que la decisión en un caso como este se tomase más arriba.

—¿Por qué?, ¿porque Minna había desertado? A Valeria no le gustaba nada esa palabra. La verdad es que el régimen no podía ver a Valeria. ¿Por qué? ¿Algo que ver con la clase social?

—Valeria no era boyarda. El partido es duro con las viejas familias boyardas. Era comunista, de eso no cabía duda, pero no podía quitarse de encima sus maneras de dama distinguida. Además, era simpatizante de Dúbcek. Bueno, sea ello lo que fuere,

lo cierto es que ya se ha muerto.

—Sí. A mí me sorprende que se molestasen tanto en un caso como este, sin verdadera importancia política..., una madre y su hija, nada más. Probablemente para dejar bien claro que aquí nadie tiene derechos particulares, lo cual, por otra parte, ya lo sabe todo el mundo. Pero, como dices tú muy bien, ya se ha muerto... Me habría gustado hablar con tu hermano, me dijo que teníamos que dar un paseo.

—No podría, Albert. No habla. Si tienes una conversación con un extranjero, debes mandar un informe a las autoridades, y mi hermano tiene que andarse con mucho cuidado con las autoridades. Y, a propósito, si alguna de las amigas del colegio de Minna hubiera querido invitarla a su casa, habría tenido que conseguir permiso oficial en un departamento que se llama *Protocól*. Sin *Protocól* no podrían lo que se dice ni ofrecerle una taza de té.

—¿De modo que tu hermano no quiso correr el riesgo?

—Mi hermano ha pasado diez años en la cárcel, por ser socialdemócrata. La mayor parte de ese tiempo estuvo incomunicado. Pero venía de visita una delegación del partido laborista británico, que lo conocían de antes, y cuando se les preguntó a qué gente querían ver, dieron su nombre, de modo que lo sacaron de la cárcel donde estaba incomunicado, le lavaron, le afeitaron, le dieron ropa y le pusieron en un apartamento, y recibió instrucciones de invitar a cenar a la delegación británica. Eran las seis de la tarde, más o menos. Los invitados llegarían a las siete. A eso de las seis y cuarto llegó su mujer, que había estado también en la cárcel, diez años, y ni él ni ella sabían si el otro estaba vivo todavía. Llevaba un vestido muy mono. No tuvieron tiempo de hablar, y además la cocinera era agente de la Policía. El timbre iba a sonar de un momento a otro...

—¡Qué cosas! Y los visitantes no se dieron cuenta de nada, ¿no es eso? Como George Bernard Shaw en Rusia. Como Henry Wallace. El viejo truco de las aldeas de Potemkin^[13].... Y, después de todo aquello, ¿no volvieron tu hermano y su mujer a la cárcel?

—No, no volvieron... Su mujer murió el año pasado.

¿En el terremoto? Corde decidió que lo mejor era no preguntar. A lo mejor pasé junto a la lata que contenía sus cenizas.

—Y mi hermano ahora vive solo —prosiguió Vlada—, sin complicaciones. Pero nada de paseos con extranjeros. Lo sintió mucho, me dijo que parecías *sympa*, y yo le dije que había acertado. También Beech te encuentra *sympatique*.

—A mí también me cae bien él.

—¿Tuviste tiempo de leer el material que te di?

—¿Tiempo? He tenido tiempo de sobra, no he tenido otra cosa. Apenas si he salido de la casa. Minna tenía miedo de dejarme salir solo, pensaba que a lo mejor me detenían con cualquier pretexto, y que eso habría complicado las cosas excesivamente. A lo mejor es que exageraba, pero no discutí con ella. Lo mejor era estarse en casa. Sí, leí todos esos papeles.

—Pero del material técnico no te di nada.

—Sí, ya me di cuenta. No tenía sentido cargarme de datos químicos que, además, no iba a entender.

—¿Y qué te parece?

—Te diré..., ¿que qué me parece? Pues me interesó, aunque el peligro me preocupó. Como es natural, soy un norteamericano interesado por mi patria, y quiero poner fin a las cosas que están mal, y promocionar las que están bien. Quiero la victoria de la democracia y que la civilización siga adelante, pero no quiero convertirme en un ecologista. Eso, para mí, sería una pérdida de tiempo, y la verdad es que ya no me queda tiempo que perder.

—Beech no se considera ecologista. Piensa que quizá no comprenderías lo que él persigue, y me ha encargado que te lo explique más a fondo. Para empezar, tiene confianza en ti.

—¿Y cómo es posible eso? Solo nos hemos visto dos veces..., o tres, no recuerdo. No es suficiente.

—Ha leído tus cosas.

—Porque le obligaste tú.

—Bueno, sí, pero piensa que, en lo tuvo, eres un artista, no el tipo corriente de periodista.

Corde bajó la cabeza y dejó pasar esto. Vlada estaba tratando de calmarle a fuerza de halagos. ¿Es que se le notaba muy nervioso? Probablemente, bastante. ¿Y por qué sería eso?

—Bueno, pues, si soy una especie de artista, será porque me dedico a una especie de arte. Me gustaría saber en qué consiste.

A la luz invernal, el rostro de Vlada era de un blanco intenso. Le miró de frente, a los ojos, pero Corde ya no tenía la misma confianza de antes en esas miradas francas y abiertas. No era que no se fiase de Vlada, sino que la gente nunca era tan sincera como se proponía ser. No podían garantizar que sus intenciones eran firmes y constantes. Sí, la constancia. El amor no cambia cuando encuentra cambios a su paso, y, en cualquier caso, ¿qué tenía que ver el amor con esto? Lo único que perseguía Vlada era hacerle ver que podía fiarse verdaderamente de ella, y lo que Corde estaba pensando era: estoy pálido, no me encuentro bien, tengo muy mal aspecto, me siento nervioso e inquieto..., estoy como desparramado (decía todo esto citando a Shakespeare fuera de contexto), Vlada quiere ser amable conmigo, he pasado una mañana muy difícil, y todavía no se me ha quitado de encima, bueno, de acuerdo, me fío de ti, Vlada, pero lo que tú quieres es que acepte el trabajo ese. Probablemente le sorprende que no acepte el trabajo lleno de alegría, es un honor. Hay que convenir en que tiene los ojos muy bonitos, de un color castaño, una mirada abierta, es el contraste de ese color oscuro con la tez tan blanca lo que llama la atención, y estos ojos, sin duda, me están comunicando una proposición de la que no me fío del todo. Estoy dispuesto a ceder ante los *beaux yeux*, de acuerdo, pero no necesariamente a la

proposición. Pero Vlada es buen elemento, es como Dios manda, y la escucharé hasta el final, o será ella quien me escuche a mí hasta el final. Es fiel a Beech, y eso se lo envidio a Beech, porque sin duda está bien apoyado. Y si Beech no fuese también un buen elemento no gozaría de tales fidelidades. No, eso puede no ser así.

Ella dijo:

—He trabajado diez años con él, y te lo recomiendo de veras.

—Su aspecto me gusta. Es uno de esos tipos campesinos norteamericanos, que huelen a semilla de heno y se convierten en genios mundiales. Me recuerda a Ichabod Crane.

Vlada dijo:

—También tu aspecto engaña mucho.

Voz de bajo, maneras suaves, aspecto sencillo..., sí. Y Corde dijo:

—En *Huckleberry Finn* hay un payaso de circo que se cae siempre que está sobre sus propios pies, pero es un gran acróbata y un gran artista ecuestre. A lo mejor ese es el modelo clásico norteamericano..., que parece poca cosa a primera vista, pero, en cambio, es capaz de dar saltos mortales sobre la grupa de un caballo al galope. En fin, no me andaré con rodeos contigo, Vlada, en un día como este.

En aquel mismo momento, Valeria estaría entrando en el fuego, el horno rugiente que consumiría su cabello, el pañolón de seda, su vestido verde, fundiría sus botones de plata cincelada, destruiría su piel, fundiría la grasa, reventaría los órganos, llegaría a los huesos, penetraría hasta el cráneo..., el fuego que refina, una esfera de oro rabioso, un sol, una estrella diminutos.

Corde se calló.

—¿Qué estabas diciendo? ¿En un día como este?

—Sí. Me parece que me duele la cabeza, tengo los ojos fatigados. ¿No tendrías por casualidad tylenol en el bolso? Lo puedo tomar sin agua.

—No, ¿es que te estoy dando dolor de cabeza con mi insistencia?

—No. El director me dio a entender que no debo meterme en este asunto, que podría perjudicar a Beech asociarse conmigo. No quiero poner a Beech en primera línea, ya tiene bastantes problemas.

—Sí, el director tuvo una conversación con Beech.

—Y le sugirió que podría meterse también en el lío, este en que estoy yo metido, ¿no?

—Bueno, pero no sé si eres tan peligroso como piensas. Es un pequeño disgusto local. Beech respondería a esto que sus hallazgos conciernen al *Homo sapiens* en general, y al futuro de la especie.

—Sí, de eso ya me doy cuenta. No hace más que hablar del *Homo sapiens* y de la evolución de los homínidos.

—Lo que le ha impresionado, y es esa la palabra que usó, es que tú no eres disputador, que no vas por ahí buscando meterte en líos. Pero el antagonismo de la gente en Chicago es cosa que no tiene importancia. Él está en otra dimensión. —A

Corde le gustaba oír expresiones como aquella en boca de extranjeras—. Además, Beech y el director nunca se llevaron bien. Por ejemplo, si vas a Washington y testificas que hay que poner fin a la extracción y la fundición de plomo y que hay que poner coto a la industria de la alimentación y a la industria conservera, y que Estados Unidos debiera ponerse a la cabeza de una campaña mundial para proceder a la limpieza inmediata del aire y el agua, aunque cueste miles de millones de dólares...

—Nada de eso serviría para llenar las arcas de la Universidad. Y, además, nos mete en líos con el Gobierno federal. Y Witt lo que querría es mantenernos separados..., fíjate, un hombre de ciencia extravagante y un decano que anda mal del coco...

—¿Y por qué te preocupa tanto Witt?

—No, no es que me preocupe. La Universidad conmigo se ha portado bien. Hasta Witt ha hecho cuanto ha estado en su mano.

—Aumentó la recompensa para quien dé información sobre el asesinato. De modo que, si él piensa que tú no le sentarías bien a Beech, no debes llevarle la contraria. Esto no es más que política administrativa. Lo que tienes que hacer tú es ir más allá, mucho más allá. Beech no sabe hacerse entender. Dice que si tratara de hacer él esto acabaría como Bucky Fuller, dando conferencias que no entendería nadie. Yo no es que diga nada en contra de Fuller..., es estupendo. Lo que quiero decir es que hay una especie de culto público en torno a los especialistas estrambóticos y lleno de altos ideales que predicán la salvación por medio de los alimentos orgánicos..., cómo conservar las decrecientes reservas de agua en caso de explosión demográfica. Pero procura comprender los obstáculos con que debe enfrentarse Beech. Tiene que dar comienzo a un debate público al nivel más alto, y tú tienes el don de llamar la atención del público serio.

—¡Ah!, ¿de modo que a mí se me da bien eso de plantar las cosas delante de la gente, para que se fijen en ellas? Pues puede que tengas razón, después de todo, pero, si es así, es porque tengo mis propios fines, o sea que no me sería posible hacerlo para otra gente. No daría resultado. Nadie me prestaría la menor atención.

—Sí, me doy cuenta de eso. Pero el caso es que si comprendieses tú los fines de Beech, quizá pudieras hacerlos también tuyos. No sería ya un asunto personal. Para él tampoco es un asunto personal, no creas, ni muchísimo menos.

—Sí, ya me explicó eso. La cultura humanística liberal es débil porque carece de conocimientos científicos. Él me comunicaría a mí cierta cantidad de ciencia, y entonces podríamos lanzarnos los dos hacia delante. Minna piensa también que, para mí, sería un ascenso unirme con un hombre de ciencia, que sería un tema más digno que nuestra sórdida Chicago.

—La verdad es que no acabo de comprender por qué te muestras tan escéptico. Estás haciéndome discutir, enfadarme.

—No pongo en duda la nobleza de las intenciones de Beech.

—Ha realizado una verdadera obra de arte de investigación.

Corde dijo:

—El sol se aleja, comienza a hacer frío otra vez. Vamos a dar un paseíto.

—Llevo encima bastante ropa, de modo que no siento frío. Siempre que estoy en vísperas de volver a mi patria me pongo a comer más que de ordinario. El año pasado no se encontraba aquí en las tiendas más que cajas con sal, frascos con escabeche con ajo y algo de col fermentada, y pare usted de contar. De vez en cuando se veía algún pollo, y para conseguir huevos había que hacer cola. La carne escasea hasta en el mercado negro; y de pescado, ni hablar. Otros países del bloque oriental han abandonado ya el plan inicial impuesto por Stalin a la agricultura, pero este sigue observándolo. No se encuentran ni siquiera patatas. Siempre que vuelvo estoy más delgada.

Anduvieron al sol, por el camino, crujiente de grava.

—Llevas la grasa con elegancia —dijo Corde.

—Entre mis parientes serbios de Chicago, las mujeres dicen: «¿Cómo vas a encontrar marido si no adelgazas?», y es lo que les contesto yo, que a lo mejor no encuentro ni siquiera dejando de comer, y entonces pierdo el doble: peso y marido.

—Según vuestra propia teoría, cuanto más se come, más se entontece uno con plomo.

Vlada se echó a reír y dijo:

—No se acumula el plomo tan de prisa.

Corde sabía apreciar la elegancia de las mujeres gordas. Vlada sabía andar con elegancia, sabía mover bien los pies.

—¿Y no es posible acostumbrarse o inmunizarse?

Vlada movió negativamente la cabeza. No, no era posible.

—Únicamente envenenarse. El sistema nervioso está permanentemente afectado. Los niños se vuelven problemáticos, inquietos, nerviosos hasta el extremo, y la inteligencia queda dañada de manera permanente.

—O sea, que este mundo..., seamos nosotros como seamos, es un mundo delicioso...

—Sí, la verdad es que sí.

—Y lo importante es que comemos y bebemos plomo, lo respiramos, se acumula en los mares, que se vuelven más pesados cada día que pasa, y lo absorben las plantas y se almacena en el calcio de los huesos. El cerebro está mineralizándose. Los grandes reptiles, con sus cerebros diminutos, estaban protegidos por gruesas corazas, pero nuestro gran cerebro está endureciéndose por dentro, ¿no es eso?

A Vlada le divirtió este resumen. Sonriendo más ampliamente, con los labios largos y gruesos y el rostro blanco vívidamente cálido, dijo:

—La verdad es que me haces mucha gracia cuando te lanzas, Albert.

—Bueno, sí, no tiene importancia —dijo él—, estaba pensando en voz alta, no creas que estoy convenciéndome a mí mismo de nada.

Se sintió al borde mismo de romper a reír, y al preguntarle ella el motivo,

respondió:

—No tienes más que hacerte cargo de nuestra situación aquí. Esta misma mañana, sin ir más allá, estábamos en el crematorio, y ahora estamos discutiendo sobre si yo debiera participar en la campaña de Beech para advertir a la Humanidad de que corre el peligro más serio de toda su existencia. En este momento me siento como si estuviera arrastrándome entre el cielo y la tierra, y resulta bastante gracioso que vengan a ofrecerle a uno el importante papel de salvador. ¡Cristo, no yo! Casi se me paró el corazón cuando tuve que bajar al sótano para identificar a Valeria. Estaba todo cubierto de sudor y sentía retortijones en la tripa. Y ahora, aquí me tienes, paseándome al sol contigo en este parque, hecho todo un caballero de nuevo, abarcando mentalmente el futuro de la Humanidad, el destino de la tierra.

—Sí, de eso ya me doy cuenta —dijo Vlada—, es mal día para tratar de interesarte en un proyecto de este tipo. En estas circunstancias parece poco real y como remoto.

—No, te aseguro que yo a Beech le admiro, y que me gustaría hablar de estas cosas con él. Probablemente lo que le pasa es que piensa que no hay tiempo que perder y que te dijo que me tantearas, que me hicieras poner manos a la obra.

—Pero no pienses que le dije que te tenía en el bolsillo porque somos amigos y porque he sido amiga íntima de Minna desde que estudiamos juntas en Harvard.

—No, por supuesto que no. Y créeme que estoy haciendo esfuerzos por examinar la cuestión lo más a fondo posible. A veces estos científicos «duros» van demasiado lejos, son como una especie distinta. Y esto los hace mucho más interesantes para mí.

—Te casaste con uno de ellos.

—Sí, me casé con uno de ellos. Pero eso es otra cosa. Eso es amor. Vuelve a Minna a la tierra, del espacio exterior. Pero algunos de ellos que conozco nunca vuelven a la tierra. Los hay que sufren ataques de conciencia clara..., esa es mi manera de expresar esto. Como la turbulencia, cuando el piloto le dice a uno que se apriete el cinturón en pleno vuelo. Y también los hay que tienen una fuerte inclinación musical o que se sienten muy interesados por la poesía. Eso a mí me atrae. Y por lo que se refiere a los que están lejos, lejísimos, absorbidos en sus propios y complejos juegos..., bueno, pues me he dicho muchas veces que es perfectamente posible que alguno de ellos resulte ser clarividente a fin de cuentas. Aunque solo sea un poquitín. Pero hay que andarse con cuidado en un caso así.

—Vamos a ver, no sé si te entiendo bien —dijo Vlada.

—Te lo diré de otra forma: el plomo, como mineral, puede constituir o no constituir la amenaza de la que nos quiere defender Beech, pero ser «plomizo», o «plúmbeo», ciertamente es una característica. Unas veces decimos que alguien es «como de tierra»..., y con frecuencia experimentamos esta cualidad térrea; a veces uso la palabra «esclerótico», o «ciego», «ojos que no ven, oídos que no oyen»..., y esto conduce al «final general de todas las cosas», anunciado por lo esclerótico, lo ciego y lo térreo. El «plomo» es probablemente más siniestro, quizá por causa de su

color, su tono o su peso. El plomo nos transmite algo especial sobre la materia, sobre nuestra existencia en la materia. En Lakeview había un chico que escribía poemas, Joe Hamil, y recuerdo uno de sus versos, algo sobre «el garrote de plomo sobre mi frente avezada a la intemperie». Pero su frente no estaba avezada a la intemperie, no tenía más de dieciséis años.

—O sea, que te preguntas si es el «plomo» exactamente lo que el profesor Beech quiere decir, o si se trata de algo distinto que todos nosotros percibimos.

—Es posible, ¿no crees? Nuestro hombre está en su laboratorio superestirilizado, construido para analizar rocas lunares, y de pronto le asalta por todas partes la idea de que un desequilibrio en el mundo mineral está amenazando a la Humanidad, a la vida en general y al mundo mismo. Eso es poético, ¿no te parece? Las grandes obras técnicas del hombre, cerniéndose sobre él, lo han cubierto de metal mortal. No podemos soportar el peso. Nuestra misma sangre gime dentro de nosotros. Nuestros cerebros se debilitan. Este desastre acabó también con el Imperio romano. No fueron los bárbaros ni los cristianos, ni tampoco la corrupción moral. Su teoría es que la verdadera causa fue que usaban plomo para impedir que el vino se picase. El plomo fue la verdadera causa de los vicios de los Césares. El vino cargado de plomo fue lo que llevó al imperio a la ruina.

—La verdad es que los huesos de las tumbas romanas muestran gran concentración de ese metal —dijo Vlada—, los he examinado yo misma en mi laboratorio.

—Y eso por lo que se refiere a Roma. Ahora tenemos el mundo entero. Y no es, después de todo, el hormiguero universal del gran inquisidor lo que debe preocuparnos, sino algo peor, más titánico..., la amenaza del estupefaciente universal, una tendencia catastrófica a la violencia, algo saturniano, salvaje, sombrío, la furia de los nervios irritados, la inteligencia reducida a veneno metálico, de modo que las grandes ideas de la Humanidad desaparecen, y, por supuesto, entre ellas la idea de la libertad.

Corde respiró ruidosamente, liberándose todavía de una (imaginaria) inhalación de humo. Y aspiró el aire azul, congelador, del pequeño parque, con su valla de estacas de hierro caídas..., derrumbadas sobre hierbas silvestres y arbustos.

—No sé, la verdad, si Beech pensará tan románticamente como tú —dijo Vlada.

—Eres tú, que trabajas con él..., pero vete a saber —dijo Corde—, y sin duda alguna estoy exagerándolo, pero si es cierto que hay fuerzas misteriosas en torno a nosotros, lo único que puede ayudarnos a verlas es la exageración. Todos nosotros sentimos que hay poderes que hacen al mundo..., de eso nos damos cuenta cuando lo miramos..., y también poderes que lo deshacen. Y cuando la gente derrama lágrimas incomprensibles siente que está expresando esta verdad, de alguna manera, una verdad que es imposible de expresar de otra forma en nuestra situación actual. Pero es un sentido extraño, y la gente no está acostumbrada a él, y no les puede servir de nada. Es posible que las lágrimas sean intelectuales, pero nunca serán políticas.

Nunca le salvan a ningún hombre del fusilamiento, ni a ningún niño de ser arrojado a un horno. Mi difunto suegro solía llorar cuando se le moría un paciente, y, al mismo tiempo, era miembro del movimiento comunista clandestino. El doctor se echaba a llorar, pero dudo mucho que llorara el comunista...

—Esta conversación es interesante —dijo Vlada—, pero no tengo más remedio que pedirte que me aclares un poco las cosas.

—Sí, por supuesto —dijo Corde—, lo que pregunto es si ciertos impulsos y ciertas sensaciones que no tienen nada que ver con el trabajo científico del profesor Beech y que yacen abandonadas o sin desarrollar en su carácter no podrían cobrar vida súbitamente. A veces es posible observarlas..., una agitación torpe, absurda, después de décadas de atrofia. Y a veces vemos que la gente más cruel se siente inspirada después de cuarenta años de cálculos y juego sucio y se ponen a acusar de crueldad a todo el mundo. Pero a mí me parece que Beech es inocente de todo eso. La inspiración, por decirlo así, le llega en su laboratorio, cuando está ordenando los resultados de su investigación. «Esta tierra que llevo toda la vida estudiando, es también un ser vivo. Nos dio a luz a todos, pero nosotros somos ingratos, ansiosos y malos...».

—Y desarrollando tu argumento, eso a él le resulta nuevo... Sus sentimientos son bisonos, o no están suficientemente desarrollados, y él se siente dominado por la idea. Ahora te entiendo mejor. Incluso si se echó a llorar, lo que no es su costumbre...

—No sería un buen comienzo en política. Ya te darás cuenta de que trato de comprenderlo. Y también de que me gustaría mucho que todos nuestros problemas pudieran ser resueltos por cerebros tan claros y exquisitos como el suyo. Lo malo es que no ocurre así. Pero, a pesar de todo, a pesar de que tiene el aspecto de un paleta, de un Ichabod Crane, es un hombre lleno de sentimientos, un visionario incluso. Quiere proteger y bendecir. Pero, en cuanto se pone a hablar..., ¡qué teorías neodarwinianas salen de su boca: la lucha de dos mil millones de años de organismos en la biosfera! Preferiría tener que comerme una libra de almidón seco con una cucharilla de café que leer cosas así. La verdad debiera ir envuelta en un buen estilo.

—Pues en eso precisamente es en lo que tú podrías echarle una mano.

—¿Y cómo...? ¿Tratando de hablar en nombre de él?

—Dependería de cómo lo hicieses.

—De lo que depende es de lo que él espere que podría resultar de una cosa así. No habría la menor dificultad en ponerse de acuerdo en que los niños negros de las ciudades deberían ser salvados del envenenamiento con plomo, o heroína, o drogas sintéticas, pero la parte dudosa de la idea está en que la maldad humana es una cuestión de salud pública, absolutamente, y de ninguna otra cosa. No hay densidad trágica, no hay una condensación de la substancia del alma, no hay química ni fisiología. Yo, la verdad, no puedo aceptar este punto de vista médico, ya se aplique a asesinos o a genios. En un extremo de la escala tenemos a Spofford Mitchell. ¿Violó y asesinó a una mujer porque había ingerido copos de pintura empapada en plomo

siendo un bebé?; y en el otro extremo tenemos a Beethoven y a Nietzsche, ¿grandes hombres quizá porque tuvieron sífilis? Los Faustos del siglo xx creían esto tan a pies juntillas que, por causa del arte, rehusaban tratarse las lesiones, y la espiroqueta les correspondía con sus terribles obras maestras.

—Esa interpretación médica se llama «esclerosis» o «plomo». —Vlada remachó así las palabras de Corde.

—Donde Beech ve envenenamiento con plomo yo veo pensamientos venenosos, o teoría venenosa. La idea de que el mundo material nos vaya a poner en un envase pesado como el plomo, en un sarcófago que nadie tendrá siquiera el arte de pintar de una manera agradable. El objeto de la filosofía y del arte hará al pensamiento «avanzado» lo que los copos de pintura o los humos plúmbeos de los automóviles a los niños pequeños. ¿Cuál de los dos piensas tú que acabará con todo?

—¿De modo que esa es tu forma de comprender este asunto?

—La verdadera filosofía, no esa palabrería lastimosa que se enseña en las Universidades, o, dicho de otra forma: acuérdate de cómo solía yo quedarme mirando en las clases científicas de Mendeléiev. Allí lo teníamos todo: Fe, Cu, Na, He. Y de eso es de lo que estamos hechos. ¡No sabes lo impresionado que estaba yo! Eso es de lo que estaba hecho todo. Pero ahora resulta que es Pb lo que está pudriendo más que todo lo demás. Pb está resultando ser el Stalin de los elementos, el mandamás... ¿Es cierto que Beech ha medido con exactitud la edad del planeta?

—Eso piensa la mayoría de los geofísicos.

—Pues estoy lleno de admiración. Eso, en sí mismo, es maravilloso... He estado escuchando varias veces las cintas magnetofónicas que me dio. Hay partes que puedo repetir de memoria, casi palabra por palabra. Beech nunca ha querido ser un cruzado, lo único que ha hecho es investigar niveles de plomo, y esto lo ha conducido a las cámaras de los horrores, y luego vio cosas grandes y terribles camino de las profundidades del infierno, y así sucesivamente, y los cimientos materiales de la vida de esta tierra, que estaban siendo destruidos. Y si los científicos puros hubieran comprendido de verdad a la Ciencia se habrían dado cuenta de la moral y la poesía que se contiene implícitamente en sus leyes. Pero no se han dado cuenta, de manera que todo va a irse al garete, como la sangre en una película de Hitchcock. Los humanistas también se han equivocado de camino, no tienen fuerza porque no son duchos en ciencia, y tienen forzosamente que ser débiles porque no tienen una idea clara de lo que ha sido durante tres siglos el principal esfuerzo de la mente humana y los resultados que ha conseguido. De manera que ahora resulta que Beech me ofrece trabajo. Tengo que volver a clase y aprender el abecedario..., ni más ni menos. Y cuando haya comprendido por fin la belleza y la moral que hay en las leyes de la Ciencia podré tomar parte en la lucha final..., comenzar a restaurar la fuerza del humanismo.

—Ya veo que la cosa no tienta demasiado.

—Hace diez años renuncié a escribir en los periódicos porque... bueno, porque

mi modernidad se había agotado. Me convertí en profesor universitario para curar así mi ignorancia. Hicimos un intercambio. Yo enseñaba a los jóvenes a escribir en los periódicos y, en correspondencia, se me brindaba la oportunidad de aprender el motivo de que mi modernidad se hubiese gastado. En la Universidad tuve tiempo de leer montones de libros. En París estaba demasiado ocupado escribiendo artículos sobre arte y cotilleo intelectual. Pero, no creas, tuve algún que otro trabajo interesante. Por ejemplo, escribí unos pocos artículos sobre la poetisa Tsvetaieva, sobre los recuerdos que había dejado en la colonia rusa de París, sobre cómo su marido, a quien ella quería muchísimo, se había hecho miembro de la GPU y tuvo que participar en las matanzas. Pero me estoy saliendo del tema. La cosa es que volví a Chicago para continuar mis estudios, y entonces me sentí forzado a escribir los artículos esos, no había manera de evitarlo. Los jóvenes dirían que fue mi karma. En fin, tenemos un Chicago de bajos fondos y un Chicago de clase alta. Tenemos a Big Bill Thompson y asimismo tenemos a Aristóteles, que también ha tenido una larga amistad con la ciudad, lo cual divierte mucho a mucha gente. Aristóteles, lo creas o no, ha tenido mucha influencia en ciertas partes de Chicago. Nuestra gran institución fraterna, la Universidad de Chicago, le ha dado nueva vida. A. N. Whitehead, ya sabes quien digo, pensaba que Chicago tenía posibilidades dignas de Atenas. En fin. Y Big Bill, el facineroso, fue un precursor en el terreno de las relaciones públicas. Su lema era: «Deja el martillo, coge una trompeta, ¡levanta, no echas abajo!». Y luego tenemos al mismo Aristóteles: un hombre sin una ciudad es una bestia o un dios; bueno, pues, la ciudad era Chicago, aunque caben dudas a este respecto. ¿Dónde estaba?, ¿qué había sido de ella? ¿Es que no hay ciudades? Pues, entonces, ¿dónde estaba la civilización? ¿O es que Estados Unidos, en su conjunto, se ha convertido ahora en mi ciudad? En ese caso, preferiría apartarme de este caos y vivir con Minna en algún lugar tranquilo, y podríamos ganarnos la vida en algún sitio, en pleno bosque, con una computadora. La revolución de las comunicaciones podría dejar a un lado a Chicago o a Detroit. Se podría prescindir de las ciudades..., generaciones en trance de extinción, los negros y los puertorriqueños, los viejos que son demasiado pobres para mudarse de lugar de residencia... Bueno, que se destruyan, que se disuelvan, que mueran y se eliminen a sí mismos. Hay gente que preferiría que ocurriese una cosa así, aunque yo, la verdad, no soy de esos, puedes creerme.

Corde miró su reloj de pulsera. Era ya la una y media.

—Sí, tienes una cita a las dos —dijo Vlada—, ya es hora de volver. Trataré de explicar a Beech el motivo de que no te hayas decidido aún. Pero hay otra cosa. Tengo otro recado de Chicago para ti. De tu hermana.

—Ah, de modo que has hablado con Elfrida. Qué amable, Vlada, haberte molestado en ir a verla.

—Fue ella quien me vino a ver a mí. Y te manda un recado. Bueno, me figuro que es un recado.

—¿Y qué es lo que quería Elfrida que me dijeras?

—Estaba preocupada porque no sabía cómo te iba a sentar, aunque le dije que a mí me parecía que no podría sentarte mal... Se ha casado.

—¡Qué me dices...! ¡Elfrida casada!

La noticia inesperada dio a Corde un golpe cortante, pero no se le notó por fuera. Apartó la vista y contrajo los labios, pensando: ¿por qué habrá hecho una cosa así?, ¡en fin, cosas de Elfrida! Y dijo:

—Ya, de modo que se ha casado con Sorokin, ¿no es eso?

—Sí, con el juez. ¿Es que te sorprendes?

Corde se había parado; con las manos profundamente hincadas en los bolsillos y los hombros levantados. Parecía lívido.

—¿No te gusta?

—No habló conmigo de ello —dijo—, pero también es verdad que no tenía por qué. Después de todo es una mujer hecha y derecha. ¿Que si me sorprende? Pues un poco, solamente... Sorokin no es mal elemento. Tiene buen carácter, es un hombre, viril, lleno de vida y extravertido. Pienso que ha conseguido lo mejor entre lo que tenía a mano. Me hago cargo de su situación, créeme, entre la gente de Chicago de que podía disponer, habría podido elegir a alguien peor, eso desde luego.

—¿No es ella también de Chicago?

—Sorokin tiene unos pocos años menos que Elfrida.

—Sí, me lo dijo.

—Bueno, pues hecho está. ¿Se van de luna de miel? No, me imagino que no podrán, por lo menos mientras Mason esté metido en este lío.

—Mason está muy enfadado con su madre.

—¿Ah, sí? Pues si no le hubiese dado este disgusto quizás ella no se hubiese lanzado así al matrimonio. El verse sola en esta situación le resultó demasiado duro. En fin, Elfrida..., ¡mira que volverse a casar! La verdad es que yo a mi hermana la quiero mucho.

—Sí, me lo dijo. Pero estaba preocupada porque a lo mejor a ti te parecía mal.

—Probablemente estuve algo seco con Sorokin, pero no creo que él se fijase mucho. En fin, no fue con mala intención. ¿Y por qué está tan enfadado Mason? Es una pregunta bastante tonta, ahora que lo pienso. Mason fue una vez a ver a su madre con un libro barato que había comprado en el Drugstore y le dijo que tenía que leerlo. Era un libro en el que se explicaba a las mujeres mayores la mejor manera de vivir solas y adaptarse a la viudez. Era como si estuviese avisándola, haciéndola ver que tenía que ajustarse a una serie de reglas. Y ese manual se lo dio como regalo el Día de la Madre.

—Pero ella no le hizo caso, ¿verdad?

—No, claro que no, y pienso que eso fue decisivo. Cuando la vi estudiando el librito aquel sobre cómo ser feliz y, al tiempo, estar triste, me dije que era seguro que se iba a volver a casar. Y es una tontería preguntarse por qué no habló conmigo de este matrimonio, porque, después de todo, mis ideas son tan claras como las del

mismo Mason.

—Yo diría que hizo bien.

—Bueno, claro que sí. Y también hizo bien en no darme oportunidad de dejar constancia de mis prejuicios, porque entonces no me habría quedado más remedio que mantenerme fiel a ellos, y ella se habría sentido herida, etcétera, y es demasiado inteligente para este tipo de cosas.

—Y también es... atractiva —dijo Vlada—, bueno, en fin, que su marido, el juez, tampoco es malo. Tú mismo lo acabas de reconocer. También a mí me gustaría encontrar uno así. Es guapo y divertido. Tiene el proyecto de recorrer un río sudamericano en balsa.

—Sí, también a mí me lo dijo, y, cuando me lo contó, su idea era hacer el viaje solo. La verdad es que no me imagino a Elfrida atravesando la jungla río abajo como una reina africana, con su equipaje de lujo. Ya está un poco vieja para esos trotes. Pero también es cierto que nadie es demasiado viejo para ser joven. Esta es la situación ahora. Y también es verdad que está preocupada por la edad, y eso es natural, pero el libro que Mason la ordenó leer..., sea que su deber era seguir sola adelante, como una madre valiente y buena..., bueno, ese libro le produjo una fuerte depresión, porque vio su sentencia escrita en las paredes del cuarto de una residencia de ancianos.

—O sea, que se ha casado a modo de autodefensa, no es una niña, como Lydia Lester.

—No. Yo pienso todavía que debería haber hablado del asunto con su único hermano, pero lo cierto es que ella y yo no hemos conseguido dar con una premisa común, y a lo mejor pensó que el juez podría ser un buen modelo para Mason: un tipo extravertido, que se tira de helicópteros, y no como su tío, que se va de pesca y se cae al agua. Ella sospechaba que yo no comprendía su situación, que me repelía el parecido del chico con su padre, pero la verdad es que a mí no me caía mal el padre de Mason, era ese tipo especial de bárbaro muy inteligente que me rodeó a mí durante mi niñez..., un tipo muy parecido a mi propio padre y a mis tíos, gente a quien yo tenía mucho cariño. La opinión de Elfrida es que Mason hijo no es tan malo como los hijos de algunas de sus amigas, y él se considera a sí mismo como un negro de los suburbios, pero, por lo menos, no se quema las venas con heroína sintética, que, como sabes, tiene que ser inyectada cuando está quemando, y los drogadictos se quedan paralizados. Mason nunca se hará daño de verdad a sí mismo. No es un terrorista, un atracador, un secuestrador, un ladrón de coches. Vamos, que no es un Feltrinelli.

Dicho esto, Corde hizo una pausa. Luego dijo:

—No puede uno hablar de su propia pobre hermana sin lanzarse a debatir problemas sociales. Eso es lo peor. Y ahora, me imagino, venderá la casa que tiene en Cape e invertirá el dinero en paracaídas.

XIII

El apartamento estaba repleto de visitantes. Y, para algunos de estos, la visita tenía un doble objeto: querían sacar a sus hijos del país. Sus razones tenían, desde luego, pero el problema estaba en dar con alguien dispuesto a ayudarles, y también en encontrar dólares. Era esencial tener dólares.

Corde observó algo de esto.

—Tu madre quería mucho a mi hija. Es una estupenda estudiante. Quiere estudiar biología molecular...

Y, luego, acercaban la silla, susurraban con urgencia, echaban al decano una ojeada significativa. Y Minna escuchaba, con su aire solemne. Nunca se sabía si estaba oyendo lo que le decían, o si sus grandes ojos lo miraban a uno o a través de uno o por encima de uno. No, pero lo cierto era que lo veía todo, que lo sentía todo intensamente, que lo tomaba todo muy en serio. Los padres le enseñaban las notas del colegio, los manuscritos, y ella lo aceptaba todo, sin rechazar nunca a nadie. Decía a todos que pediría al decano que leyese algunos de ellos.

Corde dijo:

—Me está esperando Spangler.

—Sí, tienes que irte —dijo ella—, ¿cuándo llega el coche? Sí, bueno, te distraerá charlar con tu viejo amigo. Pero no le esperes en la calle. Prométeme que estarás esperándole en el vestíbulo. Por favor...

Corde se llevó el paquete de Alee Witt, y tuvo justo el tiempo suficiente para comprobar que estaba lleno de cartas sobre sus artículos, en su mayor parte hostiles, probablemente escritas por algunos que pedían su despido, y Corde se dijo que todo aquel correo estúpido no le hacía ninguna falta. De Miss Porson se podía decir lo que se quisiera, es posible que fuese tosca, pero su instinto femenino tendía a defender al decano, y esta delicadeza no cabía esperarla del director. Pero también había que tener en cuenta, pensó Corde con autocrítica, que no debiera uno tener que recurrir a nadie en busca de defensa, a menos que uno se creyese dotado de una vocación alta y muy especial, hasta el punto de que las damas y los caballeros bien pensantes estuvieran en la obligación de suavizarle a uno los golpes, como si esa vocación le hubiera dejado a uno sin escudo protector. Algunas de las cartas iban dirigidas personalmente a él, pero Miss Porson había considerado necesario que la administración las leyese. Ella tenía su propia idea de la administración, una idea de la jerarquía universitaria y de quién tenía cuáles deberes para con quién. Si uno era decano, era responsable ante el director del colegio universitario, quien, a su vez, era responsable ante el presidente de la Universidad, el cual era responsable ante la junta...

Con o sin incineración, lo cierto era que comenzaba a hacer un día espléndido, aunque esas cosas le tenían sin cuidado. Corde, todavía molesto por el humo que le había entrado en los pulmones, carraspeó mientras iba a toda prisa al automóvil de

Spangler. Luego, a la elegante cafetería del «Intercontinental» entre la fragancia penetrante de las cafeteras «espresso». Esta vez, Dewey había reservado una mesa junto a la ventana, calentada por el sol, como antídoto al oscuro ambiente del crematorio. Dewey estuvo solícito y agradable..., se había vuelto muy ducho en el arte de tratar a la gente en los cuatro continentes. A la luz solar, dentro de la cafetería, parecía más corpulento... Capas de grasa bajo su camisa, que descendían sobre el vientre prominente. El cinturón le apretaba debajo del soleado ecuador. Y Corde era el único que todavía recordaba su adolescencia escuálida.

—Pobre Albert, te pediré un whisky doble. En el depósito de cadáveres tenías un aspecto de pena.

—Es que tuve que bajar a firmar papeles.

—Resulta raro verte en un ambiente extranjero, tan diferente de los demás ambientes.

—Cuando apareciste tú, a mí me dio la impresión contraria. Familiaridad. ¿Recuerdas después del funeral de mi madre..., que estábamos todavía en Lakeview..., cuando viniste a nuestra casa?

—No, la verdad, mi memoria me falla en esto.

Corde se dijo que el bribonzuelo estaba mintiendo, pero, en fin, dejémosle.

—El cuarto de estar estaba lleno de visitantes. Y tú te sentaste en un rincón, detrás de todo el mundo, haciéndome muecas.

A Spangler no le gustó esto.

—No, no me acuerdo.

—Sí —dijo Corde—, viniste a recordarme que mi deber de nihilista era no ceder ante la hipocresía burguesa del luto, ante toda aquella farsa burguesa.

—Se diría que todavía no me has perdonado.

—Sí, la verdad era que estaba enfadado contigo.

—Bueno, yo, de muchacho, era desagradable, lo reconozco. En aquellos días yo era el más excéntrico de los dos. Pero, hablando en serio, no puedes tenerme rencor por esto. Aquellas cosas pasaron a fines de los años treinta.

Escuálido, desgraciado, débil, jactancioso, iracundo, Dewey, en aquellos días, se sentía impaciente por empezar a golpes a derecha e izquierda. No, por supuesto, no estaba bien guardarle rencor por todo aquello.

—No era más que un recuerdo... Tú, haciendo muecas y comportándote de una manera tan rara precisamente cuando yo me sentía tan triste y lleno de dolor, recién regresado del cementerio. Y era uno de esos días invernales como de hierro colado, y todo cubierto de un hielo grisáceo.

—Sí, bueno, un invierno de Chicago. Pero ya que estás en plan de recuerdos, acuérdate también de que aquel año ibas a irte a Dartmouth. Mi familia no tenía dinero para enviarme ni siquiera a la Universidad de la ciudad. Y tu padre estaba en aquella habitación, y a mí me tenía antipatía.

—No, yo diría que no era antipatía. Lo que pasaba es que no acababa de

entenderte. Cuando te encontré a cuatro patas en un pasillo oscuro del apartamento, gruñendo y haciendo el animal salvaje, que era uno de tus mejores papeles, se quedó muy extrañado.

—Bueno, por supuesto, pero tu gente tenía dinero y relaciones. Tú fuiste a Potsdam por las influencias de tu padre. No habrías llegado hasta allí si tu padre no hubiera sido gran amigo de Harry Vaughan, que era uno de los asesores de Truman. El mismo Harry Vaughan que aceptó siete congeladores de cabilderos y una condecoración de Juan Perón.

—Bueno —dijo Corde—, tanto más mérito para ti, que lo hiciste todo con tus propios esfuerzos, sin ningún Voughan que te echara una mano —de sobra sabía Corde que Dewey había sido un político profesional incansable y con talento, pero la verdad era que poco importaba cómo se las hubiese arreglado para llegar a la cima, después de todo—, y además eras más excéntrico que yo.

—Entonces sí que lo era —dijo Spangler—, bueno, de acuerdo, reconozco que no era culpa tuya que tu padre fuese un hotelero gordo y condujese un «Packard» y fuera socio del club de campo. Una cosa que recuerdo muy bien fue que me llevaste al dentista vuestro y le hiciste mirarme la dentadura y lo pusiste todo en la cuenta de tu padre. El dentista quedó asqueado de lo sucia que tenía yo la boca, con tanto sarro..., y es que nunca me limpiaba los dientes. Pero, a pesar de todo, no tenía una sola muela cariada, y eso me hizo sentirme muy orgulloso.

Sí, desde luego, había sido un chico sumamente vanidoso y ansioso. Una vez que tenía algo de dinero, y aquel día Corde estaba sin un cuarto, pidió sin más un pisolabis en el puesto de Washington Street: carne asada, puré de patatas, guisantes, salsa de harina en abundancia, o salsa blanca, hasta llenar el plato. Y Corde se le había quedado mirando mientras Dewey comía todo aquello sin ofrecerle a él nada. Usaba el cuchillo y el tenedor con nerviosa elegancia y gran distinción, ni siquiera Charlot lo habría hecho mejor. Sus dientes cortantes y ansiosos y su garganta hambrienta, junto con su manera presuntuosa de manejar platos y cubiertos. Tenía las orejas cubiertas por el gorro. Y a su amigo no le ofreció absolutamente nada. Era posible que entonces se cortase el pelo de manera que le ensanchase la frente, para parecerse a William Powell, pero luego le volvía a crecer, y tenía que cubrirse con el gorro. Teniendo en cuenta todo esto, era notable comprobar hasta qué punto se había civilizado Dewey. Y ahora era un importante hombre público, el tipo de persona a quien la Policía en Chicago llama «una notabilidad», compañero y amigo de estadistas. Y se había hecho a sí mismo. Y entonces tuvo este interesante pensamiento: él, Corde, también se había hecho a sí mismo. Pero, justo entonces, y de manera deliberada, se había deshecho a sí mismo. Spangler pensaba que se había dedicado a esto, que había dejado de escribir en los periódicos, porque había reconocido la superioridad de Spangler y decidido retirarse de la liza. Pero no era la manera de Corde de deshacerse a sí mismo. Él tenía una idea muy distinta de su destrucción, y Spangler, a pesar de sus teorías y de su eminencia mundial, no se

sentía muy seguro de sí mismo en compañía de su viejo amigo. Sentado allí, junto a Corde, se sentía todavía aquel muchacho chillón y sin experiencia, demasiado ansioso. Las grandezas no habían acabado del todo con el golfillo impaciente de triunfar.

—Ayer me recibieron el señor presidente y su mujer —dijo Dewey.

—¿Y qué tal son?

—Él tiene mucho pelo, pero parece un policía de Keystone.

—¿Dijiste algo de mi suegra?

—Yo dije que tenía aquí a un viejo amigo de Chicago, el marido de..., el yerno de... La verdad es que esas mujeres te tienen obsesionado. Las quieres mucho. Bueno, el señor presidente no hizo ningún comentario.

—Bueno, a pesar de todo, con la de cosas que tienes en la cabeza... ¿Vas a escribir sobre el Pacto de Varsovia? Y mira que acordarte de lo mío...

—Era demasiado tarde ya para poder hacer nada —dijo Spangler.

Cuando se le daban las gracias se mostraba modesto, pero se habría sentido ofendido, insultado incluso, si alguien hubiera omitido reconocer su influencia. Corde, por lo tanto, la reconoció. No era que le adulase, sino, más bien, una especie de caridad. Y Spangler necesitaba que Corde le hiciera ese tipo de señales. Corde pensaba que él había sido, sin duda, un tema importante en el largo análisis de Spangler, tema de incontables tanteos, durante horas, con el psiquiatra. Y esta relación, finalmente aceptada, tuvo que haber constituido un ingrediente en la madurez de Spangler, su prueba, aunque conseguida a fuerza de tiempo y esfuerzos penosos, de que había llegado, sin duda alguna, a la madurez. En aquellas reuniones en el «Intercontinental», Spangler podía comprobar los resultados de años de terapéutica psicopática. Y ahora Spangler, por fin, estaba ya consolidado, la curación había sido buena. Pero, a pesar de todo, había una cierta falta de naturalidad entre ambos. Y es que los problemas, una vez que han sido considerados como problemas, ya nunca le dejan a uno en paz, se dijo Corde. Para el que se siente acuciado por problemas, cualquier situación es un problema más. Corde sintió pena de Dewey. Dewey sigue sospechando que yo sé todavía algo que él no sabe, que tengo algo que debería tener también él.

Una vez reconocida su influencia, Dewey, a su vez, se dedicó a elogiar a Minna.

—Exactamente lo que decía la gente, Albert, tu mujer es una belleza. También pude echar una ojeada a la vieja señora en el ataúd. Tenía un rostro notable..., ¡verdaderamente notable!

Corde se abstuvo de responder y esperó a ver de qué deseaba hablarle Dewey. ¿Mujeres, amor, matrimonio? No, sin duda querría hablar de Chicago. Corde, por su parte, también quería.

Dewey dijo:

—El proceso pasará a manos del jurado dentro de unos días. No sé si oí que tu primo quería citarte como testigo, ¿es cierto?

—Sí, lo es.

—Pues hubiera sido gracioso..., que hubiera llegado un alguacil al crematorio a darte la citación.

—A ti Maxie todavía te hace gracia.

—No como persona, no creas. Estuve a verle en Chicago hace un par de semanas.

—¿Y qué hacías tú en Chicago?

—Nada, fui a ver a mi padre, que tiene ya noventa y un años. Max y yo nos reunimos a tomar una copa en el «Drake». La camarera le reconoció. «¿No es usted el abogado del proceso ese?, le he visto a usted por televisión». Maxie se esponjó. Lo has convertido en un hombre famoso. En un tris estuvo que no preguntara a la camarera si estaba libre aquella noche después del trabajo. Sigue tan lascivo como siempre. Recuerdo que tenía la idea de que había que instalar centros de alivio sexual^[14], igual que hay retretes en la calle. Echas cuatro monedas por la ranura y entras en un cubículo, y así, si uno va con su amiga por la calle y le da de pronto un apretón súbito de calenturas, pues, nada, a aliviarse se ha dicho a la vuelta de la esquina.

Corde no estaba dispuesto a caer en la trampa de ponerse a hablar de las peculiaridades de su primo. Todavía, de manera intermitente, veía el camión funerario, y a Ioanna, de rodillas, junto al ataúd, poniendo la mano en la mejilla de Valeria, mientras él, con el ceño fruncido de horror, firmaba de cualquier manera en el registro, sudando, impaciente por huir de allí; y, en la escalera, los extremos de calor y frío, como las dos caras de un hacha, cortándolo por la mitad. Tomó un largo sorbo de whisky.

Spangler dijo:

—Esto del erotismo no te divierte... ¿No piensas que tu primo ganará el proceso?

—En un tribunal de Chicago pasan las cosas más extrañas.

—Te metes mucho con nuestra pobre y chocha ciudad. ¿Es que las otras son muy distintas?

—No, me imagino que no. Uno de los descubrimientos que he hecho es que Chicago ya no es Chicago. Allí viven ahora cientos de miles de personas que no tienen idea de lo que es un lugar. Antes, la gente solía saber...

—Bueno, sí —dijo Spangler—, en esto te doy la razón. Ya no es un lugar donde se vive, es, simplemente, una condición. South Bronx, Cleveland, Detroit, Saint Louis, de Newark a Catts es todo lo mismo ahora, no son lugares, no son sitios.

—¿Y por qué decide la gente irse a vivir en un sitio y no en otro? —preguntó Corde.

—¿Cuál es la razón íntima, quieres decir? Bueno, es la condición moderna —dijo Spangler—, pero todo eso es viejo. Quería decirte una cosa, Albert, y es que leí los artículos esos tuyos con gran concentración, fascinación incluso. Es posible que no me hayan abierto los ojos, por lo que a Chicago se refiere, pero te aseguro que me han enseñado muchas cosas sobre ti. El viejo amigo abierto ante mí como un libro.

Escribiste cosas la mar de curiosas, sobre las que me gustaría muchísimo hacerte alguna pregunta.

—Vamos a ver.

—No me vas a creer, pero te aseguro que tomé notas. Iba en el avión, y tenía unas pocas horas libres. Dices que el ambiente era como el desierto de Gobi —diciendo esto, Spangler había sacado su agenda de bolsillo—, dices que Chicago era parte del mundo habitable, por supuesto, y que las leyes de la física actúan allí como en todas partes, y que la sangre circula por las venas, y que el cielo que la cubre es el mismo que el de todos los sitios, pero que, a pesar de todo, cuando uno crece en ese lugar, se siente a veces como si no estuviese completamente a la altura del patrón normal de la Naturaleza. Y así sucesivamente. Una curiosa falta de coherencia final, un ambiente que no ha sido elegido para satisfacer a las necesidades humanas..., favorable más bien a las fábricas, a los barcos, a la construcción. Bueno, no voy a ponerme ahora a discutir contigo sobre el encanto de Chicago, pero lo que pasa es que tú lo miras todo como si el oftalmólogo te hubiese echado gotas en los ojos. Francamente, estoy sorprendido de que la gente de *Harper's* te permitiera escribir cosas así. El lenguaje que usas de vez en cuando...

—Vamos a ver, dame algún ejemplo.

—Bueno, pues, por ejemplo, «las cosas duras del alma». La forma de vivir con ellas. O: «¿Hay salvación, políticamente, para este orden?». Y muchas frases por el estilo. Esa es la razón de que la última vez que nos vimos te dijese que tendrías suerte si tus lectores se sentían impacientes y dejaban de leer la revista, quiero decir, si no pasara más que esto. Pero, por lo que a mí se refiere, tus artículos están llenos de cosas curiosas, y tengo incluso mis pasajes favoritos. Uno de ellos es el largo párrafo sobre el proyecto del túnel y del embalse. No sabes lo que siento no haberlo copiado entero..., un proyecto gigantesco de alcantarillado, que costará más que el oleoducto de Alaska, con capacidad para ciento cincuenta y cinco mil millones de litros, tan ancho como tres locomotoras, puestas la una junto a la otra, y que recorrerá más de ciento sesenta kilómetros por debajo de la ciudad, posiblemente debilitando los cimientos de los rascacielos. Y todas esas toneladas de excrementos, que dejan estupefacta a la imaginación más audaz. No será el rostro de Helena lo que hunda todas esas grandes torres, será lo que tú sabes muy bien, y esa es la diferencia que hay entre Chicago y Troya. Bueno, y, ahora, dime una cosa, ¿para qué tino de lector escribías?, exageraste la nota poética.

Corde dijo:

—No creo que obligara a Chicago a aceptar mi poesía. A lo mejor lo que nasó fue que Chicago me forzó a mí a aceptar poesía. Pero, en fin, también había pasajes suaves, reposados..., descripciones de calles residenciales. Me ocupé bastante de arquitectura doméstica.

—Sí, ya, los interiores de las casas de seis apartamentos; eso te quedó bastante bien, bastante bien. Y también la descripción de la vida de vecindario en los años

treinta. Y lo referente a la parte del lago y al Loop, como eran antes de la guerra. Tuviste aciertos también en lo referente a los parques. Lo de los parques me gustó. No creas, no está mal ser sentimental. Sí, aquellos días en que Chicago era una ciudad de emigrantes que habían encontrado trabajo, comida y libertad, y una especie de amigable fealdad en torno a ellos, y ejercían sus oficios del viejo mundo, como ebanistas, caldereros, cerrajeros, salchicheros de Cracovia, confiteros de Esparta. Esos pasajes tenían mucho encanto.

Era evidente que Spangler estaba mostrándose condescendiente. Él, por su parte, tenía que concentrar su atención en problemas importantes de política internacional, como, por ejemplo, el Golfo Pérsico, los objetivos rusos en África Oriental, el neutralismo en Europa Occidental, la OTAN, la reanudación de las conversaciones SALT... Estas cosas eran verdaderamente serias, cuestiones con implicaciones grandes y permanentes. Después de todo era Dewey, el adolescente con aire de pollo desplumado, el chillón, el embustero, el niño problemático, el que había llegado a ser persona de fama mundial. Y lo que estaban proclamando sus ojos azules a los cuatro vientos, al escudriñar a Corde, era precisamente que el viejo Chicago estaba ya muy lejos..., Lincoln Park estaba muy lejos, y era ya cosa antigua, y, de la misma manera, todas aquellas cosas, como los encantos de Shakespeare y de Platón, las recitaciones del *Jardín de Proserpina* y de *Lapizlázuli* y de *La Tierra devastada*, y las disputas sobre *La voluntad de poder*, y lo que significaba en realidad el nihilismo, todo eso, viejo amigo, era pura adolescencia, y era preciso saber distanciarse de esas cosas. Y eso, distanciarse, era precisamente lo que Corde no había sabido hacer. Corde seguía lleno de sentimiento sobre Valeria, Minna, Elfrida, ¡que se había vuelto a casar!, y estaba contento de encontrarse allí, al sol, por triste que se sintiera. Spangler se mostraba agradable, casi siempre, enmarcado por toda aquella barba y por el pelo, que le caía en ondas entrecanas con reflejos color jengibre. ¿Por qué habría querido, en otros tiempos, parecerse a William Powell?

—Una de tus ideas mejores fue localizar a algunos condiscípulos de Lakeview. Esa parte te salió muy bien. El chico de la central de Correos, el juez del tribunal de testamentarias, toda esa gente..., el lector puede aceptarlo o no, pero algunos, como Billy Edrix, el coronel de aviación cuya mujer trató de asesinarlo, te resultaron muy bien. De ese yo no me acordaba.

—Yo lo recordé por pura casualidad. Del equipo de atletismo.

—Eso sí que tuvo gracia —dijo Spangler—, aun cuando resultara culpable por causa del testimonio de los mismos asesinos que había contratado. Y trató también de envenenarlo, y en una ocasión hasta de romperle el cráneo con el teléfono mientras dormía. Y aunque se pudo demostrar todo eso contra ella, el marido tuvo que seguir manteniéndola, por orden del tribunal, y permitirle seguir viviendo en la casa mientras la sentencia seguía sujeta a apelación. La verdad es que los jueces son de lo que no hay.

—Sí, y todo eso mientras Billy seguía tripulando aviones de carga de las Fuerzas

Aéreas entre Alemania y O'Hare.

Cuando Corde fue a las afueras de la ciudad a hablar con Billy, este le dijo que lo recordaba muy vagamente.

—¿Atletismo, dices?, demonios, ahora, aquí donde me ves, casi no puedo cruzar corriendo este prado.

Billy se había mandado construir una casa nueva, que estaba recién terminada; y estaba en medio de un paraje que parecía un hoyo, pero, como Billy le explicó, «van a hacer aquí un jardín». Los dos bebieron cerveza en lata. Billy, hecho todo un soldado, llevaba ropa de caza, muy usada y manchada. No invitó a Corde a entrar en la casa. El jeep estaba cargado. Era día de mudanza.

—¿Y por qué quería matarte, Billy?

—Dices que quieres escribir sobre el caso. Bueno, pues, te daré unos cuantos datos que no estaban en los periódicos. Primero se puso de acuerdo con uno de los chicos del vecindario, y yo acabé dándome cuenta de ello. Llevé al chico a dar una vuelta en coche y le pregunté: «Bueno, vamos a ver, ¿por qué me sigues constantemente?». Le puse la pistola contra la sien y le dije: «O me lo cuentas todo, o te mato aquí mismo». Y entonces me lo contó. Ella le había prometido mil dólares por matarme. Y el chico lo contó también en el juicio. —Billy no estaba muy enfadado, parecía, más bien, meditabundo. Añadió—: «Llegó incluso a decir a los agentes federales de drogas que yo había traído de contrabando opio de Alemania, y había invertido los beneficios en una boite, un sitio de putillas. Y cada vez que aterrizaba, me registraban el avión, aunque, la verdad, que aquello no era un registro, porque me desmontaban el aparato. Seguro que vieron la película esa que se titula *The French Connection*. Los sujetos esos toman en serio a cualquier mujer medio tonta que le quiera empapelar a uno. Y el tribunal no me permitió divorciarme de ella ni siquiera después de que resultara culpable; primero decían que había que llegar a un acuerdo sobre dinero, para mantenerla. Estos malditos tribunales están tan mal del coco como las malditas mujeres. Lo que tienes que hacer es escribir sobre los abogados y sobre los tribunales, Al».

—Pero, si lo que ella quería era matarlo, ¿por qué siguió viviendo con ella? —dijo Spangler.

—No quería abandonar a los niños con una asesina, eso es lo que me dijo.

—Ya, claro, los niños. Ni tú ni yo tenemos niños. Pero tú tienes un sobrino. ¿Es hijo único?

—Sí.

—Como yo. Pero mi madre era demasiado pobre para darme caprichos.

—Te dio todos los que pudo, Dewey.

—Nunca acabarás de comprender a mis padres. Tu padre tenía un gran coche «Packard», y el mío, en cambio, iba siempre en autobús. Tu padre no quería que tú y yo fuésemos amigos, pero a mi madre le parecía bien, porque tenía la esperanza de que tu padre me diese trabajo en uno de sus hoteles como empleado de noche, y así

podría ahorrar dinero e ir a la escuela de estudios universitarios de primer año, y entonces tú y mi madre tuvisteis un disgusto, pero un disgusto gordo.

De manera que Spangler se acordaba de aquel disgusto, y se sentía capaz de hablar de él.

A la edad de dieciséis años, los dos amigos habían escrito juntos un libro, que se titulaba *Una muerte en el tren elevado*. Lo habían terminado durante las vacaciones de Navidad, y habían echado a cara o cruz quién de ellos iría a Nueva York a ver si alguien se lo publicaba. Spangler, que era a quien había tocado ir, se guardó el manuscrito bajo el jersey y se puso, sin más, en camino a Nueva York. Tardo tres días en llegar, parando coches por el camino, y, entretanto, Corde, cubriéndole la retaguardia, había contado mentiras a su madre, que lloraba por su ausencia. «Lo siento, Mrs. Spangler, pero no me dijo a dónde iba». El tío Harold Corde, que vivía por entonces en el piso de arriba, habló con la madre de Dewey, interviniendo en el asunto, y entre los dos obligaron a Corde a ir con ellos a la Policía. Fueron en tranvía. Pero ni siquiera el Departamento de Personas Perdidas consiguió forzar a Albert a hablar. Albert ya estaba recibiendo cartas de Dewey desde Nueva York; le decía: «El lector, en la editorial “Harcourt”, está encantado con mi parte del libro, pero dice que lo que deberías hacer tú es dedicarte al negocio de hoteles, con tu padre». El tío Harold abrió a la fuerza el cajón cerrado de la cómoda de Corde, llamó a todo el mundo y leyó las cartas de Dewey a toda la familia, reunida en torno a él. La madre de Corde estaba muriéndose entonces.

El tío Harold era un político, del partido republicano, cuyo candidato, Alf Landon, había sido derrotado por Roosevelt. Era un viejo matón y gritón, a quien nadie tomaba en serio. Llamaba a Corde «pequeño esteta de la eme», y decía que él iba a coger todos sus libros y tirárselos al horno. La madre de Corde estaba sufriendo entonces, sin duda, terribles dolores, porque tenía cáncer muy avanzado, y su rostro estaba como momificado, imposible de reconocer, y sus ojos oscuros eran penetrantes, airados, pero era con la muerte con quien ella estaba airada, no con sus hijos. Resultó imposible averiguar lo que estaba pensando su madre cuando el tío Harold se enfrentó con Corde, pero, sin duda, se sintió herida, y Corde recordaba lo ofendido que se había sentido y cómo fue a Lincoln Park para sentirse a solas con su corazón destrozado. Esa fue siempre una de las cosas curiosas de Chicago, que no había ningún sitio a donde uno pudiera retirarse a solas con sus sentimientos más apasionados. Era imposible dar con un lugar apropiado, y por entonces, precisamente, era el mismo mes del año que ahora, Navidad, ya camino de enero. El viento bajaba, sin obstáculos, del Ártico..., nieve blanca, verjas negras, árboles desnudos, cielo azul. Cuatro décadas y dos continentes apenas cambiaban nada, porque el día de hoy era como aquel otro día... el azul frío, la luz del sol, las mujeres moribundas o muertas.

¿Era posible que Spangler lo mirase ahora con aire de estar muy divertido? El rostro gordo, las manos rechonchas, los ojos azules, los párpados cálidos, pardos, hinchados, como de encaje..., la luz del sol revelaba toda su hinchazón, como una

mancha oscura. Spangler se guardaba la risa bajo los sobacos, donde tenía metidos los dedos, y cruzaba los pies pequeños. Corde, que era observador persistente, casi pegado al objeto de su observación, se dio cuenta de que ahora Spangler tenía el vientre como un tambor. Sus dientes, cortantes, estaban limpios, había acabado por aceptar la necesidad de limpiárselos. El psicoanálisis y el prestigio lo habían calmado, y ya no le daban ataques de gritar. Era curioso observar lo afortunado que podía ser un hombre, a la manera norteamericana. Nietzsche había dicho que era mejor ser un *monstre gai* que un *ennuyeux sentimental*. Cuando Dewey le dijo a Miss Starr, en el décimo grado, que él era un huérfano adoptado por los caníbales que se habían comido a sus padres y le contó cómo se había escapado en balsa de una isla africana, estaba comportándose como un *monstre gai*, y ahora, con Breznev y Kissinger e Indira Gandhi, tenía a su disposición aventuras de la vida real que resultaban mucho más emocionantes. Tenía todos los motivos imaginables para sentirse contento de sí mismo, en consecuencia, pero todavía había algo que buscaba en Corde, ¿quizás una conversación íntima?, no, no podía ser eso, ¿o una relación edificante entre ambos?, quizás eso era más probable.

Spangler dijo:

—Escribiste cosas desagradables sobre mí y mi madre.

—Me remordía la conciencia por el tío Harold.

—Aquel animal. Pues te dejó para el arrastre.

—Sí, con tu carta.

—Sí, ya me hago cargo que, para ti, tuvo que ser mala cosa, y también me figuro que a tu madre debió de sentarle mal. Pero todo eso no fueron más que travesuras de muchacho. Y, además, Albert, aquella ofensa sirvió para estimularte, de la misma manera que me estimuló a mí tu artículo exclusivo sobre Potsdam. Tú y yo somos una pareja de chicos con mucha fuerza de voluntad y tremendamente obstinados. En tu caso, el enemigo quedó identificado claramente: el tío Harold, el norteamericano de mentalidad corriente, que quería quemar tus libros de filosofía y poesía, todo eso se ve claramente en tus artículos del *Harper's*, que son verdaderamente extraños y completamente característicos de tu forma de ser. Me interesaron tanto, durante el viaje, que no me di cuenta de que habíamos llegado a París. Fue el viaje más corto que he hecho en mi vida. Había pasajes que no puedo decir que los entendiera..., eran demasiado nebulosos, místicos incluso, pero, aun en ellos, se percibían tus antiguas obsesiones. Yo, en tu lugar, lo que habría hecho es evitar a esos tipos raros, como Vico y Hegel; como el Hegel ese, que dice que el espíritu de la época nos lo pone en nuestro propio interior la Naturaleza misma. ¡Pues bien nos ha lucido el pelo!

—Bueno, no, porque nos sirve para darnos cuenta de que este mundo, tal y como lo siente uno, es nuestro destino personal y directo.

A Dewey no le gustaba que lo envolvieran. Agresivo y terco, hizo un ademán, apartando de sí aquella idea.

—Eso a mí, qué quieres que te diga, no me dice absolutamente nada.

Corde sopesó la cuestión. ¿Hablaré...? Sí, hablaré.

—Lo que quise decir es que lo mejor que podemos hacer es lidiar con lo que la Naturaleza ha puesto en nuestro interior, y me parece que la gente no está dispuesta a hacer eso. Lo que veo con más frecuencia es evasión. Pero esta es una salida que funciona gracias a la esencia del alma..., el espíritu del tiempo, que está en nosotros gracias a la Naturaleza, y que actúa en todas las almas. Preferimos que ese tipo de cosas nos sea presentado en forma de conceptos. Los preferimos abstractos, nacidos muertos, en fin: muertos. Pero, mientras no se presenten ante nosotros revestidos de alguna clase de realidad, como datos aportados por la experiencia, lo único de que dispondremos en lugar del bien y el mal será..., bueno, pues eso, conceptos. Y ya no nos será posible llegar a aprender cómo se hace funcionar el alma. Entonces, para los intelectuales, habrá retórica o jerga, y para el público en general habrá fantasía más y más emperifollada. En realidad lo que pasa es que ambas cosas están mezclándose ahora. El gran público está descubriendo la jerga y añadiéndola a sus fantasías...

—Te elevas demasiado para mí —dijo Spangler—, lo que quieres decir es que todo el mundo caerá en lo mismo, y se verán forzados a aceptar los hechos, la realidad, de la forma que sea.

—Sí, eso, a recuperar el mundo que está enterrado bajo los restos de la falsa descripción o de la noexperiencia.

—No fue el material de tus artículos lo que me preocupó —dijo Spangler—, parte de él era sumamente interesante. Fue tu manera de presentar el material lo que me pareció duro de roer. Quizás, al fin y al cabo, fuera tu actitud lo que resultaba inaceptable. Un periodista de pocos vuelos habría dicho que estaba trabajando sobre un tema relativo a Chicago. En los viejos tiempos habría dicho que la ciudad era su territorio. Pero lo que tú dices es: «Fui asignado a ella», con lo que tus artículos se convierten en una misión mística, en la voz de Dios, que te dice: «Escribe lo que te voy a inspirar». Ahora bien, me creas o no, eras, más o menos, igual hace cuarenta años. Cuando te leí en *Harper's* me pareció estar oyendo ecos de nuestra juventud.

Ecos de nuestra juventud..., eso quiere decir que no se ha hecho ningún o casi ningún progreso. Pero esto a Corde no le preocupaba. Spangler, el comunicador a escala mundial, era un pergeñador de retórica, un aumentador de los restos de descripciones falsas. Dos veces a la semana, sus lectores, a través de los Estados Unidos, cogían sus gruesos periódicos recién impresos y buscaban el artículo de Spangler para ajustar sus ideas sobre política mundial, para corregir sus posibles desviaciones. Dewey era citado frecuentemente por *Le Monde* y *The Economist*, de modo que, la verdad, no tenía por qué dar importancia a las opiniones de su compañero de adolescencia. Tenía todos los motivos posibles para sentirse lleno de aplomo, tranquilo, repantigado en el calor seudomoderno del «Intercontinental». En aquel café se veía a representantes comerciales de Alemania Oriental, a miembros de misiones chinas, a damas nigerianas con largos ropones y turbantes..., y, a manera de propina y remate, a estos dos amiguetes de Chicago, uno de los cuales era una figura

de reputación internacional. Y Corde se preguntó si no sería que Dewey estaba entrevistándolo. Las entrevistas eran la gran fuerza de Dewey. Tenía el arte de sacar a la gente respuestas verdaderas, mirándoles con ojos duros, dominando la situación. Su pregunta tácita era siempre: «¿Hasta qué punto puedo tomar en serio lo que usted me está diciendo?». Pero aquello era algo más que una entrevista. Spangler estaba tratando de averiguar si su viejo amigo era auténtico. Corde había escrito sobre Vico y Hegel como un humanista profesor intelectual, y Spangler, aunque había llegado a tales alturas, quería subir más alto todavía. Quería superar el nivel alcanzado por Walter Lippman, y aun por encima de este estaba el nivel de André Malraux, donde se respiraba un aire completamente distinto, pasando revista a toda la historia de la Humanidad mano a mano con De Gaulle, hincándole el diente a Napoleón, a Richelieu, a Carlomagno, a Julio César, y echando una ojeada, de paso, al cristianismo y al budismo, a las artes de la China antigua, a la astronomía de los sacerdotes egipcios, al Bagavad Gita. Y el haber comenzado la vida en Chicago no tenía por qué ser un obstáculo para esto. Cualquier hombre puede levantarse hasta llegar más arriba del nivel de Lippman, siempre y cuando consiga reunir en sí la combinación de fuerzas adecuadas.

Spangler se había sumido en un extraño silencio. Corde se dijo, estoy mostrándome injusto, demasiado satírico. Voy a perderme algo de este hombre, y solamente por satisfacer mi tendencia al comentario cortante.

La impresión que ahora Spangler estaba dando a Corde era la de un hombre que está en una torre de control desde la que se dirige un tráfico inusualmente denso. Dewey dijo:

—Fuimos amigos de muchachos, y es posible que tú te digas a ti mismo: Dewey es estupendo, se las ha arreglado para subir a la cima, pisando bastantes callos, y hasta bastantes narices por el camino, y ahora lo que quiere es disfrutar de una hora sentimental, y, como yo no era más que un pilluelo que se ha convertido en un oráculo de momentos solemnes, quizá te sientas divertido por esta idea, bueno, todo lo divertido que se puede sentir uno en un día de funeral como este, que parece haberte conmovido tanto. Pero ¿qué dirías si nos pusiéramos a pasarnos revista a nosotros mismos, a hacer inventario?

Estaba agitado, y Corde, por su parte, tampoco se sentía nada sereno.

Dio a Dewey todo el tiempo que necesitaba. Él mismo se encontraba influido por..., bueno, en fin, por el whisky escocés y por fuertes aromas de café; y también el azul metálico del intenso invierno, que llegaba desde las esquinas biseladas de las lunas, y los hilos naranja flotantes, los colores del espectro, vibrando de calor sobre la mesa. Y luego, por la razón que fuese, sin ninguna sensación de brusquedad, se sintió curiosamente absorbido por Dewey: ojos azules, párpados hinchados, barba color carey, brazos cruzados sobre el pecho gordo, dedos metidos bajo los sobacos, la piel raspada y moteada allá donde estaba recortada la barba, el aire cálido de su respiración, sus efluvios personales, una especie de olor a «donut» algo rancio...

toda la humanidad de Spangler se concentraba ahora para Corde a la luz invernal, calentada por las lunas, con el efecto de la clarividencia. Veía en este momento que Spangler estaba en baja espiritual. La ligera onda de su cabello, que siempre había tenido una tendencia a encabritarse, al parecer optaba ahora por lo contrario. Y se teñía, esto saltaba a la vista. Pero esta era una simple observación, y no un juicio. Si quiere retocarse el pelo, muy bien, que se lo retoque. Y, viéndolo tan claramente, tal como era, se disipaban las vanidades y no se sentía necesidad de juzgar. Los rayos de Spangler iban hacia abajo, y su aspecto lo confesaba a los cuatro vientos. Había sido bribón, pero ciertamente no un cobarde. A lo mejor, en el día de su muerte, Corde recibía una guía secreta para la comprensión de la vida. Quizás en este mismo momento las llamas estarían consumiendo a Valeria, y, por tanto, era particularmente importante pensar en lo que es en realidad un ser humano. Y lo que nuestros sabios contemporáneos decían sobre esta cuestión era, verdaderamente, bien poco.

—¿Y por dónde quieres que empecemos?

—En realidad ya hemos empezado —dijo Spangler, suavizando el tono de su voz.

Lo único que quería, probablemente, era sentirse seguro en sus contactos humanos normales. Y, con un viejo amigo, esto debiera ser posible. Como persona importante que era, podía permitirse el lujo de correr riesgos, de salir del duelo con aire ridículo.

—Examinemos la curva de tu carrera un momento.

Empezaste con mucho ruido, describiendo a Stalin, a Churchill, a Truman, a Attlee. ¡Y viste de verdad a todos estos personajes! Pero luego te metiste en el *Herald Tribune* y te dedicaste a hacer artículos culturales más ligeros, muy buenos, pero sin una perspectiva mundial especial. Y, de pronto, a mitad de camino entre los cuarenta y los cincuenta, te volviste a Chicago y allí te convertiste en profesor. Bueno, de acuerdo, en Norteamérica es donde pasan las cosas de verdad. Esta es una mala noticia para la Humanidad, pero no nos queda otro remedio, ¿qué otra cosa les vamos a decir? ¡La verdadera acción tiene lugar en nuestra tierra! Bueno, pues eso, que volviste.

Spangler estaba controlando en serio su expresión, y este mismo esfuerzo tenía un efecto deformante. Su expresión era casi lasciva, pero la fuente de su intensidad era mental.

—Te volviste a Norteamérica, convertido en profesor y en decano. ¿Es una especie de retiro? Te dedicas a leer libros, a hablar con académicos, a tratar de examinar las cosas desde el mejor punto de vista posible, me imagino. Y luego, de pronto, así, por las buenas, aparecen tus artículos. Este es el aire que tiene el asunto. ¿Cómo se puede justificar? Las cosas duras del alma, ¿qué es lo que hacemos con ellas en Estados Unidos? Asestaste a Chicago un golpe con toda tu fuerza. Y, más que nada, lo que sale de allí es que te caen bien los negros. Uno de estos negros dirige un centro algo ful de rehabilitación de drogadictos, y el otro es cálidamente humano con delincuentes y facinerosos en la cárcel del Condado. Todos los demás no hacen otra

cosa que poner cortapisas a esta población de negros oprimida..., la clase baja.

—O aprovecharse de ellos, explotarlos oportunista y políticamente.

—Eso lo dejaste bastante claro —dijo Spangler—, y entonces te volviste apocalíptico, y yo te perdí de vista: el dragón que sale del abismo, el sol que se vuelve negro como un cilicio, los cielos que se enrollan como un manuscrito antiguo, la muerte que llega sobre un caballo color ceniza. ¡Santo cielo! Parecías el reverendo Jones de Jonestown. Te concedes a ti mismo el privilegio de gritar que llega el día del juicio, y a continuación reaparecer hundido en el fango hasta el cuello. En fin, que, a menos que tu objetivo fuera poner el tema en una perspectiva más clara no sé, la verdad, que es lo que sacaste de todo eso. Y pienso sinceramente que estabas muy irritado con tus colegas académicos, porque no habían dado con la clave de todo este asunto. ¿No es esto, precisamente, lo que se esperaba de ellos..., y la razón de que disfruten de tantos privilegios?

Corde bajó su cabeza grande y redonda hacia los colores prismáticos y serpenteantes de la mesa, alargando la mano para impedir que se le cayeran las gafas, mal equilibradas. Luego dijo, sorda y prolongadamente:

—Confieso haberme sentido algo decepcionado... Mi difunto cuñado Zaehner, solía tomarme el pelo sobre la vida académica. Solía decir que un profesor con cátedra es como una mujer que vive del seguro social y tiene diez hijos ilegítimos. Están seguros para toda la vida, no tienen que volver a trabajar.

Corde, inmediatamente, comenzó a lamentar haber dicho esto. Era malintencionado. Y había olvidado que él y Dewey ya no eran dos muchachuelos en Central Park. En esto había una cierta falta de juicio. Ahora los dos eran hombres..., y periodistas encima, gente que en seguida capta las oportunidades y las aprovecha. Pero, ahora, Dewey, riendo mucho, animado, encendido, mostraba sus dientes cortantes y se llevaba las manos a ambos costados, igual que solía hacer cuarenta años antes.

—Eso es estupendo, Albert, estupendo. ¿Tan ingenioso era el marido de Elfrida? No me había dado cuenta.

—El difunto marido.

—Ya te oí. ¿Es que se ha muerto?

—Sí, hace tres o cuatro años. Mi hermana acaba de volverse a casar.

—Guapa chica, Elfrida. Una vez intenté meterle mano. Ya te lo diría, me figuro.

—Sí.

—Pero tú eso nunca me lo dijiste..., y eso es porque a causa de tu educación, tú eres un caballero norteamericano. Si yo llego a saber una cosa así sobre ti, ya te la habría echado en cara. Solías decir que tu familia eran norteamericanos de coche cama, pero eso no es completamente exacto, porque nunca fueron en el compartimiento con nadie, ellos viajaban en un salón. ¿No fue el padre de tu madre gobernador de las Islas Vírgenes, o de las Filipinas?, no recuerdo con exactitud. Ya ves que estás mejor educado que yo. De modo que cuando yo me declaré a tu guapa

hermana, ella se rio de mí, y es que, a decir verdad, yo era un muchacho muy chocante. Pero le dije que los chicos chocantes como yo eran los mejores en la cama, los que tienen menos complejos. Y ni siquiera así conseguí que me hiciera caso. A ti a lo mejor no te habría gustado que se hubiese arrejuntado conmigo..., habría sido gracioso poner a prueba tu buena educación viéndote convertido en el tío de un hijo mío. Pero lo cierto es que Elfrida no me hizo caso, y bien que se merece ahora que su hijo sea un chisgarabís y un desequilibrado... ¿Qué es lo que le pasa?

Corde se encogió de hombros.

—A mí que me registren.

—Anda, Albert, ¿a mí con esas...? Ese tipo de reacción no es propio de ti. No privas a un viejo amigo como yo de tu versión del asunto.

—Hace un momento te dije que en cuanto se habla de la hermana de uno tienen que salir siempre a relucir todos los problemas sociales candentes.

—¿Con quién se ha casado Elfrida esta vez?

—Con un juez.

—Pues le habrá caído pero que muy bien a su hijo, tan revolucionario. Pero, por otra parte, como le está dando a su madre tantos quebraderos de cabeza judiciales...

—... Pues se casó con la mejor medicina.

Spangler le guiñó un ojo afectuosamente, dando su aprobación a la frase.

—¿Sueles tú decir cosas como esta a tus amigos académicos? No era que te criticase por haberte hecho profesor, Albert, lo que pasó es que quería tantearte un poco en ese terreno, por pura curiosidad. Yo mismo pienso a veces que estaría bien acabar retirándome a algún agradable puesto académico. Nunca fui a la Universidad. Pero no creo que me resultase demasiado difícil, con mi historial como hombre público, acabar de profesor en algún sitio.

—Yo creo que podrías entrar donde quisieras, Dewey, como Hubert Humphrey o Dean Rusk.

Spangler recibió esto sonrojándose de satisfacción, como algo merecido, pero inclinando al mismo tiempo la cabeza para dar las gracias. Corde se dijo, no tengo rencor ni envidia, y esto a él le gusta. Mis actitudes mentales, dice Spangler, no han cambiado en cuatro décadas, pero tampoco han cambiado mis actitudes personales, y esto podría ser una sorpresa agradable. Es posible que Spangler inspire pensamientos satíricos, pero no tengo intención de ponerme a sacar partido de ellos. No siento el menor deseo de meterme con él. Si es un sujeto gordo y molesto, que, después de todo, es lo que yo creo que él mismo piensa que es, a mí me da igual, porque es evidente que le continúo teniendo el mismo cariño de siempre, y eso no puedo quitárselo. Es seguro que, en eso, sigo siendo inmaduro. Un afecto de este tipo tiene que parecerle grotesco a un perro viejo como Dewey, mundano y acostumbrado al psicoanálisis.

—Es posible que cualquiera de estos días te pida consejo en cuestión de Universidades, aunque, a juzgar por tu forma de actuar, quizá no seas el mejor

consejero en este tema.

—Cuando fui a Dartmouth, después de la muerte de mi madre..., y la lloré más de lo que había pensado, tuve maestros maravillosos, a quienes no he olvidado nunca, y leí a Platón en compañía de ellos, y también a los poetas.

—Sí, ya, la traducción de Homero por Chapman: un verdadero tesoro. Y eso es lo que quería recuperar, más y más tesoros culturales: cultura y civilización, la fortaleza del humanismo. Es una tontería esperar una cosa así, pero, a pesar de todo, semejante ambiente debe de ser algo bonito para refugiarse en él en los años finales de la vida de uno, si es que a mí me quedan años finales.

—¿Es que no te encuentras bien? Pues tienes buen aspecto.

—Sí, me imagino que tengo una apariencia más o menos normal. Y me figuro que a ti te lo puedo decir, aunque la verdad es que me dolería qué se supiese. Pero tienes demasiados problemas tuyos propios para empezar ahora a contar chismes sobre mí. Sin embargo, lo cierto es que fui a Chicago a hacerme una operación. Diverticulitis.

—¿Y es grave eso? ¿No es lo que tenía Eisenhower?

—Es lo bastante serio como para llevar el saco. ¿Quieres verlo?

—No, la verdad.

Pero Dewey se lo enseñó, a pesar de todo, sacándose impulsivamente la camisa de debajo del pantalón. Sí, en efecto, allí tenía una especie de sobre cuadrado de plástico. Y dentro había algo cálido y oscuro. Corde sintió asco.

—Y pronto tendré que volver a ponerme en manos de los cirujanos. Quieren ver si pueden engancharme de nuevo. Y tengo aquí algo más: un colgajo de carne.

—Te lo creo bajo palabra. ¿Y qué es lo que hay que engancharte?

—Dos extremos del intestino. Y los médicos no prometen que la operación salga bien.

De modo que este era el motivo de que Spangler se hubiera molestado tanto por él, mandándole dos veces el coche, y de que hubiera tenido tiempo, a pesar de lo ocupado que estaba, para ver a Corde, y de que hubiera acudido al funeral. Y él no era hombre de funerales. Estaba hecho polvo, enfermo, con los intestinos desconectados. Se quedó mirando a Corde. Sus controles adquiridos estaban ahora desenchufados, y se acariciaba de nuevo la barbilla, como si no pudiera dejársela en paz. Tenía una expresión de ira. Pero volvió a meterse la camisa bajo el pantalón, como si tal cosa.

—Volverán a pegarte y a coserte. Y, para el verano, ya te habrás olvidado de todo esto. Te llevaré de nuevo a la cafetería de Woolworth y te convidaré a bocadillos de rosbif con salsa.

—Estás hablando como un simple. Y la verdad es que eres un simple, Albert.

Aquel ser de carne y sangre pasando por las manos de los cirujanos. Solo había un desenlace posible. Y esto era lo que quería decirle Spangler. ¡A mí no me vengas con cuentos! Estaba rojo, todo su calor se le agolpaba en los ojos y su mirada era fieramente sarcástica. Bueno, en fin, por lo menos ahora estaban en el mismo nivel.

Spangler dijo:

—Como ya comprenderás, en este estado no hay mujer que quiera dormir conmigo.

—Sí, eso es cierto, pero si es tan importante para ti...

—Sí, claro que es importante. Puedo conseguir listas de mujeres que tienen el mismo problema. Y también es cierto que hay abundancia de señoras raras, que les gustan estas cosas. Las mujeres masoquistas abundan —estaba calmándose—, o a lo mejor es que piensas que el convertirme en una especie de estadista viejo y respetado por todos me ha quitado los ardores antiguos y ya no soy el chiquillo cachondo de otros tiempos. Si es eso lo que piensas, tienes algo de razón. Yo ya lo he pasado bien. Pero, a pesar de todo, el saco este es deprimente y mancha en cierto modo la imagen que me he hecho de mí mismo. Aparte esto, estoy bastante bien de salud, y acuérdate de que nunca tuve caries en las muelas, ni ningún otro achaque hasta este, a menos que quieras mencionar los fallos psicológicos o de carácter. Me doy cuenta de lo que pensabas de mí, de cómo me formulabas, por así decirlo, Albert: para ti yo era casi un psicópata, que se salvó convirtiéndose en un guía de la opinión pública. A veces, yendo a la Casa Blanca para ser recibido por el jefe en persona, me sentía raro, con todo el sistema nervioso revolucionado, y entonces me ponía a pensar en ti, y se me ocurría alguna ocurrencia llena de sabiduría que podrías decir tú con tu voz de bajo profundo. Pero, a pesar de todo, tú lo que piensas es que como monstruo cósmico no soy tan malo, después de todo, vamos, que soy hasta algo simpático. Pero, ahora, para usar una expresión de los hampones, la muerte me tiene apuntado en su lista.

Corde dijo:

—Pues no es mal resumen el que acabas de hacer.

Lo que sentía en su interior era como una compresión, una agitación en algunos de sus órganos, tristeza luego, como un lánguido desaliento, como algo que ha sido decidido irremediabilmente por el destino, y, en último término, una inmensa pena. Este torrente de sentimientos se produjo en él con bastante lentitud. Fue por sus pasos contados. No serviría de nada mostrar la pena que sentía; Spangler se ofendería, sin duda, y con toda la razón del mundo.

—Tengo que confesarte, Albert, que hay una cosa en tus artículos que me produjo cierta agitación. Es el pasaje donde hablas con el fiscal sobre el caso del violador que tuvo a la mujer encerrada en el maletero y luego la mató. Después de matarla escondió el cadáver entre basura, en un solar abandonado. Y entonces vas tú y te pones a hablar del Vico ese que a ti tanto te interesa. Eso me irritó. ¡Pensé que no era aquel el momento más apropiado para ponerse en plan pedante! Llegué a maldecirte por ello, pero ahora me doy cuenta de por qué lo hiciste.

—Era sobre las costumbres humanas, que se observan en todas partes. Y, si no, ¿por qué no...?

—Sí, ya sé de qué se trata. No necesito que me eches una mano. Los niños que nacen fuera de la ley y abandonados por sus padres pueden ser devorados por los

perros. Esto es algo que debe de estar ocurriendo ahora en lugares como, por ejemplo, Uganda. El ejército de liberadores que expulsó del poder a Idi hizo muchos niños, que habrán sido devorados por los perros o habrán crecido sin saber lo que es la Humanidad, sin que nadie les enseñe el idioma, las costumbres humanas o la religión, de modo que volverán al gran bosque antiguo y serán como las bestias salvajes de Orfeo. No se respetará ninguno de los grandes pactos de la especie humana. Amor bestial, expediciones ferinas, incesto, y los muertos que queden sin enterrar. Y no es que tengamos ya grandes bosques a los que volver. Tenemos Jonestown, en la jungla de la Guayana, donde hacían exhibiciones públicas de cunnilingus interracial a modo de declaración de igualdad, y donde parece ser que ha habido también algo de canibalismo. Y, finalmente, la tina llena de veneno. Pero eso no era el gran bosque antiguo, era la ciudad...

Corde se había acercado el sombrero y el abrigo.

Spangler dijo:

—Todavía tenemos mucho de qué hablar.

—¿Te vas esta tarde?

—Sí, vuelvo a París. En fin, hemos pasado una hora interesante. No he tenido una amistad tan larga con ninguna otra persona. Y si te hubieras sometido a psicoanálisis, tú y yo estaríamos ahora más unidos, aunque no lo creas, pero, a pesar de esa barrera, no puedes hacerte idea de lo curioso que ha sido. Tú, desde el principio, querías mostrarme tu sentido especial de la vida, pero estabas como atascado. Me di cuenta de ello, y por eso no esperaba mucho, hasta que, de pronto, fue saliendo todo por sí solo. Hay un florecimiento espontáneo, pero también lo hay provocado. Y tú todavía no has podido liberarte del todo... —Spangler quedó en silencio, esperando respuesta, pero Corde seguía sin decir nada, mirando, por encima de sus gafas, a la calle, a los primeros signos de anochecer, y, en vista de ello, Spangler añadió—: ya veo que te has apartado de mí. ¿Cuánto tiempo piensas que seguirás aquí?

—Quiero irme lo antes posible. Sacar de aquí a mi mujer.

—Si me entero de algo, te llamaré desde fuera. ¿Puedo serte útil de alguna otra manera?

—No, a menos que te sientas capaz de sacar de aquí de contrabando un par de colchones de pluma de la tita Gigi o unos cuantos valiosos objetos de arte macedonio que llevan generaciones en la familia —dijo Corde.

XIV

Gigi estaba en el vestíbulo, bregando con una escalera de mano, que no tenía, ni con mucho, fuerza suficiente para levantar. Quería abrir los cajones que estaban arriba. Corde se encargó de ello. No tenía idea de lo grandes que eran los cajones aquellos, que estaban llenos de cajas y más cajas llenas de toda clase de cosas.

—Todo esto lo guardábamos para Minna —le dijo Gigi.

Y estaba decidida a que Minna hiciera un inventario a fondo de todo ello, a fin de comprobar que no faltaba una sola servilletita o un solo tenedor de dulces. Como las visitas de pésame se recibían en el comedor y el cuarto de estar no resultaba lo suficientemente apartado, se abrieron las cajas en el cuarto de Minna. Y entonces empezaron a salir cartas antiguas, diarios, bandejas turcas de metal batido, toda clase de ropa blanca de damasco, tenacillas y despabiladeras, un tratado del siglo xv en latín, impreso en Alemania, un libro de cuentas en griego, cosido con hilo encerado con grumos de nudos, un jarroncito de Gallé, una caja con cubiertos de plata, tamices tallados, grabados y dibujos, y también monedas y baratijas de todas clases. Ningún objeto de verdadero valor podía salir del país, todo tenía que ser valorado y gravado. Los «tesoros nacionales» eran confiscados. De vez en cuando, Minna entraba y echaba una ojeada a aquellos recuerdos, y Gigi identificaba las fotografías.

—Este es nuestro tío abuelo Bulent, no era profesor de trigonometría en Tesalónica.

Corde se sentía fascinado por los objetos que salían de aquellas cajas. Gigi hacía ademanes orientales para expresar su valor, agitando el dedo y moviéndolo en círculos. Se puso a escribir en una hoja de papel: «Objetos que tienen que ir a Chicago...», pero en seguida lo rompió en pedazos y le prendió fuego con una cerilla en el cenicero. Con expresión de mucho secreto señaló con un dedo el jarroncito de Gallé, y, a continuación, la bandeja de cristal tallado, que tenía forma de diamante y era estrecho y a Corde no le gustaba mucho, considerándolo un simple objeto algo barroco, pero esto, la verdad, no tenía nada que ver con la situación. Gigi tocó también con el dedo una pequeña acuarela que representaba un paisaje romano.

—Sí, bueno, pero ¿cómo lo sacamos? —preguntó Corde.

Gigi le dio un golpecito en el pecho. Tenía mucha confianza en él. ¿No escribía en revistas nacionales? El embajador le había mandado llamar, llegaban coches de lujo a buscarlo.

Corde convenció a Minna para salir con él al aire libre media hora. Al ayudarla a ponerse el abrigo de cuero pardo forrado de piel se dio cuenta de lo delgada que estaba..., la Minna estructural, la que se veía con rayos X, estaba ahora ante él. A la luz del sol, el rostro de Minna estaba tan blanco como si fuera de merengue. Justo debajo del labio inferior se le había formado un hoyuelo, y era allí donde el control de su duelo parecía haberse concentrado. Corde pensó involuntariamente en su propia

madre, con aquel aire de momia inútil y desperdiciada de sus últimos días, la gran mirada airada que fijaba en uno. Le dijo a Minna:

—Me figuro que Gigi no estará hablando en serio de todos esos recuerdos que ha guardado.

—Mi madre los tenía escondidos. Y no quiero que esos cabrones se los lleven.

—Es posible que tengamos que pagar para poder sacarlos.

—Pero la valoración no será auténtica. ¿Y con qué dinero?

—Del dinero me encargo yo. De lo que quería hablarte en realidad era de irnos de aquí.

—Es que ahora precisamente no puedo.

—Pues habrá que poder, y por muchas razones. Primero, que ya casi ha terminado diciembre y el próximo curso empieza pronto. Y, luego, hay que tener en cuenta el tiempo que te corresponde en Monte Palomar, que te lo van a reservar a ti.

Corde sabía lo que estaba haciendo. Profesionalmente, Minna era sumamente concienzuda y no consentía que nada se interfiriese en sus deberes. En general, a Corde le divertía que esta mujer, tan bella y elegante, se comportase como una colegiala de esas que van por ahí con la cartera al hombro. Cuando Minna estaba preparándose para salir a su trabajo, Corde, a veces, le tomaba el pelo:

—¿Qué?, ¿tienes ya el compás y el transportador?, ¿y la manzana para el profesor?

Junto con su gran bolso fragante, llevaba una bolsa con libros científicos y papeles que se colgaba del hombro..., siempre diez veces más material del que necesitaba. Pero, a veces, aquel papel suyo de alumna perfecta le irritaba a Corde, y Minna se enfadaba con él, interpretando su irritación como una falta de respeto a su profesión. Pero lo cierto era que no se trataba de eso. Minna trabajaba diez horas al día, nunca dejaba de asistir a las conferencias de forasteros o a seminarios universitarios. Sus clases, que ella preparaba hasta las altas horas de la noche, tenían forzosamente que ser como conciertos. Lo que irritaba a Corde era el fanatismo con que se dejaba absorber por su deber. Con frecuencia, él cenaba esperándola y a eso de las siete empezaba a oírse el ruido de la llave en la cerradura. Minna era una señora envuelta en astronomía que andaba por Chicago a deshora, y esto, por absurdo que resultara, le llenaba de inquietud. Pero ahora, con habilidad de manipulador, pero justificadamente, estaba sirviéndose de la astronomía para persuadirla a volver a Chicago.

—Sí, bueno, claro que tenemos que volver —dijo ella—, pero antes debo asegurarme de que Gigi queda bien protegida. Este apartamento no es ni siquiera su dirección legal, porque está a nombre de madre. ¿Es que quieres que deje a la pobre en la calle?

—Nadie habla de dejarla en la calle. Yo daba por supuesto que se vendría con nosotros a Estados Unidos.

—Me alegro de que lo des por supuesto, pero eso lleva tiempo.

—Si el contrato de arrendamiento está a nombre de Valeria tendrá que haberlo heredado.

—Vete a saber qué ley tendrán aquí. Lo que me hace falta es hablar con un abogado.

—Bueno, eso, lo que nos cueste entre honorarios y gastos de todo tipo, es lo más fácil. ¿No tenéis algún abogado en la familia?

—Sí, más de uno.

—Pero llevará meses. Lo mejor es encargarse a alguien de toda confianza que se encargue de ello, pero ya, sin perder tiempo. Nosotros no podemos..., no podemos hacerlo solos.

—Todo a su tiempo —dijo ella.

No quería que le apresurara. Le irritaba.

—Lo antes posible. Pienso que no deberías quedarte. También me doy cuenta de que Gigi está preparando una operación algo complicada con todas esas cosas, cacharros de cristal, monedas, iconos, libros en latín...

—Es contra la ley. Todas esas cosas debería haber sido declaradas. Mi madre las escondió para dármelas a mí.

—Tiene que haber cientos de miles de personas que esconden cosas de cristal, o relojes como el que me dieron a mí por Navidad.

—Es posible, pero, así y todo, es arriesgado. Madre sabía hacer este tipo de cosas, pero Gigi no se las arregla igual de bien. Lo que me temo es que se vea metida en un buen lío. Además, Gigi piensa que está haciendo la voluntad de Valeria y quiere enseñármelo todo, para quedarse con la conciencia tranquila, a fin de que luego no haya recriminaciones. Se siente responsable.

—Bueno, vale, de acuerdo, me doy cuenta de eso también, pero no me parece que a ti esas cosas te interesen tanto, después de todo. Lo que pasa es que no quieres que caigan en manos del enemigo. Me imagino que los funcionarios lo que harán será quedarse con las mejores piezas. Y por lo que se refiere a que Gigi les tome el pelo, eso a mí me parece pura fantasía. Y quiere que los saque yo del país. Eso es más fantástico todavía.

—¿Estás seguro de que tu amigo el periodista no tiene pasaporte diplomático?

—De eso ya hemos hablado. No sería posible. Los periodistas no pueden ser agentes del Gobierno. Sería comprometedor. Una idea terrible, sobre todo para una estrella como es Dewey. De ahí a decir que estaba trabajando para la CIA no hay más que un paso. ¿No te das acaso cuenta?

—Pero podría darte algún buen consejo, si es tan listo como me da la impresión que es.

Siguieron andando un rato. La calle era gris. Los montones de escombros del terremoto olían a podrido, aunque diciembre los refrigeraba, frenando la descomposición. Corde, sin darse cuenta, se puso a mirar las siluetas de las ratas en la calle, aplastadas por los coches.

Había contado con el buen efecto que tendría el aire, y su idea había sido apartar a Minna del teléfono. Era un papel ingrato este de marido solícito y sensato, acusado de estar manipulándola, eso lo veía bien claro en los ojos pardos de Minna. Hablar del nuevo curso y de Monte Palomar era un truco, pero lo que él quería era llevarla a casa. Sin embargo, al ver su operación fracasada se sentía irritado, Minna era injusta con él. Bueno, después de todo... ¿Qué quiere decir eso de «injusto»? Este tipo de pedantería infantil era indicio de que también él estaba muy cansado.

Ella dijo:

—¿De qué hablasteis ayer tú y tu amigo Snangler?

—Me parece que nuestro tema de conversación fue quién de los dos se ha portado bien durante estos cuarenta años últimos. O, mejor, si alguno de los dos se ha portado bien. Nosotros...

Pero Minna no le dejó continuar. Dijo:

—La verdad es que no me apetece hablar de él.

—Bueno, pues no hablemos.

—Albert, estoy lo que se dice deshecha.

—Naturalmente, ya lo veo.

—¿No puedes ayudarme a arreglar esto, por poco que sea? Tú a veces eres persona imparcial, y bastante buen psicólogo. No tomarás partido si te cuento que me despierto en plena noche pensando que todo lo que hay de bueno en mi vida parece haberse disipado. Y no es un sentimiento puramente temporal, porque me da la impresión de que va no va a volver nunca más. El cuarto está oscuro, y fuera de él aún hay mayor oscuridad, es peor. Y así, sin parar, fuera. Estoy de duelo por mi madre, pero, al mismo tiempo, siento cosas terribles sobre ella. Estoy muy irritada. ¿Podrías decirme...?

¡Qué persona más inocente! Ella se ocupaba de los astros y los asuntos humanos los dejaba en manos de su marido. ¡Buena división de trabajo! Y él, inundado por la muerte, iba a tener ahora que despejar la situación con una tacita de psicología. Su rostro redondo, rematado por el sombrero de fieltro, había concentrado ahora su mirada en el rostro de ella, que no solamente estaba blanco como el merengue, sino igual de finamente arrugado, a la luz implacable de diciembre. ¿De qué se trataba, después de todo? Su querida y admirada madre, y bien es verdad que era imposible no admirar a una omnipotente matrona romana, había asignado a su hijo al universo físico como medida de seguridad, aunque no necesariamente al *mysterium tremendum*, porque eso era religión. ¡Pero la ciencia era otra cosa, la ciencia la salvaría de todo mal! La vieja señora protegía a Minna del Estado Policía. Soportó el ostracismo, combatió a los funcionarios, y, finalmente, consiguió hacer que su hija saliera del país. Pero ahora, esa fuerte protección había terminado, y la desaparición de Valeria tenía que ser explicada. ¿Dónde estaba la fuerza de que Minna había dependido siempre? En pocas palabras: debilidad, perplejidad, dolor mortal..., toda la circunstancia humana. Y Minna no había tomado la precaución, frecuente entre los

científicos, de rechazar esta circunstancia: «A mí no me vengáis con niños, pañales, muerte y cosas efímeras por el estilo». Era demasiado inocente para cosas así, de modo que recurría a su marido, en busca de ayuda. Lo quería. Pero, en cuanto ella le pidió ayuda, Corde sintió que se quedaba sin fuerzas. Esto era culpa suya y nada más que suya, porque él mismo había decidido encargarse de los asuntos humanos, ni más ni menos, y así se justificaba ante Minna, la mujer de ciencia, como Albert, el marido humano. Le dijo:

—Es posible que no pueda servirte de mucho.

—Pero tú te pasas el tiempo pensando en cosas de esas. Me fijo en ti cuando lo haces.

—Bueno, vamos a ver... ¿Por qué te parece que estás tan irritada?

—En el avión estaba muy preocupada, por si no llegábamos a tiempo. Pero la verdad era que no acababa de creer que fuera a morir.

—Eso lo entiendo. Tú pensabas que Valeria tenía toda la fuerza del mundo. Pero ya en Londres te dije que estaba empezando a decaer.

—Sí, ya recuerdo, pero no acababa de creerlo. Dirás que soy tonta, pero..., bueno, voy a hacerte una confidencia..., mi madre me dio su palabra de que llegaría a los noventa años.

—¿Cómo se puede prometer una cosa así?

—Yo qué sé..., te diré lo que pasó. La única vez que mi madre estuvo en Estados Unidos fuimos a ver a Pablo Casals, en «Marlboro». Noventa años, y ensayando con una orquesta. Las dos nos quedamos muy impresionadas, sobre todo madre. Vimos a aquel hombre viejísimo, encogido, como de una sola pieza, sin cintura ni cuello, que tenía que sentarse para dirigir la orquesta. Regañón. Pero todavía muy fuerte en su música. No sé si me entiendes. Bueno, pues había en la orquesta una chica que tocaba el clarinete y que tendría alrededor de diecinueve años. Casals paró la música y le preguntó: «¿Es que no puede dar más vida a lo que toca?». Entonces madre y yo nos miramos, y cuando salíamos de aquel lugar, una especie de sala de conciertos al aire libre, madre dijo: «¿Y por qué no voy a ser también yo así?, quiero decir, ¿por qué no voy a llegar también yo a esa edad?». Era una broma, pero, por dentro, lo decía en serio.

—Hubiera sido mejor considerarlo simplemente como una broma. Pero lo malo es que tú lo entendiste como una promesa.

Ella asintió.

—Sí, me imagino que sí.

—Y, por eso, cuando viste que estaba empeorando, no le diste importancia. Tu madre solía cumplir su palabra.

Corde estaba a punto de decir: «Eso es como creer en la magia», pero se contuvo. Primero, porque todo el mundo realizaba ceremonias mágicas de algún tipo..., él mismo habría podido referirse a alguna de las suyas. Y, segundo, también porque no era prudente revelar a una mujer como aquella lo bien que la tenía uno observada.

Minna era tan inteligente, tan fenomenalmente inteligente, como infantil. Las fronteras entre la inteligencia y lo demás eran tan complejas e intrincadas que nunca era posible saber cuándo las cruzaba uno, cuándo, por ejemplo, palabras dirigidas a un niño podrían ser interceptadas por una mente más poderosa que la de uno mismo. Y el decano se quedó mirando en silencio a su mujer, pensando que era incomprensible que Valeria hubiera hecho a una hija como aquella esa clase de promesa, ¡y sobre la muerte, nada menos!, que suele hacerse a un niño, y era más incomprensible aún que la hija esperase que la cumpliera. Era como Alicia en el País de las Maravillas: «Bébeme». Mujeres maduras y sumamente serias, y capaces de llegar a un acuerdo semejante. Durante todo este tiempo, Minna seguiría adelante con su astronomía, tan segura del Occidente decadente como del decadente Oriente, pero ahora se lo había contado todo, aquella era su confesión. ¡Pobrecitas damas, pobrecitas!, a él le recordaban un pasaje de una carta de Rilke: *Je suis un enfant qui ne voudrait autour que des enfances encore plus adultes*^[15]. La madre, en este caso, era la más adulta de las dos niñas, y había prometido no abandonar a su hija, y esta promesa iba a mantener viva a Valeria. Pero lo más que pudo hacer fue seguir viva hasta que Minna llegase de Chicago.

—No tenía suficiente edad para sentirlo cuando se murió mi padre. Me entristecí, porque todo el mundo estaba triste. Pero la muerte de mi madre es algo realmente horrible..., fíjate, ser un cadáver, que le queman a uno, y mañana al cementerio. No lo acabo de aceptar. Y es peor todavía sentirse irritada, es horrible. No como una mujer hecha y derecha, me siento llena de rencor.

Blanca, avejentada, Minna apenas respiraba, y sus ojos ofendidos miraban a un lado y a otro. Corde le pasó el brazo por la cintura, pero tuvo que retirarlo, porque ella lo rechazaba, no lo quería. Estaba demasiado rígida. Él, entonces, trató de calentarse la mano en el bolsillo cuadrado del abrigo.

Dijo:

—También yo recuerdo lo irritado y abandonado que me sentí cuando murió mi madre. Yo no era entonces más que un adolescente, por supuesto. Pero, así y todo... No soy uno de esos sabios psicólogos. La psicología me cae algo lejos. Hasta me resulta antipática.

Estaba pensando que lo que Mina quería era a Valeria, quería volver a tener a su madre, pero lo malo era que no resultaba posible devolvérsela. Eso estaba por encima de sus posibilidades, por encima de las posibilidades, no ya tuyas, sino de cualquier marido. Era cierto que había adquirido la costumbre de tratar de conseguir cualquier cosa que necesitase Minna, hasta el punto de que ya ni siquiera se preguntaba si el intento sería propio de él, si no estaría poniendo en peligro su dignidad al llevar el carrito de la compra al supermercado o al ponerse a leer recetas de cocina o a pelar patatas. Ceremonias mágicas, bueno, las que hiciesen falta, siempre y cuando fueran de poca monta, sin embargo, él no era un mago, todo lo contrario, y lo único que, en realidad, podía ofrecer era comprensión activa, y con la comprensión activa debía

haber suficiente. ¿Por qué no iba a serlo? Sintió un poco de ira pensando en esto, pero su ira era peor aún que su falta de capacidad para hacer frente a la situación. Se daba cuenta, en cuanto a la forma, de lo que se esperaba de él, pero lo malo del caso estaba, precisamente, en eso, en la forma.

Minna estaba diciéndole:

—Durante todos estos días no hemos tenido tiempo de hablar. Me doy cuenta de que estás muy deprimido y entristecido, todo el tiempo reconcomiéndote en tu habitación. Yo pensaba que no te importaba pasarte el tiempo solo, que tú eras persona tranquila por naturaleza.

—Siempre dispuesto a convertirme en animal doméstico.

—A pesar de lo que la gente decía de ti.

—Lo que decía la gente. Lo que te pasa a ti es que escuchas demasiado a la gente. Decían que siempre estaba armando líos. Poco me conocen.

—No estaba criticándote, Albert, reflexionando solamente.

Minna, casada con Corde, el decano: una mente superclara se había casado con un soñador.

Minna dijo:

—Has resultado ser mucho más emocional y más raro de lo que yo había pensado.

Corde aceptó esto, con un movimiento de cabeza. Pero no asentía con conocimiento de causa, sino por ignorancia. Era imposible buscar en el concepto que tenía Minna de lo extraño y lo normal, precisamente por lo astronómica que era, y las horas que pasaba en compañía de su amante marido eran horas pasadas en las nebulosas, pero, tarde o temprano, acababa volviendo del espacio exterior. Tenía que volver a su madre, y también a su marido, y era algo como Eros y Psique, pero vuelto del revés. Imaginándose a sí mismo como Psique, Corde convino en que era mejor probablemente para Eros no encender la luz. El decano estaba ahora empezando a darse cuenta del gran número de cosas importantes en que, por dejadez, no había meditado. Él, ciertamente, no era el hombre con quien Minna pensaba haberse casado, menos mal que el error no había sido grande, pues había escogido a un marido que quería de verdad amarla. Sí, es cierto que Minna se enorgullecía de haber pensado seriamente en su matrimonio. Y la verdad era que había hecho las cosas como era debido, a pesar de todo. Conocíamos toda clase de cosas, pero, por desgracia, no aquellas que más necesitábamos conocer. Los logros contemporáneos, pensaba el decano, como, por ejemplo, los reactores, los rascacielos, la alta tecnología, suponían un tremendo gasto de inteligencia, sobre todo de la potencia de juicio y, más que nada, del cerebro individual. Esto se veía en todos los rostros, en qué medida el ingenio agotado estaba luchando y perdiendo la batalla con la muerte. Los rostros contaban esta historia. Corde se había dado cuenta de esto contemplando su propio rostro, y la observación cotidiana confirmaba cumplidamente este descubrimiento.

Y no era que sintiese simplemente compasión por su mujer, sino, más aún, que estaba horrorizado. No era solamente que Minna estuviese blanca y tensa, sino que sus facciones expresaban ira, y una especie de acusación. Su boca estaba tirando en una de las comisuras y esta contracción le daba una expresión facial que Corde había aprendido a temer. Acabó tomando una decisión, en consecuencia: Al diablo, la voy a sacar de aquí cueste lo que cueste, nunca he visto en nadie una decadencia tan rápida, todo esto está acabando con ella.

Minna pensó que Corde movía la cabeza en asentimiento, y él estaba de acuerdo, efectivamente, sobre la necesidad de mantener un engañoso silencio. Y si guardó silencio fue porque había cometido ya muchos y serios errores; solo ir examinándolos mentalmente suponía un difícil esfuerzo, y esto era lo que requería silencio. Además, él era engañosamente casero, y Minna nunca se había fijado en la cantidad de deberes domésticos que su marido había echado sobre sus propios hombros: los comestibles, la cocina, la limpieza, el lavado de las ventanas, hacer las camas... Y todo esto lo hacía para animarla o persuadirla a ella a cambiar de manera de ser. Tengamos un hogar. Dejemos de comer cosas sacadas de la nevera y diseñadas para ser consumidas sin dejar de ver la televisión. Pero Minna, por su parte, era también engañosa, y esto era porque la gente decía tales cosas sobre el malvado decano que le hacía sentirse fascinada por él, le hacía querer casarse con un hombre tan lleno de perversas experiencias y, al mismo tiempo, tan fiel, con un cabrón reformado, un mujeriego convertido, transformado ya en marido adaptable; y, en fin, Minna había conseguido lo que se proponía, es decir, todos los beneficios de la derrota de Corde, y en este momento pensaba, sin duda, que lo había reformado, hasta el punto de que su marido estaba ahora en pleno duelo por el duelo de ella. Corde se sentía rarísimo, su misma pena le llenaba de extrañeza. Todo le conmovía, todo volvía a él ampliado, desproporcionado, todo le emocionaba en exceso, llegaba a sus oídos demasiado alto, acompañado por ecos de ira. Se estaba desarrollando alguna lucha. Ella decía que no estaba criticando, sino, solamente, reflexionando, pero eso Corde no conseguía acabar de creerlo. *Tú eres quien debe saberlo, bueno, pues, entonces, dímelo tú.* Así es como interpretaba Corde el mensaje de aquella comisura contraída de la boca de Minna.

—¿De modo que estabas enfadado con tu madre? —Minna volvió sobre aquel tema.

—Pasa por ser normal, no un indicio de falta de amor, sino, precisamente, lo contrario. Pero me imagino que los médicos dirían que no era la clase de amor que sentiríamos si todo fuera como debe ser. En fin, eso es psiquiatría elemental.

Y, para sus adentros, Corde añadió: «Eso, eso es lo que más me preocupa a mí de ese asunto».

¿Y cuál era la situación ahora? Bueno, pues la situación era que Corde había aceptado la responsabilidad de tener informada a su mujer sobre asuntos terrestres. Ella se ocupaba del espacio ilimitado, mientras que la región de Corde era la tierra

firme. Una misión verdaderamente enloquecida, pero a él le gustaba en la mayor parte de los casos. Le gustaba el hecho de que ella, que había crecido en un país comunista, no tuviese la menor idea de quiénes eran Dyerdinski o Zinóviev. Corde había hecho sus investigaciones en París, cuando escribía sobre Tsvetaieva. Había escrito también un artículo sobre Boris Suvarín, de modo que sabía hablar de la Rusia posrevolucionaria. ¿Cómo?, ¿que no había oído hablar de Zinóviev o de Kamenev? Nadie le había hablado de los juicios de Moscú. «Tendrás que explicármelos tú». Minna se preguntaba si su padre habría conocido los crímenes de Stalin, y llegó incluso a leer los libros de Corde y a preguntarle: «¿Quién es esta Madame Kollontai?», o a decirle: «Anda, háblame de Chicherin». Y él, por su parte, solía responder: «¿Para qué quieres sobrecargarte la cabeza con estas cosas?». Sin embargo, era agradable sacar a relucir a Chicherin durante la cena, hablando con ella, o explicar lo que había hecho Harry Hopkins, o describir a los miembros del consejo de intelectuales. Minna era encantadoramente inocente, un caso realmente clásico, y también se reía de chistes que eran ya demasiado viejos para poder contárselos a ninguna otra persona. A Minna le encantaban los chistes, y cuando le preguntaba cómo se escribían ciertas palabras o qué querían decir, y él se lo explicaba con su voz de bajo profundo, sin levantar siquiera el rostro engatado del periódico, ella respondía: «Tú eres mi libro de consulta, contigo no tengo necesidad de diccionarios». Pero la pena, el dolor, no eran temas sublunares normales. En estos temas, él no era autoridad, y Minna se mostraba crítica, airada incluso. ¿De qué valía decirle ahora que él no era el marido con quien pensaba que se había casado? ¿Se refería acaso Minna a sus artículos de Chicago y a la tormenta que estos habían desencadenado? A Minna le disgustaban el ruido, el desorden, la notoriedad, la publicidad del tipo que fuese. ¿Era a esto a lo que se refería? Constituía una remota posibilidad, pero había que tenerlo todo en cuenta, porque Valeria estaba muerta y ya no le quedaba a Minna más que él, Corde, en quien apoyarse, y, por lo tanto, se volvía inevitable, ahora, hacer un examen a fondo. Bueno, pues manos a la obra: ¿Quién era este hombre?, ¿qué es lo que tenemos aquí? Corde trató, por sí mismo, de responderse a esta última pregunta. Un hombre ya entrado en años, muy calvo, no bien proporcionado, hasta el punto de que Mason, por ejemplo, hablaba con desprecio de sus piernas; amigo de llevar la contraria, parco y extraño quizá, pero nada de esto podía interpretarse como un elogio. Y, encima, era preciso tener en cuenta el lado moral de las cosas. Y también el lado mental. Además, Valeria había tenido la esperanza de que su hija se casase con un tipo de marido muy distinto, un hombre más joven, un médico o un químico, con quien habría tenido más puntos de contacto. Todo esto le resultaba a él algo doloroso. Aunque Valeria había acabado por cambiar de opinión, se había convertido a él. ¿Y qué habría podido decirle un químico en su lecho de muerte...?, ¿algo más científico, más positivo, más inteligente?

En fin, que ahora estaba siendo revisado a fondo por su mujer, a quien la muerte había puesto furiosa. Y no le quedaba más remedio que someterse al examen. Pero,

en vista de que estaba examinándole de manera tan minuciosa, como viéndolo de una forma en que nunca hasta entonces lo había visto, quizá valiese la pena decir algo útil o iluminador. ¿Y qué otro recurso tenía en aquellas circunstancias? Pues nada más que eso, decir las cosas como eran.

Bueno, pues allá va, por equivocado que resulte, esto es lo que se dijo Corde para sus adentros.

Minna, en aquel momento, estaba precisamente haciéndole una pregunta:

—¿Qué quiere decir «si fuéramos todo lo que deberíamos ser»?

—Tal y como están las cosas, la gente se siente en libertad de conectar y desconectar —dijo él—, sea ello lo que fuere, se trate de quien se trate, es posible desconectar en el momento que se quiera. Cualquiera puede desconectar en cuanto piense que ya ha estado bastante tiempo pendiente del hombre, la mujer o la cosa de que se trate. Es una opción bastante sencilla, y al tiempo sumamente atractiva. Así es como se aprende a conservar la propia humanidad para uno mismo, que es quien mejor la aprecia...

—Sí, ya veo...

¿Qué era lo que veía? No había quedado nada contenta con lo que él le había dicho.

—Sí, claro que lo ves. Es la situación de autonomía, de distanciamiento, una especie de soberanía en la que todos estamos entrenados. La soberanía de los átomos..., o sea, de los seres humanos que se consideran a sí mismos como átomos de separación inteligente. Pero todo esto ya se ha dicho muchas veces. Como, por ejemplo, lo esquizoide que es la personalidad moderna. La atrofia de los sentimientos. Todo el asunto. Tienes, por ejemplo, a ese..., ¿cómo se llama...?, sí, Fairbairn. Y también a Jung, antes que Fairbairn, comparando la psiquis civilizada con una solitaria. Segmentos idénticos, sin terminar nunca. Es tonto, y, al tiempo, aburrido, sin acabar nunca. Y así volvemos al primer axioma del nihilismo..., los valores más altos que pierden su valor.

—¿Y por qué piensas que me tienes que contar todo esto ahora, Albert?

—Pues, porque podría ser útil pasar ahora revista a todo el conjunto, y así no podrías echarle a ti misma demasiado la culpa por no sentir lo que debes por Valeria.

—¿Y de qué me sirve oír que todo el mundo es una especie de solitaria esquizofrénica? ¿Por qué sacarme ahora al frío exterior para contarme estas cosas? Supongo que lo haces por mi bien.

Aquella no era una exposición corriente. Minna estaba como una tigresa, reluciente de ira. Su rostro había cambiado, era todo huesos, y se había vuelto contra él.

—Quizá no haya sido el momento apropiado —dijo Corde.

—Te digo lo terrible que es para mí la muerte de mi madre, y tú vas y te pones a contarme que todo es monstruoso. Me echas un discurso. Y, encima, un discurso que ya he oído muchas veces.

—Sí, no era lo que necesitabas. No debí haberlo dicho. La única excusa que tengo es que estoy convencido de que es muy importante. Ahí es donde está la verdadera lucha por la existencia. Pero tienes razón..., una conferencia..., sí, está fuera de lugar.

—Me echas una conferencia. No haces más que predicarme. También yo podría ponerme ahora a echarte discursos a ti. Hasta lo pones en tu artículo de *Harper's*. Sí, hombre, eso de la caverna de Platón y lo del anticristo.

Corde hizo un ademán de autodefensa..., pero fue mínimo. Y dijo:

—No es enteramente así. Hay un viejo libro de Stead, titulado *If Christ Came to Chicago*, y lo que dice es que Chicago daba la impresión de que hubiera caído el anticristo sobre él.

—Sí, bueno, pero lo que tú haces es echarme sermones sobre desconectar y solitarias y esos átomos humanos soberanos, o lo que sea, y que el capitalismo es lo mejor porque encaja mejor en este vacío, y políticamente es lo más seguro, por razones terribles, y dale que te pego. Estoy harta de oírtelo.

—No me di cuenta de que me estabas escuchando con tanta atención. No sabía que hubiera dicho tanto sobre ese tema. Bueno, pues, nada, me callo.

—Te oí perfectamente, Albert. Contra mi voluntad. No quiero oír más de este asunto hoy.

—Sí, sí. Hice mal.

Su ira había comenzado a desvanecerse. Su brillo también se extinguió. Y dijo:

—Es probablemente tu manera de ser cariñoso. Y, además..., bueno, tampoco podías hacer mucho ahora, bien es verdad.

—Sí, eso es lo que quise decir, pero lo que pasa es que no lo dije bien.

Ya se había calmado por completo. Y manifestó:

—Me doy cuenta de que también tú estás muy impresionado, y de que has pasado mucho tiempo sin tener a nadie con quien hablar, excepto tu amigo el periodista, y este probablemente tampoco te sirvió de mucho.

—Pienso que lo mejor es que volvamos a casa. Resulta desagradable pasear a estas horas de la tarde.

Se sentía oprimido por el fracaso que había tenido con Minna, y pensaba en la manera de hacer mejor las cosas. Era peor que nada el mostrarse tan elemental al hablar de un tema como aquel, aquilatando tan mal los sentimientos de su mujer, hablando como un autómatas culto de clase superior. Charlatanería infantil académica. Lo mejor era lanzarse a ella con toda la fuerza de la inteligencia de uno o dejarlo.

Habían llegado, paseando, hasta el bulevar, y se volvieron, camino de casa. Sermones, conferencias, discursos, impresiones, había dicho Minna. Spangler había usado otras palabras: crisis, catástrofe, apocalipsis. Y los dos llegaban a la conclusión, cada uno desde su propio punto de vista, de que Corde estaba seriamente desajustado de su propia base, que se había salido de su cauce. Naturalmente, él sospechaba lo mismo, y estaba medio de acuerdo con Mason padre..., bueno, casi

medio de acuerdo. Los hombres como Mason padre iban al grano, a su negocio. Y el negocio era el derecho, la ingeniería, la publicidad, la Bolsa, la política. Mason padre se sentía orgulloso de su fuerza en la jungla de La Salle Street. Nada, tonterías, pensó Corde, sintiéndose belicoso. Esos no eran animales que luchan honorablemente por la supervivencia, sino maniáticos del dinero, eran gente hondamente pervertida, corrompida. Y nada de junglas, sino, todo lo más, un montón de basura. Lo mejor será que dejemos a Darwin al margen de todo esto. Pero, calmándose un poco, esos tipos como Mason pertenecían completamente a la vida del país, hablaban el idioma del país, pensaban los pensamientos del país, hacían el trabajo del país, y si él, Corde, era distinto, la diferencia no le era del todo favorable, o esto era, por lo menos, lo que pensaba Mason padre, y la respuesta de Corde a esto era que él no iba por ahí jactándose de ser distinto, sino que era como todo el mundo, pero no necesariamente como todo el mundo lo entendía. Su propia idea de las cosas le tiraba mucho a él, y pensaba que si sacrificaba esa idea, o sea, su verdad, se sacrificaría a sí mismo. ¿Quería esto decir que no pertenecía a la vida del país? No, al menos si el espíritu del tiempo en que vivimos habita en nosotros, puesto por la Naturaleza. Todos pertenecíamos, de modo que algo pasaba allí que no iba nada bien. Corde siguió pensando en esto, más allá, sintiendo todavía probablemente las dolorosas reverberaciones de la obtusidad de su mujer. El pertenecer de lleno a la vida del propio país le daba a uno fuerza, sin duda, pero ¿por qué motivo exigían esos otros, llevados de su fuerza, que su propia idea de la existencia, la poesía, por ejemplo, fuera rechazada con desprecio? ¿No sería, por ejemplo, porque no eran fuertes? Tentadora respuesta, aunque, quizá, demasiado facilona. Una señora crítica, mirando a uno de los cuadros de Whistler, dijo: «Yo no veo las cosas como usted». «No, señora, pero ¿no le gustaría verlas?». Deliciosa contestación, para poner a la otra en su sitio, pero, igualmente, demasiado facilona. La lucha no era una lucha del artista con la masa, eso era cosa del siglo XIX. Ahora las cosas estaban mucho peor.

Corde pensó que no estaba lo bastante avanzado para ser el artista de esta singular y exigente idea suya. En realidad, siempre había tratado de echarlo a un lado, pero seguía siempre allí, en él, y no podía quitárselo de encima, y, a medida que iba envejeciendo, ganaba fuerza, y él tenía que ser el que cediera terreno. Le parecía haber llegado al mundo junto con esa idea, ese sentido de las cosas. ¿Qué conocía él, por ejemplo, de Dewey Spangler? Bueno, pues conocía sus ojos, sus dientes, sus brazos, la forma de su cuerpo, su olor a «donut»; la barba era nueva, pero ese tipo de conocimiento se adquiría a primera vista. La viveza de la barba, las ventanillas de la nariz, el aliento, el tono, eran conocimientos en el verdadero sentido de la palabra. ¿Conocimiento? Era incluso cautividad. De la misma manera conocía él a su hermana Elfrida, con su cabeza oscura y estrecha, las caderas de estuario, la fragancia feminizada del tabaco mezclada a olores cutáneos. En el caso de un tipo como Maxie Detillion, la viveza era indeseada, repugnante, pero no era posible hacer nada, porque allí estaba, hiciera uno lo que hiciese, resultaba imposible quitarla de encima. Con

Minna, la realidad era incluso más íntima: uñas de los dedos, mejillas, pechos, incluso la huella de sus medias y de las correas de sus zapatos en el empeine de aquellos pies tan queridos cuando se estaba desnudando. Y también se conocía a sí mismo, con una variante de la misma rareza... como si, por ejemplo, los ojos y los demás agujeros y aperturas de su cabeza, la entrada, pendiente, de sus orejas y la avidez que expresaba la apertura de las ventanillas de su nariz hugonote, el rostro que comenzaba en la base misma de la garganta peluda para elevarse, abierto, hasta la cima de la cabeza. Y, encima, todas las curiosidades y todas las pasiones que llevaba consigo el ser Albert Corde. Esta rareza orgánica, constitucional, sensorial, en la que el alma de Albert Corde tenía su vivienda vitalicia, debía necesariamente ser considerada como conocimiento. Corde se preguntó lo que era la realidad, si no era esto, o qué es lo que se «pierde» al morir, si no es esto. Si era solamente el mundo, en el sentido literal de esta palabra, lo único que le era arrebatado a uno, la pérdida, en realidad, no era grande. ¡En el sentido literal! Lo que no pasaba por el alma de uno no existía siquiera, y esto era lo que hacía literal a lo literal. De esta manera se había forzado a sí mismo a pasar a Chicago entero a través de su alma. Una gran masa de datos, terribles, sangrientos. No era cosa fácil pasarse tales cosas por el alma, pero también es verdad que no había ninguna otra manera de conseguir que la realidad se hiciese realidad. La realidad no existía «allí afuera» y comenzaba a ser real solamente cuando el alma descubría su verdad latente. No había coherencia en las generalidades..., absolutamente ninguna. La mente apegada a las generalidades, la costumbre mental que dirigía al mundo, no tenía fuerza coherente, era disociativa, y dividía porque estaba dividida en sí misma. De aquí la esquizofrenia, que era moral y estética además de analítica. Y hete aquí que, de pronto, aparece Albert Corde con recelosa persistencia, pero violentamente, excitado, dispuesto a dejar constancia de su existencia. «Pero, hombre, ¿es que no te das cuenta...?», no pudo menos de resumirse a sí mismo lo que debiera haber dicho a Minna.

Y además le habría dicho (estaban subiendo en el pequeño ascensor, semejante a un gabinetito de porcelana..., no había mal alguno en estas ideas no expresadas, y, cuando terminase todo aquello, quizá Minna le permitiera a su marido expresarle todos sus pensamientos), le habría dicho a Minna: «A veces pienso que si pudiera hacerse una película sobre la vida de uno, una escena de cada dos sería sobre la muerte. La muerte va tan rápida que no nos damos cuenta de ella. La destrucción y la resurrección, como latidos alternos del ser, pero la velocidad les hace parecer continuos. Pero, chica, fíjate, en el caso de la consciencia normal no se puede ni siquiera empezar a darse cuenta de lo que está ocurriendo».

XV

Minna no pudo ir al cementerio a la mañana siguiente; estaba enferma. Ella no hacía las cosas a medias, y cuando se ponía enferma era de verdad, violentamente. No conseguía retener nada en el estómago, ni siquiera una taza de té, y tenía además problemas femeninos. Algo semejante a una granada escapada de su sistema. Gigi echó a Corde del dormitorio y le dijo que dormiría en el «cuarto de estar», donde estaban los sofás de cuero, voluminosos y medio pelados. Bueno, pues, de acuerdo. La vieja se hizo cargo de la situación, cambiando las sábanas, poniendo las cosas sucias a remojo en una tina. Dos médicos, todo un equipo, llegaron a la casa antes de las diez de la mañana. Eran los médicos asignados al cuerpo diplomático.

—Cobrarán un dineral, pero los otros no tendrían las medicinas necesarias —dijo Gigi.

Corde no se separó de ellos. Los médicos eran una dama y un caballero, que trabajaban juntos. La dama examinó a Minna de arriba a abajo, y el caballero le dio una inyección. No se podía menos de admirar su profesionalidad, su destreza con la aguja.

—¿No podríamos dejar el cementerio para mañana? —preguntó Corde.

Pero la proposición era absurda. El anuncio había aparecido ya en los periódicos.

Vlada Voynich se ofreció voluntaria para quedarse con Minna, de modo que Corde y Gigi, juntos, en compañía de uno de los viejos tíos decrepitos, hubieron de ir al cementerio en el coche «Dacia» de Traian. Se vieron encerrados, entre puertas de hojalata, mientras el motor rugía bajo sus pies. Daba la impresión de que el tiempo era melancólico y soleado..., rayos bajos, invernales, que penetraban en la niebla fría, en el tono rojizo que lo llenaba todo. De ordinario, Corde evitaba los comentarios, y no iba nunca a ver las tumbas de sus padres. Solía decir que era igual de fácil que fueran los muertos quienes lo visitaran a uno, aunque, si fuera así, a aquellas alturas ya habría que alquilar todo un salón de actos para que cupiesen todos.

No se dio cuenta de que el «Dacia» había llegado ya al crematorio y que Traian había recogido el envase de las cenizas. Por este motivo, el decano no comprendía la razón de que Gigi estuviese hundida, llorando, en el asiento a sus espaldas. Alargó la mano para consolarla, y ella la tomó y la retuvo. Lo único que él podía ver, volviéndose a medias, era que el tío Teo, enhiesto en su esquina, prefería mirar a la calle, con sus grandes ojos grises, como para dissociarse del llanto de Gigi, cuya cabeza blanca estaba apoyada contra el respaldo del asiento. Era la misma vieja que había cambiado tan eficientemente las sábanas de Minna hacía un rato, que le había mostrado fotos la noche anterior con tan buen ánimo..., fotos de Gigi, cuando era joven, como una muñeca a la última moda de los años veinte, con su vestido corto, apoyada contra uno de los leones de Trafalgar Square, o saludando con grandes ademanes a la gente en Bucarest. Hasta que Traian aparcó el coche junto a la verja de hierro del cementerio, Corde no se dio cuenta de que Gigi se había derrumbado sobre

el cilindro de latón que contenía las cenizas de Valeria, estaba apretándoselo contra el corazón, bajo el abrigo. Pero cuando la ayudó a bajarse a la acera, y ella se bajó, inclinándose al pasar por la portezuela, con el pañolón negro cayéndosele de la cabeza, le dio el largo envase metálico para que se lo tuviera, y él esperó hasta que los piecitos de Gigi, los tacones gastados y los zapatos viejos hubieron entrado en contacto con el pavimento, apoyándose en él con seguridad; y entonces los hombros caídos volvieron a llenar de nuevo las curvas del abrigo..., un pesado abrigo de entretiempos, de piel sintética, cuyo realismo seguía chocando a Corde. El largo vestido de un color púrpura oscuro de Gigi le cubría los zapatos de tacón bajo. Y fue entonces cuando su rostro de enferma del corazón, un rostro lleno de enfermedad en aquel momento, le dijo que le devolviera el cilindro. Y solo en aquel momento identificó Corde el objeto que tenía en la mano. El aire era frío, pero el cilindro estaba caliente, y, al pasárselo a ella, oyó el ruido que hacían los fragmentos algo mayores, los huesos quizás, o los dientes. Quién sabe si serían siquiera de Valeria. No había realmente manera de averiguar qué era lo que le daban a uno los empleados del crematorio.

Fueron primero a la oficina, donde tuvo lugar el intercambio habitual de documentos oficiales, se pagaron los honorarios, se ofrecieron cigarrillos. En el interior esperaba un grupo de mendigos del cementerio, más orientales que europeos, y entonces se acordaba uno de que Estambul estaba, como quien dice, a la vuelta de la esquina, y El Cairo justo enfrente, al otro lado del mar. A modo de contraste con los mendigos, se veía a los amigos de la familia, que trataban de aparentar un cierto decoro con sus anticuados trajes, vestidos y zapatos parisienses o vieneses. En pie, entre los mendigos y los amigos, estaba el sacerdote griego ortodoxo. La prima Dincutza dijo que aquel sacerdote había sido amigo personal de Valeria, y solía visitarla de vez en cuando. Era un hombre fornido y fuerte, torvamente masculino, barbudo, lívido, hosco; el dobladillo de su casulla vieja estaba descosido, y se notaba. Había también una especie de comité de señoras muy serias, muy acicaladas, y quizá fuera la ropa negra lo que les daba un aspecto tan anciano. Pero si todas ellas eran como Dincutza, Corde se pondría de su parte, porque ahora la prima Dincutza estaba portándose muy bien. Lo tomó bajo su protección personal, ayudándole, aconsejándole. Aquel extranjero que tanto llamaba la atención, el hombre de la familia, estaba como perdido, mientras Traian se encargaba de todas las gestiones, y en vista de ello, Dincutza, en su francés básico y con sus dientes prominentes, le susurraba al oído, le daba instrucciones constantes. Y, cuando salían de la oficina, le indicó con un ademán que fuera a dar el brazo a Gigi.

En fin, que salieron de allí en grupo, yendo por el cementerio, que estaba atestado de piedras y obeliscos. Los monumentos más recientes estaban protegidos contra la intemperie con pesadas sábanas de plástico sujetadas con correas y cuerdas, y crujientes al viento. En Chicago, las familias de clase media usaban este plástico para cubrir los muebles, mientras que allí los que necesitaban protección eran los obeliscos

y sus inscripciones doradas recientes. Y ahora no se notaba el agradable y melancólico calor solar de poco antes, pues el tiempo se había vuelto de nuevo oscuro, ventoso, y junto a la tumba de la familia Raresch había más gente esperando.

Teniendo en cuenta la estación que corría, el color de la hierba era sorprendentemente fresco. ¿Habría quizás alguna fuente especial de calor bajo tierra? Se veían velones en abundancia, por todas partes, y algunos estaban en farolas protectoras, pero las ráfagas de viento se cebaban en los otros. Los viejos primos se habían sentado en bancos, y los mendigos gitanos se agolpaban detrás. Eran un grupo de aspecto salvaje, pero esta era la costumbre, de modo que nadie se fijaba en su demente comportamiento. Dincutza observó (Corde debía de tener un aspecto muy malo, necesitado de su ayuda y apoyo) que Valeria había conservado aquella parcela con gran cuidado, ¡con *quelle dévotion* había plantado las flores! Eran flores de otoño, pequeños ásteres, y habían sobrevivido a la nieve temprana. Y, entonces, el sacerdote comenzó la ceremonia. Era evidente que también él tenía sus problemas. Los sacerdotes no eran demasiado bien tratados en aquellos lugares. Corde se dijo que parecía un vagabundo tripudo, con sus botazas campesinas. En los forcejeos del viento con los velones, estos se apagaban, y donde caían dejaban manchones de hollín sobre la nieve. Las viejas los volvían a encender. Corde sentía frío, por haberse quitado respetuosamente el sombrero mientras el sacerdote canturriaba. Dincutza le hizo seña de que se lo volviera a poner. Dios la bendijera, porque, cuando el pelo desaparece, se pierde calor por la parte superior del cráneo. Estas son cosas que solo las saben los viejos. Ella las sabía. Se hacía cargo.

Y luego llegó el pastel tradicional, blanco y cremoso, enorme, como flotando y estremeciéndose sobre la bandeja. Los mendigos se lanzaron a por él, después de todo iba a ser su plato fuerte. Dincutza se lo ofreció cortésmente a Corde, para que probase un poco, pero él no quería nada de aquel dulce funerario. De cualquier modo, los mendigos estaban sirviéndose ya por sí solos con las manos, y el viento había acabado por apagar los últimos velones, que estaban caídos sobre la hierba manchada de negro. Había llegado el momento de poner las cenizas de Valeria en el nicho de la tumba en que iban a reposar para siempre y que estaba a la izquierda, situándose delante del monumento. Allí estarían solamente Valeria y el doctor Raresch. De todas partes llegaba el crujir áspero del plástico agitado por el viento en torno a los obeliscos, como pequeñas agujas de Cleopatra^[16]. Apenas había espacio en aquel lugar, y los senderos eran sumamente estrechos.

Un trabajador del cementerio tiró del disco que cerraba herméticamente el nicho de granito, y Gigi le entregó las cenizas de Valeria. Corde, siguiendo instrucciones de Dincutza, la estaba sosteniendo. Y así, Gigi, sollozando, dio su cilindro al trabajador, que intentó introducirlo por la apertura, empujándolo.

Tenían que haber cambiado las regulaciones desde la erección de la tumba. El cilindro era demasiado grande, y el tío Teo y los demás se acercaron para examinar mejor la dificultad. Había una ligera diferencia en las dimensiones, y con solo que se

arrancase un poco de granito, el tubo podría penetrar. Siguiendo instrucciones del tío Teo y de los primos, el obrero, entonces, cogió el cincel, golpeó con él el granito una o dos veces y luego blandió con un amplio ademán el martillo: dos, tres golpes bien asestados. Los fragmentos de granito saltaban de la parte posterior de la tumba, y luego el material que había en torno al nicho se desmenuzó, pero este no era granito, sino cemento. Gigi no se desmayó, sino que se dejó caer pesadamente contra Corde, que la sostuvo mientras los otros se apartaban en el banco, para dejarle sitio. Entonces las hojas de plástico que estaban sujetas a los obeliscos circundantes comenzaron a resonar ruidosamente, como si quisieran proclamar a los cuatro vientos que lo que estaban protegiendo no era mármol macizo, sino una mera apariencia. El núcleo de todos los obeliscos era de cemento. Traian y los parientes celebraron consejo y decidieron dejar el cilindro en el osario aquella noche. El nicho podía ser agrandado, y el desperfecto reparado al día siguiente.

Entonces, todo el grupo fue muy despacio por el sendero bordeado de tumbas que conducía a la avenida principal, y, de nuevo, la fila de mendigos les tendía la mano. Dejaron el cilindro en el edificio bajo de piedra, que sería sin duda un osario, o un depósito de cenizas. Luego, todo el mundo volvió a la oficina que estaba junto a la entrada.

El resto de los trámites fue dejado a cargo de Traian, que era persona segura, con su chaqueta de cuero llena de cremalleras. Traian fue a discutir la cuestión de las reparaciones, y los viejos colegas y primos se fueron cada uno por su lado a toda prisa, porque estaba empezando a llover. Se abrían paraguas por todas partes.

Y, de pronto, el significado íntimo de aquel suceso, en el que los viejos amigos ofrecían sus últimos respetos y una hermana su duelo, desapareció y el tiempo se hizo cargo de la situación, sin ofrecer otra cosa que nubes, lluvia y oscuridad, mientras los viejos buscaban refugio, y el cura, con sus botas de trotamundos, daba zancadas por la grava, saliendo a todo correr por la puerta grande. Corde, sintiéndose vacío, llevó a Gigi al coche y Traian fue a toda prisa a abrir las portezuelas y poner de nuevo los limpiaparabrisas. Luego puso el coche en marcha y dio una vuelta por la gran avenida húmeda, oscurecida por los humos de los coches. Corde se dio cuenta de la cantidad de angustia que había acumulada en él solamente cuando el coche pasó junto a los que habían ido a despedir a Valeria, el grupo que se había congregado junto a la tumba, y que ahora estaba ante la parada del tranvía. Dincutza estaba entre ellos. Entonces le dijo a tita Gigi:

—Lo mejor será que paremos y llevemos a Dincutza a casa, con nosotros. Haz el favor de decírselo a Traian... Podemos meterla en la parte de atrás apretándonos un poco.

—Dios mío, qué amable, pero es que no tenemos sitio.

—Sí, haciendo un esfuerzo.

Pero no era posible, y no era aquel el momento de presionar a Gigi. Y ahora ya habían pasado más allá de los bloques donde estaba la parada del tranvía. Pero a

Corde le dejó angustiado. Gigi dijo:

—Aquí todos estamos acostumbrados al tranvía, Albert. Todo el mundo, lo que se dice todo el mundo, lo usa. Y aunque los escalones están demasiado altos para los pasajeros viejos, el servicio, por otra parte, es excelente.

Pero a Corde se le encogía el corazón, a pesar de todo. Un viaje de dos horas, posiblemente, en el tranvía. Dincutza, con sus ochenta y dos años, había cuidado de él, y él ahora volvía a casa cómodamente, mientras ella tenía que esperar bajo la lluvia. Además, tenía por fuerza que haber una clase especial de fatiga, fatiga de cementerio, para la gente que se daba cuenta de que no tardarían en volver allá, a quedarse para siempre. Y él mismo estaba empezando a sentir esa fatiga.

Minna estaba dormida cuando volvieron, y Vlada le ofreció una copa. Se tomó más de una, llenándose el vaso varias veces, por causa del frío, por causa del cemento, por causa de la piedra oscura, del hueso, del olor a muerte, y por causa de la prima Dincutza. El licor de ciruela fermentada le daba olor a alquitrán.

Vlada, con su rostro de luna llena, sus labios pintados de oscuro, su pelo teñido, su amplio seno y sus voluminosas caderas, lo miró con simpatía.

—Empieza a ser demasiado para ti, ¿eh? —le preguntó.

—¿Cómo que empieza?, lo ha sido desde el principio. ¿Qué tal está Minna?

—No demasiado bien. Antes de quedarse dormida quería hablar de todas las cosas que hay que hacer todavía.

—¿Y qué es lo que está planeando?

—No es tanto ella como la tita Gigi. Proyectos importantes.

Si Corde le hubiera dado pie, Vlada probablemente habría hecho comentarios satíricos sobre tita Gigi. Había claros indicios de esto, y Corde los entrevió, pero prefirió que se callara. Vlada dijo:

—Vine aquí a sentarme, en el cuarto de trabajo, en cuanto Minna se quedó dormida, porque el teléfono no había hecho más que sonar. Me parece que le dieron «Demeral», de modo que no es probable que lo oyera. La pobre Minna, nunca ha tenido que bregar con nada parecido...

—No, desde luego.

—Se le había olvidado lo que es Europa Oriental. Gracias a la protección de su madre, lo más probable es que nunca llegara a conocerlo, como lo hemos conocido los demás. Como somos norteamericanos podemos hablar aquí francamente, aunque haya micrófonos escondidos. Valeria tenía muchos problemas, de sobra lo sabes, estuvieron a punto mismo de acabar con ella, pero era sumamente fuerte, y tenía buenas relaciones.

—¿Y por qué no iba a protegerla, siendo su madre? —preguntó Corde.

—Bueno, sí, por supuesto, era natural —dijo Vlada—, y la gente aquí se muere por mandar a Occidente a sus hijos que prometen. Es un deseo loco de irse de aquí. ¿A qué habría llegado Minna si se hubiera quedado aquí? Cuando ya no cupieron dudas de que no iba a volver, el ministro de Educación mandó llamar a Valeria. Era

estalinista, hombre duro. Y Valeria le preguntó: «¿Y qué iban a hacer ustedes por ella?»; le dijo: «Mi hija sabe perfectamente cómo ha sido tratada aquí su madre». Pero todo eso tú ya lo sabes. Bueno, en fin, que aquí estamos, Albert..., ¿a qué distancia de Chicago nos hallamos...?, ¿a cinco, a seis mil millas? ¡Ah, a propósito! Te llamaron antes de París. Un sujeto llamado Spangler. ¿Es el columnista? ¿Es amigo tuyo? Dijo que volvería a llamar dentro de una hora.

—Sí, es el famoso Spangler. En fin. Será que tiene algo que decirme.

—A mí no me dijo nada. Le dije que volverías en seguida del cementerio.

—Tiene que saberse ya algo del juicio, porque, si no, no me habría llamada. Debiera haberte dicho algo a ti. Pero Spangler es así, no tiene remedio...

—¿Por qué no charlamos? Así resistirás mejor la impaciencia —dijo Vlada—, siempre me dices buenas cosas cuando te sueltas a hablar.

—Sí, buenas, pero algo raras.

—Pues, tanto mejor. Ya veo que todavía no has decidido nada sobre lo de Beech.

—Es que no he tenido tiempo de pensar en el plomo. El plomo es muy pesado, y yo ahora me siento frágil. Pero no creas que lo he olvidado, es una de las cosas que tengo siempre presente. Lo que pasa es que todavía no he comprendido con claridad qué es lo que quiere Beech de mí.

—¿Piensas que quiere que estés completamente de acuerdo con sus ideas, y que te conviertas en su portavoz?

—Es un hombre de ciencia. Sus ideas tienen que ser sólidas. Las mías, por el contrario, no pasarían de impresiones.

—¿Y qué tiene eso que ver? —preguntó Vlada—, no veo qué dificultad pueda haber si tú te limitas a dar información.

Corde dijo:

—Él tiene un punto de vista apocalíptico sobre el envenenamiento de la Tierra. Y si yo no acepto esa idea, lo más probable es que no nos pongamos de acuerdo. Vamos a pasar revista al asunto, aunque solo sea por encima: primero, el hombre vence a la Naturaleza, y luego se da cuenta de que la Naturaleza vencida ha perdido su pureza, y a él le angustia esta pérdida. Pero no es la ciencia la que tiene la culpa de esto, sino los tecnócratas y los políticos, que han utilizado a la ciencia como no debían. Sí, me doy cuenta de que es una simplificación injusta. Admiro a Beech, pero sospecho que, si no acepto este apocalipsis, se va a enfadar, es posible que hasta se sienta ofendido.

—Pero tus artículos tenían emociones apocalípticas —dijo Vlada—, y por eso es que le interesaras tanto.

—Pero estos dos apocalipsis no van juntos. Está visto que Beech piensa que me puede meter en vereda. Algo así como si pensase: «A ese sujeto le puedo explicar la verdadera razón de la anarquía de que hablan sus artículos. Es la infección del plomo el daño que este le hace al cerebro». Mi amigo Spangler me habló muy claro sobre catástrofes, y me dijo que voy demasiado lejos cuando me pongo todo poético y cito al anticristo. Es demasiado teológico, y le recuerda demasiado a los sermones de la

mayoría moralizadora. Además, él es periodista y tiene millones de lectores, verdaderas muchedumbres de gente que conservan el equilibrio mental gracias a la Prensa, en el fondo porque no tienen otra cosa. A mí no me sorprendería que Beech estuviese convencido de que depende enteramente de campeones como él el que se restablezca en el mundo la estabilidad y se acabe con el desorden por completo. Y todo ello con sus propias manos, él solo, con su propio trasero, como si dijéramos. El pobre Dewey Spangler, mientras pueda seguir tranquilo, piensa que puede vencer con su propio trasero todos los males, y salvarnos a los demás de la anarquía. Lo único que tiene que hacer es decir lo que haya que decir mientras impide que se diga lo que no hay que decir.

Vlada, como si hubiera querido oír mejor, se acercó al sofá de brocado gastado, con la taza en el regazo. Aquella mujer grandota y pálida, de ojos grandes y oscuros, era tan inteligente como voluminosa. Tenía el pelo dividido en dos crenchas simétricas, lo que daba la impresión de que el método fundamental de su carácter consistía en equilibrarlo todo, de la manera más igual posible, y que conservaba un equilibrio misterioso, ingenioso, en el que los contrapesos eran su grueso cuerpo y sus pensamientos equispesantes. Era evidente que estaba tratando de tirarle de la lengua. Solo tomaba té. La *pálinca* era para Corde, para que se repusiera de la llovizna del cementerio y también para hacerle hablar. Vlada dijo:

—Pareces pensar que lo único que a mí me preocupa es Beech, pero te aseguro que te equivocas. Me interesa lo que has visto aquí, y el efecto que pueda tener en tu estado.

—¿En qué estado estoy yo?

—Quiero decir en tu estado de ánimo, como norteamericano que eres, en un sitio como este.

Sí, Vlada le preguntaba con frecuencia sus opiniones norteamericanas. Ella no era ciudadana norteamericana desde hacía más de cinco o seis años. Y, para ella, Corde era un norteamericano de los de verdad. A veces llevaba la conversación, cuando hablaba con él, a temas como la abolición de la esclavitud, la guerra de Secesión, el mormonismo, y cosas así. No hacía mucho, en Chicago, las señoras le habían forzado a pasarse una cena entera hablando, y hasta bastante tarde, sobre cazadores de búfalos, luchas de frontera, guerras indias, cuchillos de monte... Hasta Minna encontraba estos temas maravillosamente entretenidos, exóticos.

—De modo que quieres saber mi punto de vista norteamericano. No sé, la verdad, si existe eso. A lo mejor resulta que yo no soy el norteamericano más apropiado para decírtelo.

—Bueno, pues, entonces tu interpretación personal.

Corde reflexionó que ayer, sin ir más allá, le había echado un discurso a Minna en plena calle, y la cosa había terminado mal. Aquel fracaso, un tremendo fracaso de sensibilidad, era un estimulante. Quería quedar mejor, probar de nuevo. Vlada estaba dispuesta a escucharlo. Se sentía tentado a hablar. El objeto de Vlada era ayudarle a

desahogar sus tensiones y a reducir la impaciencia de la espera. Corde dijo:

—No sé de qué puedan servirte mis interpretaciones. Sería mejor decir impresiones, o incluso una improvisación. ¿Has oído hablar de los *improvisatori* italianos, napolitanos casi todos, que solían divertir a la gente hace doscientos años? Alguien del público proponía un tema, y ellos entonces se lanzaban a una recitación muy inspirada. ¿Por dónde quieres que empiece? Podría empezar hablando de este sofá en que estamos sentados. Es el oriente. Pero pienso que lo que tú quieres es preguntarme sobre la muerte de Valeria y de lo que pensaba yo cuando estaba hablando con el coronel.

—Sí, ¿qué me dices del coronel?

—Pues que quiso darnos una lección. Y pienso que parte de ella era para mí.

—¿Y cuál era la lección esa?

—¿Que cuál era la lección? Bueno, pues, te diré. Aquí deciden ellos cuánto tiene que sufrir cada uno. El Gobierno tiene poder para eso y es preciso que todo el mundo se dé cuenta de este monopolio, y esté dispuesto a aceptarlo. En nuestra tierra, en Occidente, es distinto. Norteamérica no adoptará nunca una actitud abierta sobre el nivel de sufrimiento, porque es una sociedad placentera, que gusta de considerarse a sí misma una sociedad de ternura. Y una sociedad tierna y liberal tiene que buscar maneras suaves de institucionalizar la dureza, y hacerla suavemente compatible con el progreso, con la pujanza, de manera que cuando la gente es implacable, cuando matan, explicamos que es porque se sienten desprivilegiados, o que están envenenados por el plomo, o que proceden de alguna parte atrasada del país, o que necesitan tratamiento psicológico. Aquí apenas se ocultaba el hecho de que cierto número de personas iban a ser eliminadas. En Rusia, para la construcción del socialismo, esta actitud fue proclamada por Lenin desde el principio. Lenin estaba dispuesto a permitir que murieran millones cuando las primeras hambres, y más habrían muerto aún si la amable Cruz Roja y Herbert Hoover no hubiesen distribuido alimentos. Incluso entre nosotros, el capitalismo conservador tiene que suavizar u ocultar su actitud de que las condiciones clásicas de competitividad serán causa de sufrimientos y de muertes..., el conservadurismo norteamericano tiene sus propias dificultades en esto del nivel de sufrimiento. Supongamos que el gasto público que supone la diálisis renal sea de noventa mil dólares al año en una clínica que sirve para mantener vivas seis o siete vidas improductivas y medio muertas..., ¿permitiremos que esos viejos continúen pasándose las horas muertas ante la televisión un año más?

—La alternativa es la brutalidad —dijo Vlada.

—La alternativa es el patrón arcaico, oriental y despótico, la aflicción aceptada como una de las bases de la existencia, como su verdadera base. Pero nosotros, los norteamericanos, no hemos sido formados por ese patrón. ¡Qué es lo que consideramos nosotros fundamental, aparte de todo..., la verdad humana! Y este coronel de la eme nos sometió a un cursillo intensivo, que, para Minna, era un recordatorio, y para mí algo nuevo, por ser el representante de la superpotencia rival,

cuyo carácter está sin formar. He oído a europeos decir que el carácter norteamericano ni siquiera existe todavía, que está aún dando patadas en el vientre. Los franceses, los alemanes, saben un poco más sobre el patrón arcaico de nivel de sufrimiento. Pero, ellos, ahora, viven como nosotros, o sea, cómodamente. Pero el caso es que ellos pasaron por todo eso, por las trincheras en la Primera Guerra Mundial, y por los bombardeos de las ciudades en la Segunda, y por los campos de concentración. Ahora les gustaría retirarse de la Historia por una temporada. Están de vacaciones. Y llevan de vacaciones desde que despejaron los escombros de 1945, y la verdad es que los comprendo perfectamente. Lo único que digo es que esto impide el adoptar posiciones rigurosas. A este respecto, ellos comparten nuestra actitud norteamericana. La vida es sumamente digna de ser gozada, y todos nos sentimos muy reacios a imponernos claramente un nivel de sufrimiento. Y cuando es preciso llevar a cabo una acción brutal..., bueno, pues, entonces nos ponemos a pensar en la escena de nuestra retirada de Saigón.

—Yo pensé cuando estabas hablando de tu amigo Spangler que ibas a ser algo más divertido.

—Cuando nos liberamos de nuestro blando nihilismo, se les antoja a los rusos presentarse ante nosotros con su duro nihilismo. Se sienten humanamente superiores. Incluso los disidentes rusos, sobre todo los de derechas, se comportan arrogantemente con nosotros. Ellos dicen: «No tenemos justicia o libertad personal, pero lo que sí tenemos es calor, humanidad, hermandad, y nuestras desgracias nos dan un cierto carácter. Vosotros, lo único que podéis ofrecernos es supermercados». Mientras que la única defensa que puede permitirse la democracia liberal es algo así como: «Sí, es cierto, nos faltan carisma y amor fraternal, aunque vosotros lo tenéis, pero en formas desvalorizadas, no os engañéis con respecto a este punto. Lo que nosotros sí tenemos en Occidente es una especie de valor racional y cívico que vosotros no comprendéis en absoluto. En el mejor caso, sabemos ser pacientes, mantenernos serenos en medio de una crisis, comportarnos con dignidad de una manera fría y firme. No nos infravaloréis».

—¿Y tú crees esto?

—No.

—¿Y por qué no?

—No creo que se pueda ser práctico y noble al mismo tiempo. ¿Piensas, acaso, que los artículos esos sobre Chicago tratan del valor racional y cívico?

—No sé, yo esperaba, no sé por qué, que tu inspirado discurso tendría algo que ver con Chicago.

Corde dijo:

—Tienes razón. Vamos a examinarlo. Aquí, en Bucarest, he estado pensando en esos artículos. ¿Por qué los escribí? Ya era yo un poco demasiado talludito para ponerme a adoptar poses e ir por el río de Chicago convertido en todo un bucanero. Tengo incluso la impresión de haber pensado que los lectores me agradecerían que

me comportase así, que diese otra prueba de falta de madurez. Volví a Chicago a empezar una nueva vida, ya en plena edad madura. Diez años después, es posible que tenga que volver a empezar de nuevo. Es algo así como una adolescencia inacabable, un nuevo comienzo cada pocos años. Y, al principio, mi intención no era provocar a nadie, me lancé lleno de inocencia. Adopté un tono ligero. Llegué incluso a pensar que la cosa podría ser divertida. Como, por ejemplo, citar a Matthew Arnold sobre los corrales de ganado, en 1884: «¿Cazar jabalíes con lanza? No, no he ido a ver cazar jabalíes con lanza». Yo, la verdad, no quería meterme en ningún lío. Nada de sermones sobre la muerte de las ciudades, o el derrumbamiento de la civilización. Soy demasiado chicagueño para sentirme a la altura de una cosa así. ¡No es asunto mío, gracias a Dios, desenmarañar esas cosas! En cierta medida comprendo las objeciones de mi amigo Spangler, que me acusó de ver abismos y catástrofes por todas partes. En Norteamérica, esas cosas nos gustan. En parte ha sido un espectáculo de primerísima categoría. Durante generaciones nos hemos acostumbrado a los «efectos especiales» de Cecil B. De Mille..., «El Signo de la Cruz», leones y mártires cristianos, la destrucción de Sodoma, los últimos días de Pompeya. Toda esta triste farsa, sin embargo, es una distracción peligrosa, porque hemos llegado a la época de la desintegración de las naciones. Y es verdad. Spangler me dijo que se empieza con el abismo y se termina con tragedias como la de Jones de Jonestown, en las que la muerte se mezcla con los «efectos especiales». Pero yo no diría que estoy comportándome como un payaso si no quiero manifestarme, o censurar o defender o profetizar. Ten la más completa seguridad de que no quiero en absoluto arrogarme el papel de portavoz de los que sufren, pero posiblemente la principal acusación de Spangler contra mí fuese que soy culpable de poesía, y no sé con exactitud cómo comprender esto. A él también le gustaba la poesía en su juventud, y ahora, a pesar de ello, se ha convertido en un portavoz, y los poetas nunca fueron verdaderamente queridos en Norteamérica. Benjamín Franklin solía decir que es mejor un buen maestro de escuela que veinte poetas. Y ese es el motivo de que cuando más necesitados estamos de imaginación lo único que tenemos es «efectos especiales» y payasadas. Pero, para un tipo como yo, la verdadera tentación de ver abismos por todas partes está precisamente en la esperanza de que la llegada de los «últimos días» sea una liberación, nos obliga a reexaminar profunda y seriamente las cosas. En esos últimos días tenemos el derecho e incluso el deber de purgar nuestro entendimiento. En medio del debilitamiento general de la autoridad, la autoridad de las formas dominantes del pensamiento también se debilita, esas mismas formas que tanto han hecho por llevarnos a la desesperación y hacernos caer en el abismo. No tengo necesidad de tenerlas en cuenta más. Para la ciencia no puede haber ni bien ni mal. Pero yo, personalmente, pienso en la virtud, en el vicio. Me siento libre de hacerlo. Liberado, quizá, por el derrumbamiento general en torno a mí. Y, en realidad, todo el mundo ha caído ya bajo la influencia de los «últimos días». ¿No es esto lo que significa la anarquía de Chicago? ¿No es cierto que tiene carácter filosófico?

Imagínate a una bella chica negra que se pasa varios días con una hoja de afeitar ahuecando un ejemplar de *Ivanhoe* para su amante desesperado. Piensa en lo simbólicas que son las acciones de este cuando dispara contra el suelo del tribunal del juez Makowski, y escapa a todo correr, y acaban matándolo. Y muere con espectacularidad histriónica. De un tiro en la cabeza, la cabeza que probablemente tenía llena de drogas, y nos deja un mensaje... ¿Y cuál es el mensaje...? Pues, «¡sed más rigurosos!, ¡pensad en las cosas verdaderamente importantes!».

El teléfono estaba a punto de sonar, y emitió su chirrido preliminar.

—Quizá todo eso que dices demuestre que también yo padezco una lesión.

El teléfono comenzó a sonar, y lo cogió Corde.

—¿Te enteraste ya, o soy el primero? —preguntó Dewey.

—¿El primero qué?

—Bueno, está visto que soy el primero. El jurado ha hallado culpable a tu hombre. Le han echado dieciséis años. Ganaste.

—¿Cómo te has enterado?

—Mi despacho de Washington. ¿Verdad que es emocionante? Les dije a mi gente que estuvieran al tanto, y me acaban de telefonar al «Maurice». ¿Te alegras?

—Dieciséis años. La verdad es que estoy impresionado.

—Bueno, la cosa ha terminado como tú querías. Me imagino que tu primo Detillion tendrá que estar fastidiado.

—No sé, la verdad. Ganara o perdiera, su reputación iba a salir ganando de todas formas. Chicago es su escenario más que el mío. Oye, Dewey, te agradezco mucho la llamada y toda esta molestia que te has tomado.

—Hemos tenido tú y yo dos conversaciones memorables —dijo Spangler—, al cabo de cuarenta años resulta muy importante comprobar cuántos puntos sigue uno teniendo en común con un amigo. Espero que ahora no perdamos el contacto.

Corde volvió a sentarse frente a Vlada, en el sofá de brocado naranja de respaldo oriental de marquetería. A sus espaldas, lloviznaba en la ciudad, y, en la habitación contigua, su esposa, enferma, pero, menos mal, durmiendo bien arropada, con sus grandes ojos cerrados, su bella dama, tan acabada en aquellos últimos días.

—Veo que ganaste —dijo Vlada.

—Sí, terminó como yo quería. Y me imagino que...

—Eso, por lo menos terminó.

—Ahora resultará un poco más sencillo volver.

—Más sencillo... ¿Te refieres a la Universidad?

—Sí, en parte.

—¿Fue solamente el hombre, o también la mujer?

—A ella la juzgan aparte, y, poniéndose de acuerdo antes con el fiscal sobre la acusación, o, al menos, eso es lo que me dijeron, le caerán unos ocho años.

—Bueno..., pues ya ves lo que es la Justicia.

—Las cosas no salen nunca como si estuvieran hechas a máquina. Pero lo cierto

es que esos dos le costaron la vida al pobre muchacho. Yo no doy importancia al castigo, pero la alternativa era que fuesen absueltos. Es cierto que hice cuanto pude por llevarlos a juicio, y es cierto también que la gente no cambia, que las cárceles apestan y que no se ha añadido nada de importancia. Lucas Ebry y Riggie Hiñes, en la cárcel o fuera de la cárcel, seguirán siendo exactamente igual que ahora. Hay millones más de personas en Chicago que son como ellos..., o sea que no están vinculados a la vida, y nadie sabe cómo vincularles. Bueno, Vlada, otra cosa. Minna y yo tenemos que irnos de aquí. Sobre todo si se va a poner mala de verdad.

—No sé si es enfermedad o dolor...

—Bueno, lo que sea, es igual. No quiero arriesgarme a que acabe en un hospital comunista. Ni tampoco quiero esperar a que esté tan mala que no pueda viajar. Zúrich o Francfort están a poca distancia de aquí por avión.

—Otra vez el teléfono —dijo Vlada.

Era Miss Porson, que llamaba desde su despacho.

—El hombre, ha resultado culpable.

—Me acaba de llamar un amigo de París para decírmelo.

—El director me ha dicho que le comunique lo bien que ha terminado el juicio, bien para usted.

—Seguro que se alegra de que haya terminado.

—Y me ha dado un recado para la pobrecita Minna... ¿Qué tal está? El director ha permanecido en contacto con el observatorio y tiene habitación..., bueno la tienen los dos, en Palomar, el mes que viene. El quince y el dieciséis.

—Eso está bien —dijo Corde.

—Ah, otra cosa, ¿le dio la doctora Voynich la noticia de su hermana y el juez?

—La doctora Voynich está aquí, a mi lado. Sí, claro que sé que se casan.

—Qué bien —Miss Porson había llegado, con su charla, a dominar las cimas más altas del chismorre—, estuve hablando con su hermana hace un momento, por si tenía algún recado para usted, y sin darme tiempo siquiera para felicitarla me dijo que su hijo había levantado el vuelo.

—Se ha ido.

—Sí, se lo iba a decir. Está irritadísimo.

—¿Por qué?, ¿por la boda de su madre o por el veredicto?

—Se ha ido del país.

—¿Y a dónde? ¿Cómo lo sabe mi hermana?

—Es que puso el billete en su cuenta. Fue a la agencia de viajes donde ella es cliente, y ahora está en México, bueno, eso es lo que ella sabe. A mí no me dijo nada, pero el chico está en libertad bajo fianza, ¿no?

—A lo mejor se ha ido a reconcomerse a algún bonito paraíso tropical.

Corde no dijo esto porque lo creyese, sino con el fin de cambiar de tema de conversación. A Mason no le interesaban las vacaciones al sol. Ya a los doce años se mostraba muy indiferente a los peces y a las flores. Por él podían seguir donde

estaban. Y, por lo que se refería al tío Albert, a él le daba igual que las lapas le abrieran la pierna en canal, o que se ahogara en compañía de los peces..., con lo distraído que era, nada más natural que tropezar y caer de cabeza al agua. Corde no estaba de humor para ponerse a hablar con Miss Porson y hacer elucubraciones sobre su desgraciada hermana por el teléfono trasatlántico. Miss Porson, con su bonito pelo blanco y su rostro cuidadosamente maquillado, se mostraba calurosamente comprensiva, pero no era aquel el momento de ponerse a intercambiar cortesías con ella.

—Tengo aquí a una persona que quiere saludarle, decano. Lydia Lester, está aquí, al lado.

—Ah, bueno, dígame que se ponga —dijo Corde.

Pero apenas se dijeron nada.

—Vaya, ya terminó la cosa.

—Siento que tuviera que irme durante el juicio.

—Me hago cargo. Siento lo de su mujer..., lo de su suegra.

Esbelta, nerviosamente guapa, Lydia Lester tenía el pelo largo, para protegerla del mundo, largas y reticentes manos, labios rosados. Del otro lado de su experiencia, la realidad no deseada había caído sobre ella, y ¡cómo serpenteaba ahora esa experiencia! ¿Qué dirección tomaría? Corde se dijo que volvería a la casta soltería.

—¿Y cuáles son sus planes? —preguntó.

Pero ella no le dijo ninguno, y Corde le explicó que iba a volver pronto y que esperaba que cenaría con ellos. No pidió volver a hablar con Miss Porson, sino que dejó suavemente el auricular, sin darle tiempo a intervenir.

—¿He entendido por esa conversación que tu sobrino ha levantado el vuelo? —preguntó Vlada.

—Sí, castigando a su madre por haberse casado sin su consentimiento. Su nuevo padrastro tiene bastante peso político como para que las acusaciones contra él se cancelen y la fianza se levante..., son unos cinco mil machacantes, creo. En fin, que Mason se ha ido a América Central en busca de nuevas posibilidades revolucionarias. La intimidación de testigos es poca cosa, un chiquillicuatro universitario que se pone a asustar a unos negros con antecedentes penales. Pero hay una buena noticia, tenemos fecha asignada para el observatorio de Monte Palomar.

—Minna no querrá perderse eso —dijo Vlada.

—¿Tienes algún consejo práctico que darme?

—Pues que la saques de aquí lo antes posible. Yo tengo que pasarme todavía una semana más aquí, y puedo echaros una mano en el asunto de Gigi. No la obligarán a abandonar el apartamento, eso no es difícil de arreglar, es cosa que se hace constantemente. Y, como dicen en Chicago, las autoridades no quieren complicaciones. No es que les impresione mucho que seas decano, pero lo que sí les importa es que eres periodista, y también que tienes relación con el embajador y con el famoso periodista Mr. Spangler. Ya verás cómo no inquietan a la vieja tita Gigi.

Pórtate amablemente con ellos, y ellos, a su vez, serán amables contigo, y lo pasado pasado. ¿Tanto interés tienes en volver tú a casa?

—Bueno, la verdad es que no se puede decir que vayamos a volver a una balsa de aceite.

Ella dijo:

—Bueno, pero, a pesar de todo, te alegrarás de volver a ver el lago Michigan desde tu ventana. De eso estoy segura.

XVI

Durante varias semanas, Corde no había podido Concentrar su atención en el mundo..., había estado demasiado ocupado, absorbido, inseguro, desequilibrado. Pero, ahora, gracias a Dios, el mundo comenzaba a volver de nuevo a su cauce, a revelársele tal y como era. En el avión, con la mano fina de su mujer bien cogida, notó que ella estaba demasiado enferma y amargada para darse cuenta de su contacto; le había excluido de sí. Pero Corde se daba minuciosa cuenta de las cosas, y la fuente de esta capacidad de percepción estaba en su equilibrio, una especie de serenidad muy amplia. Y no era que esta serenidad no tuviese zonas de tensión, espacios abiertos por los que era preciso arrastrarse, esquinas angostas y dolorosas, donde aún escocían desgracias pasadas y a las que era difícil llegar, pero este escozor, que, a veces, era como un cosquilleo eléctrico en un círculo en torno a su corazón, no podía ser separado de su sentido de estar yendo a mejor, de tomar posesión de sí mismo. Y, ya en Chicago, cuando llevó a Minna a que la viese el doctor Tyche, Corde se preguntó si el doctor, al mirarlo dos veces seguidas, como significativa y tardía reacción ante algo inesperado, no iría a decirle que también él tenía que ir inmediatamente al hospital.

No, fue Minna quien hubo de ir al hospital, un hospital wesleyano^[17], para someterse a análisis y observaciones. El doctor Tyche, cuidadoso y prudente, dijo que no quería arriesgar un diagnóstico antes de disponer de los resultados del laboratorio. Era hombre de tacto, y no mostró intención alguna de hablar de la enfermedad de Minna con el decano, aunque se dio perfecta cuenta del estado en que se hallaba la enferma..., tan atormentada que lo mejor para ella era estar enferma, reducirlo todo a un problema médico. El segundo día, Tyche pudo asegurarle que estaba anémica, por debajo del peso normal, deshidratada y deficiente en potasio. La enfermera la puso en una silla de ruedas, le examinaron el pecho con rayos X y fue reconocida por especialistas. Le dieron inyecciones. Durmió mucho, y su marido, que iba a verla dos veces al día, la estudiaba a veces, llegando incluso a echarse a su lado; ella parecía llena de voluntad, decidida a seguir hacia delante, con su cabellera negra esparcida en torno a sí, y, de perfil, los ojos grandes, femeninos y adormilados, dolorosamente duros bajo los párpados, daban la impresión de estar recibiendo severas lecciones al amparo del sueño. Corde iba y venía en coche a lo largo del lago por la tarde y por la noche, llevándole glicerina y agua de rosas para las manos, tijeras para las uñas, tubos plásticos de champú, informes científicos que todavía no estaba en situación de leer. Y ella, irritable, encontraba mal todo lo que hacía, hasta el punto de que, a veces, se sentía herido..., o, mejor dicho, su ser antiguo se habría sentido herido.

Las costumbres que Corde había adquirido en Europa Oriental eran curiosamente persistentes, como él mismo pudo comprobar. No utilizaba bien la cama de matrimonio, sino que dormía en su borde mismo, como si le hubieran puesto allí a

modo de vara de medir. Por las mañanas se sentaba en su silla, exactamente igual que solía hacer en el viejo cuarto de Minna, en Bucarest. Vlada había resultado tener razón, porque él se sentía contento de poder ver el lago desde su ventana, de tener el océano de agua dulce a manera de compañía. A sus espaldas, la ciudad, inquieta, los barrios bajos y sus ejércitos al otro lado del lago: negros, coreanos, hindúes, chippewas, tailandeses y serranos del Sur, cochespolicía, ambulancias, coches de bomberos, tiendas de descuento, traficantes en drogas, bares hediondos, callejas que apestaban a porquería. En el ascensor, Mrs. Morford le había dicho que una vez estaba ella esperando su turno en la carnicería cuando un muchacho le metió la mano en el bolsillo del abrigo. Ella le dijo: «¿Qué está usted haciendo?», y él respondió: «¿Y qué piensa usted que estoy haciendo?». A Mr. Vinck le habían robado la casa, y se habían llevado su colección de pistolas. Bandas de ladrones arrancaban las ruedas de los coches en el garaje del edificio, dejándolo descansando sobre ladrillos. Asaltaban los ascensores, grababan cruces gamadas en el duro metal de las paredes y arrancaban de sus pantallas los botones numerados. Los viejos como ella, decía Mrs. Morford, con los ojos tristemente bajos, vivían constantemente bajo llave. Y Corde, tan erudito y leído, pero ¿de qué serviría eso?, se preguntaba si los buenos burgueses del siglo XIX podrían pasearse a sus anchas y soñar tranquilos en sus acogedores cuartos de estar abarrotados de muebles, si su propio cuarto de estar no sería un simple palco en el gran teatro del mundo, Mrs. Morford, viviendo de una pensión corroída por la inflación, estaba encerrada en el suyo como un pájaro en la jaula.

No fue a la Universidad, la idea misma le repelía. Habría una escena desagradable. No tenía todavía fuerzas suficientes para enfrentarse con Alee Witt, y tampoco le comunicó su regreso a Miss Porson. Pensó telefonear a su hermana para felicitarle el Año Nuevo, eso no le costaría mucho esfuerzo, pero, así y todo, prefirió dejar para otra vez el hablar con ella sobre Mason. Fue una vez a ver si daba con el edificio donde Rick Lester había sido asesinado. Conocía el bloque de apartamentos, pero no la dirección. El edificio era de los típicos de Chicago, con seis pisos, de ladrillo pesado, que comenzaba a ceder bajo el peso de la edad, con patios fangosos y llenos de basura. Fue en uno de esos patios donde había caído Lester. Corde se hizo a sí mismo la pregunta que Mason le había hecho sobre la muerte de Lester: ¿importaba tanto, después de todo?, ¿era el rey David, llorando por Absalón, el rey Lear tocando el botón de Cordelia? El número de víctimas del tráfico era muy alto, y eso, quizá, le facilitara un cambio de opinión. «No puedo pensar en ello sobre el pentámetro yámbico tradicional», así fue como Corde racionalizó el problema. Era preciso, ante todo, ponerse al día.

Pero, en casa, se sentaba de ordinario de espaldas a la vista que ofrecía la ciudad en plena degradación. Desde su ventana, que hacía esquina, se veía el Loop, con sus famosas torres, pero él miraba hacia abajo, los efectos del agua, que, en días soleados, era de un verde claro, blanqueándose al desembocar en las playas. Las aguas bañaban a las aguas al sol, y cada Rota tenía su propio corpúsculo de luz, que, entreunto,

semejaba el salpicar de gruesas gotas de lluvia sobre superficies pavimentadas..., y el cielo estaba despejado, despejado pero tenso. En días desapacibles se sentía el impacto de las olas y se oían sus golpes a través del edificio. Bajo las nubes bajas daba la impresión de estar mirando la Bahía del Hudson, y cuando las masas de hielo flotante se acercaban mucho, no habría causado la menor sorpresa ver sobre ellas un oso polar. Sin embargo, no se percibía olor a agua salada, pero sí a ozono, penetrante, el olor a patata cruda del agua de tierra adentro. Pero había abundancia de vacío, todo el vacío que hiciese falta como telón de fondo contra el que definirse a uno mismo, como, al parecer, solían hacer las almas norteamericanas. Las ciudades (y Corde había llegado a esta conclusión cuando estaba leyendo a Blake, sin que Spangler consiguiera impedirlo tomándole el pelo sobre ello), las ciudades eran estados de ánimo, estados emotivos, y, en su mayor parte, deformaciones colectivas, en las que los seres humanos prosperaban y sufrían, tomando sus placeres y sus dolores como pruebas de la realidad. Y así, «la ciudad de Caín, construida sobre el crimen», al igual de otras ciudades, construidas sobre el misterio o el orgullo, eran grandes centros de decepción y servidumbre, muerte. A Corde le parecía que había hecho un esfuerzo para averiguar sobre qué estaba construida Chicago, en Estados Unidos. Su motivo, llegar al fondo de esto, surgía de lo que es eterno en el hombre. ¿Qué estado de ánimo era esta ciudad? La experiencia, el desconcierto, el tormento de toda una vida exigía una interpretación. Y él, por lo menos, empezaba ahora a comprender por qué había escrito aquellos artículos. Nadie había quedado muy afectado por ellos, excepto, quizás, él mismo. De modo que ahora tenía ante sí el vacío, el agua; y a sus espaldas tenía el relleno del vacío, los barrios bajos.

En fin, que dormía en el borde mismo de la cama, en una postura provisional, sintiéndose, en cierto modo, un extraño en aquel ambiente tan familiar para él. Se hacía el café, leía los periódicos, sentíase acompañado por las olas. No volvió a buscar violetas, porque allí se ajarían mientras él y Minna estuvieran en Monte Palomar, o se fueran a visitar a colegas en la Jolla, en la zona de la bahía. Tiró las plantas muertas, pero conservó la tierra de los tiestos en un saquito de plástico, que guardó en el fondo del cuartito de los trastos, junto con la crema de limpiar zapatos y la cera del suelo. Salió al invernadero de Peterson Road, enfrente del cementerio y compró una azalea roja para el cuarto de Minna, un arbolito, el más bonito de los que pudo ver. Este regalo, como casi todos sus regalos, era problemático. En su actual estado, Minna era difícil de contentar. Le repugnaba el contacto humano, a menos que fuese con intenciones curativas.

A pesar de todo, seguía haciendo su viaje a lo largo del lago dos veces al día, y limitaba deliberadamente su conversación con Minna a temas de lo más corriente. No había lavado el coche, porque el polvo lo hacía menos tentador para los ladrones de coches. A la lavandería llamaba por teléfono. El correo se le iba acumulando en el cuarto de abajo, donde se guardaba lo que recibían los vecinos de la casa, sin que él se hubiera preocupado hasta ahora de subirlo al apartamento; esperaría al dos de

enero, y, entonces, lo que haría sería llamar a Miss Porson para que se ocupara de abrir las cartas y clasificarlas. Por seguir la costumbre, había hecho una visita al parque zoológico de Lincoln Park, camino del hospital, pero no para ver los animales, sino para ver si seguía allí el barco vikingo. Un grupo de noruegos había cruzado el Atlántico en aquel barco hacía noventa años, y ahora se conservaba cerca del estanque de las aves acuáticas, donde él y Dewey Spangler habían tenido sus ignorantes discusiones sobre Platón. Corde estaba seguro de que había habido escudos vikingos colgando decorativamente de la borda; pero, si fueron simples adornos, sin otro valor que el puramente decorativo, ya se habían desintegrado de puro podridos, pero algunos de los grandes remos seguían allí todavía, puestos bajo el barco.

Corde dijo:

—¿Vas a volver a dar clase de baile cuando volvamos de California?

—A ti no te gustaba que las diese.

—Al contrario, me gustaba muchísimo, cuando volvías a casa llena de color, de vida, guapa. ¿Tú crees que hay en todo el mundo algún astrónomo capaz de bailar el zapateado?

Ella dijo:

—¿Y qué me dices de tu club...? ¿Has vuelto a ir a nadar allí?

No, no había ido al club. Ciertos pasajes de sus artículos explicaban la razón por la que había resultado prudente ausentarse de allí.

En el vestuario escucho la conversación de un socio nuevo (¿Nick? ¿Jimmy?). Desnudo, tiene ante sí una tripa báquica, de la que, a pesar de todo, no parece sacar ningún placer báquico.

Parece más bien sombrío, de corta estatura, de pelo rubio, con grandes patillas, mejillas rojas colgantes bigotes elásticos. Sus ojos lastimeros le dicen a uno que su prosperidad vital no es culpa suya, que él mismo no la desea, que no le da felicidad a Nick. ¿A qué se dedica? Pues tiene una boite de chicas en uno de los barrios bajos. Está envuelto en una toalla, y es uno de esos socios útiles, a quienes gusta dar consejos. Entra un joven ejecutivo, un tipo de barba negra con gafas elegantes, jersey de cuello de cisne y fino, cartera de negocios. En cuando se desnuda, le pide consejo a Nick. Uno de los empleados de su oficina se casa la semana próxima, y los chicos quieren darle una última despedida de soltero.

—Estamos pensando en celebrarla en uno de los locales de Rush Street.

Nick entonces le advierte:

—Ahí lo que hacen es estafarte. En cuanto ven entrar a alguien en uno de esos sitios, lo primero que hacen es obligarle a comprar una botella de champaña pésimo por cincuenta dólares. Mucho mejor sería que alquilaseis una buena suite de hotel. Allí os sirven la cena y podéis contratar a un par de chicas para que hagan unos cuantos numeritos. Así os resultará la velada mucho mejor y mucho más barata. Les

sacáis mucho más partido a las chicas si las contratáis particularmente, y además resulta poco digno para gente profesional ir por Rush Street y que os lleven de un sitio a otro como si fuerais hombres de negocios que van de convención, y que les dan porquerías de comer y de beber.

Y advierte a otro de los socios que no vaya a la barbería que hay junto al club.

—Le cobran a uno diez machacantes y trabajan mal..., te obligan a darte champú. Te acabas de lavar bien el pelo en la ducha, ¿no? Pues, ¿por qué te lo vas a volver a lavar, y encima pagar diez machacantes, además de una propina de dos dólares, y por añadidura sales pareciendo que un esquimal te ha cortado el pelo con los dientes?

Nick conoce todos los trucos, y está siempre interesado en proteger la dignidad de los socios.

Y este, sobre otro socio, un joven abogado, que explicó por teléfono el motivo de que tuviera que faltar a una cita que tenía conmigo en el club.

Mientras habla, oigo una especie de lastimera alegría o animada desesperación, su felicidad por verse en el meollo mismo del jaleo:

—Tenía que ir a un cierre de local. Mi socio preparó los documentos estando yo fuera de la ciudad, y apretó bien las clavijas. Fui yo quien tuve que arreglar luego las cosas. Durante los primeros seis meses, el vendedor no tenía que recibir parte alguna del producto neto de mi cliente, y quitaron esta cláusula del contrato. Bueno, cuando llegué y me di cuenta de lo que pasaba, dije, no, nada de eso. No habría pasado de quince mil, pero no iba yo a tolerar que a mi hombre me lo jorobaran ni siquiera por tan poco dinero. Se trataba de un restaurante donde la cuenta, por término medio, es de treinta o cuarenta machacantes por persona. Y tampoco crea usted que mi cliente es de esos que llevan bien los libros de cuentas. Pero ¿qué pasa entretanto? Pues que la Policía cae sobre el restaurante y lo cierra, alegando irregularidades en la licencia de venta de bebidas alcohólicas. Es cosa del loco ese, el jefe nuevo de Chicago Avenue, que le tiene un rencor especial al local ese, porque alguien le ha dicho que es el sitio favorito de Sinatra cuando está aquí, a donde van todos los de su séquito, y eso son palabras mayores, porque cuando se corre la voz de que allí se puede ver a Sinatra, siempre hay montones de paletos que van a sentarse allí, para tratar de verlo. Y todos esos montones de paletos están dopados, y el jefazo de Chicago Avenue les tiene manía a los dopados. No podía cerrar el local, la dirección tiene derecho a ser oída, pero ya se figurará usted que no puede ser buena cosa para el negocio que lo invadan una docena de polizontes armados como en 1968. Dos veces lo hicieron, y claro, pues, asustaron a todos los que estaban allí comiendo. Yo era el único capaz de arreglar esto, y no había posibilidad de aplazarlo. No sabe usted lo que siento haberle dado plantón..., dejarle colgado.

Y todo esto con una voz que temblaba de emoción eléctrica. Grandes cosas. Me voy del club y espero junto a los ascensores. El viento del lago muge y ruge en los

vanos de los ascensores, que son como gargantas largas y salvajes...

Corde se daba perfecta cuenta de que no convenía contar a Minna la razón de que pudiera sentirse incómodo en el club, y evitaba discretamente toda mención de sus artículos cuando hablaba con ella, y también de las penosas complicaciones que le habían acarreado. Se daba cuenta de lo que pasaba, y con toda claridad, cuando Minna le miraba..., era la inexpresividad de la muerte. El fallecimiento de su madre le había enseñado a ella lo que es la muerte. La trivialidad le resultaba insoportable y su juicio era riguroso, airado. Minna no quería saber absolutamente nada de su periodismo, de sus artículos, de toda la basura aquella, alcahuetes barriobajeros, abogados listillos y despreciables, y grandes hordas de gente condenada, nada de aquello le preocupaba en absoluto ya a Minna, ni tampoco la ciudad de la destrucción, ni los atracos, los incendios, las cárceles y las muertes. Apartando de sí todo grato recuerdo, al menos por el momento, adoptando el universo como patrón.

—Creo que convendría hablar con el doctor Tyche.

—Estoy pensando que a lo mejor hice mal en volver ahora. Me tiene preocupada Gigi.

—Es que no estabas en situación de hacer nada por ella. Gigi ahora se encuentra bien, no tienes por qué preocuparte. Y aquí estás mucho mejor, en este hospital wesleyano, con el doctor Tyche.

—Es un viejo angelical.

—Justo lo que es. Le escogí yo.

—Pues hiciste bien.

—¿En qué? ¿En insistir?

—En hacerte cargo tú de la situación.

Minna tenía sus dudas sobre las buenas intenciones de Corde. Pero sobre su madre no tenía dudas de ninguna clase; había salido de su vientre y ambas estaban unidas por vínculos muy fuertes. No tenía tampoco duda alguna sobre el doctor Tyche, cuyo rostro viejo y pequeño era sano y afable. La edad y la devoción para con sus pacientes había refinado su bondad. Pero, en cuanto a Corde, le quería, pero recelaba de él. Y era natural. Somos mala gente, y en el caso de un monstruo complejo como era su marido, la bondad podría no ser otra cosa que un estado de ánimo pasajero, y el amor una simple inversión que, por el momento, tenía buen aspecto. Hoy compraba unas acciones, y el mes que viene, si no daban resultado, pues las vendía. Era un juicio bastante inquietante, pero Corde estaba empezando a darse cuenta de que era así como quería ser juzgado. Minna le daba un reflejo fiel de todo su ser. De lo que se trataba era de reconocerse a uno mismo tal y como, lamentable, absurdamente, era, y, entonces, el bien que pudiera haber en uno, si es que lo había, sería también del que observaba. A Corde esto le parecía bien, porque no estaba buscando tranquilidad y comodidad.

Tuvo una conversación muy breve con el doctor Tyche en uno de los rincones

altos del hospital, al Sur las altas torres de la ciudad, al Oeste ruina y devastación.

—¿Cómo está, doctor? Dígame la verdad.

—Es un trauma serio.

—Su madre le prometió que viviría diez años más.

—Sí, sí, es una promesa rota. Bueno, la muerte de un padre puede tener consecuencias así para la gente.

—Sí, puede hacernos infantiles. He oído, doctor, que, en los días cruciales del ciclo menstrual, las mujeres pueden tener edemas cerebrales, ataques de irracionalidad, ¿es cierto?

El médico era demasiado cauto para responder a una pregunta así, y la desechó con una sonrisa. No es aconsejable dar opiniones médicas que luego, a lo mejor, se citan en una discusión: «¡Cuando llega ese momento, se hincha el cerebro, me lo ha dicho el médico!».

Tyche se limitó a decir:

—Los niveles de hierro y potasio son bajísimos, y todo el sistema está debilitado.

—¿Podrá ir a Monte Palomar?

—Eso ella me lo pregunta todos los días. La verdad es que no veo por qué no va a poder ir.

Corde volvió a casa tranquilizado. El tiempo era despejado, el cielo de un azul intenso, una tarde de deshielo de enero. Su coche había estado abarcado al sol, de modo que no tuvo necesidad de calentarlo para arrancar. En casa sacó la silla de la cocina al mirador. Era agradable estar allí sentado, del lado de sotavento del piso. La luz era la propia de la estación calurosa, no de pleno invierno, y llegaba de sus propias armonías, al mismo tiempo que del cielo. El lago estaba quieto, ante él se extendía una lámina de agua sin que la moviera viento alguno. Tenía que ver el paisaje a través de las barras de su mirador del piso dieciséis del edificio, pero ese obstáculo no tenía gran importancia. En definitiva, todo cuanto uno deseaba tenía que estar medido por algún ingenio de factura humana. ¿Le recordaban acaso aquellas barras la cárcel? Pero, al mismo tiempo, le impedían caer y matarse. Y, además, no tardó en sentirse como llevado en volandas sobre el agua, penetrando en los colores lejanos. Aquí, en el Centro Oeste del país, se daban a veces los azules de los paisajes italianos, y Corde pasaba por entre ellos, muy cerca del borde mismo del sentido, como si pudiera prescindir perfectamente de la ayuda de sus ojos, viendo lo que solo se podía ver sin el concurso de los órganos humanos, pero experimentando como libertad y al mismo tiempo, como júbilo, lo que el ser mortal, sentado allí, envuelto en su abrigo y con los guantes puestos, consideraría en otro caso como simples colores, espacios, pesos. Esto era distinto. Era como verterse uno mismo sobre el horizonte, como una eran expansión. ¿Y qué pasaría si la muerte resultase ser así, el alma en busca de una salida? La baranda del mirador era su imagen, de este lado, y el resto, al otro lado, tiraba constantemente de uno, como complemento de la propia realidad.

XVII

Los Corde, una vez dada de alta Minna en el hospital, fueron a una fiesta que daban el hermano del juez Sorokin y su mujer. Corde había tratado de evitar ir, y le había dicho a Elfrida, por cuyo intermedio había recibido la invitación:

—¿Fiestas?, no, demasiado fatigante.

Pero Elfrida había respondido:

—No tienes por qué imponer a Minna tus costumbres antisociales. Eres un cargante, Albert. Lo que quieres es tenerla encerrada en un cuarto oscuro, para poder estar siempre controlándola. Minna es persona animada, y necesita salir. Si fuera una fiesta de noche, todavía podría fatigarla, pero no es más que un almuerzo ligero en buena compañía.

Corde entendió lo que quería decir su hermana: estaba aconsejando a Minna seguir su propio ejemplo. Las hijas en duelo, como las madres dolientes, debieran conducirse con valor femenino.

—Y, además, hace tiempo que no veo a Minna —dijo Elfrida—, y tampoco te he visto a ti, Albert, y os vais de viaje un día de estos. Y, a propósito, ¿tienes permiso de la Universidad?

—Estoy cuidando a Minna. La Universidad piensa que esa es la mejor manera de emplear mi tiempo.

—Te aseguro que mi cuñado y su mujer no os aburrirán.

—¿Quién es él?

—¿Ellis Sorokin? Ingeniero asesor, cibernética. Dirige una empresa muy fuerte. Su mujer es un águila en cuestión de computadoras. Una verdadera bruja. Es muy guapa, y elegante, y monta a caballo. A nadie se le ocurriría pensar, al verla, que su especialidad son las computadoras.

—Bueno, hablaré con Minna.

—Nada de negativas, te lo advierto —dijo Elfrida.

—Te llamaré, Elfrida. No puedo decirle a Minna que acepté en su nombre, date cuenta.

—En eso sí que tienes razón. Ella piensa sin ayuda ajena.

Minna dijo:

—Sí, me gustaría ir. Quiero ver a Elfrida. La quiero mucho, la verdad. Y, te diré, Albert, ella quiere que su familia esté representada en la fiesta esa. Los nuevos cuñados, hazte cargo. Y ahora, precisamente, que Mason está portándose tan mal con ella. Si no vamos nosotros, pensará que la hemos fallado.

Los motivos de Minna eran completamente femeninos, pero no habría sido una buena política tratar de hacérselo ver. Lo mejor era no pasarse de listo y dejar los discursos para otra ocasión.

—Si te sientes con fuerzas... —dijo Corde con voz de bajo.

—Si me fatigo, siempre podemos irnos.

Para la fiesta, Minna se rizó el pelo, se puso un vestido rojo de punto con un bias blanco, un broche en forma de sirena que había sido de Valeria y los anillos de Valeria, los que había habido que arrancar de los dedos cortándoselos, y que Corde acababa de traer del joyero. Y el mismo Corde, que nunca cuidaba demasiado de la ropa, parecía un decano vestido de domingo. Se había dejado su mejor traje en su tierra, junto con camisas, jerséis y calcetines. Minna se frotó las mejillas, para darles color. Así y todo, parecía tensa, pero su piel era más suave, las duras mellas del dolor, bajo su labio inferior, estaban desapareciendo. Alguien diría, sin duda, que esto era la voluntad de vivir, o bien la resistencia natural del organismo. Bueno, es posible que así fuese, pero Corde, por su parte, habría dicho que la verdadera razón era que Minna tenía trabajo pendiente, que había toda una región de formación estelar esperando su observación. Minna no hablaba mucho con su marido sobre los astros, entre otras razones porque a Corde le faltaban los conocimientos físicos necesarios para entenderlo. Quizá, también, fuera que no quería descubrir lo ignorante que era Corde de lo que a ella le interesaba. Por lo tanto, tratar de meterlo en una conversación sobre el tema habría sido un error, y Corde la habría abrumado con preguntas medio ignorantes, propias de un lego en la materia, forzándola a perder el tiempo con aburridas explicaciones que él, en cualquier caso, no habría podido entender. En fin, que lo mejor era dejar los astros en paz; él, después de todo, se conformaba con que Minna viviera por mor de las estrellas. Ella, por su parte, era lista también, y dejaba que Corde se explayara a sus anchas, hablándole de Clemenceau o de Chicherin, o de Lenin, o de Jefferson, forzándola a ella a exclamar: «¡La verdad es que soy una ignorante!». O sea, que estaban empatados: un tonto empatado con una tonta. Ahora bien, no se puede negar que esto era inteligente, y estratégico, y comprensivamente elegante. Era posible amar a una mujer solamente por su sentido del tacto.

En casa de Ellis Sorokin, que era un apartamento en un bloque muy alto, en Lakeshore Drive, un negro se hacía cargo del coche de uno y lo llevaba al garaje, mientras un mexicano, con uniforme verde, nacía de portero, y luego subía uno en el silencioso ascensor hasta las alturas del poder. Cuando se llegaba al piso cuarenta, se miraba de igual a igual a la torre de Hancock, al «Big John», y al relucir de terrón de azúcar del edificio de la «Standard Oil», es decir, a todas las supermasas del Loop, donde, quizá, se concentraba cierto sentido de reverencia común. Las ventanas del apartamento de los Sorokin llegaban elegantemente hasta el suelo, pero, aunque uno se hallaba a tal altura, no se tenía en realidad la sensación de estar a punto de caer, y se disfrutaba de un escalofrío de peligro lleno de seguridad.

El hermano del juez se parecía a este: la misma cabeza firme y suave, el mismo rostro atezado, la misma boca fina e idénticos ojos negros, algo había sin duda en ellos del indio o del tártaro. Su mujer era rubia y elegante, de color fresco. Tenía dinero abundante, y ¿por qué no?, lo gastaba, sin hacérselo ver a uno de manera opresiva. Agitándose lentamente sobre el techo había globos verdes, docenas de ellos,

cada uno atado con cinta de encaje, lo más cara posible.

—Cuánto trabajo —comentó Corde.

La joven, a pesar de todo su dinero y de su brujería de experta en computadoras, oyó esto con gran satisfacción.

—Pues me costó horas y horas el hincharlos soplando. Pero también es verdad que se trata de un día muy importante.

Corde habría podido adivinar que se trataba de una fiesta en honor de los recién casados. Champaña, esturión, langosta, huevos a la rusa para entremeses, y luego un almuerzo en toda la regla. El perro era negro, enorme, suave, un mastín danés. Los invitados le eran presentados, y el perro yacía indolente en su cama circular de mimbre, que casi se diría un diván, y suspiraba bajo las manos que le acariciaban. Regalos de cumpleaños bien envueltos y sujetos con cintas se amontonaban en torno a su cama, y había hasta telegramas de felicitación.

Elfrida parecía algo nerviosa y agotada, sí, pero también deliciosamente atezada, evidentemente era una recién casada. Sus brazos, todavía suaves y bien torneados, llevaban gran peso de pulseras, y se rodeaba, como de costumbre, de la fragancia femenina mixta de perfume y tabaco..., casi agresiva en aquel momento, pero, en último término, grata y penetrante. Abrazó a Minna, y a su hermano, sin gruñirle en absoluto, y Corde apretó la mano del juez, mano tosca, de una pieza, como si los dedos fueran incapaces de actuar independientemente unos de otros, el tipo de mano que tienen a veces los hombres avezados a la intemperie. ¡Felicidades!, ¡parabienes! El juez barbudo era la afabilidad en persona, y transmitió a Corde tranquilizadoras señales masculinas: todo está previsto, no hay que preocuparse.

Era una fiesta pequeña. Una de las parejas era propietaria de un mastín danés de la misma camada, de modo que había una relación. El marido tenía en la cartera fotos en color del perro, y las mostró en la mesa. Todos eran religiosos, como también los Sorokin, episcopalianos. Y su pastor estaba allí. Y asimismo una señora vieja y aristocrática, una gran señora, muy vieja, cuyas muñecas y tobillos parecían linfáticos, y cuyas mangas estaban deliberadamente adaptadas a aquellas hinchazones de la muñeca. Era muy animada y, evidentemente, muy leal al mundano pastor, que, saltaba a la vista, sabía comportarse en sociedad. La gran señora era muy entendida en reproducciones en miniatura, y conocía todas las colecciones principales de habitaciones liliputienses. Recordaba que la famosa Mrs. Thorne había encargado un Jackson Pollock^[18] en miniatura, pero no le gustó y lo devolvió.

—¡Imaginaos lo que tiene que valer ahora!

Corde sabía ser sociable cuando hacía falta, y cooperó en acariciar al mastín danés cuando el animal se les acercó, contento y frotándose la cabeza contra los invitados. El sentido de los gruñidos del perro parecía ser qué hacer con toda aquella naturaleza animal; estaba acicalado como un caballo de premio, y, al acariciarlo, se notaba, tanto por la textura del pelo corto como por el terciopelo de sus grandes papadas.

Se sirvió pollo a la Kiev en una mesa de cristal que descansaba sobre un pedestal de madera retorcida, semejante al tronco de un gigante del bosque, llevado especialmente a Chicago en avión desde el Congo.

Corde disfrutaba de una de las mejores vistas: los parques, las praderas invernales de un verde monótono recortado en formas geométricas, como bayeta, los grandes árboles que, desde allí, parecían arbustos, el lago, demasiado remoto para parecer de agua, las fábricas, negras y bronceas, en el extremo de Indiana, vomitando sus gases grises.

Las velas del cumpleaños que se encendieron recordaron a Corde las velas en la hierba, ante la tumba de los Rares, y los anillos que llevaba Minna le hicieron pensar en granos de sangre como de frambuesa que había sido preciso arrancar de ellos, frotando. De pronto, todo el mundo se puso a cantar: «Feliz cumpleaños, querido Dolphie». Sí, por supuesto que aquello era decadente, se dijo Corde, para sus adentros, aunque él era, casi con toda seguridad, el único que llegaba a esa conclusión a medias. ¿Una civilización al borde mismo del naufragio? Y el perro, si es que representaba a la gran bestia del Apocalipsis, era también un amigo de los Sorokin, mimadísimo por la esposa rubia. Para ella, le habría gustado pensar a Corde, no había ninguna catástrofe, nada estaba corrompido, y todos los seres vivos, lo que se dice todos, eran iguales en su optimista corazón norteamericano. Se puso a desempaquetar los regalos de cumpleaños del perrazo: galletas, juguetes hechos con huesos de imitación, todos los productos, cuidadosamente envueltos, de una industria de millones y millones de dólares dedicada exclusivamente a los animales. Para corresponder a su ama, que se inclinó sobre él con un hueso escarchado, el animal lo lamió a desgana. Un tío con alta graduación en la Guardia Nacional había enviado un collar de perro de cinco estrellas, la verdadera insignia de un general de los Ejércitos.

Y luego los globos, que eran del mismo matiz de verde que se vierte en el río Chicago el día de San Patricio, y que fueron reunidos y soltados desde los miradores, participando en ello todo el mundo, como en un juego, incluido el clérigo, y hasta la vieja gran señora, cuyo frágil cabello estaba envuelto en seda de Gucci, cogía aquellos juguetes por las cintas de atractivo encaje. En el piso cuarenta ya se estaba en la capa inferior de la atmósfera superior, rodeado del viento libre de obstáculos. Los globos, soltados por encima de la baranda, fueron captados inmediatamente y se perdieron de vista en ascensión vertical, reapareciendo luego en pleno vuelo, hasta quedar convertidos en docenas de puntitos en el cielo, que se iban separando unos de otros, alejándose lago adelante, hacia el oscuro muro del cielo, donde estaban las fábricas. Con los gemelos de Sorokin se les podía ver todavía un trecho, pero luego ya desaparecían por completo. El viento los había proyectado Michigan adentro.

Elfrida confesó a Corde, en voz baja, que Minna no tenía buen aspecto.

—No fueron exageraciones tuyas. Si es que vais a California, debieras organizar un buen fin de semana en Santa Bárbara, en uno de los buenos hoteles que hay allí.

Minna estaba dando las gracias a la anfitriona a su manera elocuente y

complicada..., a ella la etiqueta le parecía muy importante.

—Nos vamos —dijo Corde.

Besó a su hermana, con la sensación rápida de estar volando por una zona cuyo calor le era familiar. Oprimió su larga mejilla contra la suya, circular.

—Hiciste bien, Elfrida —le dijo.

—Queda todavía el problema de Mason —dijo el juez.

—¿Dónde está ahora?

—En Nicaragua. Es lo último que supimos de él. Telefoneó a su madre, pero no quiso decir lo que estaba haciendo allí, ni a dónde tenía pensado ir. No está dispuesto a perdonarla.

—¿Por haber traído al mundo a un hijo blanco? —preguntó Corde—, no sé, supongo que será así como interpreta él la maldición primaria. Pero no creo que ese sentimiento de haber sido ofendido sea ingrediente necesario de su carácter.

—Eso es justo lo que solía decirme el psiquiatra que me llevaba —dijo Elfrida.

—Pero lo que yo me pregunto —dijo Corde— es si seguirá en contacto con el primo Maxie.

—Ah, bueno, esa es la cosa —dijo el juez—, eso sí que daría un buen empuje publicitario al viejo Detillion. Pero lo cierto es que no ha hecho ninguna declaración. Y hasta que llegue la vista no podremos saber si Mason tenía intención de saltarse la fianza.

—Nuestro tío Harold formaba parte de la fuerza de infantería de Marina que echó a Sandino en los años veinte —dijo Corde.

Elfrida dijo:

—Seguro que Mason no estaba enterado de esto —dijo Elfrida, y, dando sesgo a la conversación—, no me dijiste, Albert, que habías visto a Dewey Spangler en el extranjero.

—No, la verdad es que no se me ocurrió decírtelo. ¿Y cómo te enteraste tú?

—¿Cómo era posible no enterarse? —preguntó Elfrida—. ¿Es que no has leído los periódicos?

—No. Suspendimos las suscripciones antes de Navidad, y todavía no han vuelto a mandárnoslos.

—¿Y nadie te lo dijo? Pues es la mar de raro.

—Tengo los teléfonos descolgados. No quiero que molesten a Minna. Está harta de teléfonos.

—Pues, aun así, me sorprende. Lo lógico habría sido que llamara a tu puerta algún colega de la Universidad, o algún vecino.

—Bueno, pero ¿qué era lo que traían los periódicos que tanto te ha llamado la atención?

—Pues un artículo entero de nuestro viejo amigo Dewey en el que se suelta el pelo, pero de verdad. Cuenta cómo te encontró al otro lado del telón de acero, vuestra amistad de muchachos, la vida vuestra en Chicago, los problemas de tu mujer. Saqué

más información del sujeto ese que de ti.

—Yo a él no lo conozco personalmente —dijo el juez—, pero Elfrida me ha contado cómo era cuando erais amigos los dos. Leo su columna de vez en cuando, pero este artículo es distinto, insólitamente personal.

—¿Muy personal, de verdad? —preguntó Corde a Elfrida.

—Bastante reminiscente —dijo Elfrida—, bastante corto, pero muy denso, y la verdad es que bastante curioso..., lleno de observaciones sobre la sociedad y la cultura norteamericana, y Albert Corde de Chicago, presentado como un fenómeno. No sé cómo lo llamarías tú..., es como un recuerdo personal, y yo diría que incluso una especie de carta de amor. Y no se puede decir tampoco que sea de muy buen gusto.

A Corde se le encogió el corazón. Sintió una especie de apretón vascular en las piernas, como el hombre que siente sus pies paralizársele un instante, con demasiada rapidez.

—Hemos disgustado a Albert —dijo Elfrida a su marido—, cuando los pómulos se le ponen sonrosados y los labios se le juntan es que está preocupado, u ofendido. No vi nada verdaderamente perjudicial en lo que escribió Dewey, Albert. Exagerado, si quieres. Había pasajes poéticos, y no creo que se le dé verdaderamente bien esa clase de artículo.

—Es algo parecido a lo que me dijo él sobre mis artículos de *Harper's* —manifestó Corde.

—¡Qué comparación! —dijo Elfrida—, pero, yo, en tu caso, lo único que sentiría es un poco de susto ante una invasión de mi vida privada. Y, con Detillion en acción, ya nos hemos acostumbrado todos a eso, yo diría que estamos inmunizados. Bueno, Albert, espera, por lo menos, a que lo hayas leído. No es para tanto. Yo diría que lo que quiere es aliarse contigo.

—Tienes un ejemplar, ¿no? —dijo Corde, afirmando más que preguntando.

—Hablamos de esto antes de que vinierais —dijo el juez—, y decidimos que, por si acaso no lo habíais visto, aunque no parecía lógico, era mejor guardaros un ejemplar, por si tenías que defenderte.

—Pero Elfrida me acaba de decir que no es para tanto.

Ella estaba ya abriendo su bolso de piel de cocodrilo.

—Desde luego, bien no te viene —dijo—, aunque, en cierto modo, no es gran cosa.

Y, alargándole el papel doblado, concentró sus ojos en él, pero Corde no pudo descifrar lo que estaban tratando verdaderamente de comunicarle.

XVIII

Una vez en casa, Corde le dio a Minna una taza de té y ella luego dijo que iba a echarse y a ponerse a leer algo..., ¿qué le recomendaba él que leyera? Minna siempre le consultaba en lo referente a sus lecturas. Corde conocía sus gustos sencillos y chapados a la antigua. Tita Gigi, que le había enseñado el inglés a los diez años, solía darle poemas para que se los aprendiese de memoria: *El Negrito*, *La rosa enferma*. Corde le dijo:

—Te daré las canciones de Blake. Los dos estados opuestos del alma humana. Precisamente estuve leyendo a Blake mientras tú estabas en el hospital.

—¿Y qué piensas hacer tú lo que queda de tarde?

—Nada, despejar de papeles mi mesa de trabajo.

Se retiró a su rincón y desplegó el artículo a dos columnas de Dewey Spangler. Se titulaba: «Una Historia de Dos Ciudades».

Corde no lo encontró poético. Estaba escrito en la prosa habitual de Spangler, buena para explicar cosas al lector ocupado. Comenzaba con un párrafo breve y nostálgico: un encuentro con un viejo amigo que había sido rival suyo en la clase de Miss Gumbeener, en Lakeview. En dos frases aclaraba la amistad que los unía, y Corde se dijo que no era más que un alarde de exhibicionismo: *Monstre Gai* versus *Ennuyeux Sentimental*, en cinco rounds de boxeo. El *Ennuyeux* ganaba el primer round. Dewey empezaba algo torpemente, hablando de «relaciones difíciles de formar con personas de la vida pública». No tenía necesidad de mencionar nombres, como Kissinger o Nelson Rockefeller, ni de darles un aire de personajes plutarquianos. Pero, hacia el final del párrafo mejoraba un poco, evocando la amistad de dos «muchachos, extraordinariamente ávidos de lectura, que estaban en la escuela secundaria». Hablaba de su dotado amigo, Albert Corde, «que, incluso entonces, era ya un individuo misterioso», y que más tarde adquirió una gran reputación en el *International Herald Tribune*, para llegar, con el tiempo, a ser el profesor y decano Corde. El decano no trató nunca de ofuscar ni desconcertar a nadie, pero, así y todo, desconcertaba y ofuscaba, con su carácter misterioso. Uno se preguntaba qué efecto habría podido tener el análisis psiquiátrico en profundidad con una persona de este tipo, pero lo cierto era que Albert Corde se mostraba inexplicablemente hostil al psicoanálisis. Para retratar al personaje de un solo plumazo bastaba con contar lo que había dicho en cierta ocasión sobre este tema: «El psicoanálisis trata de investigar lo inconsciente, pero el caso es que lo inconsciente, por definición, es precisamente aquello de lo que uno no tiene consciencia. A pesar de todo, los psicoanalistas saben ya lo que contiene. Y es lógico que así sea, porque lo ponen ellos mismos allí de antemano. Es como la caza de los huevos de pascua, que uno va y esconde los huevos y luego los encuentra donde los había puesto. Y esto va a mayor. Pero lo malo es que los psicoanalistas no están a la altura». Y Dewey proseguía: «Con una actitud de este tipo, mi viejo amigo, naturalmente, seguía siendo misterioso».

«Tratándose de una idiosincrasia personal, esto, por supuesto, no tenía por qué parecer mal, pero lo malo es que, no hace mucho tiempo, el decano Corde salió a la luz pública y escribió dos artículos desconcertantes sobre la ciudad de Chicago, dejando perpleja e inquieta a mucha gente».

Albert Corde, escribía Spangler, debutó como periodista con un relato, que era el único de primera mano, exclusivo y bien escrito, sobre la conferencia de Potsdam. Este joven alumno de Dartmouth, un quinto norteamericano que había estado en la guerra en Francia y Alemania, estaba por casualidad en Potsdam y escribió un brillante artículo para el *New Yorker*. Vio a Stalin sentado en un sillón como quien ve a Perico el de los Palotes; vio a Churchill caer desde la altura del poder, y vio a Harry Truman jugar al póquer y beber whisky. Por supuesto que era solo un muchacho entonces, sin formación histórica o en política internacional. Corde tenía entonces veintidós años de edad, pero su notable relato de esta conferencia, que tan tristes consecuencias tuvo para el mundo entero, ha sido injustificadamente descartado por los profesores antólogos, y ahora yace en el olvido. Desde el principio, el talento del decano fue sobre todo de observación, no de generalización y síntesis (le faltaba el intelecto de gran maestro de Spangler), y tuvo el buen sentido de mantenerse al margen de la política internacional.

Pero había que imaginarse a los dos amigos de la escuela secundaria de Lakeview encontrándose en una capital comunista durante los tristes días de finales de diciembre. En el hospital, una vieja muriéndose; y, en Chicago, un jurado que va a decidir acerca de un proceso. El decano se había visto mezclado en un desagradable asunto relacionado con la muerte de un estudiante. Hubo antipáticas hostilidades cuerpo a cuerpo. Pero nada de esto era tan importante, ni mucho menos, como pudiera parecerle a un hombre demasiado sensible. «A ojos de un amigo veterano en la política moderna, que lleva veinticinco años observando la escena mundial en profundidad, con sus desórdenes, su terrorismo, sus matanzas, sus estrategias de poder, la angustia personal del profesor Corde parecía exagerada. Temperamentalmente era hombre de mente tierna, incapaz de captar todas las consecuencias de la transformación mundial, el crecimiento de una tecnología nueva para la conducción de los asuntos humanos, los nuevos factores, los paradigmas analíticos que guían las decisiones de las autoridades en todas las sociedades postindustriales». El decano era un espíritu delicado, una persona auténticamente reflexiva. Este era el motivo de que renunciara al periodismo y se dedicara a la vida académica. Saliendo de nuevo a la intemperie, a echar una ojeada a la actual escena sociopolítica, se sintió hondamente turbado. Su clase personal de humanismo no podía prepararlo para lo que vio entonces en las calles y en los rascacielos. He aquí, por tanto, una buena oportunidad (y Dewey se volvía muy grandilocuente en su frase siguiente) para el renacimiento de una perspectiva humanística. «La definición insuficiente de los criterios por los que se definen los hombres, daba a los humanistas una oportunidad de introducir sus propios modelos contra el *Homo economicus*, el

Homo psickologicus y otras tipologías. Pero el decano no tiene vocación para tales empresas. No es hombre dado a modelos, es un observador particular, sensible y emocional. Los urbanólogos profesionales consideran sus artículos sobre Chicago excesivamente emocionales».

Estos «paradigmas» y la «definición insuficiente de los criterios» eran estocadas a la manera de Malraux, historia universal hegeliana puesta al día en forma norteamericana. ¿Quién, entre los colegas de Spangler en Washington o Nueva York, era capaz de manejar estos conceptos? ¿Reston, Kraft, Alsop en sus mejores momentos? ¿Y qué decir del mismo Walter Lippman?

Estábamos metiéndonos en aguas más y más profundas ahora, se dijo Corde, y su corazón se volvió de pronto agoreramente grave. Advertencia: ahora cualquier cosa es posible.

Los urbanólogos profesionales habían encontrado los artículos demasiadamente emocionales. «Esto era de prever por tratarse de una personalidad de tipo tan raro, aterrado por la transformación de su ciudad natal. Porque Corde está atado a Chicago por sentimientos muy fuertes, y la destrucción física y humana que describe en *Harper's* le llena a él mismo de dolor. Como compatriota suyo de patria chica y como viejo amigo, puedo prestar testimonio de esto. Pero convendría añadir aquí que, incluso en su juventud, Albert Corde, hijo de familia rica y privilegiada, no conocía el Chicago en que teníamos que vivir los demás. Hace falta una ciudad como esta, la más norteamericana de las ciudades norteamericanas, para producir a un hijo como Corde, tan distinto del resto de los norteamericanos que no cabe imaginar más. Cuando el que esto escribe y su viejo amigo se reunieron a tomar una copa en Bucarest, el decano repitió la graciosa observación que un viejo viajero inglés le había hecho a él en cierta ocasión: “Me imagino que nada es demasiado raro para ser verdad”. Y yo ahora aplico esto al decano mismo. Es un norteamericano que resulta casi demasiado raro para ser reconocido como tal por sus compatriotas. Y esta es la razón de que les resultara tan difícil el hilo de su argumento».

Leyendo esto, el decano se dio cuenta de que casi había dejado de respirar. ¡Qué monstruito ingenioso era el Dewey este, y qué hábil intrigante, y qué amigo de buscar insidias! Había quitado de en medio al decano de un plumazo, simplemente presentándolo como un extraño y un inconsciente. ¡Y con qué habilidad lo había hecho! Corde no tuvo más remedio que admitir que Dewey había puesto el dedo en un dato importante. En relación constante con los Sadat y los Kissinger, los Breznev y los Nixon, explicándolos al mundo, Dewey era un maestro de la forma pública de exposición. Y, la verdad, si uno tenía que ser un explicador, lo menos que podía conocer eran las consignas, las palabras en clave, y proclamar que aceptaba los patrones en vigor. No era prudente decir nada en público, por lo menos si pensaba que sus palabras iban a ser tomadas en serio, sin recibir antes el visto bueno apropiado. Y el problema del decano había sido un problema de lenguaje. Nadie compraría lo que uno vende si está envuelto en esas palabras, porque ni siquiera

reconocerían el producto.

«El profesor Corde —proseguía Dewey—, es muy duro con los periodistas, con los medios de comunicación, y su acusación es que no se ocupan de la vida moral, emocional, imaginativa, en una palabra, la vida *verdadera* de los seres humanos, y que su gran poder impide a la gente tener acceso a esta vida verdadera. Lo que nosotros llamamos “información” él preferiría calificarlo de engaño. No dice esto así de claramente, pero en sus recientes esbozos trata de describir creativamente la manera apropiada de hincar el diente a los problemas públicos. Si subraya con energía los sufrimientos de las poblaciones urbanas, sobre todo en los ghettos de las minorías sociales y raciales, es porque él piensa que el debate público es casi inexistente, está como deshilachado, que esto es o bien causa o efecto de ceguera, o, quizás, ambas cosas al tiempo: la causa y el efecto, y que nuestra pobreza cultural tiene la misma raíz que la vida agitada y criminal de nuestras ex grandes ciudades. Él echa la culpa de esto a la industria de las comunicaciones, que fomenta la histeria y el malentendido, y echa también la culpa a las Universidades, ya que los académicos, según él, no han hecho ningún esfuerzo por dirigir al público. Los intelectuales han sido incapaces de esclarecer nuestros principales problemas y de describir a la democracia sí misma en esta época nuestra de agoniosa lucha. Leyendo al decano Corde, uno recuerda ciertas páginas de *La rebelión de las masas*, incorrectamente traducida por “La Revuelta”, de Ortega y Gasset y también de ciertos pasajes de las memorables conversaciones de André Malraux con el general De Gaulle, y de la obra final de los últimos días de Malraux...

»Pero si el decano habla duramente de los medios de comunicación, también hay que tener en cuenta que se muestra más duro todavía con los académicos. Los medios de comunicación son “parte de la Norteamérica de las corporaciones”, son parte del problema mismo, de aquí que su “imparcialidad” carezca de sentido, pero las Universidades son para él una honda decepción. De su conversación he deducido que piensa que los académicos no son distintos de los otros norteamericanos, que están dominados por el mismo consenso y gobernados por la opinión pública. No habían sido puestos aparte, con todos sus privilegios, a fin de que fueran como todo el mundo, sino para que fueran *diferentes*, y si no eran capaces de aceptar la diferencia, no podían hacer la aportación cultural que la sociedad necesitaba. El reto a los humanistas era el reto de producir nuevos modelos.

»Yo no soy —escribía, sorprendentemente, Dewey—, un admirador de Jean Jacques Rousseau. No estoy de acuerdo con Immanuel Kant en que el reto a las modernas sociedades igualitarias debiera ser la creación de altos tipos humanos, del tipo de individuos que satisfarían la necesidad humana de altura y amor a lo bello. Esto no sería elitismo en el sentido normal del término, sino generosidad y amor a la Humanidad, o sea exactamente lo contrario del esnobismo y la falsa superioridad. Doy por supuesto que este fue el motivo de que mi amigo Albert Corde renunciara a una carrera periodística, en la que estaba teniendo mucho éxito, para convertirse en

profesor. Sus esperanzas habían quedado decepcionadas, de modo que salió al exterior a investigar la ciudad que se extendía en su torno, y me perdonará si digo que se volvió ligeramente loco. No fue solamente el derrumbamiento de la Norteamérica urbana lo que lo irritó, sino lo que Julien Benda llamaba la traición de los intelectuales...».

¡Vaya, hombre, que os den morcilla a ti y a tu Julien Benda! Corde, frotándose los ojos con los nudillos, siguió leyendo. Menos mal que ya no quedaba mucho.

«El decano Corde tiene que haber ofendido profundamente a sus colegas. Estos debieran estar dedicados a irradiar la cultura humanística por toda la sociedad norteamericana, y en la consciencia del decano, por el contrario, no son más que hatajo de fracasados y de imitadores. Eso es lo que revelan los artículos, y yo me pregunto si mi querido y viejo amigo se da cuenta de esto. No estoy seguro de que se dé cuenta de lo mucho con que tienen que luchar, de la magnitud del reto que se levanta ante ellos. ¿Quién estaría dispuesto o incluso sería capaz de convertir en altos tipos humanos a la gente de negocios, a los ingenieros, a los políticos, a los científicos? ¿Qué sistema de educación superior sería capaz de conseguirlo? Pero el decano Corde es implacable. Y acusa a los académicos de excesivo conservadurismo. Los académicos humanistas, conservadores por su origen mismo, se sintieron atraídos magnéticamente de nuevo al núcleo conservador de la sociedad norteamericana, y lo que habría debido convertirse en la élite de la inteligencia, se convirtió, en su lugar, en la élite de influencias y privilegios. Las ciudades se fueron hundiendo y los profesores no habrían podido impedirlo, pero, por lo menos, habrían podido decirnos, como el decano mismo trata de hacer, si bien un poco arbitrariamente, cuál era el significado de este hundimiento en términos humanos, y lo que auguraba para la civilización. Eruditos, cuya misión se pensaba que era representar la antigua grandeza, no lucharon en absoluto por esta causa, y cedieron ante el gran vacío. Y “del vacío surgen los remolinos de la locura”, escribe Corde.

»Un poco de aprendizaje de *realpolitik* le habría venido muy bien al decano. Fue una verdadera lástima que se sintiera dominado por una seriedad que era demasiado grande para su capacidad, porque él es persona de gran ingenio. En su conversación conmigo se mostró encantador y ocurrente, hablando de política y de derecho en Chicago. Cuando no se remontaba a las alturas y se ponía a citar a Hegel y a Vico era graciosísimo. Hizo algunas observaciones memorables sobre las variedades de la seguridad social en Estados Unidos. Hay categorías altas de seguridad social y categorías bajas. Algunos profesores trabajan mucho, dijo el decano. Bueno, la mayoría trabajan mucho, pero un profesor que tiene posesión de su cátedra no tiene por qué hacer nada. Un profesor en posesión de su cátedra y una madre con ocho hijos que vive de la seguridad social son muy parecidos...».

El daño que aquellas frases podían hacerle saltaba a la vista. Gracias a un proceso de traducción instantánea, Corde las leyó con los ojos de Alee Witt, el director. Dewey me ha dado la puntilla, se dijo, ahora Alee Witt me tiene cogido, convicto y

confeso, y por mis propias palabras. Como es lógico, yo podría ahora tratar de explicar que esas cosas que dije eran simples citas, que eran lo que decía Mason padre, pero Witt no se va a poner a escuchar mis explicaciones, y además le tiene sin cuidado qué es lo que realmente se dijo. Lo malo de todo esto está en los matices. ¡Ay, el matiz! Dewey y yo nunca conseguimos que nuestros matices encajasen, a pesar de cuarenta años de conocernos. Y la Universidad no tiene el menor interés por ponerse ahora a averiguar esto de los matices. Y, encima, tenemos el progreso que yo he hecho en mis relaciones con el director: primero recelaba de mí, y poco después su recelo se volvió desconfianza, y esta, a su vez, pasó a ser después antipatía. Finalmente, y gracias a mis propios y sinceros esfuerzos, conseguí descender a la más baja de las categorías: desprecio. Y luego: «El tipo ese es un verdadero desastre», y, finalmente, «el muy cabrón es un traidor». Sí, la verdad es que Dewey me ha dado la puntilla esta vez. Este era el Dewey que no había ido a la Universidad y que ahora se venga de todos nosotros. Y, al mismo tiempo, quiere acercarse a nosotros. E incluirme a mí en el abrazo. Y quiere subir mucho más alto que Walter Lippman. Y esto es parecido a la carta aquella que escribió desde Nueva York, siendo los dos muchachos, cuando el tío Harold, aquel gran ganso viejo, abrió a la fuerza mi cajón y se puso a leer en voz alta lo que había escrito Dewey, con lo que tanto hizo sufrir a mi madre. Era invierno entonces, como ahora, pero este invierno parece mucho peor, con viento del Norte, con lluvia, con fuerte lluvia.

XIX

Corde no habló de esto con Minna hasta que salieron del aeropuerto de Los Ángeles en un coche de alquiler. Pensaba que sería más fácil hablar en campo abierto, y allí, por lo menos, hacía sol. Él esperaba, al menos, un poco de ayuda del clima y, también de la astronomía, por supuesto. Lo que estaba pensando Minna, técnicamente, lo que fuese, estaba haciéndole mucho bien. En el avión se había puesto incluso a charlar con él del nacimiento de las estrellas de nubes de gas, de la forma embrionaria de esos soles, de los rayos infrarrojos y de las ondas de radio que emitían, del pasado de nuestro propio Sol, y de su futuro. Había mencionado algo que se llamaba FU Orionis, o cosa parecida. Él no la interrumpió con ninguna pregunta sobre hidrógeno, helio, litio, recordando al prudente egipcio que le había dicho a Cleopatra: «En el libro de la Naturaleza de infinito secreto yo sé leer un poco», pero Minna estaba mejorando tanto que prefirió no decir nada de esto, aunque, en general, a ella le gustaba oírle citar sus citas.

Cuando llegaron a las laderas, Corde le contó lo que había escrito Spangler..., dándole, al mismo tiempo, una idea de las posibles consecuencias. Dijo:

—Pero no quiero inquietarte con todas estas cosas.

—Sí..., yo, la verdad, no habría sido capaz de hacer lo que tú, tenerme todo esto tan callado. Es muy propio de los hombres, ¡pero es estúpido! Después de todo soy tu mujer, y es de suponer que esas cosas debes contármelas.

—Es que no sabía cómo te iba a sentar. En fin, que Dewey me ha dado la puntilla, como lo oyes. No fui yo quien dijo eso de los profesores y las madres que viven de la seguridad social... Fue Zaehner, el pobre.

—Ah, sí, claro, fue Zaehner. Pero tú le citaste, de eso no hay duda.

—Bueno, pero está tergiversado. Gran parte de lo demás no lo dije yo, aunque, de vez en cuando, me cita con exactitud. Pero lo que no sé es cómo no se dio cuenta del daño que podía hacerme un artículo así. Cuarenta años de *casi* comunicación...

—¿Y ni siquiera cuarenta años son bastante? Pero eso a ti no te cae de nuevas. ¿Por qué hablaste así con él, tan abiertamente?

—Esa es la cuestión... Tener gente con la que hablar, ser capaz de decir lo que uno piensa, pensar lo que uno dice. Y la verdad es que se me ocurrió en el «Intercontinental» que Dewey estaba entrevistándome, pero me dije que eran imaginaciones mías, que aquella era una actitud impuesta por la profesión.

—Y si sospechaste que estaba haciéndote una entrevista, ¿por qué te lanzaste a hablar?

—No, lo que dije es que la conversación parecía una entrevista. Ni por asomo pensé que estaba franqueándome con la Prensa.

—Tengo que leer el artículo. Lo leeré en cuanto lleguemos a Palomar. Comprendo que sintieras deseos de hablar, porque hablar fue, al fin y al cabo, el único deseo que pudiste satisfacer allí, en Bucarest.

—Sí, y fue el día del funeral. Y, además, siempre tuve afecto a Dewey, y en parte fue que me sentía también influido por el lugar exótico en el que estaba, tan lejos de mi casa, de modo que todo parecía como muy confidencial. Nunca se me ocurrió pensar que iba a tener que dar explicaciones a Alee Witt por todo aquello...

—Y Alee se soltó el pelo.

—No es que se pusiera a gritar, nada de eso; ese no es su estilo. Su estilo es ir poco a poco, en pequeñas embestidas. Cada una de ellas es agradable en sí, pero acaba uno dándose cuenta de que está siendo objeto de una maniobra. Ni siquiera se puede decir que se haya portado groseramente conmigo. En todo momento se mostró considerado. Pero suele tener como un halo de sarcasmo, y, en el momento de matar, el halo se convierte en resplandor. Me dijo que siempre había tenido libertad de decir cuanto quisiera, y en público incluso. La libertad académica me protegía. Pero, en este caso, me había cogido a mí mismo en una contradicción que, evidentemente, un hombre inteligente como yo no podía pasar por alto. Un profesor en posesión de su cátedra no tenía para con su institución docente más que una mínima fidelidad a las regulaciones, mientras que las responsabilidades de un jefe administrativo, una vez que las ha aceptado, limitan sus movimientos. Yo, con mis palabras, había causado gran consternación en la administración, y, aunque todo el mundo sentía gran pena y se hacía cargo, mucha gente que se había sacrificado por la Universidad, etc., etc. y que había dado lo mejor de su energía en la lucha por la educación liberal y por la supervivencia misma de la institución, se sentía muy hondamente herida. Me golpeó en el alma, pero de verdad. Era como si se hubiera puesto a cantarme el *Exultate, Jubilate*, al mismo tiempo que me estaba dando aquella paliza. Su misión era conseguir de mí la dimisión fuera como fuese, pero sin ofenderte gravemente a ti y sin dificultar ningún esfuerzo que pudiera estar yo haciendo por sacarte de aquí. Me ejecutó así, como deben ejecutar los ángeles, me ató de pies y manos para pegarme mejor.

—Y entonces tú fuiste y le dijiste que dimitías de decano, ¿no?

—Sí —admitió Corde—, le dije justo eso. Mi idea al ir a su despacho era precisamente decírselo así, sin más, y, por lo que se refiere a ti, le aseguré que siempre he sido fiel al principio de no mezclarte en mis cosas, y que si quería saber qué tal te encuentras tendría que preguntártelo a ti personalmente.

—Hiciste bien —dijo Minna—, pero tuvo que ser muy desagradable para ti, Albert.

—No, no creas que fue tanto. No me siento muy herido. No es esa mi vocación. No me diseñaron a mí para decano, aunque eso no se lo dije al director, te lo puedes figurar. Lo que le dije fue que dimitía, y que no era necesario ponerse a debatir los motivos, pero lo que sí quería decir era que la institución universitaria es muy valiosa para la ciudad, junto con la Universidad del Noroeste y la de Chicago, y que era muy importante para los jóvenes que están estudiando pintura y poesía, o historia, los clásicos, la ciencia, lo que fuese, poder disponer de bibliotecas y de buenos

profesores. Casi le dije que el país necesita muchísimo estas islas, aunque solo sea para contrarrestar los establecimientos de ST.

—¿Y qué es eso?

—Pues las tiendas sadomasoquistas, a donde va la gente como quien va a un salón de belleza..., y casi con la misma actitud de quien hace una cosa de lo más normal.

—Eres gracioso y simpático, la verdad, pero la mar de raro en tus cosas —dijo Minna.

—No, si no se lo dije, te digo que estuve a punto, nada más. Lo único que le manifesté fue que me sentía agradecido a la Universidad. No le dije ninguna mentira, ni traté de mortificarlo. En fin, que él ni siquiera estaba escuchándome. Aceptó mi carta de dimisión y pasó a otro tema..., a Beech. Me preguntó si tenía intención yo de escribir un artículo sobre Beech, y le contesté que probablemente ahora me dedicaría a escribir más.

—¿Del tipo de los artículos de *Harper's*?

—Sí, claro, por supuesto, ¿y por qué no?

Ella entonces dijo, después de haberlo pensado unos minutos:

—No va a ser una vida muy tranquila.

—No serán artículos como los de Chicago, a menos que me sienta llamado a ello de alguna manera. Pero eso no me ocurre con frecuencia. Yo, en general, soy persona tranquila, no me gustan las polémicas. En lo mío soy bastante bueno.

—Pero ¿cómo vas a dedicarte a lo tuyo?

—Veremos lo que ocurre. Dewey me dijo que había tenido bastante éxito en el periodismo. Bueno, pues me dedicaré de nuevo a ello, lo más silenciosamente que me sea posible.

—¿Por qué no me hablas ahora de Beech?

—Pasé una tarde entera con él.

—La gente más importante en el campo de la geofísica le tiene gran consideración.

—A mí me cae bien.

—¿Y estás decidido a hacer el artículo? ¿No sería una buena manera de empezar?

—Nos hemos puesto de acuerdo en que le ayudaré a hacerlo. Esas ideas sobre el plomo son tuyas, no mías. Es evidente que está pasando algo muy grave. En esto estoy con él. Y por eso me limitaré a aconsejarle sobre el estilo, de esa forma no tendré que mostrarme de acuerdo con cosas que no conozco a fondo.

Ella le cogió la mano, que sujetaba el volante, se la apretó y la conservó en su regazo. Y, un momento después, dijo:

—No estamos lejos de la misión india. Podemos parar allí y descansar un rato.

—Este viaje te está fatigando. No lo hemos organizado muy bien. Debiéramos haber llegado ayer por avión y pasado la noche en Los Ángeles. Soy capaz de soportar esa ciudad hasta diez horas.

La misión estaba en una zona protegida y cálida. Corde y Minna estuvieron viendo la tienda de artesanía: cuentas, turquesas, puntas de flecha, guantes en las vitrinas empañadas, racimos de mocasines cubriéndose de polvo en los rincones. Luego fueron a sentarse al patio interior.

—¿Cinco minutos al sol? —propuso Minna.

Ella seguía con su programa. Los pesados arcos del claustro formaban una pequeña plaza, y, en primer término, flores; detrás de los arcos enjalbegados, oscuridad, pero una oscuridad silenciosa y serena.

Corde dijo:

—¿Sabes lo que he pensado? Pues que Dewey Spangler se sintió frenético de pura felicidad al ver la oportunidad de decir cosas tan estupendas. Se sintió en la gloria. Y, mejor todavía, podía echarme la culpa de todo a mí. Estaba tan contento el tío que no se le ocurrió siquiera pensar en el daño que podía hacer a su amigo. A lo mejor fueron los cortes que tiene en los intestinos lo que lo puso en ese estado.

—Yo que tú no pensaría más en él —dijo Minna.

Cuando volvieron al coche alquilado, Corde lo hizo a desgana, haciéndose el remolón, por más que fuese evidente que no podían pasarse el día sentados en un jardín de misión repleto de flores, Minna dijo:

—Valeria tenía muy buena opinión de ti, Albert —con la cabeza bajada, estaba poniéndose el cinturón de seguridad—, tenía plena confianza en ti.

—¿Crees tú?

—Lo último que le dijiste era precisamente lo que ella más quería oír.

No se dijo más del asunto. Corde se sintió conmovido. Su mujer, poco ducha en relaciones humanas, le ofrecía de esta manera un apoyo, el que le brindaba sus propios recursos. Lo que palpitaba en las palabras de Minna era que estaba sola en el mundo, y con él, que lo tenía a él, con todas las complicaciones que esto conllevaba, y él la tenía a ella.

Minna ahora comenzó a hablar de las posibilidades que había de que la noche fuese despejada. Allí, en las laderas inferiores, brillaba el sol, y eso era de buen agüero, pero las condiciones atmosféricas cambiaban con mucha rapidez en aquella comarca.

Cuando se nublaba, la cúpula del observatorio no se abría. Esto lo repitió varias veces.

—Estoy mandando al cielo una oración porque el tiempo sea el mejor —dijo Corde—, pero he leído en algún sitio que los nuevos satélites espaciales transmiten una información bárbara, imágenes que no se pueden conseguir desde tierra.

—Eso, en general, es cierto, pero es que tengo necesidad de algo que solo puedo sacarle al telescopio de doscientas pulgadas.

—Pero hasta eso, tengo entendido, se puede ver en los monitores de televisión, en la cámara de control.

—No, no vale —dijo Minna—, me hacen falta las placas.

—No te vas a meter allí, en el ojo mismo del telescopio, o la jaula, o como se llame, ¿eh?, espero que no.

—Pues lo he hecho cientos de veces.

—¿Y esta vez también piensas hacerlo?

—Pues sí, creo que sí.

—¿Y no puedes mandar a alguien en tu lugar, dándole instrucciones?

—No. La última vez que lo hice, los chicos esos, que son muy listos, me hicieron correcciones muy exactas, pero el resultado final no me sirvió de nada.

—Pero es que no estás buena del todo todavía, Minna.

—¿Que no? Pues sí que lo estoy.

Era inútil insistir. ¡La actitud profesional! En esto Minna se mostraba inflexible, y trazaba la línea divisoria contra viento y marea, por mucho que Corde se situara en la barrera, suplicante, por su bien. A los dos les divertía esto..., a cada uno de ambos a su manera.

—Has perdido mucho peso —esto fue lo único que se le ocurrió decir a Corde.

—Me pondré el traje aislante. Y la jaula está ahora más caliente que en otros tiempos.

A mil seiscientos cincuenta metros de altura había ya nieve, una fina capa de nieve que cubría el enorme claro en torno al observatorio.

—Ni una sola nube —dijo Minna—, de modo que nos arriesgaremos. Con tal de que ahora no se nos eche encima una niebla...

Con gran alivio por parte de Corde, Minna consiguió el tiempo que necesitaba, y mientras estaba preparándose, hablando con sus colegas, él se puso a explorar el enorme vacío oscuro de la gran cúpula, pasando por debajo del tubo gris del gran telescopio y oyendo el zumbido de las máquinas que lo hacían funcionar. Estaba abrigado, había traído de Chicago su chaquetón de piel con capucha.

Uno de los ayudantes jóvenes del observatorio recibió orden de hacerle compañía.

—Vamos a ver el edificio. ¿Es la primera vez que viene usted aquí?

—A esta cúpula sí, pero es la primera vez que veo uno de estos sitios con un guía.

El joven, alto, barbudo, tenía aspecto de instructor de esquí, y se puso a hablarle de ascensiones acertadas, espejos, refracciones, análisis espectral.

—No le entiendo a usted —dijo Corde finalmente.

Se pararon en medio del suelo, sumidos en una lóbreguez vasta, oscura, helada, científica, cimera. La vastedad de la cúpula le hacía a uno pensar en... en lejanas y antiguas mezquitas e iglesias, la catedral de San Pablo, la de San Pedro..., haciéndole palpar la verdadera escala de la noche. Levantamos vastos edificios para investigar la verdadera vastedad.

El interior de la cúpula estaba cortado por grandes vigas curvas que lo dividían en segmentos. Corde nunca se había visto en el interior de un espacio vacío de tan vastas proporciones. No se acababa nunca de cruzarlo, y a pesar de los jerséis, la chaqueta, los calcetines dobles y el chaquetón, sintió frío en la pasarela que bordeaba la cúpula.

Salieron a la galería exterior, pisando un enrejado de acero fino, a cuyo través se podía ver.

La nieve, ahora, se extendía hasta el borde del enorme claro. Volvió a entrar.

Si lo que uno quería era echar una ojeada al espacio astral, lo mejor era probar antes el frío allí afuera, y su poder de borrar todo lo que no era más que humano; y el hecho de no entender casi nada de la jerga del joven que lo acompañaba no tenía importancia: el otro seguía hablando, pero Corde, en varias ocasiones, se negó a ir a las habitaciones de abajo, donde se podía tomar café, leer revistas, hacer prácticas de billar. Minna, al dejarlo, le había dicho:

—Me da la impresión de que van a abrir de seguro de un momento a otro; te mandaré llamar.

Su enviado encontró a Corde y al guía de este en la pasarela. El doctor Corde iba a la jaula, ¿quería subirse a ella también? Sí, claro, por supuesto.

Bajó a todo correr, y el joven colega que le había guiado iba con él para ayudar a Minna a instalarse en el ojo del gigantesco instrumento. Minna llevaba un traje muy ajustado, y, al entrar en el ascensor abierto, con Corde pisándole los talones, este volvió a preguntarle:

—¿Estás segura de que podrás resistir el frío?

—Anda, no te preocupes tanto por mí. Si no puedo, ya bajaré yo, querido.

Cierto, estaba preocupándose tontamente. Minna había perdido su aislamiento natural. Había enflaquecido temporalmente, y estaba permanentemente excitada.

Le dijo al joven barbudo, que se inclinaba al andar:

—Mi marido nunca ha subido arriba.

—¿Nunca? —diciendo esto, apretó el botón y comenzaron en seguida a subir.

El ascensor estaba fijo a uno de los arcos estructurales. No subía derecho, sino que seguía una trayectoria curva. Excepto en una esquina baja del interior, no había luz alguna en él. Y ahora la enorme cúpula se puso a zumbiar. Algo se escindía, comenzando a resbalar sobre ellos. Segmentos de la superficie curva se abrieron rápidamente, dejando ver el cielo: primero una raja abierta y como cortante, y, de pronto, no se vio otra cosa que el ascensor, que iba a lo largo del arco. El interior desapareció por completo, dejó de haber un interior, nada más que los cielos abiertos y congelados. Si este movimiento continuase, se seguiría viajando cielo adentro, se iría derecho a las estrellas. Corde distinguía aún los bordes de la cúpula abierta, y, como había una cúpula, y el frío era tan absoluto, se sintió de nuevo en el crematorio, aquel remate redondeado y el enorme suelo circular, los pies de los cadáveres que sobresalían por entre las cortinas, el tremendo calor que subía desde el fondo, donde se quemaba a los muertos, el frío mortal cuando uno se volvía, como si le cortaran la cabeza en dos de un hachazo. Pero aquella cúpula nunca se abría, y por ella solo se pasaba convertido en humo.

Aquella frialdad de Monte Palomar no se podía comparar con el frío de la casa de los muertos. Aquí los cielos vivos daban la impresión de querer recibirlo a uno. Otra

especie de ensayo, pensó Corde. El cielo estaba tenso a fuerza de estrellas, pero no tan tenso como se sentía él, en el pecho.

Todo lo que se cernía sobre él estaba en equilibrio, sujeto a su puesto por tensiones mutuas. ¿Serían acaso sus propias tensiones lo que lo sujetaba a él a su sitio?

Y lo que estaba viendo con sus propios ojos no eran siquiera los verdaderos cielos. No, eran, simplemente, puntos blancos, brillantes vibraciones, nubes de huevas celestiales, muestras del verdadero espectáculo, pero solamente en la medida en que podían pasar por las deformaciones de la atmósfera. A través de esas deformaciones se veían formas, realidades parciales. Lo demás se sentía. Y no era solamente sentir, sino también sentirse atraído a sentir y a penetrar más adentro, como si estuvieran informándolo a uno de que lo que se extendía ante él tenía relación con la propia existencia, hasta la sangre misma, hasta las formas cristalinas que había dentro de los propios huesos. Rocas, árboles, animales, hombres y mujeres, todo esto lo atraía también a penetrar más adentro, bajo las deformaciones, comparables a las atmosféricas, sombras dentro de sombras, para encontrar su propio ser dentro del de uno mismo. Este era el sentido en que se veían atraídos.

Una vez, en el Mediterráneo, subiendo a cubierta desde el camarote de tercera, entre olores a orina y los efluvios de la sentina, con todos los retretes modernos e infernales de allí abajo, burlándose del insomnio de Corde, este, de pronto, viendo el sol mañanero sobre el mar inquieto, se sintió libre. Esta sensación de vaciarse lo liberaba de todas las enfermedades que acechaban en su interior. No era posible decidir quién estaba desequilibrado, si el barco o uno mismo, o el mar, ladeado, ¡pero libre!

Y tampoco importaba, ¡porque estaba uno libre! Era la misma sensación que en aquel momento, acercándose a las estrellas con tanto aplomo.

El ascensor se paró, y su mujer, encerrada en aquella especie de traje térmico que llevaba, le sonrió. Quizá fuera que le divertía su chaquetón con capucha. Habían llegado a la cima misma del telescopio, y ella se bajó al pozo, a la jaula llena de aparatos técnicos: graduadores, pantallas, tableros relucientes, llaves que había que apretar, alambres. El ayudante, encorvado, entró con ella para ayudarla a sujetarse al asiento. El joven era rápido. Ágilmente se volvió a encaramar, subiendo de nuevo al ascensor. Minna hizo un ademán a su marido, animosamente, y se encerró. Era la representante de Corde entre aquellos objetos relucientes, tan tupidos y tan cercanos.

Corde dijo:

—No le pasará nada, me figuro. Acaba de salir del hospital, como quien dice.

El joven apretó el botón de bajada.

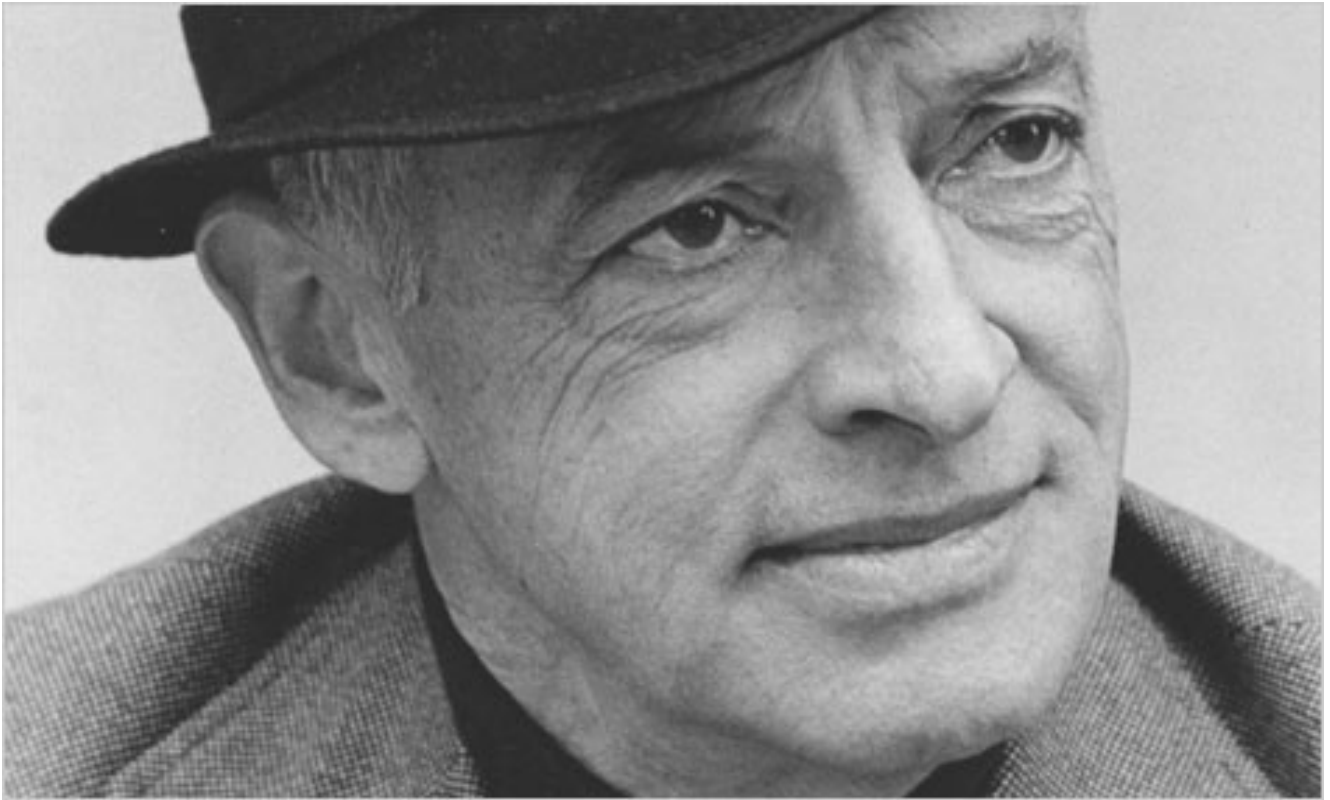
—Nunca había visto el cielo así, ¿eh?

—No. Ya me dijeron que iba a hacer mucho frío, pero la verdad era que hacía un frío del demonio.

—¿Le hace daño? ¿Tanto le preocupa el frío?

Iban bajando lentamente, por el camino curvo de la viga hacia el erran círculo del suelo.

—¿El frío? Bueno, sí. Pero casi diría que me preocupa más todavía tener que bajar.



SAUL BELLOW (Lachine, 1915 - 2005) fue un escritor canadiense y estadounidense de origen judío-ruso. Nació en Canadá, pero vivió desde pequeño en Estados Unidos. Fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura en 1976.

Su obra narrativa es leída como una crónica corrosiva, irónica, y a la vez sublime y enérgica sobre del hombre moderno a partir de la descripción del mundo de los judíos en Estados Unidos.

Procedente de una familia de emigrados rusos, vivió en Canadá y luego en Chicago. Estudió en las universidades de Chicago e Illinois y fue profesor de antropología y literatura inglesa en instituciones docentes norteamericanas.

Notas

[1] Error evidente en el texto. Se trata del hotel «Athénée Palace», no «Athénée Plaza», como pone el autor, anterior a la subida al poder de los comunistas en Rumania. (N. del T.) <<

[2] *Rod*, cara o cetro, significa también pene. (*N. del T.*). <<

[3] *Boob*, en inglés, significa papanatas, zopenco. (N. del T.). <<

[4] Mundo interior. (*N. del T.*). <<

[5] Muchas negras que quieren perder el cabello rizado típico de su raza se someten a un procedimiento de alisamiento del pelo. (*N. del T.*). <<

[6] Ambiente grato. (*N. del T.*). <<

[7] Sigla de «Young Men Christian Association», Asociación de Jóvenes Cristianos.
(*N. del T.*). <<

[8] El «Book of Common Prayer», libro de oraciones de anglicanos y episcopales.
(N. del T.). <<

[9] Dos sangrientas batallas de la Primera Guerra Mundial. (*N. del T.*). <<

[10] En invierno se encuentran muy pocas flores, cuestan un ojo de la cara (incorrecto en el original). (*N. del T.*). <<

[11] En invierno se encuentran muy pocas flores, cuestan un ojo de la cara (incorrecto en el original). (*N. del T.*). <<

[12] La Guardia de Hierro era la organización fascista rumana, fundada por Codreanu, en el poder hasta poco antes del golpe de Estado comunista. (*N. del T.*). <<

[13] Potemkin, favorito de la emperatriz Catalina de Rusia, preparaba aldeas prósperas y felices a su paso por el campo ruso, para darle la impresión de que sus súbditos eran felices y vivían bien. (*N. del T.*). <<

[14] En Norteamérica los retretes públicos se llaman *Public Comfort Stations*, estaciones de alivio público. (N. del T.). <<

[15] «Yo soy un niño que solamente querría tener en torno a sí infancias todavía más adultas». (*N. del T.*). <<

[16] La aguja de Cleopatra es un obelisco egipcio que hay en Londres. Por extensión, cualquier obelisco egipcio. (*N. del T.*). <<

[17] Wesleyano, perteneciente a la iglesia Metodista disidente que recibió el nombre de su fundador, John Wesley. (*N. del T.*). <<

[18] Paul Jackson Pollock, importante pintor expresionista abstracto norteamericano.
(*N. del T.*). <<